





**AMALIA DOMINGO SOLER**

**LA LUZ  
DEL  
FUTURO**

**DISTRIBUIDO GRATUITAMENTE POR:**

**C. E. “LA LUZ DEL CAMINO”  
C/ Cádiz nº 13 bis, Urbanización Montepinar  
03316 Orihuela (Alicante)  
España**

Título: La Luz del Futuro

Obra recopilada, editada y distribuida gratuitamente por:  
Asociación Centro Espírita “La Luz del Camino”

Diseño de portada:  
Ángeles Tenza Morcillo

Composición de textos:  
Antonio Pina Pagán

Revisión 5ª edición:  
Ana Mª García Asensio  
Francisco Carrillo Ballesta

Primera edición: Noviembre 2005  
Segunda edición: Febrero 2006  
Tercera edición: Mayo 2006  
Cuarta edición: Septiembre 2006  
Quinta edición revisada: Junio 2018. Tirada: 1.000 ejemplares.

Depósito legal: MU-722-2018  
Impreso en España – Printed in Spain

Imprime: 42lineas  
Email: 42lineasdigital@gmail.com

La recopilación y selección de estos escritos, verdadero tesoro de Luz Espiritual, es un trabajo exclusivamente realizado por el **Centro Espírita “La Luz del Camino”**.

Todos los componentes de este Centro y nadie más que ellos, han participado en la elaboración de este trabajo, uno de los más importantes realizados hasta ahora para la divulgación del Espiritismo en el mundo.

Con los libros **“La Luz del Porvenir” “La Luz del Camino” “La Luz de la Verdad” “La Luz del Espíritu” “La Luz Que Nos Guía” y “La Luz del Futuro”** en un total de 120.000 unidades, distribuidas gratuitamente en España y en América, acabamos este trabajo:

Trabajo que no habríamos podido realizar nunca, sin la dirección, inspiración y ayuda de este gran Espíritu de Luz, trabajador incansable en la divulgación del Espiritismo, **Amalia Domingo Soler**.

Queda libre la impresión y traducción de esta obra a cualquier idioma, por todos los medios actualmente disponibles; con el riguroso compromiso de no modificar su contenido, que no se haga con fines lucrativos, y remitir dos ejemplares a: Centro Espírita La Luz del Camino, calle Cádiz nº 13 bis, Urbanización Montepinar, Orihuela C.P. 03316, (Alicante) España

**DISTRIBUCIÓN GRATUITA**



## INTRODUCCIÓN

“La Luz del Futuro” es el sexto libro de la serie, que tengo la felicidad de editar y distribuir gratuitamente en todos los países de habla hispana. Estos seis ejemplares contienen lo mejor de los escritos de D<sup>a</sup> Amalia Domingo Soler, la gran señora del Espiritismo; un alma grande y generosa, llena de inmensa lucidez, a pesar de tener sus ojos materiales casi apagados. Luchadora incansable y vencedora de mil batallas, siempre en defensa de un sublime ideal ¡El Espiritismo!, Amalia es el símbolo del Ser predestinado y valiente, que viene con plena seguridad, a luchar con las pruebas de la vida para rescatar las deudas del pasado y conseguir su redención espiritual.

Esta ligera imagen de Amalia, nos debe servir como ejemplo para vencer nuestras pruebas. ¡Querer es poder! Nos dice ella, y yo estoy convencido de que, hace más el que quiere que el que puede, y aunque es innegable que estamos asistidos por los buenos espíritus, éstos sólo nos impulsan al trabajo y nos alientan con la recompensa. También es cierto, que no nos quitan ni un mínimo de la carga que nos pertenece y que tenemos que llevar sobre nuestros hombros, dejando que cada uno camine por su propio esfuerzo. El Espíritu viene a este mundo a trabajar, a luchar, a cumplir su misión o a sufrir las penalidades de una expiación horrible, porque las leyes de Dios son inmutables.

A mayor fortaleza para vencernos, más grandeza moral obtendremos y menos vulnerables nos encontrará el enemigo, que se alejará al fin de nosotros, ante la resistencia que le oponemos; pero como hay espíritus cuya persistencia en el mal es terrible, guardan un resentimiento odioso hacia aquellos que no se han dejado vencer por ellos, saben esperar con astucia y paciencia todo el tiempo que sea necesario, esperando que nuestro orgullo y nuestra vanidad nos traicione, para atacarnos nuevamente con más fuerza y más odio; pero cuando el hombre sabe elevarse a través de la renuncia y el sacrificio en favor de los demás, cuando sabe ser más severo consigo mismo y soportar sus infortunios porque ve en ellos el remedio saludable para su salvación, no importándole el desierto de la vida, la soledad que siente cuando sus seres queridos por circunstancias diversas se alejan de él, y a pesar de todo sigue luchando y trabajando para que ese ideal que tantas fuerzas le da a él, sea conocido por todos aquellos hermanos, necesitados de una luz para seguir caminando. Es en este preciso momento que este hombre comprende que está consiguiendo su redención espiritual y es cuando verdaderamente siente la necesidad de dar gracias a Dios, por todos los sufrimientos pasados, por todas las privaciones, por todas las enfermedades, y por todos los días de soledad. Es entonces cuando se siente el hombre más feliz de este triste planeta.

El Espiritismo es una ciencia que ilumina nuestro camino, y el progreso nos ha operado las cataratas de la ignorancia, porque son muchos los ciegos de entendimiento que hoy tienen vista. Yo no digo que todos los que conocen el Espiritismo sean espíritas; del mismo modo que, todos los que han adorado a Jesús no le han seguido ni le han imitado. Jesús y sus apóstoles vivieron en la Tierra, en la más completa pobreza, renunciando a todos los bienes materiales, mientras tanto los mal llamados representantes de Él aquí en la Tierra, viven en la opulencia y la riqueza; por esto no responde el Espiritismo de lo que puedan hacer los falsos espiritistas, así como no se ha oscurecido la doctrina de Jesús con el humo de las hogueras de la Santa Inquisición que tantas y tantas víctimas ha sacrificado en nombre de Él. Mas la voz de aquellos mártires no se extinguió al esparcir al viento, las cenizas de sus cuerpos calcinados, la onda sonora guarda sus vibraciones y la repite de siglo en siglo y hoy, aquellos muertos reencarnados, son los verdaderos espíritas de hoy.

No recuerdo quien dijo: “Para abrazar muchas religiones, es preciso cerrar los ojos y cruzar los brazos; para abrazar el Espiritismo, es preciso extender los brazos y abrir los ojos”.

Los espíritus se comunican con nosotros para ayudarnos, ellos son nuestros más fieles amigos y nos dicen que no edifiquemos la casa de nuestra dicha sobre el dolor ajeno, no tratemos de aparentar lo que no somos, porque los engañados seremos nosotros. La vida es eterna y todos nuestros hechos componen nuestro patrimonio; no hay redentores porque cada hombre tiene que ser el redentor de sí mismo; no hay hechos casuales ni providenciales, no hay fatalismo, no hay más que el trabajo individual de cada espíritu que a su placer siembra su viña y su huerto y le cultiva con esmero, o deja que las malezas le invadan y se pierda todo el cultivo.

Esta profunda verdad es necesaria que sea conocida de todos, para que a la vuelta de algunos siglos, no tengan los terrenales que pagar con muertes violentas, las terribles deudas de su ayer.

El estudio del Espiritismo y la comunicación de los espíritus, sirve para convencernos de la necesidad, de la utilidad y de la obligación que tenemos de divulgar los conocimientos adquiridos, para ensanchar los estrechos horizontes de la Tierra, no para aumentar sofismas, hipocresías, milagros y mentiras. Dejemos que los espíritus cuiden de los espíritus y nosotros trabajemos para que este conocimiento esté al alcance de todos los que quieran salir de la oscuridad. El día que los hombres se liberen del fanatismo y de la ignorancia, dejarán de existir espíritus sufridores.

No pasemos los espiritistas de un fanatismo a otro fanatismo, pasemos sí de la inercia a la actividad, de la sombra a la luz.

Para acabar, sólo quiero decir, que todos aquellos que estén preparados para divulgar esta maravillosa doctrina, se dirijan a este “Centro” y recibirán gratuitamente los libros de Amalia Domingo Soler, que nosotros hemos editado.

Que Dios ilumine nuestro camino y nos dé mucha paz.

***José Aniorte Alcaraz***

## **PRÓLOGO**

Quisiera, mas no puedo, decía Amalia Domingo Soler, que “La Luz del Porvenir” llegara gratuitamente a los más “pequeños”, los más necesitados, a los más pobres que no disponen de una peseta para comprarla; porque la “Luz” es un bálsamo para sus heridas y un consuelo para sus sufrimientos, y lo más importante, les da el conocimiento necesario para comprender la razón de tantas y tantas injusticias que se cometen, en un mundo donde, bajo el disfraz de la civilización, aún impera la ley del más fuerte, donde el poderoso abusa despiadadamente del pequeño, del más necesitado, del más indefenso, donde la injusticia impera como señora absoluta y el más humilde ve pisoteados todos sus derechos, derechos que tiene como ser humano, y sólo consigue sobrevivir sufriendo el dolor de la miseria. El dolor de ver pasar hambre a sus hijos, de no poder darles el alimento imprescindible cuando le dicen: papá tengo hambre, tengo frío y él siente el dolor de la desesperación, cuando ve a sus hijos queridos, desnudos y descalzos, careciendo de lo más indispensable para poder sobrevivir en un mundo expiatorio como es éste. Cuando llega a sentirse tan desesperado se siente vencido, fracasado, y ante esta situación extrema, sólo le queda un camino, la criminalidad o el suicidio. “La Luz del Porvenir” es un antídoto para este mal, porque a través del conocimiento, se comprende la desesperación que siente la criatura humana, cuando tiene que vivir en un mundo de expiación y pruebas como es la Tierra. El estudio del Espiritismo nos da la fuerza y la paciencia necesaria para soportar las adversidades de la vida con humildad y seguir viviendo en un mundo de injusticias que es el que por nuestro merecimiento nos corresponde vivir.

La “Luz” nos da el esclarecimiento necesario para comprender el porqué vivimos y porqué sufrimos. En el Universo de Dios, no hay injusticias, no hay desigualdades entre las criaturas que viven en él, porque todas, sin excepción, son creadas por Él: sí, existe una ley inalterable que nos da a cada uno lo que nos merecemos, según nuestras obras. Es necesario, es inevitable que esta ley se cumpla y el hombre debe conocer la existencia de ella, porque sin este conocimiento, se encontrará perdido en un desierto sin agua para calmar su sed abrasadora. Ese conocimiento lo encontramos en los escritos de Amalia, por esto tenía ella y tiene hoy, el deseo de que fuesen conocidos por los más humildes, que son los más necesitados, son los que más sufren, los que más necesitan de consuelo y los que más alivio encontrarán conociendo el porqué vivimos en un mundo como éste.

Noventa y cinco años después de su desencarnación, por fin se está cumpliendo su más ferviente deseo. Sus escritos se han reunido para componer seis maravillosos libros que están siendo distribuidos gratuitamente en todos

los países de habla hispana, para que los más pobres no tengan dificultad en conseguirlos. Yo creo y estoy completamente convencido, de que el alimento del cuerpo es necesario, porque el cuerpo es el instrumento imprescindible para la evolución del Espíritu, pero no es menos cierto que cuando el cuerpo llega al fin de su existencia se transforma, y digo esto porque la muerte que supuestamente parece el fin, no existe, sí existe una transformación; se liberan las partículas o moléculas y regresan a su origen para en el momento oportuno formar o dar vida a otros cuerpos. Por esta razón creo sinceramente que el esclarecimiento del alma, es el alimento del Espíritu, muchísimo más necesario que el del cuerpo, el cuerpo tiene un fin, el Espíritu continúa viviendo porque es eterno y después de cada existencia sigue viviendo, feliz o sufriendo según su estado mental, porque el Más Allá, tan temido por unos y tan desconocido por todos, es un mundo mental, en nuestra mente llevamos creada la imagen real de ese mundo que a todos nos toca vivir.

La humanidad de hoy necesita con urgencia ayuda inmediata; está enferma, enfermedad que han transmitido las diversas religiones, con sus mensajes fanatizados, caducos y enfermos terminales, por su ancianidad. La humanidad de hoy es adulta, tiene una cultura que le impide acatar una creencia que la ciencia desmiente totalmente. Por esta razón y por muchas otras, es necesario conocer y divulgar el Espiritismo, porque la idea, la filosofía y la moral que éste contiene es racional, es discutible y se aleja totalmente de los dogmas fanatizados e inadmisibles que tienen las religiones positivas.

Hace cincuenta y cinco años que conocí el Espiritismo, que lo estudio y practico, este conocimiento transformó por completo mi forma de vida, porque anteriormente yo busqué en las religiones una luz para mi entendimiento y sólo encontré sombras y dudas, que me llevaron irremisiblemente al materialismo. En el Espiritismo encontré una explicación racional para todas mis preguntas, mis dudas desaparecieron con la clara lógica que esta ciencia filosófica y moral nos da para poder comprender todas las injusticias, abusos y desigualdades que se cometen diariamente en este pobre planeta.

Yo siempre he sido un luchador en defensa de los más pequeños, en la guerra fui voluntario, sufrí el dolor de la derrota y durante diez años sus consecuencias; estuve en prisión y fui perseguido hasta que, gracias a Dios pude emigrar a Brasil, donde conocí el Espiritismo y en él encontré el esclarecimiento para mi Espíritu. El conocimiento y la lógica que tanto había buscado en las religiones y no pude nunca encontrar. Porque el credo de las religiones, es absurdo en muchos conceptos, debido a las adiciones y enmiendas que le han hecho los hombres.

La religión es necesaria para la vida del hombre, tanto como el aire que respira, pero ésta debe ser una religión lógica, sin misterios ni horribles

sacrificios. Las religiones envejecidas están cayendo bajo la inmensa pesadumbre de sus vicios y el Espiritismo nos trae el germen divino de la libertad de conciencia, nos revela la existencia evolutiva del Espíritu, con una lógica totalmente convincente, a través de las vidas sucesivas y la inexorable ley de causa y efecto. Yo, con el estudio del Espiritismo comprendí en unos meses lo que no había comprendido en treinta años: durante todos estos años, busqué y escudriñé en los libros sagrados con la esperanza de encontrar un pequeño rayo de luz para mi Espíritu, ansioso de saber, encontré dudas que forzosamente me llevaron a la incredulidad.

El tiempo, es la demostración eterna de la sabiduría de Dios, es la prueba inmensa de su poder, es la comprensión continua de los grandes problemas. El tiempo ha sido simbolizado como un viejo escuálido, devorando a sus hijos, destruyendo todo, agotando la belleza y la juventud del hombre, extinguiendo sus afectos, caducando sus leyes, derrumbando sus imperios. Para el hombre el tiempo y la nada han sido sinónimos y sin embargo, la naturaleza ha demostrado siempre que el tiempo es la renovación suprema de la vida, y si se estudia la humanidad, vemos que es el único patrimonio del hombre. Yo que durante muchos años, he estudiado profundamente en todos los buenos libros espíritas, he tenido ocasión de apreciar el valor del tiempo y por esto lo considero como la apoteosis de Dios. Por esto yo creo que el Espíritu del hombre vive siempre, más allá del tiempo, porque si no viviera ¡qué corto sería el plazo de una existencia para el que cae y se quiere levantar!.

Tenemos que engrandecer nuestro Espíritu, porque el mal no es eterno en la creación. Dios crea y no destruye; por consiguiente, el Espíritu tiene que armonizar con lo creado, porque como ser pensante, como entidad inteligente, es el complemento de la divina obra.

El hombre aún está muy atrasado en este mundo, totalmente materializado, está hundido en el envilecimiento, sumergido en el egoísmo, encadenado por la más completa ignorancia y dominado por el más estrepitoso orgullo, todo lo ve pequeño y mezquino, para él no hay más que el comercio, el negocio y una ambición desmedida de poseer bienes materiales para sentirse importante.

El hombre ignora que su Espíritu continúa viviendo después de la muerte; cree que en la Tierra comienza y acaba todo y por eso se afana comprando goces efímeros para una sola y corta existencia.

Yo veo más lejos, por esto el dinero no me seduce, no soy virtuoso, no, pero sí soy razonable y esencialmente racionalista, busco el progreso y estoy totalmente contra la intolerancia. Creo en Dios, pero también que hay que adorarlo con actos de verdad y para mí esa verdad no se manifiesta con palabras, más o menos rebuscadas y repetidas cada día. Creo que la oración

más agradable a Dios es el trabajo que se realiza renunciando a las satisfacciones del cuerpo y a los bienes materiales, en favor de aquellos hermanos que necesitan un poco de luz para ver y comprender, porque tienen que vivir en un mundo que aparentemente es tan injusto. En mi remoto pasado también estuve necesitado de una luz para salir de las sombras que me envolvían y que encontré, gracias a Dios, en el Espiritismo. Mi vida después ha sido una continua lucha para hacer llegar esa luz, que tanto bien me hizo, a todos aquellos que tanto la necesitan. Como los terrenales estamos tan poco acostumbrados a hacer un sacrificio por los demás, cuando por fin lo hacemos, nos creemos que hemos conquistado un mundo, y esta satisfacción, si bien es una prueba de nuestra debilidad, mientras no nos llegue a embriagar y se convierta en orgullo y en presunción, tiene su parte, o mejor dicho, su todo muy beneficioso para el Espíritu, porque se disfruta tanto, se siente uno tan feliz, cuando se ha podido ser útil o instrumento para el bienestar de los otros, que cualquier sacrificio material que se haya realizado, deja de ser tal sacrificio. Esto produce una forma de vida feliz y tranquila y lo que en un principio supone una renuncia y un sacrificio, con el tiempo se convierte en una necesidad, en un objetivo, es un alimento sin el cual, yo al menos, no podría vivir; éste me da fuerzas para soportar las enfermedades, las privaciones, la vejez y la soledad.

No hay Espíritu pequeño, no hay inteligencia obtusa, no hay posición, por humilde que sea, que pueda servir de obstáculo para no ser útil a nuestros semejantes. Se puede ser feliz y dichoso en este mundo materialista y vicioso; si queremos podemos serlo. Cuando el Espíritu quiere se engrandece, sólo tiene que creer verdaderamente en la inmortalidad del Espíritu y en la existencia del mundo espiritual; hoy los espíritus vienen y nos aclaran muchos misterios, con una lógica convincente para los que quieren estudiar. Si aceptamos sus revelaciones con conocimiento de causa, tendremos una vida fácil, con todas nuestras dificultades, una vida feliz con todas nuestras enfermedades, y nunca nos sentiremos solos viviendo en la soledad.

El arrepentimiento sincero, predispone al Espíritu para pedir fuerzas en las rudas pruebas de la vida, prepara el ánimo para sufrir resignado todos los dolores, humilla nuestro orgullo y nos reconocemos culpables y pedimos a Dios misericordia. Todo esto hace el arrepentimiento; pero no basta para conseguir la rehabilitación de nuestra alma, que sintamos un momento de dolor indescriptible, porque no tiene igual peso en la balanza divina una vida de infracciones y una hora de verdadera constricción. Sería muy cómodo pecar entonces y Dios debe ser más justo que todo eso. El culpable no puede sonreír hasta que ha sufrido uno por uno los tormentos que ha hecho padecer. El criminal no tiene derecho a ser feliz; y como en la creación, todo es lógico, por

eso la felicidad sólo se alcanza después de haber pagado todas nuestras deudas.

Hay muchos desgraciados que la justicia humana castiga y son en el fondo más ignorantes que culpables, y estos ante Dios no son tan responsables; el pecado principal consiste en hacer el mal sabiendo que se hace.

No debemos confundir nunca los purísimos afectos del alma, con los torpes deseos de la materia. Debemos beber en las puras aguas del Espiritismo, y rechazar las aguas contaminadas del materialismo; el apetito de la carne es un agente de la naturaleza que hace un trabajo importantísimo. El gran trabajo del Espíritu es, precisamente, combatirlo, luchar contra esa influencia que durante tantos milenios nos lleva como piedra desprendida de una altísima montaña, rodando sin encontrar nunca el fondo del precipicio. Dios no quiere que nos eternicemos en el mal, porque ya llevamos muchos siglos cayendo de abismo en abismo, haciendo mal uso de nuestra voluntad; Dios nos ha mandado espíritus de lucha para que despierten nuestras conciencias, nos señalen el camino que debemos seguir y nos animen diciendo:

“Nosotros sabemos cómo se cae, cómo se muere y cómo se resucita. También hemos caído como vosotros, también nos ha hecho morir el remordimiento, también hemos vivido solos y también nos hemos elevado venciendo las dificultades y el sufrimiento. Hoy somos dichosos, felices ayudando a nuestros hermanos que no encuentran el camino. Tenemos la experiencia, sabemos que el sufrimiento nos duele y tememos al dolor, pero el dolor pasa y después nos sentimos fuertes”.

“Durante algunos siglos nos sentimos solos y desheredados. Nos parece que la desgracia sólo cae sobre nosotros, pero como la vida del Espíritu tiene su principio, porque no hemos vivido toda la eternidad, el pago de nuestras deudas debe ser cumplido, y durante ese tiempo, nuestros espíritus protectores nos darán aliento. Probablemente ya no haremos daño, únicamente sufriremos las consecuencias de nuestro pasado con más o menos paciencia, con más o menos resignación. Como no aumentaremos mucho nuestras culpas, porque el viejo soldado, lleno de heridas aunque quiera no puede ser un nuevo combatiente, llegará un día, que nuestro Espíritu cansado, fatigado, rendido de tanto sufrir y de tanto luchar, reposará un momento, coordinará sus recuerdos, verá que vivió ayer, comprenderá que vivirá mañana y exclamará con noble sentimiento: “Dios mío, quiero servirte, quiero ser tu más humilde instrumento, quiero ser grande, quiero ser bueno, quiero ser la luz de la verdad y la antorcha de la razón”. Y entonces sentirá un placer tan inmenso al contemplar su primera existencia de regeneración, que se creará el ser más afortunado y más feliz de este mundo”.

¡Feliz el Espíritu que sufre resignado todos sus dolores, porque al dejar la Tierra, tendrá un hermoso despertar!

Hay malos sacerdotes y malos espíritas porque son víctimas de sus deseos materiales y de sus ambiciones, y el hombre debe ser superior a todos sus vicios, que para eso Dios le ha dotado de inteligencia.

Las religiones todas son sublimes en su teoría, pero pequeñas y absurdas en su práctica, necesitan dignos representantes, verdaderos practicantes, y éstos, desgraciadamente, escasean, porque no todos los espíritus vienen a la Tierra dispuestos a progresar; la mayor parte vienen a vivir, es decir, a pasar el tiempo. No tienen prisa en adelantar, porque la indiferencia es el estado habitual del Espíritu, hasta que no ha sufrido mucho. Pero cuando el hombre cae y se hiere y vuelve a caer y se hace más honda su herida, cuando su ser es una llaga cancerosa entonces no se viene a la Tierra por pasatiempo. Se viene a trabajar, a instruir, a luchar, no precisamente con los hombres, sino con uno mismo; y yo comprendí que vine a luchar conmigo mismo. Yo sé que el Espíritu vive siempre, no en los cielos, ni en los infiernos de las religiones positivas, debe vivir en los innumerables mundos que podemos contemplar en las noches silenciosas, que nos dicen que en esas lejanas regiones, el raudal de la vida tiene su fuente. En una gota de agua, igual que en un planeta, hay seres que se agitan, que viven y se aman.

Yo quiero luchar ahora con mis imperfecciones para vivir mañana, no me interesan los honores, los bienes materiales, los afectos impuros, todo esto se queda aquí, y para la eterna vida del Espíritu, no se consigue adquirir nada. Y yo soy más ambicioso que todo eso, quiero al dejar la Tierra, llevarme algo que pueda ser de utilidad para mi Espíritu.

Dios crea al hombre y le deja dueño de sí mismo; el progreso es la ley eterna y los espíritus progresarán cuando la experiencia les enseñe que el mal es la sombra, y el bien es la luz. Los espíritus son los intermediarios entre los hombres y Dios; porque yo no personalizo a Dios, creo que Dios es el alma de los mundos, y no puede tener la forma que la ignorancia le ha querido dar. Yo veo a Dios en la creación, le siento en mi conciencia, le adivino en mi aspiración a un más allá, quiero vivir en Él y que Él viva en mí; pero no me habla, es como el Sol, me da la luz, me da el calor y me da la vida, de este modo comprendo yo a Dios.

Los hombres aún tardarán mucho tiempo en comprender que cada ser se tiene que engrandecer por sí mismo, no somos salvados por la gracia, no. Jesucristo no vino a salvarnos, vino únicamente a recordarnos nuestro deber. Murió para inmortalizar su recuerdo, para dejar grabadas en la mente de la humanidad, las sentencias de su Evangelio. Y fue tal la magia de su doctrina, que las generaciones que le siguieron le aclamaron (erróneamente) como primogénito de Dios, y aún creyeron que en unión de su divino Padre regía los destinos del Universo.

Los hombres en su ignorancia, se juzgaron redimidos por haberse derramado la sangre de un inocente. ¡Ah! Si por el derramamiento de sangre vertida injustamente, se salvara la humanidad, los terrenales podríamos estar seguros de vivir en un paraíso. Pero no, nadie se salva por el sacrificio de otro; cada uno tiene que ganarse su redención, y pagarla con buenas obras, con grandes sacrificios, olvidando las ofensas, compartiendo y ayudando al más débil. Cada cual se crea su patrimonio, y por ínfima que sea la clase del hombre, cuando éste quiere engrandecerse, llega a ser grande, muy grande si se compara relativamente con su pasado.

Querer es poder. ¡La vida, la grandeza de la vida, no es un mito! Lo que necesitamos es voluntad, porque un alma fuerte no se abate por las dificultades, ni se vende por ningún precio.

El precepto divino siempre es grande, y todas las religiones fueron creadas para pacificar y armonizar las razas y los pueblos; sus representantes han tenido en sus manos la felicidad de este mundo, pero han sido hombres sujetos a deseos, a debilidades, se han dejado seducir, han cedido a la tentación, y pocos, muy pocos han sabido cumplir con su deber. Pero un día llega ese instante decisivo en el cual, el Espíritu cansado de sufrir, decide cambiar el rumbo, porque ya está acribillado de heridas; ya no puede más, y dice: “Señor quiero vivir”.

Como querer es poder, el Espíritu empieza a dominar sus pasiones, emplea su inteligencia en un trabajo productivo al servicio del mundo espiritual, y allí comienza su regeneración; pero debemos recordar siempre que nunca estamos solos, que los invisibles nos rodean y estamos siempre expuestos a sus asechanzas. No debemos creer que los que hoy vivimos en paz, siempre hemos vivido así, no; nuestro Espíritu ha tenido otros cuerpos, y nuestra tranquilidad de hoy, tiene su base en el dolor de ayer. No somos viajeros de un día, somos viajeros de muchos siglos, por esto no podemos rechazar a los que caen, porque... ¡Quién sabe las veces que nosotros hemos caído!

Se acostumbra a decir, que a la Tierra se viene a llorar, yo digo lo contrario; en la Tierra se puede ser feliz y se puede sonreír, y yo así lo hago. Y por cierto, que a lo largo de mi vida, he vivido situaciones que no eran oportunas para considerarse feliz ni por un momento, pero nunca me he sentido desgraciado ni vencido, porque cuando un Espíritu cumple con su deber, sabe enfrentar las situaciones difíciles con valentía y las desgracias con serenidad.

Hace mucho tiempo, no habiendo cumplido todavía los cuarenta años, y cuando hacía ocho que había conocido el Espiritismo, tuve una gravísima enfermedad renal, que en aquella época tenía muy pocas posibilidades de sobrevivir después de una peligrosa y necesaria intervención quirúrgica; esta

enfermedad ya la venía sufriendo anteriormente durante seis meses, con tratamientos que desgraciadamente fueron inútiles. Mi situación se fue agravando hasta el momento en que el único recurso posible era la operación. Fue entonces, en ese momento de inmensa tristeza, pero sin desesperación, y tres días antes de ingresar en el hospital, que en el momento de mis oraciones, me dirigí a Jesús diciéndole: “Señor, tú eres nuestro amigo, nuestro guía y nuestro maestro, y con toda humildad te pido, que me des una nueva oportunidad, porque quiero ser un servidor tuyo, el más humilde de todos; dame un trabajo que esté al alcance de mis facultades y yo te serviré todos los días hasta el fin de mi vida”. No ingresé en el hospital, al día siguiente me hice nuevas radiografías por cuenta propia, descubriendo que mis riñones estaban en perfecto estado, tal y como están hoy 45 años después.

Así fue como empezó mi trabajo divulgativo, desde aquella fecha asumiendo un compromiso con nuestro amado Jesús, el cual he cumplido hasta el día de hoy y lo seguiré haciendo hasta el final de mi vida. Esto no ha supuesto un sacrificio para mí, con el Espiritismo encontré la luz que yo tanto buscaba, y dio un nuevo y feliz rumbo a mi vida, y ahora siento una inmensa felicidad transmitiendo este conocimiento consolador, a todos mis hermanos que lo necesitan.

Hoy con 85 años y un cuerpo enfermo, nuevamente hago un pedido a mi buen Jesús diciéndole: “en ti confío Señor, empecé a vivir amándote, y deseo morir practicando el bien en tu nombre. ¡Ayúdame como siempre lo has hecho Señor! Déjame terminar mi existencia cumpliendo el deber que me impuse cuando me ofrecí a ti. Permite Jesús que más allá de la muerte y de la vida, pueda continuar siendo el más pequeño, el más humilde de tus servidores”.

Acabo mi trabajo con este prólogo, que completa la selección de los seis libros que contienen lo mejor de los escritos de Amalia Domingo Soler, Espíritu amigo, y que yo tanto quiero, porque durante los últimos doce años de mi vida, me ha utilizado como instrumento para realizar un trabajo tan grande, siendo mi Espíritu tan pequeño. Siempre he sentido su ayuda y su presencia cuando la he necesitado y una vez más le doy las gracias y pido disculpas por no haber sabido realizar mejor mi trabajo.

También quiero despedirme de mis queridos lectores, que durante 40 años me han apoyado y me han dado tantas muestras de cariño.

¡Que la paz de Nuestro Señor nos fortalezca a todos y que su luz nos ilumine!

*José Aniorte Alcaraz  
Octubre de 2005*

## **CAPÍTULO I**

### **DEUDAS DEL AYER**

Un espiritista de Buenos Aires me escribió hace pocos días enviándome el recorte de un periódico, diciéndome: “Que tenga a bien pedir al guía de mis trabajos, si le es posible explicarnos por qué ese joven, por casarse se volvió ciego voluntariamente; si se hubiera suicidado, ni siquiera le hubiese enviado el suelto, porque en un momento de locura se puede atentar contra la existencia; pero, en cambio, este caso es digno de estudio y creo que su explicación será muy provechosa”.

El suelto dice así:

**UN SACRIFICIO POR AMOR.** –Los periódicos italianos dan cuenta de un suceso verdaderamente extraordinario ocurrido recientemente en Palermo.

Un joven de la buena sociedad de aquella población, se enamoró de una señorita ciega perteneciente también a lo más florido de la sociedad palermitana.

La ciega, muy buena y muy hermosa, estaba dotada de un Espíritu elevado y de una inteligencia nada vulgar.

El joven, llamado Ernesto Barini, visitaba con gran frecuencia la casa de la ciega, acabando por declarar a la joven su pasión.

Rosa Venelli, que según *Il Pópolo*, de Nápoles, tiene diecisiete años y cuya enfermedad incurable es la gota serena, enamorada también de Ernesto, como los ciegos pueden enamorarse, por el timbre de la voz y la mayor o menor delicadeza de sentimientos que el lenguaje revela, hubo de negar su correspondencia amorosa al apasionado pretendiente.

Insistió éste una y otra vez en sus aspiraciones, sin obtener resultado favorable y sin lograr que Rosa explicara los motivos de su insistente oposición para aceptar las relaciones; mas tan grande fue la tenacidad del galanteador, que por fin la ciega descubriendo el secreto, dijo:

–Yo no me atrevo a corresponder al amor que usted me ofrece, porque como mis ojos carecen de luz, es lo más probable que, cuando usted menos piense, se sienta deslumbrado por otras pupilas, ya que las mías no pueden deslumbrarle.

–¿Es ésa la sola causa de su negativa? –Preguntó Ernesto.

–La única –respondió Rosa.

A la madrugada del siguiente día, Ernesto salió al campo y se tendió en la hierba, de cara al Oriente, y cuando el disco enrojecido del Sol empezaba a levantarse en el horizonte, Ernesto fijó en él sus ojos.

Así permaneció hasta las doce, sin apartar la vista del astro.

Cuando se levantó, ante sus pupilas, que lloraban enrojecidas, flotaban grandes masas de sombras.

Repetida la misma operación al otro día, el atentado se consumó por completo: la ceguera se había apoderado de la retina de Ernesto.

Entonces, como lo que era, ciego, se dirigió a tientas a la casa de Rosa, y tomándole la mano le dijo:

–Ya soy ciego como usted. ¿Quiere usted aceptarme por esposo?

La ceremonia nupcial se ha celebrado con gran pompa, y el suceso es el tema de todas las conversaciones en la patria de Dante.

Los jóvenes de Palermo, queriendo significar su admiración a este mártir del amor, le han obsequiado con originales y ricos presentes al pie de los cuales figuran sentidas dedicatorias.

Probablemente el caso de Ernesto Barini, por el valor que causa, por lo abnegado, por lo grande que es en sí, no tiene ejemplo en la historia de los sacrificios realizados en aras del amor. Se comprende hasta la entrega de la vida, pero la inmersión voluntaria en las tinieblas eternas, el desplome tácito en la noche sin aurora, la caída reflexiva en el espantoso mundo de la negrura, no, no tiene adjetivo que pueda expresar el heroísmo que encierra la acción llevada a cabo por el joven palermitano.

Confieso ingenuamente que me ha causado profunda impresión la lectura del anterior relato, porque como dice muy bien el periodista italiano, se comprende muy bien la entrega de la vida en un momento de desesperación, pero la inmersión voluntaria en las tinieblas eternas es superior a todos los sacrificios realizados en aras del amor, y deseando aclarar este amoroso misterio, he preguntado al guía de mis trabajos, obteniendo la comunicación siguiente:

“Comprendo el asombro que os ha causado a todos la heroicidad de Ernesto Barini, Espíritu que ha entrado en el camino del adelanto y que tiene una conciencia tan purificada que no le duelen prendas para cumplir con su deber”.

“En su anterior encarnación, no era Ernesto tan bueno como ahora; se enamoró de una hermosa joven, pidió su mano, se comenzaron los preparativos de la boda y él, antes de celebrar su enlace, emprendió un viaje relacionado con sus intereses comerciales, en tanto que su prometida arreglaba sus galas de desposada. Una tarde salió ella con su familia al campo para visitar una quinta de su propiedad en la que pensaba pasar su noche de boda, y cuando estaban todos ultimando el decorado de la cámara nupcial, se cubrió el cielo de negras nubes, rugió el trueno y cayó un rayo en el gran comedor de la

quinta, causando muchos daños, mas sin ocurrir desgracias personales. Las señoras se desmayaron y la heroína de la fiesta, la hermosa joven que miraba ruborizada su lecho de novia, también cayó al suelo lanzando un grito aterrador, y cuando pasó el hecho, vio su familia con espanto que la gentil Adelina tenía los ojos desmesuradamente abiertos, pero sin vida: ¡Se había quedado ciega!”...

“La ciencia fue impotente para devolverle la vista, y cuando su prometido volvió, quedó aterrado al ver a Adelina, pues no parecía la misma, dado que los ojos le habían quedado tan abiertos, enrojecidos siempre por el llanto, y su rostro tenía una expresión tan dolorosa que no se la podía mirar sin sentir una angustia indefinible. Ernesto se espantó de tal modo, que huyó despavorido, sin dirigirle a su prometida una palabra de consuelo. Adelina comprendió enseguida que su prometido no se casaría con ella, y no se engañó. Ernesto abandonó la ciudad, escribiendo antes al padre de Adelina, pidiéndole perdón por no tener valor para unirse con su hija, y que, aunque deploraba lo ocurrido, le era imposible vivir unido a una mujer que era el símbolo del dolor, a la que no podía mirar sin sentir una verdadera desesperación”.

“El padre de Adelina trató de ocultar a su hija la resolución de Ernesto, pero ella le dijo: Padre mío, quiero saberlo todo, esta incertidumbre me mata, quiero la realidad, todo es preferible a la duda que me atormenta. Entonces su padre le leyó la carta y Adelina lloró amargamente diciendo: he perdido la luz de mis ojos y la luz de mi alma; ahora sí que viviré en la sombra; pero su martirio no duró mucho tiempo, se fue consumiendo lentamente y murió sin exhalar una queja, encargando a sus padres que averiguaran donde estaba Ernesto y que le escribieran diciéndole que le perdonaba de todo corazón”.

“El desolado padre cumplió religiosamente la última voluntad de su hija, y Ernesto al recibir la noticia de la muerte de Adelina, lloró amargamente, mucho más cuando leyó: Me encargó mi hija al morir que os hiciera saber que os perdonaba de todo corazón. En honor de la verdad, Ernesto vivía muriendo desde que huyó de su prometida; en ninguna parte estaba contento y la sombra de la pobre ciega le perseguía por todas partes, la veía en sus horas de sueño y de vigilia, y tenía momentos en que temía perder la razón. Así es que su malestar aumentó al enterarse de su muerte. Sintióse tan pequeño y tan humillado ante su inocente víctima, murió al poco tiempo muy contento de ello, porque creía que en la tumba quedaba sepultado el todo de nuestro Ser. Mas, ¡cuál fue su asombro cuando se encontró en el espacio con Adelina!, Siendo ella la que le hizo despertar, haciéndole comprender su verdadero estado. Ernesto entonces le ofreció seguirla eternamente y ser su esclavo, hasta borrar con su sacrificio el horrible tormento que le había causado, pero ella le

contestó: Tal vez, con el transcurso de los siglos, un día nos podamos unir, pero por ahora será imposible, porque yo he de volver a la Tierra repetidas veces para quedarme ciega; porque yo he dejado a muchos hombres sin luz en sus ojos cuando era dueño y señor de muchos vasallos; yo no imponía la pena de muerte, pero en cambio le quemaba los ojos a mis súbditos rebeldes, con hierros candentes; y cuando perdí mis hábitos de ferocidad, dejaba ciegos a los pájaros para que cantaran en mis jardines y me recrearan en mis horas de aburrimiento, y como he de vivir ciega, tengo el íntimo convencimiento de que rechazaré tus protestas de amor, porque recordaré vagamente el tormento que he sufrido”.

“Ernesto y Adelina volvieron a la Tierra, y Adelina es la joven Italiana que rechazó a su amado, temiendo que él le fuera infiel, y Ernesto, arrepentido sinceramente de su crimen de ayer, se propuso demostrar a Adelina su verdadero arrepentimiento, perdiendo voluntariamente la luz de sus ojos para vivir al lado de su víctima de ayer. Ernesto es un Espíritu que ha dado un paso gigante, no se puede pedir más, no cabe mayor sacrificio, ha perdido lo más bello, lo más necesario para la vida, sólo por demostrar su amor y su arrepentimiento a la que generosamente ayer le perdonó su infame proceder”.

“Ernesto es un Espíritu decidido, es un alma bien templada, se ha propuesto ser grande y ha dado el primer paso. Querer es poder. Adiós”.

Es verdaderamente interesante la comunicación que he obtenido; si todos los culpables tuviéramos el valor suficiente para borrar con nuestros actos heroicos los crímenes cometidos ayer, la Tierra sería dentro de poco un verdadero paraíso, ¡pero los sacrificios cuestan tanto! Que vamos dejando para mañana el saldo de nuestra larga cuenta.

## CAPÍTULO II

### ¡CUÁNTOS HORRORES!

En nuestra época, una de las pasiones dominantes de los hombres pensadores es la lectura; vivir sin leer sería vivir sin aire, sin luz, sin cielo, sin ese alimento del alma que ya Jesús juzgaba necesario cuando dijo: “no sólo de pan se alimenta el hombre”.

Nosotros desde la edad de diez años, sentimos esa necesidad imperiosa de recibir impresiones por medio de la lectura; muchas lágrimas hemos derramado por la muerte más o menos desastrosa de las heroínas de las novelas (eran nuestros libros favoritos).

Pasó nuestra juventud, y con ella nuestra afición a las obras que contaban tragedias espantosas; quizá porque con el transcurso de los años habíamos sido actores en el drama de la vida, y habíamos vertido amargo llanto al apurar el cáliz de los desengaños; por esto tal vez fuimos avaros de nuestras lágrimas y no quisimos derramarlas sino para que sirvieran de benéfico rocío a las flores marchitas de nuestras ilusiones juveniles. Lecturas filosóficas atraieron nuestra atención, y en ellas encontró nuestro Espíritu un lenitivo a su profunda pena, un calmante de su dolorosa ansiedad, una razón, una causa justificada de su infortunio, de su abandono, de su tristísima soledad.

Especialmente en las obras de Allan Kardec, encontramos el agua de la salud; en ellas nuestra alma calmó su sed; y mucho es encontrar en la Tierra el manantial purísimo de la verdad. Pero no hemos tenido bastante con la lectura de las obras espiritistas, leemos diariamente dos o tres periódicos políticos, porque los periódicos forman parte del alimento que necesita el alma. Confesamos ingenuamente que si después del desayuno no leemos los periódicos, nos parece que no nos hemos alimentado; a pesar de que la mayor parte de los días, al terminar nuestra lectura, decimos con profundo desaliento: —¡Cuántos horrores! ¡Qué triste es habitar en este mundo! ¿Cuándo saldremos de él? ¿Cuándo nuestro progreso nos permitirá vivir en otro planeta donde las expiaciones no sean tan horribles? Donde no haya espíritus merecedores de sufrir torturas tan espantosas, que sólo al pensar en ellas se estremece nuestro ser, sintiendo una sensación inexplicable, indefinible; sólo podemos decir que es inmensamente doloroso; porque nos conmueven, no son imaginarios como los de las novelas; son reales, efectivos, y ante la verdad nuestro temor aumenta; porque no sólo nos preocupan y nos lastiman los efectos que vemos, nos espanta mucho más aún, las causas que los deben haber producido; y ante una humanidad tan miserable se subleva nuestro Espíritu, y después... después

cae en el abatimiento más profundo; porque recordamos el antiguo adagio: dime con quién andas, y te diré quién eres.

Cuando aún estamos entre ellos, cuando nuestra existencia actual ha sido tan pobre, tan intensamente triste, cuando miramos al pasado y sólo vemos una lucha incesante entre nuestro Espíritu y la fatalidad de nuestra expiación: contemplamos el presente y nos consideramos como un ser que vive fuera de su centro, sin familia, sin poseer un átomo de tierra, faltándole en gran parte uno de los dones más preciosos que embellecen la existencia en este planeta ¡la vista! Cuando miramos al porvenir, si no nos espanta, tampoco nos alegra, y con triste ironía nos preguntamos, qué habrán sido esos desgraciados que tanto han tenido que sufrir en esta encarnación, y nosotros ¿qué habremos sido? Cuántos hogares habremos abandonado, cuando la soledad del alma ha sido nuestro patrimonio. Hablándonos, decimos a los espíritus, descorred el velo que oculta nuestro pasado. Pero no, no; callaos por piedad; si sufrimos cuando recordamos los desaciertos cometidos en esta existencia, si cuando en nuestros sueños contemplamos confusamente algo de nuestro ayer, y leemos a medias una página de nuestro pasado, nos despertamos abatidos, humillados, avergonzados de nosotros mismos. ¿Qué sería si leyéramos en el libro de nuestra historia algunos capítulos? ¡Ah! No, nos basta por ahora con deducir lo que fue el pasado, por las amarguras del presente; y para olvidarnos de nosotros mismos, pensamos en los demás, estudiamos en otras historias, vivimos consagrados al estudio de las miserias humanas, medimos el hondo abismo de las pasiones, y a semejanza de los guías que toman los viajeros, para que les avisen donde están los abismos al recorrer los países de las nieves, con sus aludes y sus ventisqueros, así nosotros por medio de la prensa espírita decimos a todos aquellos que quieren leer nuestros sencillos escritos:

No hay desgracia que no tenga su historia; no hay crimen sin castigo; no hay ambición desmedida sin humillación y pobreza; no hay burla que no atraiga sobre sí el ridículo; ni buen deseo sin recompensa de gran valía, ni sacrificio que no sea tenido en cuenta; ni leal consejo que no sea pagado con prudentes advertencias. La vida no es otra cosa que sembrar, cultivar y recoger, si se siembra malas intenciones, y se cultivan crímenes ¿qué cosecha se recogerá? El castigo, la condena de cierto número de años o de siglos según el tiempo que se haya cultivado la heredad de la infamia; en cambio, el que siembra buenos deseos, el que cultiva el árbol del progreso, el que verdaderamente ama a la humanidad, ¿qué frutos recogerá? El agradecimiento de los humildes, la admiración de los sabios, y el cariño de todos aquellos que se interesan por sus semejantes.

He aquí nuestra enseñanza, he aquí el trabajo que venimos haciendo hace más de 15 años, ayudados poderosamente por muchísimos espíritus, que

con sus inspiraciones nos alientan y nos guían por la senda del progreso. Los espíritus indudablemente son nuestros más fieles amigos, los que con un desinterés desconocido en la Tierra, ilustran nuestro entendimiento y procuran hacer útil el último tercio de una existencia que hubiera sido completamente improductiva sin sus inspiraciones, como son todas las de los seres que viven solos, pobres, pagando ojo por ojo, y diente por diente, como nos sucede a nosotros; que hemos contado las horas de nuestra vida por las decepciones que hemos sufrido. ¡Ah! Si no hubiera sido por la comunicación de los espíritus hubiéramos sido tan desgraciados, que nos espanta pensar en nuestra inmensa desventura, si la Providencia no nos hubiera concedido el podernos comunicar con los espíritus; pero hablando con ellos, estando en relación con los seres de ultratumba, nuestros días se nos hacen breves como las horas de la felicidad; leemos, estudiamos, comentamos y preguntamos la causa de esas expiaciones tan horrorosas que tanto nos impresionan.

El dolor indudablemente es el libro de texto de la humanidad; en sus múltiples hojas se aprende más que en todas las bibliotecas de este mundo; los espíritus son los traductores de ese gran poema titulado Historia Universal. Últimamente hemos leído la breve descripción de un suicidio, de una causa criminal y de un alumbramiento, y en los tres sucesos hemos hallado circunstancias tan agravantes, y datos tan dignos de ser profundamente estudiados, que después de leerlos cien veces, hemos dicho a los espíritus que más nos inspiran y ayudan en nuestro trabajo:

–Amigos y compañeros invisibles, vosotros que veis nuestra sana intención, que no es otra que demostrar con hechos palpables lo malo que es ser malo, y lo bueno que es ser bueno, dadnos alguna explicación más o menos concreta, más o menos explícita de las causas que han producido los dolorosos efectos que tan tristemente nos han impresionado; escuchad la relación de un suicidio ocurrido en París cuyos detalles horrorizan.

El suicida era un anciano de ochenta y dos años llamado Francisco Bettiguiés. Para llevar a cabo su desesperado propósito, se colocó delante de la chimenea de su habitación, se desnudó completamente y se abrió el vientre con un cuchillo; verificada esta terrible operación, introdujo el cuchillo en la herida, cortó parte de las entrañas y las arrojó al fuego.

El desgraciado Bettiguiés había colocado cuidadosamente a sus pies, varios paños para que no se manchara de sangre el pavimento.

Dejó escrita una carta con lápiz, que se halló sobre la mesa, concebida en estos términos: “El comisario de policía encontrará en mi casa seis mil francos. Pido perdón a Dios”.

¿No es verdad que es horrible ese modo de morir?

La miseria no le atormentaba, que es uno de los motivos más

desesperantes que inducen al hombre a terminar sus días; su edad avanzada no era la más a propósito para tomar semejante determinación, más propia del ardimiento de la edad viril, que del decaimiento de un octogenario. ¿Qué móvil tan poderoso pudo armar su brazo?

“El estricto cumplimiento de una ley justa, nos dice un Espíritu. El que merece ser castigado, cuando nadie le castiga, se castiga él mismo; la historia de la Tierra está escrita con sangre, y encierra en sus páginas tantos horrores, tantos alardes de crueldad, tal refinamiento en la ferocidad; se ha agudizado tanto el entendimiento para inventar instrumentos de tortura, que si fuerais a pagar ojo por ojo y diente por diente, se enfriaría el Sol que vivifica vuestro sistema planetario, antes que los terrenales hubieran saldado sus cuentas”.

“Ese desgraciado, que tuvo él mismo que arrancarse parte de sus entrañas, se ha complacido durante muchos siglos en descuartizar a sus siervos, embreando a sus esclavos para que les sirvieran de antorchas en sus desenfundadas saturnales; y necesario era que él mismo se atormentara algunos segundos, ya que su actual progreso le había salvado de las garras de la justicia”.

“Habéis puesto buen epígrafe a vuestro escrito. ¡Cuántos horrores!... decís con doloroso estupor. ¡Ah! No lo sabéis bien; del horroroso incendio no veis más que las muertas cenizas, pasó la tempestad, y sólo las brisas primaverales mueven las frondas de vuestro bosque; seguid preguntando y os iremos respondiendo”.

Gracias buen Espíritu, deseamos que nos digas algo sobre la terrible obsesión, o sea el poder que ejercéis sobre algunos seres, prueba de ello el hecho siguiente:

**“Una envenenadora.** –Los tribunales belgas emprenden un proceso cuya trágica criminal heroína merece ser conocida. Tratase de una joven de veintiún años llamada María Cleman, rubia, esbelta y bellísima, con la expresión cándida, inocente y casi infantil, a quien se sigue procesando por envenenadora, en los primeros interrogatorios negó los crímenes que se le imputaban; pero después ha confesado que ha envenenado a su padre en 1884; a su madre a principios del actual, y a dos hermanos recientemente. Al preguntar el presidente del tribunal por qué envenenaba, dijo la acusada: porque no puedo evitarlo. Oigo voces en mi alma que me dicen que envenene. Algo hay dentro de mí que me obliga a hacer esto. Yo adoraba a mi madre, y cuando la veía sufría, día y noche me perseguía la misma voz diciéndome sin cesar: haz que duerma en paz; en la sepultura se descansa”. Busqué veneno y se lo mezclé en los alimentos en cantidades pequeñas, hasta que murió. Creí morirme de pena por la muerte de mi madre, porque la adoraba, menos cuando esas voces interiores me hablaban. Por razones idénticas envenené a mi padre,

que no se encontraba bien tampoco, y después esa implacable voz de mi Espíritu me dijo que envenenara a mis hermanos, y los envenené”.

Buen caso para los médicos aficionados a los estudios frenopáticos dice el periodista que escribió el suelto anterior, y buena ocasión decimos nosotros para que un espiritista entendido visitara a María Cleman, y hablara con el terrible enemigo que la llevará hasta el patíbulo o a una reclusión por toda su vida.

¿Qué nos dice a esto, buen amigo invisible, puede la obsesión dominarnos en absoluto?

“Cuando uno se quiere dejar dominar sí; cuando le agrada el compañero que se le ha unido, cuando no es uno refractario al ser que le inspira; porque no debéis olvidar que si durante la vigilia el Espíritu encarnado tiene una venda que le ciega, cuando el sueño deja en reposo la materia, el Espíritu libre de su pesada envoltura, ve claramente el abismo en que se encuentra, y no le faltan fieles amigos que le adviertan del peligro en que se halla, y le indiquen los medios para huir del precipicio. El Espíritu nunca está solo, nunca está abandonado a merced de su adversidad; tiene su libre albedrío para elegir el camino ancho, y el sendero estrecho, buscando como es lógico su centro de atracción. ¿Qué hacéis vosotros en la Tierra? ¿Por ventura, los mansos, los pacíficos, los sencillos de corazón, buscan la amistad de los pendencieros, de los alborotadores, y de la gente de mal vivir? No; huyen de sus tratos, asustados, recelosos, temerosos de recibir daño. Los sabios, los graves doctores, los que no tienen más Dios que la ciencia, ¿Eligen sus amigos en las masas ignorantes? No; para ellos los indoctos son cuerpos sin almas; fuera de las universidades y de las academias no encuentran espacio. Pues de igual manera los espíritus obsesores no imponen su voluntad sino sobre aquellos que se complacen en obedecerles; y aun cuando aquellos no estén predisuestos para cometer maldades; las ejecutan sin violencia, porque constituyen su modo de ser; y tened entendido que las malas costumbres echan raíces más profundas que las virtudes, en los espíritus ignorantes, viciosos, dóciles instrumentos de horribles venganzas, siendo su docilidad un vicio de los más repugnantes; son dóciles, porque son perezosos; porque no quieren andar más camino que el que están acostumbrados a recorrer; estos son los seres que se dejan obsesar, los que se alegran de tener quien piense por ellos, los que desconocen en absoluto el precioso e inestimable tesoro que llevan en su mente **¡la razón!** Los que se estacionan sin valorar el valor del tiempo, esos son los que se convierten en juguetes de otras voluntades, los que no quieren rechazarlas, los que viven en ese centro bajo perniciosas influencias”.

“La obsesión es un hecho indudable, muchos asesinos levantan el arma homicida obedeciendo a invisibles mandatos; pero cuando hay fuerza de

voluntad, cuando el Espíritu dice: quiero ser libre, llega a serlo; porque Dios no crea esclavos, no crea inteligencias para que sean instrumentos del mal. Tenerlo bien entendido, si vosotros **no queréis**, nosotros no podemos obligaros a ejecutar nuestros deseos”.

“Hay historias horribles en vuestro planeta; los crímenes se enlazan y se eslabonan sin que eso que llamáis casualidad tome parte en ello. Compadeced a los obsesados porque son muy infelices, persistiendo con su obediencia en seguir las huellas de sus crímenes anteriores”.

Estamos muy conformes con la opinión de este Espíritu; siempre hemos creído que las fuerzas de nuestra voluntad y el razonamiento de nuestra inteligencia, eran bastante para rechazar todas las malas influencias que se encuentren en el Universo; de no ser así, Dios sería injusto, habiendo creado un alma más débil que las demás, expuesta a caer en el abismo de la culpa, impulsada por el mismo Dios que la desheredó al nacer.

Otro suceso horrible llama nuestra atención:

Hace algún tiempo que murió cerca de Varsovia, una campesina de veintisiete años que se hallaba en cinta de seis meses. La muerte llegó inesperadamente sin que la precediera síntoma alguno de enfermedad. Sin embargo, como la difunta había sido a menudo maltratada por su marido, se sospechaba que este la había asesinado. Este rumor llegó a oídos de la autoridad, que inmediatamente hizo exhumar el cadáver. Pero ¡cuál sería la sorpresa de la comisión judicial y de todas las personas que asistieron a la exhumación, cuando al abrir el ataúd hallaron a los pies del cadáver de la mujer un niño muerto al nacer! Este niño había llegado a su completo desarrollo y venido al mundo en la tumba. En cuanto a la madre, se ha probado que había sido enterrada viva, habiendo sólo perdido el conocimiento, y que al despertar había dado a luz a su hijo en medio de sufrimientos atroces. Estos sufrimientos han sido revelados por la sangre que se había secado en los labios de la pobre mujer, por la lengua, que los dientes habían destrozado, y por los dedos de las manos que se veían crispados.

¡Qué sufrimiento tan horrible! ¿Qué causa pudo producir ese efecto?

“Fácil es de adivinar, (nos dice un ser de ultratumba) nadie sufre dolores y angustias de ese género sin haberlas hecho sufrir a otros”.

“¿Qué castigo merece la abadesa de un convento, rígida y tiránica hasta llegar a la crueldad más inconcebible, que habiendo entrado en un monasterio tropas enemigas, abusando estas de las esposas del Señor, algunas de ellas obedeciendo a las leyes naturales llegaron a ser madres y la abadesa antes de que dieran a luz, las emparedase y las alimentase con pan y agua hasta que dieran a luz, dejándolas después morir de hambre en castigo de su liviandad, a ellas y sus hijos ¿no es justo que sufra los mismos dolores la que fue tan

inhumana? Sí; por eso lo sufrió la campesina de Varsovia, porque abusó de su poder, porque martirizó sin piedad cuando era dueña y señora de muchas infelices alucinadas, que creyendo encontrar en un convento la paz de los ángeles, hallaron las torturas más horribles que se pueden soñar, el odio implacable de una mujer celosa. Apartad vuestra vista de esas escenas terribles, dejad a los muertos en su podredumbre, y buscad más ancho espacio para tender vuestro vuelo, vivid convencidos de que no hay culpa sin castigo. **¡Ay de los culpables!**”.

Es verdad; desgraciado de aquel que en las páginas de la historia se encuentra hechos que merezcan reprobación, porque tienen suspendida sobre su cabeza la espada que Damocles vio sobre la suya al ocupar el trono de Dionisio el Antiguo. Ya puede sonreírle la felicidad, ya puede estar rodeado de todos los placeres que pueda soñar la fantasía; en la copa de su dicha, llena del néctar de los dioses, caerá una gota de amarguísimo acíbar y quedará la ambrosía convertida en tóxico; por eso nuestro afán, no debe ser otro que procurar nuestra regeneración para quedar exentos de pecado, y entonces nuestra vida será dulce y reposada, tranquila y sonriente, sin recuerdos desgarradores ni presentimientos horribles.

¡Oh! Dulce paz del alma, ¡oh! Tesoro inapreciable, ¡tú eres la única riqueza que ambicionamos! El día que lleguemos a poseerte nos conceptuaremos completamente felices, pues aunque en la actualidad nuestro sueño es tranquilo, y en esta existencia no hemos cometido ninguno de esos crímenes que horrorizan su recuerdo, y que atraen sobre el culpable el castigo de la ley, nuestra profunda tristeza, la soledad íntima en que hemos vivido (y vivimos aún), las innumerables contrariedades que nos han atormentado, todo en fin, indica, que somos uno de los muchos espíritus que no le han concedido valor al tiempo, que han perdido muchos siglos en frivolidades, y ahora se encuentran pobres en ciencia y en virtud.

Somos muy pobres, sí; no se nos oculta nuestra pequeñez moral e intelectual; pero hemos despertado de nuestro sueño y con verdadera decisión queremos recuperar el tiempo perdido.

Queremos ser grandes, sabios y buenos; ¿llegaremos a serlo? Sí; porque querer es poder.

### **CAPÍTULO III**

#### **LA CIENCIA Y LA RELIGIÓN**

En Dios todo es inmutable. En Él no hay nada sujeto a mudanza; su poder y su soberanía son la fuerza eterna que sostiene el admirable equilibrio de los mundos de la órbita que cada globo se traza en su rotación alrededor del Sol.

Y esa causa primera; ese principio de todo lo existente, ese motor que hace funcionar todas las leyes de la naturaleza; ese corazón inmenso que palpita en la creación; ese algo que sentimos que admiramos, pero que en realidad aún no comprendemos, ¿es posible que las religiones lo reduzcan a proporciones verdaderamente microscópicas, y le den la forma de un ser como un simple mortal? ¡No! ¡Esto bien considerado, es un absurdo teológico de primera magnitud! ¡Y luego quieren asegurar que las religiones se apoyan en la ciencia! Si en la ciencia se apoyaran, algo lógico serían sus argumentos, algo más razonables sus proposiciones, algo más grande y más sublime sus aspiraciones, y más elevado y desmaterializado el ideal de su fe.

Las religiones han creado sus dioses, pero están muy lejos de poder definir lo que es Dios. Por desgracia de la humanidad, la religión y la ciencia no han mantenido buenas relaciones, las dos han sido adversarios, la una de la otra, aunque en el fondo muchas veces las dos han hecho la misma negación; porque las religiones han forjado sus dioses desconociendo a Dios, y la ciencia ha querido en diversas ocasiones decir la última palabra sin recordar en su arrogancia, que la sabiduría en absoluto, sólo la posee Dios.

En nuestra época, afortunadamente, es cuando parece que se han aliado la ciencia y la religión, y comienzan a verse los resultados de esa unión necesaria para el progreso: dice Kardec sobre la alianza de la ciencia y la religión en su Evangelio según El Espiritismo. Capítulo 1, párrafo 8 y sucesivos.

“La ciencia y la religión son las dos palancas de la inteligencia humana; una revela las leyes del mundo material, y la otra las leyes del mundo moral; pero teniendo una y otra el mismo principio, que es Dios, no pueden contradecirse; si una es la negación de la otra, una tiene necesariamente razón y la otra no, porque Dios no puede querer destruir su propia obra. La incompatibilidad que se ha creído ver entre estas dos órdenes de ideas, se debe a una falta de observación y el sobrado exclusivismo de una y otra parte; de esto se ha seguido un conflicto, del que han nacido la incredulidad y la intolerancia”.

“Han llegado los tiempos en que las enseñanzas de Cristo deben recibir

su complemento; el velo echado a propósito sobre algunas partes de esas enseñanzas, debe levantarse; en que la ciencia cesando de ser exclusivamente materialista debe tomar en cuenta el elemento espiritual; y en que la religión, cesando de desconocer la leyes orgánicas e inmutables de la materia, apoyándose una en la otra y marchándose estas dos fuerzas de concierto, se prestan mutuo apoyo. Entonces la religión, no siendo ya desmentida por la ciencia, adquirirá un poder indiscutible, porque estará conforme con la razón y porque no podrá oponérsele la irresistible lógica de los hechos”.

“La ciencia y la religión no han podido entenderse hasta hoy, porque mirando las cosas desde su punto de vista exclusivo, se rechazaban mutuamente. Faltaba algo para llenar el vacío que las separaba, un lazo que las aproximase; este lazo consiste en el conocimiento de las leyes que rigen el mundo espiritual y sus relaciones con el mundo corporal, leyes tan inmutables como las que regulan el movimiento de los astros y la existencia de los seres. Una vez patentizadas estas relaciones por la experiencia, se hace una nueva luz; la fe se ha dirigido a la razón, la razón no ha encontrado nada ilógico en la fe y el materialismo ha sido vencido. Pero en esto como en todo, hay personas que se quedan rezagadas, hasta que son arrastradas por el movimiento general que les aplasta, si quieren resistir en vez de entregarse a él”.

“Es una verdadera revolución moral la que se opera en estos momentos y en ella trabajan los espíritus; después de haberse elaborado durante más de dieciocho siglos, toca a su cumplimiento y va a marcar una nueva era para la humanidad. Las consecuencias de esta revolución son fáciles de prever; deben de introducir en las relaciones sociales, inevitables modificaciones y no está en el poder de nadie el oponerse a ellas, porque entran en los designios del Todopoderoso y son consecuencias de la ley del progreso que es una ley de Dios”.

“La revolución que se prepara es más bien moral que material; los grandes espíritus, mensajeros divinos, inspiran la fe para que todos vosotros, operarios esclarecidos y ardientes, hagáis oír vuestra humilde voz; porque vosotros sois el grano de arena, y sin granos de arena no habría montañas. Así pues, que esta expresión: “somos pequeños”, no tenga sentido para vosotros. A cada uno su misión, a cada uno su trabajo. ¿No constituye la hormiga el edificio de su república y los animalitos imperceptibles no levantan acaso continentes? La nueva cruzada ha empezado; apóstoles de una paz universal y no de guerra, San Bernardos modernos, mirad y marchad adelante: la ley de los mundos es la ley del progreso”.

¡Qué hermosa ley! Por ella no será un mito la fraternidad universal, por ella se convencerán los hombres que el que rinde culto a la ciencia, se honre a sí mismo.

¿Quién no habrá contemplado los innumerables encantos de la naturaleza? El que no se haya acercado al telescopio para admirar los mundos de nuestro sistema solar, y no haya mirado por el microscopio el mundo de lo infinitamente pequeño, no habrá estudiado el orden admirable, el desarrollo vital de las especies infusorias, no habrá visto germinar la vida en todos los confines del Universo; será un Espíritu que habrá vivido sin vivir, que habrá permanecido estacionado, porque sabiendo mirar en la creación, es imposible que no sienta vibrar intensamente su alma.

¡Cuán dice Allan Kardec en su filosofía, hablando de los atributos de la divinidad!

La inferioridad de las facultades del hombre no le permite comprender la naturaleza íntima de Dios. En la infancia de la humanidad el hombre lo confunde a menudo con la criatura cuyas imperfecciones le atribuyen; pero a medida que se desarrolla en él el sentimiento moral, su pensamiento penetra en el fondo de las cosas, y de ellas se forma una idea más justa y más conforme a la sana razón, aunque siempre incompleta.

Y tan incompleta como es todavía la idea que los hombres se forman de Dios, con especialidad las escuelas puramente religiosas.

Confesamos ingenuamente que ese Dios tan al alcance de nuestros sentidos, lo rechaza nuestra razón, y estamos mucho más conformes con la idea de Dios que tiene formada la escuela espiritista, y su modo de comprender la Providencia lo encontramos muy razonable.

Vemos lo que dice Kardec en su Génesis capítulo II, párrafo 20, y sucesivos:

“Por providencia se entiende el amor de Dios a todas sus criaturas. Dios está en todas partes, lo ve todo, preside a todo, aun a las más pequeñas y al parecer insignificantes cosas. En eso consiste la acción providencial”.

Para abrazar en su amor a todas sus criaturas, no tiene necesidad Dios de bajar sus ojos de lo alto de la inmensidad; para que nuestras peticiones sean oídas, no es necesario que traspase el espacio ni que sean recitadas en voz sonora; porque estando en nosotros, nuestros pensamientos repercuten en Él, como los sonidos de una campana hacen vibrar todas las moléculas del aire ambiente.

Lejos de nosotros el pensamiento de materializar a la divinidad: la imagen de un fluido inteligente, universal; no es evidentemente más que una comparación que nos parece propia para dar una idea más justa de Dios, que las imágenes que lo representan bajo forma humana, ni tiene otro objeto que el de hacer comprender la posibilidad de que Dios está en todas partes y todo lo ocupa.

Nosotros comprendemos el efecto, y ya es mucho, del efecto subimos a

la causa, y juzgamos su grandeza por la del efecto; mas su esencia íntima nos es desconocida, como nos sucede con la causa de multitud de fenómenos. Conocemos los efectos de la electricidad, del calor, de la luz, de la gravitación y los calculamos, aun cuando no conocemos la naturaleza íntima del principio que los produce. ¿Será pues, racional negar el principio divino, porque no lo comprendemos?

Nada es óbice a admitir para el principio de la soberana inteligencia, un centro de acción, un foco principal que irradia sin cesar, inundando el Universo con sus efluvios, como el Sol lo inunda con su luz. Pero, ¿dónde está ese foco? Probable es que no esté fijo en un punto determinado, como no lo está su acción. Si los espíritus tienen el don de ubicuidad, esta facultad en Dios debe ser ilimitada. Llenando Dios el Universo pudiera admitirse a título de hipótesis, que aquel foco no tiene necesidad de transportarse y que se forma en todos los puntos donde su soberana voluntad juzga oportuno producirse, de modo que pudiera decirse que está en todas partes y en ninguna.

Ante estos insondables problemas, nuestra razón debe humillarse. Dios existe, no podemos dudar de ello; es infinitamente justo y bueno, esta es su esencia. Su solicitud se extiende a todo, así lo comprendemos ahora. Sin estar en contacto con nosotros, suplicarle con la certeza de ser oídos; sólo puede querer nuestro bien, y por eso debemos tener confianza en Él. Esto es lo esencial, en cuanto a lo demás, esperamos que seamos dignos de comprenderlo, cultivando sin cesar nuestro entendimiento y practicando todas las virtudes.

Seguramente que la mejor religión, es la que nos induce a ser más virtuosos, y creemos que el hombre se acerca a la mesa del Señor, no precisamente cuando recibe el pan eucarístico, sino cuando ha verificado una buena acción.

El pan divino no está en este templo, ni en aquella iglesia la mesa de Dios; se encuentra en todos los parajes donde puede enjugar una lágrima, y hacer un acto de verdadera caridad. En los hospitales, en las casas de maternidad, en los asilos de los ancianos, en las cárceles, en los presidios, en todos los lugares donde se exhalan gemidos, puede encontrar el hombre el pan del alma, si sabe compadecer y consolar, si une el buen consejo a la generosa dádiva.

En la época actual debe desaparecer el exclusivismo religioso; las religiones deben de dejar el paso libre a la verdadera religiosidad. Hasta ahora ha existido una duda; si el progreso mataría a la tradición, o la tradición al progreso; mas los hechos demuestran claramente, que la tradición es la historia del pasado, pero que nunca será la historia del porvenir.

## **CAPÍTULO IV**

### **LA MITOLOGÍA PAGANA ES ESTUDIO ALEGÓRICO**

Toda la mitología pagana es en realidad un extenso estudio alegórico de las diversas fases buenas y malas de la humanidad. Para quien sabe desentrañar su Espíritu, es un curso completo de la más alta filosofía, como lo son por su estilo las fábulas modernas. Lo absurdo era tomar la forma por el fondo. Pero los sacerdotes paganos no enseñaban más que la forma, sea que algunos no supiesen más, o sea que tuviesen interés en mantener a los pueblos en creencias que favoreciendo su dominación, les era más productivo que la filosofía. La veneración del pueblo a la forma, era una fuente inagotable de riquezas, por los donativos acumulados en los templos, las ofrendas y sacrificios hechos a los dioses, en provecho de sus representantes o ministros. Un pueblo menos crédulo hubiera dado menos a las imágenes, a las estatuas, a los emblemas y a los oráculos. Y Sócrates fue condenado como impío a beber la cicuta; por haber querido secar esa fuente, poniendo la verdad en lugar del error.

A la sazón no estaba aún en uso el quemar vivos a los herejes, pero quinientos años después, Cristo fue condenado a infamante muerte como impío, porque como Sócrates, quiso sustituir el espíritu a la letra y porque su doctrina esencialmente espiritual, destruía a la supremacía de los escribas, fariseos y doctores de la ley.

Lo mismo sucede con el Génesis, en el cual hay grandes verdades morales bajo figuras materiales, que tomadas a la letra, serían tan absurdas como si en nuestras fábulas se tomaran al pie de la letra las escenas y los diálogos que se atribuyen a los animales.

Adán es la personificación de la humanidad; su falta individualiza, la debilidad del hombre, en quien predominan los instintos materiales a los que no sabe resistir.

El árbol, como árbol de la vida, es el emblema de la vida espiritual; como árbol de la ciencia, es el de la conciencia del hombre que adquiere el conocimiento del bien y del mal por el desarrollo de su inteligencia y del libre albedrío, en virtud del cual escoge entre ambos; indica el estado aquel en que el hombre, dejando de ser guiado sólo por el instinto, toma posesión de su libertad y contrae la responsabilidad de sus actos.

El fruto del árbol es el emblema del objetivo de los deseos materiales del hombre; es la alegoría de todo apetito desordenado; resume bajo una misma figura los motivos de inclinación al mal; y comer de él, es sucumbir a la tentación. Crece en medio del jardín de las delicias, para dar a entender que

la seducción está en el fondo mismo del placer, y recordar al mismo tiempo que si el hombre da la preferencia a los goces materiales, se apega a la Tierra y se aparta del camino de su destino espiritual.

La muerte con que se le amenaza si infringe la prohibición que se le hace, es un aviso de las consecuencias inevitables, tanto físicas como morales, que acarrea la violación de las leyes divinas grabadas en su conciencia. Es evidente que no se trata aquí de la muerte corporal, puesto que, después de su pecado, Adán vivió aún mucho tiempo; sino de la muerte espiritual, es decir, de la pérdida de los bienes que resultan del adelantamiento moral, de cuya pérdida es imagen la inmediata expulsión del jardín de las delicias.

La serpiente está lejos de representar hoy el tipo de la astucia. Es, pues, en este pasaje con relación a su forma, más que su carácter, una alusión a la perfidia de los malos consejos que se arrastran como la serpiente y de los cuales muchas veces, por esta razón, se desconfía. Por otra parte si la serpiente fue condenada a arrastrarse sobre su vientre, por haber engañado a la mujer, se deduciría que antes tendría piernas, en cuyo caso no sería serpiente.

¿A qué imponer la credulidad sencilla de los niños como verdades, alegorías tan evidentes, y que falseando su juicio, le hace luego mirar los libros sagrados como un tejido de fábulas absurdas? Si el pecado de Adán no fue otro que el haber comido un fruto, no puede justificar por su índole casi pueril, el rigor con que fue castigado. Tampoco se puede racionalmente admitir que consistió en el hecho que generalmente se supone; porque considerándolo como crimen indigno de perdón, Dios habría condenado su propia obra, puesto que no habría creado al hombre para procreación. Si Adán hubiese entendido en este sentido la prohibición de tocar el fruto del árbol, y se hubiese conformado con ella ¿dónde estaría la humanidad, y qué habría sido de los designios del Creador? Dios habría creado el inmenso aparato del universo para dos solos individuos y la humanidad habría venido contra su voluntad y sus previsiones.

Dios no creó a Adán y Eva para estar solos en la Tierra, y la prueba la tenemos en las palabras mismas que le dirigió inmediatamente después de su formación cuando estaban aún en el paraíso terrestre... Y bendíjolos Dios, y dijo: creced y multiplicaos, y henchid la Tierra y sojuzgarla... Puesto que la multiplicación del hombre era la ley desde el paraíso terrestre, su explicación no puede tener por causa el hecho que se supone.

¿Cuál es entonces ese enorme pecado que ha podido dar lugar a la reprobación sempiterna de todos los descendientes del que la ha cometido? Caín el fratricida, no fue tratado con tanta severidad. Ningún teólogo ha podido explicar ese punto lógico y racionalmente, porque ateniéndonos todos a la letra, han girado siempre en un círculo vicioso.

Al decir a Adán que sacara su alimento de la tierra con el sudor de su frente, simboliza Dios la obligación de trabajar. Pero, ¿por qué hace del trabajo un castigo? ¿Qué sería de la inteligencia humana si no la desarrollara con el trabajo? ¿Y qué sería la Tierra si no fuera fecundada, transformada y zanjada por el trabajo inteligente del hombre?

¿Por qué dijo a la mujer que, a causa de su pecado, pariría con dolores? ¿Cómo los dolores del parto pueden ser un castigo puesto que es una consecuencia del organismo, y que está probado fisiológicamente que el dolor es necesario? ¿Cómo una cosa que está conforme con las leyes de la naturaleza, puede ser un castigo? He aquí lo que los teólogos no han podido aún ni podrán explicar, hasta que salgan del punto de vista en que se han colocado; y sin embargo, estas palabras que parecen tan contradictorias, pueden justificarse y conciliarse fácilmente.

Observaremos por de pronto, que si en el momento de la creación de Adán y Eva, su alma acababa de salir de la nada, como se nos enseña, debían ser sencillos e inocentes en todo, y no podían saber lo que era morir; siendo solos en la Tierra, mientras estuvieron en el periodo terrestre no habían visto morir a nadie. ¿Cómo pues, podían comprender en qué consistiría la amenaza de muerte que Dios, les hizo? ¿Cómo Eva habría podido comprender que parir con dolor era un castigo, puesto que acababa de nacer a la vida, nunca había tenido hijos y era la única mujer del mundo?

Las palabras de Dios, no debían tener para ellos sentido alguno. Apenas salidos de la nada debían ignorar por qué y cómo habían salido; no podían comprender ni al Creador ni el objeto de la prohibición que les imponía. Sin experiencia alguna de las cosas de la vida, pecaron como niños que obran sin discernimiento; lo cual hace más incomprendible aún la terrible responsabilidad que Dios ha hecho pesar sobre ellos, y sobre la humanidad entera.

Lo que es una dificultad insuperable para la teología, el Espiritismo lo explica sin dificultad alguna, y de un modo racional por la anterioridad del alma, la pluralidad de existencias; ley sin la cual todo es misterioso y anómalo en la vida del hombre. En efecto concedamos que Adán y Eva habían vivido anteriormente, y todo quedará justificado. Dios no les habla ya como niños, sino como a seres en estado de comprender y le comprenden; lo cual sería una prueba evidente que ya sabían de antemano muchas cosas. Admitamos, además que hayan vivido en un mundo más adelantado y menos material que el nuestro donde el trabajo del Espíritu supe al trabajo corporal; que por su rebelión contra la ley de Dios, figurada por la desobediencia, hayan sido expulsados de él y relegados por castigo a la Tierra, donde el hombre a consecuencia de la naturaleza del globo, está obligado al trabajo corporal; Dios

en estas circunstancias podría decirles con razón: en el mundo donde vais a vivir en lo sucesivo, cultivaréis la tierra, y sacaréis de ella vuestro alimento con el sudor de vuestra frente. Y a la mujer: parirás con el dolor, porque tal es la condición de ese mundo.

El paraíso terrestre, cuyos rastros se han buscado inútilmente en la Tierra, sería en este caso la figura del mundo feliz donde había vivido Adán, o más bien la raza de espíritus en él personificada. La expulsión del paraíso marca el momento en que estos espíritus han venido a encarnarse entre los habitantes de este mundo, y el cambio de situación que ha sido la consecuencia. El ángel armado con una espada flamígera que prohíbe y defiende la entrada en el paraíso, simboliza la imposibilidad en que están los espíritus de los mundos inferiores de penetrar en los superiores antes de haberlo merecido por su purificación.

¡Cuánto más racional, cuánto más lógica es esta explicación que el paraíso de Moisés con el árbol y el fruto prohibido!

Las grandes verdades todas son demostradas, y más que demostradas axiomáticamente; y en la historia sagrada, todo es emblemático y parabólico; y en los tratados religiosos, debían estar sus conceptos al alcance de todas las inteligencias, para que no se tergiversara el significado de sus proposiciones: porque la letra mata, y el espíritu vivifica, la sabiduría no consiste en hablar mucho, y afirmar poco; la verdadera sabiduría se manifiesta con hechos irrefutables y la verdad de los principios que se sustentan.

Dice un gran pensador, que las escuelas pierden todo aquello que quieren perder, y es muy cierto. La escuela ultramontana ella sola se aparta del movimiento científico universal; pues si por una parte se reconcilia con la ciencia, por otra inspira a sus adeptos esa fe ciega que demuestra la pequeñez del Espíritu, y que detiene el vuelo de la inteligencia haciéndola descender desde el espacio infinito a un círculo microscópico.

Nosotros creemos que las manchas del pecado se lavan con las aguas del progreso; y ese Dios que destruye lo que crea, no es el Dios de los racionalistas. ¡Nuestro Dios es más grande! ¡Es más clemente! ¡Es más justo! Tiene el tiempo ante sí y en esa eternidad sin límites se purifican todas las humanidades por medio del trabajo, por medio del estudio y de las investigaciones científicas. Sí, sí, por la ciencia; ¡océano inmenso donde navega el hombre, buscando el puerto que se llama Dios!

Los teólogos para darle más efecto a sus fábulas religiosas suprimen; o mejor dicho, confunden el diluvio universal, el que marcó el periodo diluviano con el diluvio bíblico, o sea el diluvio asiático. Kardec en su Génesis hace mención de ambos, y encontramos más lógica en sus explicaciones sencillas y naturales que en las fábulas religiosas, en las cuales hay pequeños detalles que

hacen sonreír al hombre más grave.

¿Qué es la revelación sin ciencia? Un cúmulo de errores, una serie de fábulas místicas que llenan el ánimo de confusión. La revelación sin la ciencia es una conspiración contra la verdad que ha formado todas las religiones: y que sólo ha conseguido estacionar al hombre limitando sus aspiraciones, sujetando su Espíritu con las férreas cadenas del fanatismo.

¡La ciencia es la primogénita de Dios! ¡Es Dios mismo! Y nosotros decimos refiriéndonos a esa demostración divina lo que decía Plinio hablando del mundo. Escuchemos al sabio filósofo: “El mundo a lo que también llamamos cielo, que en su anchuroso seno abarca todos los seres, es un Dios eterno, inmenso, que no fue producido nunca ni perecerá jamás. Buscar alguna cosa fuera de Él, es trabajo inútil para el hombre y superior a sus fuerzas. Ese es el Ser verdaderamente sagrado, el Ser eterno, que todo lo encierra y abarca; Él lo es todo y está en todo. Es obra de la naturaleza y la naturaleza misma”.

Nosotros decimos: ¡Dios es la ciencia, y la ciencia es Él! Buscar la verdad fuera de la ciencia es trabajo inútil, superior a las fuerzas del hombre.

Donde falta la ciencia sólo puede vivir el sofismo. La ciencia lo es todo, y está en todo, un sabio afirmaba que la caridad es la palabra del alma, y nosotros decimos que la ciencia es la augusta palabra de Dios.

## **CAPÍTULO V**

### **EL SER HUMANO TIENE LIBRE ALBEDRÍO**

¿Hay cosa más natural que el hombre progrese por sí mismo? Cuando lleva en sí el germen del progreso indefinido, porque tiene la inteligencia. ¡Diamante de un valor inapreciable! Cuyo lapidario es la razón; tiene su yo pensante. ¡Ese yo cuya personalidad recorrerá todos los planetas de los universos; y siempre tendrá como elementos de su eterna vida; memoria, entendimiento y voluntad!

¡El hombre! Que tiene libre albedrío, y por patrimonio el tiempo sin límite, el tiempo es la moneda del gran arquitecto; y con ese tesoro que nunca se acaba, la humanidad se enriquece, y deja la mendicidad del cuerpo y la pobreza del alma aunque no quiera dejarla; que el progreso, es el tirano de las malas voluntades. En la creación todo es perfecto, y el hombre tiene por misión al nacer, el adquirir la perfección; el trabajo de su existencia es perfeccionarse.

Al hombre le ha dado Dios la heredad de su vida, ¿qué cosa más natural que el hombre la cultive? Todos los espíritus fueron creados con las mismas aptitudes. Si a unos hubiera dado más inteligencia que a otros, Dios sería injusto, y como la injusticia no cabe en Dios, hay que aceptar lo que dice Allan Kardec, que hablando del principio espiritual, razona del modo siguiente en su Génesis:

“Admitido el ser espiritual, y no pudiendo tener su origen en la materia, ¿de dónde procede? ¿Cuál es su punto de partida?”

En este punto faltan absolutamente los medios de investigar como en todo lo que se refiere al origen de las cosas. El hombre no puede comprobar sino lo que existe; sobre todo lo demás no puede formar más que hipótesis, y ya sea que en este punto su inteligencia es insuficiente o que por de pronto este conocimiento le sea perjudicial o inconveniente, Dios no se lo ha dado ni aún por la revelación.

Lo que Dios le hace saber por sus mensajeros, y lo que por otra parte puede él mismo deducir del principio de la soberana justicia, que es uno de los atributos esenciales de la divinidad, es que todos tienen un mismo punto de partida, que todos son creados simples e ignorantes con igual aptitud para progresar mediante su actividad individual; que todos han de alcanzar el grado de perfección compatible con la criatura por sus esfuerzos personales; que siendo todos hijos de un mismo padre, son objeto de igual cariño; que no hay ninguno más favorecido, o mejor dotado que los otros, no dispensando del trabajo impuesto a los demás para lograr su objetivo.

Aun cuando los primeros que vivieron aquí, debiesen ser espíritus poco adelantados, por lo mismo que tuvieron que encarnarse en cuerpos muy imperfectos, debía haber entre ellos diferencias muy notables en caracteres y aptitudes, según el grado de desarrollo moral e intelectual, y los espíritus similares se agruparon naturalmente por analogía y simpatía. La Tierra, pues, se encontraba poblada por diferentes categorías de espíritus más o menos refractarios al progreso. Los cuerpos adquieren naturalmente los aires y formas correspondientes al carácter del Espíritu que los anima, y de estos cuerpos reproduciéndose según el tipo respectivo, han resultado diferentes razas de caracteres físicos y morales. Los espíritus similares que continuaron encarnándose con preferencia entre sus afines, perpetuaron el carácter definitivo físico y moral de las razas y de los pueblos, cuyo carácter no se pierde en el transcurso del tiempo, sino por su fusión y los progresos de los espíritus.

Podrían compararse los espíritus que vinieron a poblar la Tierra, a esas expediciones de emigrantes de diversos países que van a establecerse en un país virgen. Encuentran maderas, piedras y otros materiales para constituir sus habitaciones, pero cada cual da a la suya un aire y distribución diferentes, según su saber y costumbres; se agrupan por analogía de orígenes y de gustos, y los grupos acaban por formar tribus, y luego pueblos con su carácter y costumbres peculiares.

El progreso no ha sido pues, uniforme en la especie humana, las razas más inteligentes han dejado atrás a las otras, sin contar que espíritus recién nacidos a la vida espiritual han venido a encarnarse en la Tierra, después de sus primeros pobladores, los cuales hacen la diferencia del progreso más sensible. En efecto, no se puede suponer racionalmente igual antigüedad en la creación a los salvajes, los cuales apenas se distinguen de los monos, que a los chinos, y menos aún a los europeos civilizados.

No obstante, estos espíritus de salvajes pertenecen evidentemente a la humanidad; estos llegarán un día al nivel de los que les precedieron, aunque no en los cuerpos de la misma raza física, impropios de cierto desarrollo intelectual y moral.

Cuando el instrumento no esté en relación con su desarrollo, emigrarán de ese lugar para encarnar en un grado superior, y así en lo sucesivo hasta que hayan conquistado todos los grados terrestres; después de lo cual dejarán la Tierra para pasar a mundos más y más adelantados que la Tierra.

Ahora bien; ¿qué tiene de extraño que el hombre progrese por sí mismo, si el progreso es la ley de Dios? Las humanidades creadas por Él tienen que cumplir esta ley, haciendo de las condiciones que poseen para trabajar su mejoramiento moral e intelectual. ¿Cómo hemos de admitir este

dios que no sabe lo que van a hacer sus criaturas, y cuando ve que son incorregibles las ahoga y punto concluido, excepto los amigos de ese dios que en muy escaso número, por cierto, quedaron para poblar de nuevo el globo? Este cuento de niños es inadmisibile. Escuchemos a Allan Kardec y veamos qué opina de la relación Mosaica, los comentarios que hace en su Génesis:

“La raza Adámica según la enseñanza de los espíritus, es una de esas grandes inmigraciones, o si se quiere una de esas colonias de espíritus venidos de otras esferas, la que ha dado origen a la raza simbolizada en la persona de Adán, por cuya causa se la designa con el nombre de raza Adámica. A su llegada estaba la Tierra de tiempo inmemorial como lo estaba América a la llegada de los europeos. La raza Adámica, más adelantada que las que le habían precedido en la Tierra es en efecto, más inteligente, y la que impulsa a todas las demás al progreso. El Génesis nos la presenta desde luego industriosa, apta para las artes y las ciencias sin haber pasado por la infancia intelectual, lo que no es propio de las razas primitivas pero que concuerda con la opinión de que ésta se componía de espíritus que ya habían progresado. Todo prueba que no es antigua en la Tierra y nada se opone a que no estén sino hace unos cuantos miles de años, puesto que no está en contradicción con los hechos geológicos ni con las observaciones antropológicas, que por el contrario tienden más bien a confirmarlo”.

La doctrina que hace proceder a todo el género humano de una sola pareja desde hace unos seis mil años, no es admisible en el estado actual de nuestros conocimientos. Las principales consideraciones que la contradicen, sacadas del orden físico y del moral se resumen en los párrafos siguientes:

“Bajo el aspecto filosófico, tenemos ciertas razas que ofrecen tipos particulares, característicos que no permiten asignarle un origen común. Hay diferencias que no son efectos del clima, puesto que los blancos que nacen en los países de los negros no nacen negros, y viceversa. El ardor del Sol a la epidermis da un tinte más oscuro, pero no transforma el blanco en negro, ni aplasta la nariz, ni cambia la forma de las facciones, ni vuelve crespos y lanosos los cabellos lacios y sedosos. Hoy es una cosa sabida que el color del negro procede de un tejido particular subcutáneo, y que es peculiar de la raza negra”.

Hay que considerar las razas negras, mongólicas y caucásicas como autóctonas, es decir, que han tenido su origen propio, y nacido simultánea o sucesivamente en diferentes partes del globo; su cruzamiento ha producido las razas mixtas secundarias. Los caracteres fisiológicos de las razas primitivas son indicios evidentes de que proceden de tipos especiales. Las mismas consideraciones pueden aplicarse a los animales en cuanto a la pluralidad de sus cepas.

Adán y sus descendientes están representados en el Génesis como hombres especialmente inteligentes, puesto que desde la segunda generación construyen ciudades, cultivan la tierra y trabajan los metales. Sus progresos en las artes y en las ciencias son rápidos y constantemente sostenidos. No se concebiría pues, que de esta cepa hayan salido numerosos pueblos tan atrasados; de inteligencia tan rudimentaria, poco superior aún en nuestros días a la de la animalidad; que habrían perdido todo rastro y hasta el recuerdo tradicional de lo que hacían sus progenitores.

Una diferencia tan radical en las aptitudes intelectuales y en su desarrollo moral, atestigua con no menos evidencia su origen diferente.

Prescindiendo de los hechos geológicos, la prueba de la existencia del hombre en la Tierra en la época fijada por el Génesis, está sacada de la población del globo.

Sin hablar de cronología China, que sube según se dice, a treinta mil años, documentos más auténticos prueban que Egipto, la India y otros países estaban poblados y florecientes tres mil años antes de la era cristiana, y por consecuencia mil años después de la creación del primer hombre, según la cronología bíblica. Documentos y observaciones recientes parece que acreditan sin ningún género de duda, que ha habido relaciones entre la América y los antiguos Egipcios, de donde se deduce que aquel país se hallaba ya poblado en aquella época. Sería necesario, pues, que en mil años la prosperidad de un solo hombre haya podido cubrir la mayor parte de la Tierra, cuya extraordinaria fecundidad sería contraria a todas las leyes antropológicas; y el Génesis mismo no atribuye a los descendientes de Adán una fecundidad anormal, puesto que hace su recuerdo nominal hasta Noé.

La imposibilidad se hace aún más evidente, si se admite en el Génesis que el diluvio destruyó todo género humano a excepción de Noé y de su familia que no era numerosa, el 1656, de la Creación o de 2348 años antes de Jesucristo. No sería pues, sino de Noé desde quien dataría la población del globo, hacia cuya época la historia designa a Menes como Rey de Egipto. Cuando los hebreos se establecieron en aquel país, 642 años después del diluvio, constituía ya un poderoso imperio que habría sido poblado, sin hablar de otros países, en menos de seis siglos por los solos descendientes de Noé, lo cual no es admisible.

Nótese al paso que los egipcios recibieron a los hebreos como extranjeros y sería asombroso que hubieran perdido la memoria de una comunidad de origen tan cercana en un país y entre gentes que conservaban religiosamente los monumentos de su historia.

Una lógica rigurosa, demuestra de la manera más perentoria, que el hombre existe en la Tierra desde un tiempo indeterminado, muy anterior a la

época fijada por el Génesis. Lo mismo puede decirse de la diversidad de las razas primitivas, para demostrar la imposibilidad de una proposición, es demostrar implícitamente la proposición contraria. Si la geología descubre vestigios auténticos de la presencia del hombre antes del gran periodo diluviano, la demostración sería más absoluta.

La ciencia indudablemente está llamada a formar la verdadera y única religión; porque las religiones conciben un dios humano materializado, y personal.

Las religiones están en un error gravísimo. Dios es todo amor. El genio de un poeta lo comprendió y lo definió mejor que la teología, pues hablando de Dios, exclamó Marti Folguera: “Difundir el mal no sabes. Tú no das más que cariño. Tú quieres mucho a las aves, a los pobres y a los niños”.

El alma de los mundos no puede hablar por los truenos y mandar por el rayo. Las leyes de la naturaleza, inmutables siguen su curso majestuoso y Dios como esencia de la vida germina en todo lo creado; pero dulce, amoroso, grande, armónico. El dios del terror no es el dios de esta época. Dios ya no manda con el rayo, porque Franklin lo sujetó con su mano. Los fenómenos atmosféricos son ya estudiados y comprendidos por la ciencia; y la ciencia pronuncia un nuevo credo religioso que dice así:

“Creo en Dios Omnipotente y sabio. Creo que la naturaleza es obra suya; laboratorio inmenso donde las humanidades tienen obligación sagrada de trabajar sin descanso. El que trabaja ora, y los hombres sin distinción de razas ni colores, todos deben elevar su plegaria en el anchuroso templo de la ciencia, único templo divino de Dios”.

Con el transcurso de los siglos, se caerán los templos de piedra, envolviendo en sus ruinas a los dioses de las religiones; pero no te asustes, ¡humanidad! Porque siempre te quedará Dios.

## CAPÍTULO VI

### ¡ESPÍRITUS PEQUEÑOS!

Hemos dicho muchas veces que nosotros no buscábamos los grandes hombres en los escaños de los ateneos, ni de las academias, ni del Congreso, ni del Senado; estudiamos a la humanidad no cubierta con el esplendor de la gloria, sino en posición más humilde y más oscura. ¡Cuántas veces vemos a un hombre vestido con la blusa del obrero que denota pobreza y humildísimo origen, con las manos ennegrecidas, revelando en todo su porte al jornalero; y al mirar su frente, al observar la impresión de su semblante, decimos: he aquí un hombre que vive fuera de su centro!... y si tenemos ocasión de tratarle, casi siempre nos convencemos, que no es el hombre más grande, porque tenga títulos académicos; que hay muchísimos que pasan desapercibidos y sin embargo son verdaderas notabilidades.

Dentro del credo de las distintas escuelas, que se disputan en este mundo el patrimonio de la verdad, notamos más lo que decimos. Casi siempre los que más brillan, los que aparecen como las primeras figuras, cuando legan esos lances supremos de la vida, en que se necesita de toda la energía del Espíritu, entonces es cuando flaquean, entonces es cuando echan por tierra el castillo de naipes que levantaron y se perjudican a sí mismos y al credo que sustentan.

En la escuela espiritista, tropiezan muchos de sus adeptos con un gran inconveniente. El Espiritismo racional, si bien nunca tomará en sus manos la piqueta demoledora para destruir un templo, dejará vivir todas las religiones, porque su misión no es emplear la fuerza bruta; en cambio se abstendrá de rendir culto a una religión determinada puesto que el Espiritismo, escuela filosófica por excelencia, comprende muy bien que el rito de las religiones, ni pierde ni salva al Espíritu; podrá ser freno para ciertos seres ignorantes, habrán sido de gran utilidad los formalismos religiosos en otras épocas; pero hoy por hoy, el hombre que piensa, no necesita de ningún templo, ni de ningún sacerdote, tiene la ley civil que sanciona, que reconoce su nacimiento, su casamiento y su defunción; y para elevar su pensamiento a Dios, le basta mirar al espacio, y en él encuentra escritos los divinos salmos que el David eterno de los siglos entona en alabanza a su Creador.

Pues bien; muchísimos espiritistas separados de la religión de estado por sus nuevas condiciones, cuando se casan tratan de unir la filosofía racionalista con el formalismo religioso, y acuden a la iglesia para no dar (como ellos dicen) un escándalo. Tienen hijos y para que el mundo no mire mal a los chiquillos, los bautizan porque hay que estar más bien con los

hombres que con Dios; y cuando se mueren, si tienen tiempo confiesan, reciben los últimos sacramentos para que su familia no experimente trastornos y pueda verificarse el entierro con toda tranquilidad, y se cuidan de todo lo que concierne a este mundo, por aquello de, donde quiera que fueres haz lo que vieres. ¿Y qué sucede con semejante adepto? La escuela más adelantada de nuestros días que es el Espiritismo racional, no cree como debería creer, no vive como debería vivir, no se engrandece como se debería engrandecer, porque sus mejores ramas, se desprenden del tronco y se injertan con otro árbol enfermo.

Nos dicen muchos espiritistas, que todo no se puede hacer de una vez, que hay que dar tiempo al tiempo, que aún no ha llegado la hora; pero todos estos subterfugios no nos convencen. Nosotros decimos que alguno ha de comenzar; que si la ley civil no legitimara los actos más grandes de nuestra vida, claro está, que por vivir dentro de la más estricta moralidad, habría que acudir a la religión de estado; pero no siendo necesario dar este paso para vivir honradamente, se comete una solemne torpeza, se da prueba de ser un Espíritu pusilánime, se demuestra no tener convicción en lo que se cree, y se manifiesta apreciar muy poco su credo filosófico cuando se abandona en los momentos críticos.

Muchos dicen: No puedo evidenciarme, vivo del público; si no tengo trabajo no puedo mantener a mi familia. ¡Espíritus pequeños! Vuestra fe es tan grande como un grano de mostaza; a nadie por ser leal a su idea le falta el pan. Podrá faltarle el lujo, la abundancia, lo superfluo, pero nunca lo necesario, lo indispensable para vivir; y para prueba de ello vamos a referir un episodio digno de ser imitado por aquellos que se llaman sabios, que muchos con toda su sabiduría, son en realidad almas pequeñas, almas vulgares, adheridas al terruño de la Tierra que ni siquiera vislumbran los espacios infinitos.

Hace algún tiempo conocimos a un hombre joven, de cuerpo mediano, con ojos de fuego, cabeza bien modelada, en la cual bullen y se agitan las ideas más adelantadas tanto en política como en religión; su oficio es humilde, es un pobre zapatero que tiene una tiendecita en una población de segundo o tercer orden.

De talento natural, sin tener grandes estudios, tiene en cambio mucha comprensión y mucho sentimiento; ama a sus hijos con delirio, pero quiere más a sus ideas: es un Espíritu, amantísimo de su progreso; quiere el engrandecimiento de todo, y a él sacrifica las mezquinas conveniencias sociales.

Él fue el primero que en su pueblo natal celebró el casamiento civil con una jovencita, y como es natural, todos le señalaban con el dedo y muchos amigos le decían:

–Te vas a quedar sin parroquianos.

–Qué pequeños sois! Les contestaba él. Y luego decís que creéis en Dios... yo que nunca lo nombro quizás creo más que vosotros. ¡Hipócritas! Que leáis el evangelio y no confiáis en él. ¿No dice Jesús, por la verdad seréis salvos? ¿Cómo queréis que yo me pierda rindiéndole culto a la verdad? Podrá ser que yo no me haga rico, pero descuidad, que lo que es el pan no le faltará a mi familia. Y nuestro amigo siguió viviendo sin dársele un bledo de las habladurías de que era objeto.

Como la generalidad de los hombres, nuestro amigo Juan vive íntimamente solo, su esposa no le comprende, sólo encuentra en ella esa obediencia pasiva, esa sumisión forzada que tiene el alma. De manera que todo el fuego de sus ideas abraza su cerebro, y en él deposita su hirviente lava.

Su primer hijo, (lo mismo que los demás) no recibió el agua del bautismo; pero nos fijamos en el primero por lo que aconteció.

Si escándalo produjo su casamiento, mayor si cabe le ocasionó el bautizo civil; pero él tranquilo y sereno abrazaba a su hijo y exclamaba:

–Dicen que estás moro... ¡Imbéciles! Cuando Dios crea los espíritus les da el bautismo del progreso. Yo no quiero nada de lo que han inventado las religiones; tengo bastante con lo que hace Dios.

Durante seis meses todo fue bien en la casa de Juan; el niño amamantado por su madre iba creciendo; mas aquella enfermó y el pequeño se encontró sin alimento; y nuestro amigo se apresuró a buscarle una nodriza a su hijo en un pueblo cercano; pero con su natural penetración, midió el abismo en que estaba hundido y su profundidad le causó vértigos. En una población tan ignorante, tan esclava de las fórmulas, un niño sin bautizar era la personificación del diablo, y si la mujer que lo tomara a su cargo, después de tenerle se enteraba de que aquel niño no estaba bautizado, sería hasta capaz de cometer un crimen, porque el fanatismo religioso en las montañas es capaz de todo, porque los montañeses viven en plena edad media; así es que Juan se propuso jugar limpio, para evitar un lance funesto o que trataran mal a su hijo creyéndolo un endemoniado.

Después de buscar por distintos lados, se presentó en casa de nuestro amigo, una mujer de la montaña acompañada de su marido. La nueva nodriza que era sana y robusta, tomó al niño en sus brazos, lo acercó a su pecho y el raudal de la vida calmó el llanto desconsolado del pequeñito; y Juan respiró al ver que su hijo ya tenía cuanto necesitaba.

Se convinieron en el precio, y nuestro amigo decidió acompañar a la nodriza hasta el pueblo cercano donde aquella tenía su domicilio.

Juan durante el camino, rodeó la conversación sobre los adelantos y costumbres modernas viniendo a parar en el casamiento civil, y nuestro amigo

aprovechando la oportunidad les dijo sonriéndose:

–Aquí donde ustedes me ven, yo estoy casado civilmente y a ninguno de mis hijos le llevaré a bautizar; este fue al registro civil y nada más, que en el mero hecho de nacer ya lo ha bautizado Dios.

Al oír la aldeana semejantes palabras, le miró con espanto y alargándole a Juan el niño le dijo a su marido:

–Ven Antón ven, vámonos de aquí que yo no le doy mi sangre a una criatura que no está bautizada, que caería en pecado mortal.

Juan le hizo profundas reflexiones y con la amargura en el alma volvió a su casa, dejó al niño en la cuna y se fue a la calle porque se ahogaba dentro de su casa, camino a la ventura hablando solo, diciendo estas o parecidas frases:

–¿Es posible que en este miserable mundo si no se miente no se puede vivir? Yo que quiero a mi hijo más que a mi vida, yo que me miro en sus ojos, yo que espío sus menores movimientos, para sorprender su primera sonrisa, y que esa sonrisa sea para mí; yo que vivo de su misma vida... yo lo condeno a padecer hambre, yo le quito el calor de un pecho amigo, porque no quiero ser hipócrita, porque no quiero acatar las leyes dogmáticas que rechazan mi razón. Yo que amo a Dios en su obra, lanzo sobre mi hijo el estigma de endemoniado. ¡Juan! ¿Qué tienes? Las circunstancias quieren obligarte a que te hagas traición a ti mismo, ¿te la harás? No; no me la haré; si es que hay un Dios en el Universo, yo no puedo ser víctima de tanta injusticia y de tan malvada hipocresía. Y el pobre padre corría como un loco huyendo de sí mismo. Al fin fue a encontrar a varios amigos, y al contarles lo que le pasaba, más de uno le ofreció que su esposa iría a calmar el llanto de su pobre niño. Juan al escucharlos sintió que su corazón apresuraba latidos, que en sus sienes las pulsaciones amenazaban romper su frente y el llanto del agradecimiento afluyó a sus ojos como rocío bendito, para reanimar las muertas flores de su esperanza.

Volvió a casa después de algunas horas y en ella encontró a la nodriza, que sin duda hubo de tomar informes y al decirle cuantos conocían a Juan que era un hombre excelente, capaz de hacer un sacrificio por cualquiera, que nunca se había quedado con nada de nadie, que cumplía religiosamente con todos sus deberes, que era lo que se llama un verdadero hombre de bien, se disiparon sus escrúpulos y arrepentida de lo que había hecho, venía por el niño prometiéndole cuidarlo con el mayor esmero.

Juan alma franca y leal, al verla se sublevó todo su ser, la miró con profundo desprecio, y entre otras cosas le dijo:

–Hacéis bien en venir por esa criatura, porque a ella le debéis la vida; tened entendido que si no hubiera sido por mi hijo al que no quiero deshorrar,

os hubiera... no sé lo que hubiera hecho de vos en la mitad del camino al devolverme mi hijo... ¡Mi hijo! Negarle el alimento a mi hijo... que por no sentirle llorar iría yo al fin del mundo de rodillas, si con esa peregrinación pudiera alimentarlo. Lo que me habéis hecho sufrir es peor que mil muertes, y el que hiere tan alevosamente como vos me habéis herido, merece que le paguen con la misma alevosía. ¡Oh! Si no hubiera sido por mi hijo me hacéis cometer un crimen, a mí... a mí que derribaría todos los cadalsos de la Tierra, a mí que sólo sueño con la fraternidad universal... maldito fanatismo religioso que ha servido de instrumento a tantos crímenes.

Al fin la nodriza se llevó al niño cuyo Espíritu dulce y afectuoso en extremo, se captó el cariño de cuantos le rodeaban, hasta el punto que cuando concluyó el tiempo de su lactancia no querían devolver a Juan aquel niño que meses antes le dejaron y huyeron de él como se huye de una fiera; la nodriza llegó a quererlo con delirio.

Aquellos ilusos fanáticos tuvieron que convencerse de que una criatura puede ser buena, dócil y cariñosa sin haber recibido el agua del bautismo.

Tres o cuatro hijos tiene Juan, y ninguno por consiguiente ha sido bautizado. Su esposa siente que sus hijos no puedan ir a las procesiones a lucir como los demás y les dice a los niños:

—No vais, no disfrutáis, porque vuestro padre no quiere.

Y Juan dice:

—¡Señor! Tú ves mi corazón, yo quiero que mis hijos te adoren en Espíritu y en verdad; quiero que te comprendan para que te glorifiquen con sus buenas acciones; quiero que sean racionalistas y lo serán. Mi esposa me reconviene, me acusa, le hace creer a mis hijos que yo tengo un placer en mortificar a estos pedazos de mi corazón, pero tú Señor bien sabes las aspiraciones de mi alma. No quiero religiones absurdas, quiero la filosofía de la razón; no quiero tinieblas, yo busco la luz, la irradiación de la verdad suprema.

Y así vive Juan, luchando con innumerables contrariedades, pero sin doblegar por un segundo su enérgica y decidida voluntad.

He aquí un hombre que honra la escuela a que pertenece; si todos fueran como él, no habría tanta doblez; no estaría la hipocresía tan enseñoreada por el mundo; y la doctrina esencialista, el Espiritismo racional difundiría mucha más luz de la que difunde hoy.

No nos gusta la predicación fuera de tiempo, no somos amigos de hablar a tontas y a locas como se dice vulgarmente; no le exigiremos al que dependa precisamente del estado, al que desempeñe un cargo oficial, que haga alarde de sus ideas, pues muy bien se puede creer sin necesidad de ponerse en evidencia y perjudicarse, perjudicando a los suyos; pero los hombres de

posición independiente, los que viven fuera de los centros oficiales, esos, debían ser todos como nuestro amigo Juan, ser o no ser.

¿Qué sostén le darán a su escuela los hombres que en tan poco la tienen que la proponen y siguen rutinariamente al formalismo de una religión en la cual no creen pero que la aceptan porque no digan?

Y que digan ¿qué importa? ¿Se debe esconder acaso el espiritista como el que comete un fraude, como el que hace moneda falsa? No, el espiritista debe ser franco, noble, digno, leal, debe creerse honrado con llamarse deísta racionalista y no mendigar bendiciones y responsos para el descanso de su Espíritu, cuando sabe que el Espíritu no se salva con oraciones pagadas, sino con buenas acciones.

Muchos dicen: para evitarle disgustos a la familia, tengo que violentarme; no vemos la razón. ¿Quizá la familia de la Tierra ha de ser la rémora del progreso y del engrandecimiento de una escuela?

¿Qué vale los escrúpulos de algunas mujeres ignorantes y fanáticas con el deber que tiene cada Espíritu de sostener el credo que profesa?

¡Cuánto nos alegraríamos que hombres como Juan se encontrasen en todas partes; especialmente afiliados al Espiritismo! Así se evitarían escenas, unas violentas y otras ridículas. Cuando algunos espiritistas van a la iglesia, o reclaman sus deudos, una tumba que en realidad no les pertenece, porque si durante su vida no practicaron las formas de una religión, ¿con qué derecho han de pedirle una sepultura en sus cementerios? ¡Cuánta debilidad! ¡Cuántas anomalías! ¿Y todo por qué? Porque hombres como nuestro amigo Juan hay muy pocos y se necesitaría que hubieran millones como él; que no se doblegaran por vanas exigencias sociales; que se implantaran costumbres de no ocultar el hombre lo que siente.

Nosotros admiramos esos Espíritus fuertes, entre los cuales destaca en primera línea nuestro amigo Juan, hombre que verdaderamente confía en Dios, y se crea una familia racionalista; que no sacrifica sus creencias por un mezquino interés y con su noble conducta se adquiere el respeto y la consideración de todos los libres pensadores.

Razón tenemos en no buscar los grandes hombres en los grandes centros, a veces en la humilde tiendecita de un pobre zapatero se encuentra un Espíritu cuya comprensión, y adelanto le engrandece. No son los títulos académicos los que hacen grande al hombre; el que navega en aguas de la verdad, arribará al puerto del progreso, no hay que dudarle. ¡La verdad es la vida!

## CAPÍTULO VII

### A UN ESPÍRITU QUE HUYE DE LA LUZ

Mujer, hace algún tiempo que perdiste a una hija adorada, pero su muerte no fue una muerte tranquila; no te puedes acostumbrar a la idea de perderla velándola en sus noches de insomnio y de fiebre. No; fue por el contrario una sorpresa horrible la que recibiste. La niña estaba ante ti risueña y confiada, sonriente como la inocencia, hermosa como la felicidad, cuando ese elemento voraz, esa llama abrasadora que tantas víctimas ha ocasionado en los pasados siglos, esas lenguas de fuego que destruyen cuanto tocan, envolvió a tu hija cuando menos lo esperabas, y en el breve plazo de cinco horas quedó extinguida la savia vital de aquella niña encantadora, que durante diez años fue tu delicia por su gracia, por su donaire y gentileza, por su cariño, por su bondad, por su despejada inteligencia, y sobre todo, por ser tu hija, porque para las madres todos los hijos son dechados de virtudes y modelos de hermosura.

La impresión que debiste recibir fue tan dolorosa, que renunciamos a describirla, porque hay dolores que se profanan si se pretende trazar sus límites. El dolor de una madre ante el cadáver de su hijo, es la esencia de todos los sufrimientos, es el resumen de todas las angustias, es la agonía del alma enloquecida que duda en su delirio si existe Dios.

¡Pobre madre! ¡Pobre Espíritu! ¡Qué larga es tu cuenta cuando aún tienes que pagar tan inmensa cantidad!

“Mujer escúchanos: Tú tienes pruebas innegables de la supervivencia del alma, tú sabes que los espíritus se comunican, porque se han comunicado contigo, porque tú misma inspirada por un Espíritu has escrito tu propia historia; y después de manifestaciones tan evidentes, después de hechos tan irrefutables, después de verte envuelta en los mágicos resplandores de la verdad, tu dualismo te hunde en el caos del error, dudar tú de la supervivencia del alma, nos parece imposible y sin embargo, desgraciadamente es cierto”.

“Tu Espíritu rebelde huye de la luz, y no es ahora solamente, hace muchos siglos que viene huyendo, y por eso tocas tan fatales consecuencias; por eso tus encarnaciones son tan combatidas de violentísimas y desesperadas sensaciones, por eso tienes que llorar a mares, por eso tienes que cubrirte con el sudario del dolor, porque tú misma tejes la tela de la túnica del martirio”.

“¡Pobre Espíritu! Reflexiona, medita, analiza, no niegues lo que has visto, no cierres los ojos del entendimiento para no ver la luz espléndida del luminar de la razón”.

“¡Recuerda tu ayer! Evoca a tus espíritus amigos, pídeles consuelo, luz

y verdad; y ellos te darán fortaleza para sufrir las duras pruebas de tu vida”.

“Nos interesamos mucho por ti, porque nos inspiran profunda compasión todos los seres que padecen; y tú has padecido tan horriblemente, te has visto tan sola... ¡Tan abandonada! Que más de una vez has pensado en buscar en la muerte el olvido de tus dolores; mas ¡ay! Que el suicidio es una playa maldita y en sus agudas rocas se estrellan cuantos buques arrojan el ancla sobre sus piedras”.

“De nada te ha servido tu maravillosa inteligencia, vives hace muchos siglos y tu vida es una agonía sin tregua. ¿Hasta cuándo vas a estar así?”

“¿Por qué te empeñas en estacionarte? ¿Por qué no elevas tu pensamiento? ¿Por qué no engrandesces tu inspiración?”

“¿Por qué dudas de la eterna justicia cuando en las leyes de la creación todo es justo, todo es armonía, todo obedece a la ley de la gravedad, todo se inclina del lado que se debe de inclinar?”

“Tú lamentas la muerte de tu hija y dices: ¡Era un ángel! ¿Por qué murió quemada? ¿Por qué Dios ha permitido esa injusticia? Y esta pregunta en ti es imprudente, es ilógica, porque sabes muy bien, (si te quieres acordar) que el Espíritu es un viajero del infinito que encarna miles de veces en diferentes mundos y en cada existencia se crea compromisos, adquiere responsabilidades, y va formando su historia del modo que le parece, y va sufriendo las consecuencias de todos sus actos cumpliéndose el adagio de que, el que a hierro mata a hierro muere”.

“Que no hay oraciones que valgan, que no hay responsos pagados que salven el alma de sufrir lo que hizo sufrir a otros; porque las oraciones no sirven más que para consolar al Espíritu, para alentarle puesto que aquel recuerdo le dice que en la Tierra no le olvidan, pero no sirven para aplacar la ley divina, porque Dios no está sujeto a las pasiones humanas; no es Dios el que nos castiga, somos nosotros los que nos castigamos, no de buen grado, sino por fuerza; porque en las leyes de la Creación, lo repetimos, todo guarda armonía perfectísima, y el criminal de ayer podrá ser el arrepentido de hoy, pero no le libra el arrepentimiento de sufrir las consecuencias de sus extravíos; y es muy justo que las sufra, porque no tiene derecho a ser feliz, aquel que se ha complacido en el mal de otro”.

Tu triste historia, me hizo preguntar a un ser de ultratumba, cuyas comunicaciones siempre me han dado grandes enseñanzas, qué fatalidad pesaba sobre ti, y él me dijo así:

“La mujer por quien me preguntas, es un Espíritu rebelde, cuya vida es una tragedia continuada; la conocí en Grecia y siempre la he visto luchando contra sí misma. Es un ser que se empeña en permanecer en la sombra, y permanece, que para eso es dueño de su libre albedrío”.

“La niña que según vuestro lenguaje murió en las llamas, hoy se encuentra en muy buen estado, porque la gran deuda que tenía que pagar, la pagó al dejar la Tierra de un modo tan desastroso; y como cuando el Espíritu tiene que saldar alguna cuenta por medio de un terrible sufrimiento, su Espíritu protector no le abandona ni un segundo, para evitarle en cuanto le es posible la duración de su martirio; los desgraciados que tienen que sujetarse a la cruelísima expiación de disgregar su envoltura por medio de las llamas, que les ocasiona horribles dolores, y una angustia que es necesaria sufrirla para comprenderla; estos seres te repito, tienen tan cerca de sí a su Espíritu protector, que aún no se ha concluido de carbonizar su cuerpo cuando ya se ve en brazos de su guía que les alienta, les anima y les aparta de aquel lugar espantoso donde ha sufrido el dolor más inmenso que puede sufrir la criatura en la Tierra”.

“Morir quemado es ser atormentado por el dolor de los dolores; y el que sufre tal tortura no es por un accidente casual, no es por un descuido imprevisto, es porque tiene que sufrir lo que hizo sufrir a otros. A la Tierra no van ángeles, desengáñate, no van más que los espíritus más o menos culpables, más o menos arrepentidos, más o menos dispuestos al progreso, pero siempre deudores, entiéndelo bien, siempre deudores”.

“Esa niña murió quemada, porque es muy justo pagar lo que se debe, y eligió por madre a la mujer que la llevó en su seno porque este Espíritu turbulento necesita sacudidas terribles; quiere ser hijo de sí mismo”.

“Quiere desconocer la verdad de las leyes eternas. Quiere negar lo que es innegable. Quiere vivir en turbación continua, y según la esfera que uno elige, así son los accidentes de la vida. El que busca con los espinos se hiere; pero el Espíritu siempre está a tiempo de convertirse de oruga en mariposa”.

“La eternidad le brinda su día sin noche: la ciencia con su estudio infinito. La razón con su libre examen, con su sistema operativo y su análisis; y el trabajo con el perfeccionamiento y el progreso indefinido”.

“El Espíritu que se estaciona es porque quiere estacionarse, de esto no tengas la menor duda. No hay circunstancias apremiantes, no hay pasiones volcánicas, no hay miserias desesperantes, no hay nada en los mundos que domine al Espíritu y le haga vivir humillado y envilecido: su voluntad es más fuerte, es más enérgica, es más grande que cuanto le rodea, y cuando quiere ir hacia Dios, va”.

“Ese pobre Espíritu por el que me has preguntado, tiene suficiente inteligencia para habitar en mundos mucho más adelantados que la Tierra, pero él se complace en no salir de su pequeña órbita, y gira en torno a su dualismo sin querer mirar ni ver”.

“La niña que murió en las llamas, es un Espíritu de mejores

condiciones, pagó su deuda y hoy se encuentra tranquilo dispuesto a seguir su peregrinación, en la cual es casi seguro que no tendrá que sufrir tormentos parecidos al que sufrió últimamente”.

“Alienta a su madre cuanto le es posible; porque su progreso le impulsa a ser muy cariñosa, muy expansiva, dulce y humilde; tiene deseos de perfeccionarse y como el amor es el primer paso que da el Espíritu en la senda del bien, la niña a la que aún llora su madre, ama mucho a los seres que tanto le quisieron en la Tierra y les envuelve con su amoroso fluido procurando tranquilizarlos inspirándoles resignación y esperanza; pero el estado de turbación de su madre hace muchas veces que sus nobles esfuerzos sean infructuosos, porque no hay peor enfermo que aquel que rechaza los remedios”.

¡Mujer! Esto me dijo el ser de ultratumba a quien pregunté por tu hija y por ti. Por tu bien, por tu tranquilidad, por el progreso de tu Espíritu deja ese fatal dualismo que te estaciona centenares de siglos.

Emplea tu inteligencia en algo más útil y más provechoso para ti, evoca a los buenos espíritus y estos acudirán a tu llamamiento como han hecho otras veces; y escribe, escribe algunas historias de los que se fueron; recrea tu imaginación en los vergeles de la esperanza, en los pasillos de la fe, pero de esa fe augusta, de esa fe sublime, de esa fe inmensa que necesita del infinito para crear.

Da principio a tu manumisión, pobre esclavo de tu rebeldía, haz que brille para ti el sol hermoso de la libertad.

Eleva tus cantares, que ayer se extasió el mundo con tus cantos; instruye, ama, consuela. ¡La mujer puede hacer tanto bien en la Tierra!... ¡Su misión es tan grande!...

¡Puede ser madre de los afligidos!

¡El sostén de los atribulados!

¡Puede ser el ángel de la esperanza! ¡Mujer! renace a la vida, y sé en buena hora en este mundo uno de los ángeles de redención.

## CAPÍTULO VIII

### LA ESENCIA DEL ESPÍRITU

Cierto día en que me hallaba con varios amigos de ambos sexos, se promovió la conversación sobre los distintos modos de amar, cada uno definió como supo, y después de hablar mucho para decir muy poco, me despedí de ellos confiando en que otro día ampliáramos aquella cuestión: ¡Siempre he creído en el amor grande y sublime, jamás en el rastrero o egoísta de los sentidos, que tanto y tanto empequeñece al Espíritu!

Aquel día se había hablado tanto de amor que, por la noche a solas, comparaba y reflexionaba los múltiples pareceres de aquel grupo familiar, y pensando y filosofando sobre esta ciencia secreta que cada cual desarrolla a impulsos de su adelanto, me quedé dormida. Mi Espíritu tendió su vuelo y, al hallarme en la inmensidad, miré mi cuerpo y exclamé: ¡Qué hermosa es la libertad! ¡Qué grato es vivir lejos de la Tierra, y cuan distinta atmósfera se respira! ¡Qué es lo que yo siento Dios mío? ¡Parece que de tanta felicidad desfallezco! ¡Dadme fuerzas, señor, para que yo pueda volar en busca de ese amor purísimo que vivifica, que nos sublima y regenera! Yo bien quisiera aspirar toda su esencia y que al volver a mi cuerpo mis miradas, mis frases y mis acciones, fueran efluvios de amor celestial.

Es tan bello el amor, que cuando se contempla la inocente mirada del niño, la sonrisa afectuosa del anciano, el beso purísimo de los padres, el cariño sin medida de los esposos, el afecto sincero del hermano, el sacrosanto lazo de la amistad o el compasivo hacia los pobres, siempre es grande, porque llena de satisfacción al Espíritu.

Tienes mucha razón murmuraron a mi oído; piensas bien, y me congratulo de ello. En todas las clases de amor, se puede llegar a lo sublime y hacer grandes progresos.

Miré a mi alrededor, y vi a un anciano de noble aspecto que me sonreía dulcemente; cogí su mano, la llevé a mis labios y le dije:

—No os conozco ni sé quién sois; pero encuentro en vuestra tranquila mirada, un no sé qué inexplicable, que me hace sentir hacia vos un respeto y cariño a la vez, que me da vida y me hace feliz.

—A eso vengo, amiga mía, dijo el anciano estrechándome en sus brazos, a darte vida, a fortificarte con mi cariño, a alentarte con mis frases, a decirte algo del verdadero amor, de ese amor tan cacareado entre vosotros, tan mal entendido por muchos y sólo comprendido por muy pocos. ¿Quieres saber cómo se practica el amor en los espíritus de gran progreso? Ven conmigo y ten presente todo cuanto veas, grábalo en tu mente y, cuando vuelvas al cuerpo, no

lo olvides; porque todo ello te servirá de faro en lo que te queda de existencia.

El fluido de su mirada acrecentaba mis fuerzas; yo no parecía una débil mujer, no, más bien me asemejaba a un atleta que desafiaba la Tierra, la cual veía a mis pies como una pequeña isla. De tiempo en tiempo, me quedaba absorta contemplando la bella perspectiva que representaba el espacio: por un lado la Tierra, iluminada por la luna, parecía la fantástica aspiración del poeta; por otro la naciente aurora, pura como la inocencia; más allá de los mundos rutilantes poniendo de manifiesto la inmensa sabiduría del Eterno; y aquel conjunto de luces diáfanas y nubes de fuego, me parecían en aquellos momentos notas dulcísimas, filosofía profunda, ciencia incomprensible, besos tiernísimos, amor bendito, sonrisa de Dios.

Entonces el anciano, contemplándome y gozándose a la vez de mi alegría exclamó: —¡Goza pobre Espíritu; goza en las maravillas celestes, y que el hálito de la amorosa Providencia te fortalezca!

Momentos después nos fuimos acercando hacia la Tierra y penetramos en una casa de mediano aspecto, un anciano yacía medio moribundo en un lecho, al lado del cual, se veía una mujer joven aún, y dos niños que colmaban de caricias al enfermo. Éste los miraba con amoroso afán, retratándose en sus ojos la más tierna gratitud.

¿Ves ese pequeño grupo? Me dijo mi compañero, ¡Pues todo él respira amor! Ese anciano que está a punto de exhalar el último suspiro, es esposo de esa mujer y padre de esos niños. Hace tiempo que unos celos infundados, le hicieron abandonar su familia dejándola en la mayor miseria; su esposa que es un ángel con envoltura material, sufrió resignada este contratiempo, y aunque herida en lo más íntimo de su alma, siempre enseñó a sus hijos a bendecir el nombre de su padre; éste, hastiado de la vida, derrochó cuanto le quedaba de sus bienes en poco tiempo, y más tarde, no sólo se vio pobre, sino que también enfermo; cuando se halló en esa situación se acordó de su familia, empezó a reflexionar sobre su mal proceder, y el rubor asomó a su rostro. Luchaba entre volver a su casa o entrar en el hospital; pero el temor de que su esposa le reconviniere, le hizo decidir irse al último; al hallarse a las puertas de éste, una mujer que a la sazón pasaba, le detuvo diciendo:

—¿A dónde vas? ¡Cuánto tiempo hace que te busco y no te encuentro!

Aquella mujer era su esposa; él la miró, quiso hablar y no pudo; un frío sudor inundaba su cuerpo, volvió a mirarla; en la frente de su esposa irradiaba la pureza de su alma; en sus ojos se leía la inocencia; en sus labios se dibujaba la sonrisa del amor; aquella mujer cuyo rostro resplandecía de júbilo al encontrar a su esposo, no era ni podía ser criminal; así lo comprendió él, y tomándole una mano y estrechándosela con efusión, le dijo:

—Perdóname, María, si en un momento de ceguedad dudé de ti; el

culpable soy yo, que no supe mirar bien; déjame que no soy digno de tu cariño.

—¿Que no eres digno de mi cariño, respondió María, cuando te guardo en mi pecho un amor profundo? ¿Que te deje cuando tu vida es la mía? ¡Oh, no; no me separaré de ti jamás! Te seguiré con mis hijos a todas partes, porque sin ti el dolor me abrumba, y la soledad me abate; porque necesito pisar la tierra que tú pisas, respirar el aire que tú respiras, llorar si tú lloras, reír si tú ríes, vivir contigo para ti, formando con nuestros alientos la atmósfera purísima del amor, que a un tiempo, nos eleva al infinito amor de Dios.

Y María, fuego de amor inextinguible, se llevó a su esposo consigo mostrándole a sus hijos. Ha trabajado y trabaja sin descanso, para rodearles de cuantos cuidados están a su alcance; y en este momento ese anciano morirá con la sonrisa en los labios, porque el amor sublime de su esposa, le ha regenerado y le ha hecho feliz. Si ella no le hubiese sabido amar, él habría dejado la Tierra maldiciendo su existencia y el amor. ¡Aquí tienes amiga mía, ese amor de fuego, que es capaz de dar calor a un planeta, derretir un alma de hielo y hacer progresar a un Espíritu!

Verdaderamente, objeté yo, esa mujer sabe amar; y si toda la humanidad participara de ese amor tan grande que, olvida los defectos de sus semejantes para engrandecer al Espíritu, ciertamente seríamos más perfectos.

Días vendrán, amiga mía, en que sólo un amor puro irradiará en la Tierra, ahora aún es pronto, y los humanos no saben amar sino con los sentidos; la belleza física y el oro, atrae y fusiona de tal modo a los terrenales, que les convierte en idiotas de sus pasiones; según vayan adelantando las generaciones, irán éstas purificando su amor; y entonces, ni las riquezas ni la carne, serán la base del amor como lo son hoy; el hombre sabrá amar y respetar a la mujer, ésta engrandecerá ese amor por medio de su cultura y sus virtudes, sus espíritus se comprenderán mejor, porque estarán más nivelados en progreso, y los efluvios de su amor sincero, extendiéndose sobre sus hijos los harán ser modelos de nobleza; mas hoy en la Tierra, son contados los que saben amar; la mayoría sienten un volcán de amor en su pecho pero es tan sólo por algunos segundos; y los más constantes, en cuanto descubren un insignificante defecto en el ser querido, se aburren y se cansan de ser tolerantes; esto sucede por la pequeñez de sus espíritus, por la ignorancia que les domina y por el orgullo que les amamanta. El verdadero amor, es ese eco dulcísimo que, resonando en nuestro corazón, nos dice a todas horas, ama con nobleza; es la aurora que nos hace sonreír, el fuego divino que da calor a nuestro ser, la balsámica brisa que con más fruición aspiramos, el efecto que más dilata nuestra alma, la filosofía constante del hombre, el viento de la razón que despeja los sentidos, el aura juguetona que acaricia el pensamiento; a él se

aúnan todas las virtudes, por él hemos sido creados, por él progresamos y por él vivimos; porque, siendo Dios amor inmenso, constantemente con él nos alimenta, siendo el verdadero amor, la esencia del Espíritu. Vuelve a tu cuerpo, amiga mía, y haz que la esencia de tu alma se evapore por la Tierra; ama desde el niño al octogenario, desde el mendigo hasta el que ciñe una corona, desde el amigo, hasta el adversario; ama también a los criminales, porque, quizás estos más que otros, necesitan de amor en ese mundo; y ama la justicia y la razón, para que, envuelta en el amor divino, al dejar la vida terrestre te remontes con los espíritus del amor.

Al terminar el anciano su última frase, abrí los ojos y me hallé sola en mi cuarto, sin espacio, sin luz y sin mi simpático compañero. Mis ideas eran confusas; pero mi voluntad en recordarlo todo, muy grande; pedí a Dios con toda la efusión de mi alma, que no borrara de mi pensamiento aquel recuerdo, y mi súplica fue escuchada; puesto que más tarde, las ideas adquirieron más luz, cogí la pluma y escribí las líneas que anteceden:

¡Qué hermoso es el espacio!

¡Dichoso aquel que con los ojos del alma lo contempla!

¡Cuán bello es vivir entre espíritus de luz!

¡Cuánto alientan!

Yo al despertar, me sentí más fuerte, pero con ese valor que eleva; sentí amor grande, amor sublime para la humanidad entera; aquel simpático anciano de semblante risueño, me había comunicado algo de ese amor del alma que, se siente y no se explica; yo pensaba en su bondad, y recordaba sus frases de cariño. ¡Jamás en la vida he hallado tanta ternura!

Sus consejos operaban en mí una metamorfosis moral, y el fuego de su mirada, transmitiéndome un amor dulcísimo, parecía decirme: Fuego es el amor, sí, corriente eléctrica que se transmite con suma facilidad, pero que hay muy pocos que la transmitan, ve tú a engrosar el ejercicio de los que trabajan en pro del progreso, que, la generalidad de los terrenales, tiene frío en el alma y necesita envolverse con la llama sacrosanta del amor.

Y desde entonces, las flores con su aroma, las auroras con sus besos, las aves con sus trinos, y la naturaleza en su conjunto, todo, absolutamente todo, parece murmurar a mis oídos: ¡Amor puro, amor hasta el sacrificio, amor sublime; porque sin el amor no hay progreso, no hay luz, no hay vida!

## **CAPÍTULO IX**

### **LA CIENCIA**

Nosotros tenemos formada una idea respecto al Omnipotente. Creemos como Allan Kardec que, es la Soberana y Suprema Inteligencia; Único, Eterno, Inmutable, Inmaterial, Omnipotente, Soberanamente Justo y Bueno e Infinito en sus Perfecciones.

Creemos que la Creación es obra suya, y la consideramos como el fruto sazonado de su sabiduría, como el resultado natural de sí mismo, como el reflejo de su propia luz, como la esencia de su Ser, como el sonido de su voz, pero no creemos que formó a las humanidades para que éstas le rindieran homenaje; las debió crear porque con ellas se completa el conjunto armónico de la vida, porque los mundos sin moradores serían improductivos, y habitados, son grandes laboratorios donde los hombres trabajan, y con su progreso cumplen la misión divina impuesta por Dios a los espíritus, que es su perfeccionamiento indefinido sin llegar nunca a la suprema perfección; porque ésta sólo la posee Dios.

Mas estos homenajes de las religiones, estos cultos, estas ceremonias son creadas por los hombres, pero no necesarias para Dios, no tiene el Creador que asegurarse de la adoración humana, porque Él se ve adorado por su propia Obra. La naturaleza entona un himno de alabanza que nunca cesará, y la adoración del hombre es un sentimiento que se irá desarrollando según vaya adelantando en conocimientos; pero civilizándose o estacionándose, el hombre vivirá eternamente, y viviendo, la continuidad de su vida testifica la Omnipotencia de Dios; el cual no necesita homenajes porque su potencia creadora se lo rinde, adorado de las humanidades, o negado y olvidado de las generaciones. ¡Dios es todo, y todo está en Él! ¡Principio incomprensible de la vida! ¡Causa eterna de todo lo creado! ¡Misterio de los siglos! ¡Arcano de la eternidad! ¡Motor de los mundos! ¡Fuerza inextinguible! Tú no tienes que asegurarte de la adoración de los terrenales. Todos los Universos te rodean porque todos obedecen tus leyes.

¿Qué es la ciencia? El conocimiento claro y cierto de las cosas, fundado en principios evidentes o en demostraciones. La ciencia denota el conjunto de los acontecimientos humanos sobre las cosas visibles e invisibles; el conjunto de saber que los hombres han adquirido por medio de la observación, de la razón y de la experiencia. En este sentido habló Bacon cuando dijo: “La ciencia es poder; este es el gran instrumento de la civilización, el gran vehículo de la felicidad humana, el gran impulso que recibe el hombre para encaminarse a la perfección de su ser. La ciencia es lo

que hermosea la vida, lo que ennoblece su destino, lo que constituye la dignidad y el ornamento de la sociedad. Sin los auxilios de la ciencia, una familia humana, por muy favorables que sean sus condiciones orgánicas y locales, apenas se distinguirá de una tribu de salvajes; porque la acción y el influjo del saber, abrazan todos los elementos de la sociabilidad, la legislación, el culto, la moral, la administración de justicia, la conservación de la salud, la teoría de la riqueza pública, las artes útiles, las de imitación; en fin, todo aquello en que el hombre se distingue de las bestias”. Esto dice Serrano en su diccionario Universal, y si de la ciencia se necesita para todos los actos de la vida, cuánto más debe necesitarse para las creencias religiosas que son el principio fundamental del adelanto moral de las humanidades. Por esto el sistema de la Creación debe admitirse porque es lo más lógico, porque es lo más racional, porque es lo que mejor responde al orden de todas las cosas. Escuchemos a Kardec en su libro de los espíritus, capítulo 1, párrafo 4: “¿Dónde puede encontrarse la prueba de la existencia de Dios? Es un axioma que vosotros aplicáis a vuestras ciencias: no hay efecto sin causa. Buscad la causa de todo lo que no es obra del hombre, y vuestra razón os responderá”.

“Para creer en Dios, basta extender la vista sobre las obras de la Creación. Existe el Universo; luego hay una causa”.

“Dudar de la existencia de Dios, sería negar que todo efecto tiene una causa y adelantarse a decir que la nada ha podido crear alguna cosa”.

“¿Qué consecuencia puede deducirse del sentimiento intuitivo, que todos los hombres llevan en sí mismos de la existencia de Dios? ¿Dios existe! Y si no ¿de dónde le vendría ese sentimiento si no descansara sobre algo? Esta es volvemos a decir, una consecuencia del principio que no hay efecto sin causa”.

“El sentimiento íntimo de la existencia de Dios que tenemos ¿no sería resultado de la educación y producto de ideas adquiridas? Si fuese así ¿cómo tendrían el mismo sentimiento los salvajes? Si sólo fuese producto de la educación, el sentimiento de la existencia de un ser supremo, no sería universal, y como las nociones de la ciencia, existiría únicamente en los que hubiesen recibido semejante instrucción”.

“¿Podría encontrarse la primera causa de la formación de las cosas en las propiedades íntimas de la materia? Pero entonces ¿cuál sería la causa de estas propiedades? Siempre se necesita de una causa primera”.

“Atribuir la primera formación de las cosas a las propiedades íntimas de la materia, sería tomar el efecto por la causa, porque estas mismas propiedades son efecto que debe tener causa”.

“¿Qué hemos de pensar de la opinión que atribuye la primera formación a una combinación casual de la materia, esto es el acaso? Esto es

otro absurdo. ¿Qué hombre de buen sentido puede mirar el acaso como un ser inteligente? Y además... ¿Qué es el acaso? Nada”.

“La armonía que regula los resortes del Universo descubre combinaciones y miras determinadas, y por esto mismo revela un Ser Inteligente. Atribuir la primera formación al acaso, sería un contrasentido, pues el acaso es ciego y no puede producir los efectos de la inteligencia, un acaso inteligente no sería un acaso”.

“¿Dónde se ve en la primera causa, una inteligencia primera y superior a todas las inteligencias? Vosotros tenéis un proverbio que dice: por la obra se conoce el artífice. Pues bien, considerad la obra, y buscad el artífice. El orgullo es el que engendra la incredulidad. El hombre orgulloso no ve nada superior a él, y ésta es la causa de que se califique de Espíritu fuerte. ¡Pobre ser que un soplo de Dios puede anonadarlo!”

“Por las obras se juzga el poder de una inteligencia; y como no hay ser humano que pueda crear lo que produce la naturaleza, la primera causa, pues, será una inteligencia superior a la humanidad”.

“Sean las que fueren las maravillas producidas por la humana inteligencia, esta misma inteligencia tiene una causa y cuanto más grande es lo que aquella llega a producir, más grande debe ser la causa primera. Esta inteligencia es la causa primera de todas las cosas, sea cual fuera el nombre con que el hombre la designe”.

Es muy cierto, y por esto el sistema de la Creación es una creencia científica y como tal debe admitirse.

Para nosotros el primer libro santo es la razón del hombre, ese yo pensante, es ese raciocinio que nos sirve para usar nuestro entendimiento, nuestra comprensión, y con el trabajo de nuestra inteligencia, podemos formar juicio exacto de las cosas.

Crear sin pensar, es vivir sin ver, y el sistema de la creación no debe aceptarse dogmáticamente, sino por el profundo convencimiento científico. La fe religiosa debe fundarse en la ciencia, y así será inquebrantable, porque como dice Kardec: “los descubrimientos de la ciencia glorifican a Dios en vez de rebajarle; no destruye sus leyes, sino las que los hombres han imaginado y las falsas ideas que han dado de Dios”.

“¿Para qué es el hombre, el rey de la Tierra? Para ejercer dignamente la soberanía de su inteligencia, para estudiar, aprender, analizar y definir, no para confesar que acepta una doctrina religiosa, no a título de adquisición científica, sino porque la revelación primitiva se lo ordena. Para esa obediencia pasiva no fue creado el Espíritu; porque la revelación primera la tiene el hombre en sí mismo, en ese rayo divino que fulgura en su frente, en ese yo eterno que engrandece su ser, en esa luz maravillosa que irradia de su cerebro que en

lenguaje se llama razón. El hombre debe conocer la existencia de Dios al sentir en él los efluvios de la vida; no porque se lo diga éste o aquél, sino porque él debe sentir su influencia divina; pero vemos con profunda pena que los teólogos se confunden y luchan, y concluyen negando los unos y los otros la grandeza del Ser Supremo; cada uno a su modo”.

“¿Están habitados todos los mundos que circulan en el espacio? ¡Sí! Y el hombre de la Tierra está muy lejos de ser el primero en inteligencia, en bondad y en perfección como él presume. Sin embargo, hay hombres que se creen bastante autorizados para aseverar que este pequeño globo, es el único que tiene el privilegio exclusivo de ser habitado por seres racionales. ¡Qué orgullo y qué vanidad! Creen que Dios ha creado el universo para ellos solos”.

“Dios ha poblado los mundos de seres vivientes, que concurren todos al objeto final de la Providencia. Creer que los seres vivientes están limitados sólo al punto del universo que habitamos, sería poner en duda la sabiduría de Dios, que nada ha hecho inútil. A estos mundos le ha debido designar un fin más serio que el de recrear nuestra vista. Por otra parte, ni la posición, ni el volumen, ni la constitución física de la Tierra, pueden hacer suponer razonablemente, que tenga el privilegio de estar habitada con exclusión de tantos millares de mundos semejantes”.

“¿Es una misma la constitución física de los diferentes globos? ¡No! Ni se asemejan en nada”.

“¿No siendo una misma la constitución física de los mundos, puede que los seres que los habitan tengan diferente organización? Sin duda alguna, a la manera que el vuestro, los peces están hechos para vivir en el agua, y las aves en el aire”.

“¿Los mundos más lejanos del Sol están privados de la luz y del calor, puesto que sólo lo ven en apariencia de una estrella? ¿Creéis por ventura que no hay otros manantiales de luz y de calor que el Sol, y contáis acaso nula la electricidad que en ciertos globos produce unos efectos mucho más importantes que en la Tierra y que os son del todo desconocidos? Además nadie os ha dicho que todos los seres vean de la misma manera que vosotros, y con órganos confeccionados como los vuestros”.

“Las condiciones de existencia de los seres que habitan los diferentes mundos deben ser apropiados al centro en que están llamados a vivir. Si nunca hubiésemos visto peces, no comprenderíamos que en el agua pudiesen vivir seres animados. Lo propio sucede con respecto a otros mundos que sin duda encierran elementos que nos son desconocidos. ¿Acaso no vemos en la Tierra las largas noches polares, iluminadas por la electricidad de las auroras boreales? ¿Hay algún imposible de que en ciertos mundos la electricidad sea más abundante que sobre la Tierra, y ejerza sus funciones generales cuyos

efectos no podemos comprender? Estos mundos pueden contener en sí mismos los manantiales de calor y de luz necesarios a sus habitantes”.

¿Quién puede dudarlo? La vida germina y funciona en toda la Creación, y la Tierra no es más que uno de sus planetas donde el alma pensadora no encuentra realizado el ideal de su sueño. Pesa sobre la Tierra una gran calamidad; pero escuchemos a Víctor Hugo: “Hay una gran desgracia en nuestro tiempo, y casi por decir que no hay más que una desgracia, la cual es una tendencia a colocarlo todo en esta vida”.

He aquí una gran verdad, el materialismo niega el más allá y las religiones no aceptan más que la Tierra como centro de acción de las humanidades. Los unos y los otros, le arrebatan al hombre lo más hermoso, la esperanza; lógica basada en la profunda convicción de un ilimitado porvenir. Afortunadamente una antigua escuela filosófica renace hoy a la vida del estudio, y preocupa a muchos sabios. Víctor Hugo y Allan Kardec son adeptos de ella; escuchemos al primero hablando de la certeza del porvenir:

“Al dar por fin al hombre la vida terrestre y material, se agravan todas las miserias por la negación, que es su término, se añade al abatimiento el peso insoportable de la nada, y de lo que no era más que el sufrimiento, es decir, la ley de Dios, se hace la desesperación, de decir, la ley del infinito; de aquí provienen las profundas convulsiones sociales”.

“Ciertamente no soy de los que quieren, con un inexplicable ardor, y por todos los medios posibles, mejorar en esta vida la suerte material de los que sufren; pero las primeras de las mejoras, es darles la esperanza. ¡Oh! Y cómo se aminoran nuestras miserias finitas cuando se mezclan a ellas una esperanza infinita”.

“Nuestro deber, cualesquiera que de nosotros seamos, legisladores u obispos, sacerdotes o escritores, es esparcir, prodigar bajo las formas, toda la energía social, para combatir y destruir la miseria. Y al mismo tiempo hacer levantar todas las cabezas hacia el cielo, dirigir todas las almas, volver todas las esperanzas hacia una vida ulterior donde se hará justicia a todos. Digámoslo de una vez: nadie habrá sufrido injusta e inútilmente. La muerte es una restitución”.

“La ley del mundo material es el equilibrio; la ley del mundo moral es la equidad. Dios se halla al fin de todas las cosas; no lo olvidemos y enseñémoslo a todo el mundo. No habría ninguna dignidad en vivir, ni esto merecería la pena, si debiera morir todo en nosotros; y lo que santifica la labor y aligera el trabajo, lo que hace al hombre fuerte, bueno, sabio, paciente, benévolo, justo, humilde y grande, a la par digno de la libertad, es tener delante de sí la perpetua visión de un mundo mejor, irradiando a través de las tinieblas de esta vida”.

“Por lo que a mí toca, yo creo en ese mundo mejor; mundo mil veces más real a mis ojos que esta miserable quimera que devoramos y que llamamos vida; mundo que tengo sin cesar a mi vista, mundo el cual creo con toda la fuerza de mi convicción, y que las largas luchas, afanosos estudios y fuertes pruebas, han venido a ser a un tiempo mismo, la certidumbre suprema de mi razón y el supremo consuelo de mi alma”.

Consuelo supremo es sin duda la certidumbre de la continuidad de la vida; y el medio más seguro para el progreso del Espíritu, que como dice muy bien Allan Kardec en la conclusión de su filosofía, párrafo IV:

“El progreso de la humanidad tiene su principio en la aplicación de la ley de justicia, de amor y de caridad, y esta ley está fundada en la certeza del porvenir. Quitad esta certeza y quitaréis a esta ley su piedra fundamental. De semejante ley derivan todas las otras, porque ella contiene todas las condiciones de la felicidad de los hombres. Sólo ella puede curar las plagas de la sociedad, y el hombre puede juzgar, comparando las edades y los pueblos. ¡Cuánto mejora su condición a medida que esa ley se comprende y practica mejor! Si una aplicación parcial e incompleta produce un bien real, ¡qué no será cuando ella venga a ser la base de todas las instituciones sociales! ¿Pero es esto posible? ¡Sí! Puesto que si ha dado diez pasos, puede dar veinte y así sucesivamente. Puede, pues, juzgarse el porvenir por el presente. Ya estamos viendo extinguirse poco a poco las antipatías de pueblos a pueblos; los valladares que los separaban caen ante la civilización, se dan la mano de un extremo a otro del mundo; mayor justicia preside a las leyes internacionales; las guerras son de menos en menos frecuentes, y no excluyen los sentimientos humanitarios; se establece uniformidad en las relaciones; las distinciones de razas y castas desaparecen, y los hombres de distintas creencias acallan las supersticiones de sectas, para confundirse en la adoración de un solo Dios. Nos referimos a los pueblos que marchan a la cabeza de la civilización”.

“Bajo todos estos aspectos estamos aún lejos de la perfección y quedan todavía por reducir muchas ruinas antiguas, hasta que hayan desaparecido los últimos vestigios de la barbarie. Pero esas ruinas, ¿podrán haberlas con la potencia irresistible del progreso, de esa fuerza viva que también es una ley de la naturaleza? Si la generación presente está más adelantada que la pasada, ¿por qué la que nos sucederá no ha de estarlo más que la nuestra? Así será por la fuerza de las cosas, ante todo, porque con las generaciones desaparecen diariamente algunos campeones de los antiguos abusos, constituyéndose así, y poco a poco, la sociedad de nuevos elementos que se han librado de las antiguas preocupaciones. En segundo lugar, porque, queriendo el hombre progresar, estudia los obstáculos, y se consagra a destruirlos. Desde el momento que es incontestable el movimiento progresivo, el progreso venidero

no puede ser dudoso. El hombre quiere ser feliz, lo que es natural, y sólo busca el progreso para aumentar la suma de felicidad, sin la cual carecería aquel de objeto. ¿Dónde estaría el progreso para el hombre, sino le hicieran mejorar de posición? Pero cuando posea la suma de gozes que puede dar el progreso intelectual, percibirá que no es completa su felicidad. Reconocerá que ésta es imposible sin la seguridad de las relaciones sociales. Semejante seguridad sólo puede encontrarla en el progreso moral. Luego por la fuerza de las cosas, él mismo dará esa dirección al progreso, y el Espiritismo le ofrecerá la más poderosa palanca para el logro de su objetivo”.

“Ciertamente hace falta que los pueblos progresen, porque ya encarnan en nuestro planeta espíritus amantes de la luz; pero que sometidos al dogmatismo y las tradiciones detienen el vuelo de su pensamiento”.

“Las religiones con sus limitaciones, con sus pequeñísimos horizontes o tendrán que entrar en la vía del progreso, o les será forzoso descarrilar; porque indudablemente los cultos se van, y la razón se viene. La tradición quiere vencer al progreso, pero este vencerá a la tradición, porque el progreso es la suma de todos los grandes ideales; y aunque encuentre a su paso obstáculos insuperables los vencerá con la potencia de su voluntad que como dice oportunamente Castelar: “Poned diez mil hombres que arrastren un tren y no podrán moverlo, y el vapor de una máquina devorará el espacio”.

Nosotros decimos que el vapor de la idea racionalista religiosa, devorará las edades, y será el racionalismo filosófico, será el Espiritismo científico, el gran ideal de todos los hombres del porvenir.

## CAPÍTULO X

### EL EGOÍSMO

¿Por qué me miraste?

¿Por qué?

Porque tú eres uno de los muchos egoístas que pululan en el mundo y justo es que conozcas lo que se dice de vosotros.

Dices que yo soy egoísta, ¿y por qué? ¡Porque me gusta divertirme y no me he fijado en nadie! ¡Qué quieres! Cada uno es como Dios le ha hecho.

No creas que Dios se haya parado a modelar figuras tan defectuosas; somos nosotros los que nos revestimos de nuestras buenas o malas cualidades.

¿Y te figuras que yo las tengo malas?

Malas en todas las acepciones de la palabra no, porque no tienes mal corazón; si ves un infortunio lo remedias a la ligera, de pasada, sin llorar por el que sufre, sin detenerte a examinar la desgracia, das la limosna envuelta en el duelo de tu indiferencia, pero al fin la das; mas esto es una generosidad a medias, es una costumbre más que un sentimiento, es una obligación rutinaria, no es un arranque supremo del alma impresionada. Es preciso concederte una virtud incolora, y ya es un paso en la senda del progreso; pero hay en ti un profundo egoísmo, tú no quieres a nadie porque no quieres perder la libertad de satisfacer tus más leves caprichos, y te pasa lo que les sucede a todos los egoístas que se envuelven en sus propias redes: tú por querer gozarlo todo, no gozas de nada, tú no conoces más que la amarga irrisión de la vida.

¡Nada más! Tú deliras, pues si yo estoy muy contenta.

¿Y de qué estás contenta? Nada se une a ti, nada se enlaza a tu existencia; eres un Espíritu estacionado, gastas lo que tienes, no aprendes, no mejoras; lo mismo te encuentro a los treinta años, que cuando tenías diez, ¿y a eso llamas vivir? Eso es vegetar en la más vergonzosa inacción; hombres amantes te han brindado su amor, tú te has reído de sus juramentos y no has querido unir tu suerte a la suya, ¿por qué? Por no sufrir las luchas de la vida, porque tú no quieres ocuparte más que de ti misma. ¡Me inspiras lástima! ¡Qué existencia la tuya tan insignificante! Un niño de pocos meses que nada puede hacer es el único que te igualará en progreso; en tus manos no se ve un libro, no haces una labor, vives como los gatos y los perros comiendo y durmiendo. ¡Qué días tan insípidos! No comprendes los goces de la existencia; tú rehúyes la dominación de un hombre, y rechazas las leyes de Dios: no digas que vives.

Y si yo quiero vivir así; ¿a quién le hago daño?

¿A quién? A ti misma. No creas tú que basta no hacer el mal, es necesario hacer el bien. Decía Dante que: Nadie sobre mullido lecho o bajo

colcha, llega a alcanzar renombre; quien sin él pasa la vida, humo en el aire, espuma en el agua. El renombre no consiste únicamente en la gloria de los héroes, hay otras victorias más escondidas, más humildes, pero no por eso de menos valía. La mujer que consigue con su ternura hacerse la amiga íntima de su marido, la compañera de sus hijos, la que logra reunir en torno suyo el círculo de una familia, la que consigue despertar los más generosos sentimientos, ¿crees tú que alcanza poco en la Tierra?

No sé lo que se alcanza, pero no quiero tomar esos trabajos, para evitarme los disgustos que trae la familia.

Desengáñate, dice Homero que el trabajo es el centinela de la virtud; a ti, te falta ese centinela, tú no haces nada, vives en la holganza más completa. ¿Qué dejarás en pos de ti?

Mal oír cuando me muera.

Tienes razón; eso únicamente dejarás en la Tierra. ¿Pero qué encontrarás en la eternidad?

Allá veremos; si no me tomo la molestia de enterarme de lo que pasa por aquí. ¿Quieres que me vaya a confundir averiguando lo que sucede por las regiones etéreas? Cuando llegue a ellas lo veré y negocio terminado.

Este diálogo lo tuvimos hace pocos días con una mujer que ya hemos hecho su retrato, transmitiendo sus pensamientos. Es un alma egoísta que ávida de gozar, ella misma se rodea de una muralla inexplicable para nunca conocer lo que es la felicidad.

Miramos con dolorosa extrañeza esos espíritus tan frívolos, tan ligeros que pierden su tiempo tan lastimosamente, y se dejan arrebatarse por la corriente de la vida sin darse cuenta de cómo viven.

Recordemos una octava de Carolina Coronado que decía así:

¡Ay! Cuánto tiempo consumí de vida  
atenta de la fama al vano ruido  
cuanto pude gozar y lo he perdido;  
hasta que tú naciste hija querida;  
mas no de lauro me verás ceñida  
porque si algunas hijas he obtenido,  
yo ya no quiero para mí ninguna,  
todas están para adornar tu cuna.

¡Cuán bien pinta la célebre poetisa en pocas palabras, el único goce real de la vida, y ahora que conocemos el Espiritismo, comprendemos mejor la gran misión de la madre y el notable progreso que puede hacer!

No consiste el egoísmo únicamente en guardar mucho dinero; el egoísmo es un gravísimo defecto que se enlaza a muchas acciones de nuestra vida, cuyas fatales consecuencias nos persiguen durante muchas existencias.

No hace mucho tiempo que oímos una comunicación tristísima, conmovedora, dada por un Espíritu que en su última encarnación murió de espanto. Según se dejaba comprender, bien había sido un ser profundamente egoísta; su egoísmo había superado en todas las ocasiones a su amor, y había sido profundamente desgraciado.

¡Con cuánta amargura se quejaba de su soledad! Con cuánto desconsuelo refería las trágicas escenas de su vida, justo castigo de sus desaciertos. En su antepenúltima encarnación, ella había sido una noble dama, y un hermoso joven le había ofrecido su nombre y su amor; pero ella lo rechazó porque era pobre, porque su Espíritu indómito no quería entrar en la dulce esclavitud de la ternura, pero al encarnar nuevamente, aquellas dos almas se volvieron a encontrar. Él rico, opulento, ella en posición más humilde que él; los dos se amaban, pero ambas familias se rechazaban la una a la otra, y al fin la mujer orgullosa y egoísta de otros tiempos enfermó de amor. Próxima a morir pidió con tanto afán ver al hombre que amaba, que su madre queriendo endulzar la agonía de su hija, pudo obtener de su padre, que le concediera entrar por algunos momentos al joven que la moribunda adoraba, para que ésta muriera más tranquila viéndole al pie de su lecho.

Su padre accedió a lo que le pidieron, con la estricta condición de que no viniera el amado de su hija, hasta que él hubiese abandonado la casa, para que ni un segundo, un mismo techo los cobijara; mas ni uno ni el otro supieron medir el tiempo, y al volver el padre a su morada, se encontró en un corredor cercano a la habitación de su hija al hombre que él tanto odiaba, y que aquella amaba hasta morir por él. Los dos se miraron, y dominados por la ira se acometieron el uno al otro, el joven tuvo más brío y de un pistoletazo dejó muerto al padre de su amada, saltó sobre el cadáver y corrió a estrechar entre sus brazos a la mujer que moría por él, mas ésta al oír la detonación quedó muerta de espanto y él al verla cerró su boca con un beso desesperado; pero ella, su Espíritu lo está viendo todo, y más tarde ha comprendido, que es muy poco una vida de amor, para borrar una eternidad de egoísmo. Se encuentra sola, aislada, recuerda sus anteriores existencias y no encuentra una flor que le brinde su alma. ¡Pobre Espíritu! Dios tenga piedad de él. Por eso nuestra amiga Fany nos inspira profunda compasión porque vemos un presente improductivo, y un porvenir envuelto en sombra.

¿De qué podrá servir una existencia en la cual el Espíritu es tan apático que ni siquiera, amar a otro ser quiere? Cuando parece que, el sentimiento es innato hasta en las fieras, y hay seres elevados a la categoría de hombres que lo desconocen; y cuando se les dice, ven a ver la luz, contestan con indiferencia: ¿Y para qué? Si yo me encuentro bien en la sombra. Se les da un libro de filosofía, por ejemplo la de Allan Kardec, lo miran, se sonríen, y

exclaman con asombro infantil: ¿Y quién lee esto?... ¡Quién se abisma en pensar cuando hay tantos que piensan por mí! Cuando venga otra vez entonces trabajaré; y pasa un día, y otro día, y un año, y otro año, y un lustro, y otro lustro y siempre lo mismo.

Bien haya el advenimiento del Espiritismo que ha venido a despertar tantas inteligencias; y aunque no le quieran estudiar la mayoría de los hombres, algunos de los que lo conocen se convierten en predicadores; y si bien no todos predicán lo que debieran predicar, porque muchos creen que el Espiritismo es no dudar de la existencia de los espíritus, coger un lápiz y evocar y llamar a fulanito y a menganito, y seguir viviendo cada uno con los mismos vicios que tenía.

Mas ¿qué creencia no ha tenido sus errores? Además léanse las obras espiritistas, en particular las de Kardec, y se verá en las sólidas bases que está cimentada esta doctrina y como afortunadamente entre los propagandistas, hay alguno razonable, éste nos dice que no seamos egoístas, que amemos el trabajo, que no vivamos únicamente para nosotros, esto quisiéramos que hiciera nuestra amiga Fany: que progresara y aprendiera a querer y a sufrir.

La mujer que no ama no es mujer, y así debe ser, cuando dicen que el Espíritu pide la envoltura femenina para aprender a amar y a sufrir.

Mujeres espiritistas, si comprendéis lo que es el Espiritismo amad. No temáis a la carga de la vida, haced progresar a cuantos os rodean; pensad en el mañana, sonreír ante vuestro porvenir, que si cumplís bien vuestra misión será espléndida, rica de la luz del amor.

Huid sobre todo del egoísmo, porque es el peor consejero que podéis elegir; pues de una persona egoísta se puede esperar hasta el crimen.

Si el Satán de los libros sagrados existiera, el egoísmo sería su mensajero.

## CAPÍTULO XI

### ¡CUARENTA Y CINCO AÑOS!

Todo tiene su causa, y tu tristeza y abatimiento la tiene también; te envuelve con su denso fluido un Espíritu de sufrimiento, que no hace muchos días dejó su envoltura en esa inmensa tumba, donde las religiones no han podido encender sus cirios funerarios, ni el orgullo humano ha levantado pirámides ni mausoleos; el mar es la gran fosa común, donde se confunden el suicida que negó la Omnipotencia del Eterno, y el naufrago que llamó a Dios en sus momentos de agonía.

El Espíritu que pretende comunicarse contigo, no tuvo tiempo en su última existencia de ser creyente o ateo, pues a las seis horas de haber nacido, su madre, su infeliz madre, desesperada, loca, huyendo de sí misma, le arrojó lejos de sí, y para estar segura de su muerte ella le lanzó al mar; y cuando las olas, compasivas, le abrieron sus brazos, y le durmieron con sus cantos y caricias, aquella mujer respiró mejor, miró en torno suyo, diciendo: “¡Nadie me ha visto, nadie!... Pero lo he visto yo... “Y entonces, horrorizada, se inspiró espanto, y pidió con acento delirante a las revueltas olas la restitución de aquel pobre ser entregado a su voracidad; pero aquéllas, semejantes a la calumnia, que no suelta su presa, rugiendo con enojo, levantaron una montaña de espuma, y huyeron presurosas llevándose una nueva víctima de las preocupaciones sociales.

El Espíritu de ese niño vaga de continuo por estos lugares, a los cuales acude su madre para rezar con su amargo llanto.

¡Si vieras qué historias tan tristes tienen su epílogo en el mar!

¡Se cometen tantos crímenes ante el inmenso espejo de los cielos!

–Parece imposible –replicamos, porque mirando el mar se cree en Dios.

¿Crees tú que no hay más ciegos que los que tienen los ojos cerrados? Esos son los menos; los más, son los que ven las estrellas sin comprender que en aquellos mundos lejanos se agitan otras humanidades, sintiendo, pensando y queriendo. Los que reducen la vida al estrecho círculo de sus pasiones, y para satisfacerlas cometen toda clase de desaciertos, esos ciegos de entendimiento, hace muchos siglos que ellos y la categoría de legisladores, han escrito unos códigos donde, en nombre de la ley, se trucan las leyes naturales que son las leyes divinas. ¡Pobre, pobre humanidad!

El Espíritu que reclama nuestra atención, ha sido uno de esos ciegos que ha tropezado y ha caído repetidísimas veces; al fin vio la luz y reconoció sus errores, y si valeroso y pertinaz fue en el mal, no se le puede acusar de

cobarde en su expiación. Con ánimo sereno miró el cuadro de su vida, vio, en primer término, las multitudes que formaban sus víctimas, más lejos un lago inmenso formado con las lágrimas de todos los que por él sufrieron persecución y muerte o deshonra y miseria; pesó uno por uno todos los dolores que había producido su ferocidad, analizó todo el mal que por su causa se había enseñoreado de ese mundo, comprendió las fatales consecuencias de su inicuo proceder, buscó en el mar, teatro de sus horrendas hazañas, todos sus actos de barbarie, se vio señor de los mares, siendo el terror y el espanto de mar y tierra; vio los niños sacrificados, las vírgenes violadas, los ancianos atormentados, y ante tantos horrores no tembló, sino resueltamente comenzó a sufrir su condena sin murmurar: mucho lleva pagado; pero aún le queda mucho más que pagar; una de las existencias en que demostró un valor a toda prueba, fue indudablemente la que te voy a referir.

Nació en la mayor miseria, creció en medio de toda clase de privaciones, mendigó su pan hasta que tuvo edad para entregarse a los trabajos rudos, entrando de grumete en una galera, que fue apresada en las aguas de la India, en el mismo paraje donde en otras existencias había sembrado el horror y la muerte, el pirata que decía: “¡Todo el Universo es mío!”

Fue pasada a cuchillo toda la tripulación del buque apresado, y sólo le concedieron la vida al joven grumete, que fue conducido al interior de la India, sometiéndole a los más horribles tormentos. CUARENTA Y CINCO AÑOS vivió sufriendo alternativamente los horrores del agua y el fuego, recibiendo el dardo de agudísimas flechas, siendo arrastrado por caballos indómitos, y no había sufrimiento que le causara la muerte. Siempre se curaba de todas sus heridas; parecía un esqueleto, una momia escapada de su sepultura; nadie le amó, nadie le quiso, nadie tuvo compasión de aquel infortunado; no puede recordar el beso de su madre, ni la protección de su padre; nació entre abrojos, creció entre espinas, murió en medio de agudísimos dolores...

¡Qué malo es ser malo!...

¡Qué bueno es ser bueno!

El héroe de nuestra historia, al que llamaremos Wifredo, después de aquellos “Cuarenta y cinco años” de irresistibles tormentos, ha tenido varias encarnaciones, y en todas ellas ha muerto en el mar, que es donde él ha cometido todos sus crímenes, donde ha adquirido mayores responsabilidades. Ahora, por la ley natural, tiene que escoger padres sin corazón o dominados por azarasas circunstancias, las que influyen poderosamente en el destino adverso de Wifredo, que siempre se propone luchar y vencer, pero que no siempre puede conseguirlo, y esta contrariedad entra en su expiación, porque el Espíritu decidido a sufrir, casi goza en el martirio, y ese goce no puede tenerlo Wifredo en todas sus existencias; por eso su vida se trunca en sus

primeros años, y últimamente ni un día le ha sido dado permanecer en la Tierra, contratiempo que hoy lamenta porque quiere avanzar y no avanza lo que desea. Ha lanzado al mar tantos niños que le estorbaban en sus viajes, que justo es, muy justo, que sucumba, entre las olas quien no escuchó los ruegos y los lamentos de las madres desoladas.

—Pues si es justo que así suceda —preguntamos, —no tendrá mucha responsabilidad la mujer que le arrojó lejos de sí; si hay hechos que fatalmente tienen que suceder, preciso será que haya seres que los ejecuten.

No tal; estáis en un error gravísimo; nunca el mal es necesario, porque el mal no es la ley de la vida; la ley eterna es el bien, y para que un ser muera no es indispensable que haya asesinos. El hombre muere por sí solo cuando tiene necesidad de morir, y cuando se ha de salvar, aunque se encuentre en medio de los mayores peligros, se salva milagrosamente, como dicen unos, providencialmente, como aseguran otros, casualmente, como creen la mayoría; y tened entendido que no hay milagro, no hay providencia, ni casualidad; lo que ha habido, hay y habrá eternamente, es justicia, justicia infalible.

Tenéis una sentencia vulgar que dice así: no hay hoja del árbol que se mueva sin la voluntad de Dios. Y en verdad es así; pero falta explicar lo que es la voluntad de Dios, que no es lo que entre los hombres se llama voluntad, cuyos actos son querer y no querer, la potencia de admitir o rehuir alguna cosa, y si Dios quisiera o no quisiera, sería hacerle susceptible de encontrados sentimientos, habría lucha en sus ideas, y en Dios sólo puede haber inmutabilidad, infalibilidad, suprema perfección; su voluntad es la ley de gravedad que regulariza el movimiento de los seres y de las cosas; es la fuerza centrífuga y centrípeta, es el efecto respondiendo a la causa, es la lógica, es la justicia, es dar a cada uno según sus obras. Dios hizo las leyes inmutables y eternas; éstas funcionan en la Creación sin cambio alguno; para todas las estaciones hay sus flores y sus frutos, sus lluvias, y sus vientos, sus días de sol y sus noches de borrasca; para todas las especies sus idilios de amor.

Aman los leones en los desiertos, abrasados por el sol de los trópicos; aman las tórtolas y las palomas en los caseros nidos; aman los peces en su lecho de cristal; aman las avecillas en el ramaje de la selva umbría; aman las palmeras y todos sus vegetales; ama el hombre en los brazos de su madre; ama postrado ante el ángel de sus sueños; aman los planetas al sol que los seculariza; aman los soles a los cuerpos celestes que giran en torno suyo, pidiéndoles un ósculo de amor.

Todo ama, todo se relaciona con la vida; no hay hecho aislado ni hombre solitario; todo forma familia; el crimen se crea su atmósfera asfixiante; la virtud, su semblante purísimo. Dios no quiere que el hombre sucumba al peso de su infortunio. El hombre cae, desciende y muere en medio de

agudísimos dolores en cumplimiento estricto de la ley; que aquel que se ha gozado en el dolor ajeno no tiene derecho a ser dichoso; la dicha no se usurpa; la felicidad se obtiene por derecho divino cuando se han cumplido todos los deberes humanos. Por eso Wifredo no puede ser dichoso, porque siendo hombre no amó a la humanidad; siendo fuerte oprimió a los débiles; su talento lo empleó en el mal; nada más justo que su vida sea peregrinación y que cuanto encierra la naturaleza tenga para él punzantes espinas.

Me detengo en estas digresiones, porque es muy necesario que os convenzáis de que, el que comete un crimen no lo ejecuta porque inconscientemente secunda planes divinos para castigar al culpable, no; esto sería acumular crímenes y las leyes divinas sólo acumulan amor.

Cuando un hombre tiene que sucumbir en el fuego, porque necesita sentir sus dolores que hizo sufrir a otros en la hoguera, sucumbe en un incendio sin que nadie le arroje, y aun cuando se empleen todos los medios para salvarle, muere. La ley de la vida es la ley del progreso, no de destrucción; amar a todo ser naciente, desde la florecilla del campo hasta el niño que llora al nacer para despertar el sentimiento de la compasión, es obedecer el mandato divino.

Amar es vivir, vivir es sentir; y todo aquel que mata, aunque a ello le induzcan diversas circunstancias, criminal es, porque se opone a las leyes de Dios.

Wifredo ha desperdiciado tantos siglos de vida, que ahora tiene sed de vivir en la Tierra; pero ha truncado tantas existencias, que irremisiblemente se han de truncar las suyas, y el trágico episodio de su última encarnación le ha entristecido profundamente.

Contempla a su madre que la odia y la compadece a la vez, y si le fuera posible, inspiraría a cien médiums a un mismo tiempo para contar sus múltiples historias; tiene mucha prisa de trabajar, cree que se le ha hecho tarde en el camino de la vida, y desea ganar los siglos perdidos; pero como querer no siempre es poder, él no puede, mejor dicho, no merece el goce de la expiación, y no lo tiene: llama a distintas puertas y nadie le responde, uno de los muchos anacoretas que hay en el espacio; se acercó a ti, y como tu sensibilidad está en completo desarrollo por el activo trabajo de tu plan de vida, necesariamente sentiste su dolorosa influencia; y yo, en bien de los dos, de él y de ti, me he apresurado a desvanecer tus sombríos presentimientos y a transmitirte algo de lo mucho que se agita en la mente de Wifredo, que semejante a un río que se desborda, la abundancia de sus aguas, en vez de fertilizar con su riego, destruye los sembrados. El agua encauzada da la vida a las plantas, pero invadiendo los valles en lluvia torrencial da su muerte.

Lluvia torrencial es por ahora la inspiración de Wifredo, y la

comunicación de los espíritus no debe, en sana lógica, perjudicar en lo más leve al médium porque sería devolver mal por bien, y debemos devolver bien por mal. La comunicación, para ser útil, ha de instruir, ha de moralizar, ha de procurar el Espíritu, que el médium no sufra alteración alguna, sino que, por el contrario, se reanime con su fluido y adquiera fuerza para trabajar en el taller del progreso; el médium, por su parte, ha de estar siempre alerta, propicio al trabajo, pero reservando su omnímoda voluntad, siendo dueño absoluto de sus actos; y de esta manera se establece una relación entre vosotros y nosotros que nos presta mutuo consuelo.

Al Espíritu le es grato comunicarse con los terrenales, si en la Tierra tiene seres amados y sagrados deberes que cumplir; y vosotros, que vivís como los infusorios en una gran gota de agua, encontráis en nosotros la fuente del infinito; adquirís verdaderas nociones de la vida, y aunque no os damos la ciencia infusa, os animamos a buscar en la ciencia el principio de todas las cosas, y en el amor universal el inmenso raudal del sentimiento que es lo que verdaderamente engrandece al Espíritu.

He sido intermediario entre Wifredo y tú, como te he dicho antes, para el bien de los dos; que harto necesitáis de consuelo los anacoretas del espacio y los solitarios de la Tierra. ¡Pobres hermanos míos! No os desaniméis; Wifredo, alma perdida en el embravecido mar de las pasiones, náufrago que en una roca solitaria, en un castillo formado por la naturaleza, desde sus altas almenas contempla el abismo donde tantas veces ha sucumbido, y no sabe si bendecir la perpetuidad de la vida, o desear el no ser de la muerte...

También para ti habrá una familia, también llegará un día que encontrarás una madre amorosa que vivirá esperando tus sonrisas y escuchando tus palabras; no hay invierno que no tenga por primogénita a la primavera, ni estío que no tenga por heredero el otoño: también la luz del alba lucirá para ti.

Viviste “cuarenta y cinco años” entre horribles tormentos, y fuiste tan fuerte, tan enérgico, tan decidido para sufrir, que pagaste en aquella encarnación grandes deudas. La energía es un gran auxiliar para el rápido progreso del Espíritu; no desfallezcas, no lamentes nacer y morir en el breve plazo de seis horas, cuando puedes vivir eternamente.

No mires al presente; contempla el porvenir; no te apresures demasiado, que la carrera sólo produce cansancio y fatiga: ve despacio, muy despacio; no cambia el modo de ser de un Espíritu en cortos segundos; el hombre se despoja de sus vicios lentamente, que no se pierden en un día los hábitos de cien siglos. Espera, reflexiona, y confía en una nueva época no muy lejana que encarnarás en la Tierra y tendrás una familia que te ame; los cuarenta y cinco años de tu martirio en la India merecen una tregua de algunas

horas de reposo y las tendrás.

Y tú, Amalia, cenobita envuelta en el humilde sayal de una mujer, poeta de otros tiempos, cantor aventurero que huiste del hogar doméstico, porque no comprendías los derechos y los deberes de los grandes sacerdotes del progreso, mendiga hoy una mirada cariñosa, mira en torno suyo cómo nacen las generaciones, mientras que tú, planta estéril, no has podido besar la frente de un pequeñito, diciéndole: “¡Hijo mío!”

Trabaja en tu profunda soledad; busca en la contemplación de la naturaleza el complemento de tu pobre vida; ya que no tienes un ser íntimo a quien contemplar. Mas lo mismo que le dije a Wifredo te digo a ti: no desfallezcas; eres pobre como las hojas secas, pero puedes trabajar y llegar a poseer una riqueza fabulosa; nadie puede llamarse pobre teniendo el infinito por patrimonio. Tú lo tienes también, avanza; espíritus amantes del progreso te rodean solícitos; navega en el mar de la vida sin temor alguno; la victoria será para ti, como para todos los que trabajan en la viña de la civilización universal.

Lee afanosa lo que escriben las olas al dejar su espuma en la playa. ¿Sabes qué dicen? Esto: “Humanidad, toma ejemplo de nosotras, que trabajamos incesantemente; si nos imitas, serás dichosa”.

No olvides el consejo de las olas; en el trabajo está la libertad; el trabajo es el que dice en todas las épocas: “Hágase la luz”, y la luz se hace; vive en la luz, y vivirás en la verdad.

## CAPÍTULO XII

### AÑO NUEVO, VIDA NUEVA

Cuando conocí el Espiritismo, al llegar el primer día del año 1873, quise emplear bien sus horas, y me dirigí a un hospital a visitar enfermos, acompañada de una joven amiga, parienta cercana de la superiora de aquel triste asilo.

Después de recorrer algunas salas, entramos a ver a la madre Rosario, que nos recibió cariñosamente, llamándome mucho la atención su porte verdaderamente señorial y majestuoso, pues a pesar de su hábito, se veía en ella a la mujer elegante, aristocrática, y bajo su blanca toca brillaban unos ojos grandes, negros, magnéticos y soñadores. Sus manos blancas y delgadas estrecharon las mías con verdadera efusión, y sonriéndose tristemente me dijo, afectuosa y atrayente:

—Ya sé por mi sobrina quién es usted; por eso no extraño que me mire con cierta curiosidad: los que escriben van buscando historias por todas partes, y yo tendré un placer en contarle a grandes rasgos la mía. Antes iremos a ver mis pequeños enfermos, y luego hablaremos. Justamente hoy es un día muy triste para mí: amargos recuerdos me atormentan, y les agradeceré que me hagan un buen rato compañía.

Salió la monja, la seguimos y entramos en un saloncito, donde había seis camas, ocupadas por otros tantos niños: Rosario los besó a todos, y acariciando especialmente a uno que tendría tres años, a quien en tan corta edad ya le habían amputado el pie derecho.

El niño recibió con marcada alegría los cariños de la superiora, y ésta me dijo:

—No puede usted figurarse cuánto quiero a este pequeñuelo y cuánto me intereso por él: me recuerda a otro niño a quien yo quise con toda mi alma, y si los muertos resucitaran, diría que éste es aquél.

—¿Hace mucho que murió el que usted recuerda?

—Seis años.

—¡Quién sabe si es el mismo! Todo pudiera ser; aunque lo más cierto es que si usted lo lleva fotografiado en su mente, justo y natural me parece que en todas partes lo vea reproducido: que los muertos siempre viven en la memoria de aquellos que los supieron querer.

Rosario me miró fijamente, dio algunas órdenes a dos monjas, y volvimos a su aposento: nos sentamos, y ella, acercándose a mi lado y aproximando su boca a mi oído, me dijo en voz apenas perceptible:

—¿Usted cree que los muertos viven?

–Sí, señora.

–¿De veras lo cree usted?

–Sí, señora, que lo creo, y usted que tiene cara de ser muy entendida, me parece que lo cree también.

Rosario me miró, y sus ojos me dijeron que sí creía; pero sus labios dieron paso a estas palabras de rutina:

–No, yo no creo que los muertos resuciten hasta que llegue el día del juicio final.

–Bueno, bueno; dejemos a los muertos y hablemos de los vivos. Usted me ha prometido contarnos algo de su vida y milagros, y espero su interesante narración.

–Breve es mi historia –dijo sor Rosario, hija del conde de Valdecañas– viví hasta los veinte años en un paraíso: amaba y era amada; y cuando tenía preparado mi traje nupcial, cuando mi madre me decía con santo regocijo: “¡Hija mía! Año nuevo vida nueva”, porque debía casarme con mi primo Felipe el día primero del año 50, cuando mis amigas se complacían en trenzar mis cabellos con hilos de perlas y colocaban en mi blanco vestido lindísimos ramos de azahar, llegó mi primo Felipe, pálido como un difunto, diciéndome: “¡Ay! Rosario, ¡yo me encuentro muy mal!” Y tan malo se puso, que aquella misma noche murió, y yo me quedé en el mundo para repetir con amargura: ¡Año nuevo, vida nueva! Tan distinta vida hice, que abandoné los salones del gran mundo por los sombríos dormitorios de los hospitales; dejé mis galas, y vistiendo el hábito de las hermanas de la caridad, me entregué con tanto ardor a velar por los enfermos, que estuve a punto de perder la vida.

Para convalecencia me mandaron a un asilo de niños, donde logré distraerme cuidando a los pequeñuelos.

Llegó el primer día del año 60, y me tocó estar de guardia en el Torno: éste dio la vuelta y recogí a un niño hermosísimo, muy bien vestidito, y entre la faja traía un papel escrito y un pedazo de cinta de la Virgen de la Regla. –¿Y qué decía el papel?

–Que le pusieran al niño por nombre Felipe, y que se guardase toda la ropa que traía puesta y el pedazo de cinta, hasta que los padres de aquel hijo del misterio, pudieran presentar la otra mitad para recoger en sus brazos el fruto de un amor desventurado.

Yo no puedo explicarle lo que sentí al ver a aquel niño; pero lo estreché contra mi pecho, y desde aquel día fui casi feliz. El pequeño Felipe llenó de santa alegría las horas de mi vida, y durante siete años no viví más que para él.

No puede imaginarse usted qué inteligencia tan desarrollada tenía. A los cinco años leía admirablemente, y a los seis escribía con rara perfección.

Tenía una conversación tan amena, que a todos los de la casa nos tenía encantados. No era yo sola la que le quería, no; ¡era tan simpático!... ¡Tan entendido!... Que al oírle, nadie hubiera dicho que quien hablaba era un niño.

El día que cumplió seis años, que era el día primero de enero, me decía él:

–Madre Rosario: ¿Por qué dicen las otras madres “año nuevo, vida nueva”, si hoy hacemos lo mismo que ayer?

–Para ti será vida nueva –le decía yo– si este año eres mejor que el pasado: esa es la vida nueva.

–¿No hay más vida que ésta? –Me preguntaba Felipe.

–Sí, la del cielo, la del infierno, la del purgatorio.

–No digas esas, replicaba el niño–, otra Tierra, otro mundo, otro planeta, digo yo.

No sabía qué contestación darle. Y pasó otro año, en el cual, demasiado egoísta en mi cariño, pedí a Dios constantemente que no aparecieran los padres de Felipe. Quería yo tanto a aquel niño, que estaba decidida a hacerle feliz, y sabía que mi familia haría por él todo cuanto yo quisiera. Ya le veía con su título de marqués ocupando los primeros puestos del estado.

A mediados del 67, mi protegido comenzó a palidecer y a tener sueños extraordinarios, porque me decía muchas mañanas:

–Madre Rosario: hay otra Tierra, yo la he visto esta noche. Hay otros hombres con unos vestidos que brillan como los rayos del Sol, y me han dicho que me iré con ellos, que para año nuevo, vida nueva.

Yo me estremecía al oír aquellas palabras, y conseguí llevarme a Felipe a una casa de campo; porque decían los médicos que viviendo al pie de la sierra, el aire puro de las montañas le sería muy beneficioso. Otra hermana y yo nos fuimos con Felipe a una quinta; pero el niño se fue enflaqueciendo, teniendo casi todas las noches sueños verdaderamente proféticos, diciéndonos de continuo:

–¡Ay, madre Rosario, qué triste es esta Tierra!... ¡Si viera usted qué hermosa es la que veo de noche!... ¡Hay tantas flores!... ¡El cielo tiene todos los colores del iris!... ¡Qué ganas tengo que llegue el día de año nuevo, para empezar mi vida nueva! ¡Me han dicho que me iré pronto, muy pronto!...

Al oírle se me desgarraba el corazón, y sin saber por qué, tenía un miedo que llegase el día de año nuevo, que no se lo puede usted imaginar.

Al fin llegó la fecha fatal. Felipe hacía diez días que no se levantaba de la cama, y aquel día me daba tal horror de verle acostado, que le dije:

–Mira, te voy a vestir.

–Sí, sí –dijo el niño sonriéndose–, vísteme, madre Rosario, que año

nuevo, vida nueva.

Le vestí, le senté en una sillita baja, y yo detrás de él, en una alta. Comencé a peinarlo, tenía un cabello hermosísimo; se me enredó un poco el peine y le dije:

–¿Te he hecho daño, Felipe?

–¡No! –Contestó con voz muy rara.

Yo sentí un estremecimiento. Encontré en la voz del niño un timbre tan especial, que me incliné más para mirarlo. ¡Nunca he visto un semblante más hermoso! Estaba completamente transfigurado. No tenía su rostro la expresión habitual: era un ángel resplandeciente de luz; su mirada, fija en una ventana por la cual entraban los rayos del Sol, parecía extasiarse en los horizontes del infinito; tan encantado estaba, tan abstraído le vi, tan desprendido de los lazos materiales.

–¡Felipe! –Le grité aterrada, porque vi junto a él una sombra diáfana ¡Felipe! ¡No me dejes!...

El niño, al oír mi voz, que era un grito del alma, se estremeció, y su Espíritu volvió a la Tierra (digámoslo así), me miró y me dijo con voz queda, muy apagada:

–No llores porque me cumplen la promesa ¿no oyes lo que dicen?... Que año nuevo, vida nueva...

Y volvió a quedarse en éxtasis, murmurando de vez en cuando:

–¡Vida nueva!... ¡Vida nueva!

Y se fue con los ángeles el ángel de mi vida; y tuve entonces más sentimiento, muchísimo más, que con la muerte de mi primo Felipe.

Yo no tenía consuelo, no podía vivir, y creí volverme loca. ¡Cuánto sufrí! Y sufro todavía al recordar aquellos inolvidables momentos.

En todos los niños veo a Felipe: me hago la ilusión que lo he de ver otra vez...

–¿Y por qué me preguntaba usted si yo creía que los muertos viven?

–Porque me parece que por la noche oigo la voz de Felipe, y como ya sé por mi sobrina que es usted espiritista, no sé por qué he creído que por medio de usted sabría si realmente Felipe está cerca de mí.

–Descuide usted, Rosario: en la primera ocasión que tengamos, preguntaremos por Felipe, y le daremos cuenta de lo que hayamos obtenido.

Y así fue. Un mes después, en un grupo familiar, preguntamos por aquel niño, y se obtuvo la siguiente comunicación de los espíritus, dirigida a Rosario:

“¡Amor de mi alma! ¡Amor de toda mi vida! ¡Bendita seas tú, que velas el sueño de los enfermos y acoges a los niños huérfanos! Para ti también llegará el año nuevo, y comenzarás la vida nueva”

Un año más tarde, la madre Rosario había profesado el ideal espiritista, y vivía en México, cumpliendo divinamente su misión de madre de la verdadera familia.

## CAPÍTULO XIII

### ¡MERCEDDES!

En una reunión de dos familias amigas y algunos conocidos, en los jardines de Recoletos, en Madrid, vinieron a aumentar el núcleo el conde de C. y su hija Cecilia, preciosa joven de veinte años, Espíritu alegre, revoltoso, infantil, era el reverso de la medalla del carácter de su padre, hombre grave, severo, taciturno, cuya mirada sinuosa y triste parecía horadar las sombras de su pasado o taladrar las brumas de su porvenir.

A la llegada del conde estábamos hablando de Espiritismo, ya en pro unos, ya otros en contra. Cecilia dio rienda suelta a su buen humor, riéndose del tema alrededor de las mesas danzantes. Pero nos sorprendió a todos de una manera indecible cuando confesó diciéndonos que ella había asistido a varios experimentos, habiendo observado que en cuanto apoyaba la punta de los dedos en una mesa, por grande que ésta fuera, en seguida adquiría movimiento.

Creíamos que se burlaba de todos nosotros, y para demostrar la certeza de su aserto, hizo acercar una mesita redonda con pie de hierro, apoyó en el pequeño velador su diestra mano y, efectivamente, la mesa comenzó a moverse.

Esto, como era natural, produjo risa general, y algunos formularon preguntas triviales, contestando la mesa con acompasados movimientos, lo que aumentó la broma y la hilaridad de los reunidos.

A mí, que ya conocía algo el Espiritismo, no me gustaba mucho aquella escena cómica, pero me guardé muy bien de decir nada. La mayoría de los circunstantes eran alegres muchachas y jóvenes de buen humor, y aprovecharon aquel entretenimiento para hacer preguntas caprichosas alusivas a los amores de unos y otras, como si quisieran, burlando, saber el porvenir. La mesita parecía tomar parte en el regocijo de todos, siguiéndoles la alegre tarea de solaz y recreo.

Yo, que había pasado ya de la edad juvenil, traté de permanecer alejada de aquel juego simple, y traté de reunirme con el grupo de los que miraban indiferentes el hecho, por haber entrado en el otoño de las ilusiones de la vida.

Cecilia y otras amigas acabaron por sentarse en torno de la mesita, y esto atrajo la atención de todos, agrupándose cerca de las jóvenes. Estando Adela conmigo, algo separadas del mayor número, vino el conde de C. a sentarse junto a nosotras, diciendo disgustado:

—Si Cecilia supiera lo que me molesta esas bromas, no daría lugar a ellas.

–Tampoco me hacen feliz a mí –dijo Adela–; pero, mirándolo bien, no hacen daño a nadie.

–Sí que hacen –contestó el conde–; ellos mismos se hacen daño. ¿Cree usted que no están rodeados de espíritus ligeros? Descuide usted, que ya le diré a mi hija lo que viene al caso, cuando estemos solos.

Miré al conde fijamente, porque me sorprendió su modo de hablar; él comprendió mi extrañeza, y sonriendo ligeramente, me dijo con acento suave:

–No se asombre usted, Amalia, ni usted, Adela; la semilla espiritista germina, solamente que no todos difundimos la luz. Hace ya algunos años que conozco el Espiritismo, pero mi familia lo ignora. Mi esposa y mis hijas son muy católicas. Cecilia es la única que tiene vagas nociones del Espiritismo, y sería una buena médium vidente y de efectos tiptológicos, si se desarrollasen sus facultades especiales, pues muchas veces ve junto a mí a Mercedes.

–¿Mercedes?

–Sí, a Mercedes.

–¿Alguna hija de usted que murió acaso?

–No, no era mi hija; pero Cecilia la ha visto con frecuencia, en particular cuando estoy enfermo, que ella se constituye en mi enfermera, porque a pesar de su frivolidad, es un Espíritu muy bueno y tiene por mí grandes simpatías. Más de una vez la he visto temblar y abrazarse a mí diciendo:

–¡Ay, papá! ¿Qué es esto? ¿No ves?

–¿Qué? –le he dicho yo.

–Que aquí hay una niña que te acaricia. ¡Es tan bonita!

Y yo le he preguntado las señas de aquella niña, y me ha descrito exactamente la figura de Mercedes.

–¿Esa Mercedes era hija de algunos amigos de usted?

–No, no sé a qué familia pertenecía; lo que sé es que por ella entré en reflexión, y por ella me hice pensador, y por ella me he resignado; pues ya sabe usted muy bien que soy lo que se llama un noble arruinado. A Mercedes, y sólo a ella, debo mi regeneración.

–Despierta usted nuestra curiosidad, y ya deseamos saber quién es esa Mercedes.

–Algún pecadillo de su juventud –dijo Adela riéndose.

–No, no –dijo el conde vivamente–. Mercedes fue un ángel que pasó por la Tierra sin que el hálito del hombre empañara el brillo de su frente purísima.

–Cada vez despierta usted más nuestro interés.

–Es un episodio de mi historia que no he contado a nadie.

–¡Ah! ¡Si es un secreto...!

–Lo es, y no lo es; para mí tiene una gran significación; para otros no tendría nada de particular. Hoy no sé por qué he pronunciado su nombre delante de ustedes...

–Esto es, sin duda, porque debe haber llegado la ocasión propicia de que usted cuente algo de su vida.

–Todo puede ser. Usted, Amalia, que del vuelo de un pájaro forma una historia, es la más apta para mis confidencias, pues estoy seguro que aprovechará mi relación sin perder el más leve detalle.

–Si usted me autoriza para ello...

–Sí que la autorizo. Se trata de un caso verídico, que puede dar alguna enseñanza sobre las simpatías o la atracción de los espíritus en sucesivas existencias. Comienzo:

Me casé muy joven. Mi padre me arregló la novia, pero... no encontré en mi esposa ese algo inexplicable, ese misterioso no sé qué, que hace feliz a un hombre. Ella creo que tampoco lo halló en mí. Nunca hemos tenido el más leve disgusto, pero jamás hemos sentido alegría al vernos, ni dolor al separarnos. Dos hijas débiles y enfermizas vinieron a desunirnos más aún, porque su estado delicado hacía necesario que pasaran casi todo el año en el campo. Mi esposa las acompañaba, y yo iba a verlas de tarde en tarde.

Un verano, que me encontraba solo en Madrid con dos criados, me reunía con algunos amigos en el café Oriental, y una noche vino un joven poeta muy entusiasmado, diciéndonos:

–He oído cantar a una niña ciega, que es una verdadera notabilidad. ¡Qué voz! ¡Qué sentimiento! Y sobre todo ¡Qué modo de improvisar!... Ya veréis; le he dicho que a las once viniera a la calle de Preciados. Os digo que es digna de oírse aquella pobre ciegucecita.

Seguimos hablando, cuando de pronto se levanta el poeta y exclama:

–Ya me parece que la oigo.

Y salió, volviendo a los pocos momentos acompañado de un chico corcovado, que tocaba una mala guitarra, de una muchacha de unos catorce años, tipo andaluz, y una niña que todo lo más contaría doce abriles. Esta última, en cuanto la vi, me llamó vivamente la atención, y no solamente a mí, sino a todos mis amigos. Era blanca como la nieve, pero con la palidez de una estatua, con el cabello rubio, tan rubio, que parecía albina; rizado naturalmente, lo llevaba recogido en dos hermosas trenzas. Sus facciones eran delicadas, y sobre todo sus ojos; tenía puesta una venda color de rosa, que daba vueltas a su cabeza; llevaba un vestido gris, y nada en ella revelaba a la mendiga de oficio: al contrario, revelaba maneras aristocráticas y su porte era distinguido.

–Aquí tenéis a Pepa –dijo el poeta presentándonosla, y añadiendo–:

canta la soledad de un modo admirable; a este chicuelo, que se llama Antonio, buen muchacho, que toca la guitarra, y a Mercedes, que improvisa y canta maravillosamente. ¡Ya veréis! ¡Vais a oír!

Efectivamente, Pepa cantó algunas coplas bastante bien, y luego Mercedes, comenzó su canto de un modo tan dulce, tan exquisito, que hizo apresurar los latitos de mi corazón. Su voz me llegaba al alma y llenábame de acento celestial.

Todos aplaudimos; todos dijeron:

–Esta criatura es una notabilidad; ¡es un crimen que cante por la calle!

Sólo yo enmudecí y no dije nada: sentía demasiado; el poeta me dijo:

–Conde: ¿No dices nada? ¿No te gusta?

–¡Me gusta! –contesté.

Mercedes, al oír mi voz, se acercó a mí, y las dos horas que estuvo en el café, no se apartó de mi lado. La hice sentar, tomó lo que quiso; improvisó de nuevo, y tanto nos entusiasmó a todos, que la citamos para la tarde siguiente, en casa de un escritor. Allí fue Mercedes con Pepa y Antonio, y varios poetas hicieron improvisar a la niña sobre varios temas y en diferentes métodos, dejándolos absortos. Yo cada vez estaba más encantado de Mercedes, y ella prefería mi compañía a todas las demás. Al oír mi voz, decíame con dulce acento:

–Quiero estar donde estás tú.

Quisimos saber quién era aquella niña. Pepa nos contó lo siguiente:

–Mercedes no sabemos de quién es hija. Se la llevaron a mi madre para que la criara. Durante algún tiempo, cada seis meses, una señora venía, hablaba con mi madre y le daba mucho dinero, recomendando el cuidado de Mercedes. Hace cuatro años que la misteriosa señora no va a ver a mi madre. Los recursos se agotaron y mi madre nos hace salir a cantar por la calle. Mercedes, además de ser ciega de nacimiento, según dicen, padece de dolores en los ojos, por cuyo motivo siempre lleva una venda, pues preservados del frío, le duelen menos.

Todos miramos a Mercedes con doble interés.

Este relato aumentó nuestra simpatía por la niña ciega. Al día siguiente fui a hablar con la madre de Pepa, y me dijo que ésta había dicho la verdad.

Prometí protegerles y les prohibí que salieran a cantar por la calle.

Mercedes se alegró mucho, y más contenta se puso aún, cuando con Pepa y Antonio la hice ir a mi casa a pasear por el Jardín.

Nunca olvidaré aquella época de mi vida. Todas las tardes, durante tres meses, esperé con afán que sonaran las cuatro, hora en que llegaba Mercedes con Antonio.

¡Qué tardes en el jardín! Nos sentábamos a orillas de un estanque los

tres y hablábamos. Mercedes contaba sus penas y su tristeza por no hallar a su madre. De pronto se sonreía y me decía con voz acariciadora:

–¡Escucha!...

Y comenzaba a improvisar y a cantar, Antonio se sentaba a sus pies, y así pasábamos las horas felices.

Se iban, y al separarme de Mercedes sentía yo siempre infinita tristeza. ¿Por qué? No me lo explicaba.

Por último, una mañana recibí carta de mi esposa diciéndome que inmediatamente volara a su lado, que estaba muriendo mi hija Clotilde.

Volví a la vida real. Sentí un dolor desconocido luchando con diversas emociones; sin saber por qué, nunca le había dicho nada de mi estado a Mercedes: la dejaba cantar como los pájaros, y yo enmudecía; pero aquella tarde, cuando llegó, le dije con voz balbuciente:

–Tengo que marchar esta misma noche.

–¿Por qué? –dijo Mercedes angustiada.

–Porque me ha escrito mi esposa diciéndome que una de mis hijas se está muriendo.

Decir yo estas palabras y caer Mercedes muerta, todo fue uno... Renuncio a pintar la confusión, la turbación que se apoderó de mí, desgarrándoseme el pecho al ver la violenta desesperación del pobre Antonio, que me decía:

–¡Tú la has muerto, tú!...

Vinieron médicos, se le hizo la autopsia, y declararon que había muerto de una hipertrofia en el corazón. La hice enterrar en mi panteón, y cuando entonces no me volví loco, no me volveré nunca.

Son emociones éstas, más para sentirlas que para explicarlas.

Antonio –¡El pobre murió luego, de pena!– y a Pepa y a su madre no las vimos.

Yo me entregué al estudio del Espiritismo en un viaje que hice a Francia, y desde entonces me explico lo que sentí por Mercedes, cuyo Espíritu se comunica conmigo de vez en cuando.

Ella es la que me inspira sabios sentimientos. Dice que hace siglos ella y yo venimos pagando grandes deudas.

–¿Y Antonio se ha comunicado con usted?

–Mercedes me habla a veces de él: por ella he sabido que murió de pena. ¡Pobrecillo! ¡Es un Espíritu muy agradecido!

–¡Quién había de pensar que era usted tan entendido espiritista!

–Sí, Amalia, sí; al Espiritismo le debo la vida, porque le debo el darme cuenta de mis sensaciones: ¡Por él me comunico con Mercedes!

Cecilia en aquel momento se acercó a nosotros, y el conde se levantó

diciendo:

–Adiós, Amalia; mañana le traeré a usted unas notas.

Al día siguiente me entregó el conde una colección de comunicaciones de Mercedes, en las cuales se sentía palpitar un mundo de sentimientos, de poesía y de amor.

¡Noble Espíritu! Te saludamos y te agradecemos las enseñanzas que recibimos con tus comunicaciones ¡gracias Mercedes!

## CAPÍTULO XIV

### ¡ESPÉRAME!

En busca de luz para mis cansados ojos, fui un verano a Deva, a tomar los baños de su agitador mar; entre los bañistas conocí a un matrimonio, y simpatizamos desde los primeros momentos que nos vimos. Ella era una mujer de cuarenta y cinco años, de distinguidos modales, y él joven de veintisiete años, de arrogante figura y porte aristocrático.

Siempre iban juntos, y se les oía reír y charlar alegremente.

Una tarde, varios bañistas decidieron ir a pescar. Invitado Rafael, éste miró a Anita, como pidiéndole permiso.

–Sí, sí ve –dijo ella–, mientras tanto daré un paseo con Amalia.

Cuando estuvimos solas paseando, dije a mi compañera, que era simpatiquísima:

–¡Cuán feliz se conoce que es usted con su esposo!

–¡Ah, sí! –Contestó Anita–. Nos queremos tanto... No puede usted figurarse el cariño nuestro lo verdadero que es: tiene su historia, una historia muy original.

–¿Sí?

–Sí, Amalia, sí; historia que yo misma no me explico bien; cuando volvamos a Madrid quiero estudiar el Espiritismo para comprender sus misterios.

–¿El Espiritismo? ¿Y qué es eso?

(Entonces yo no conocía la escuela filosófica, en la cual, más tarde, encontré la vida.)

–El Espiritismo, según me han dicho, explica el modo cómo las almas vuelven a la Tierra repetidas veces.

–¿Las almas?

–Sí; nuestro Espíritu: así me lo ha dicho un espiritista. Dice que venimos a la Tierra cuantas veces nos es necesario, para progresar y perfeccionarnos. ¡Oh! ¡Debe ser un estudio muy interesante!

–¿Y eso podrá ser cierto?

–Sí, Amalia; lo que es por mí, casi puedo jurar que los espíritus vuelven a la Tierra. Mi matrimonio, mi felicidad, la debo a la vuelta de Rafael.

–¿A la vuelta de su marido?

–Sí, a su vuelta. Sentémonos y ya le contaré la historia de mi casamiento.

–Buena idea. Precisamente me preocupaban ustedes, por encontrar un no sé qué en sus costumbres, viéndoles tan dichosos en un mundo de

desesperados.

–Tiene usted razón, Amalia. Lo que es aquí, el que no piensa matarse, le falta poco. Yo creo que en este planeta, ser feliz es un egoísmo. No se puede ser dichoso viendo a tantos desgraciados. ¡Por eso no soy completamente feliz!

–¡Dichosa usted!

–¡Oh, muy dichosa! Mis días pasan serenos y tranquilos, si bien antes también he tenido mis sufrimientos.

–¿También?

–Ya lo creo; ¿quería usted que me eximiera de la ley natural? No; lo que hay es que yo he tenido la ventaja de padecer cuando menos se fija uno en ello, en la infancia.

Al nacer, perdí a mi madre. Mi padre contrajo segundas nupcias antes de cumplir yo dos años; y como mi madrastra era una mujer vulgar, sin sentimientos, sin corazón, me trató, como era lógico, con desvío, golpeándome cuando le parecía. Así viví hasta la edad de seis años.

Mi padre vivía en una magnífica quinta de un opulento banquero, cuyos intereses administraba. Un verano, llegó a la quinta la esposa del banquero, con su hijo Rafael, niño que contaría doce años, el cual venía muy enfermo, y para distraerle, la señora suplicó a mi padre que me dejase vivir con ellos. Mi padre accedió. Yo saltaba de alegría cuando me vi separada de mi madrastra y me encontré en brazos de doña Magdalena, la madre de Rafael, que me besó repetidas veces, al mismo tiempo que decía a mi padre:

–¡Dichoso usted que tiene una niña!

Para abreviar, le diré que al principio pasaba todo el día al lado de Rafael, y doña Magdalena se encariñó tanto conmigo, que me hacía tener en su compañía por las noches. Desde entonces no he salido de su casa hasta este verano, que hemos tenido que venir aquí por Rafael.

El enfermito y yo nos habíamos hecho grandes amigos, y su madre estaba loca de alegría al ver que su hijo se ponía mejor. Pero al verano siguiente recayó el pobrecito, y ya no pudo dejar el lecho. Su madre, su padre y yo no le dejábamos ni un momento. Él era un niño muy formal, y yo, no teniendo más que nueve años, parecía una mujercita: de suerte que hablábamos como dos personas entradas en años. Una tarde, pocos días antes de morir, le dijo Rafael a su madre:

–Mira, mamá, si yo hubiese vivido, ya lo sabes, me hubiera casado con Anita; pero ahora me voy, y te ruego que no la desampares nunca, porque no quiero que padezca privaciones ni molestias de ningún género. Y tú –me dijo a mí–, espérame, que ya volveré a buscarte.

Sus padres lloraban, y yo también, porque Rafael lo era todo para ellos

y para mí. Los diez días que vivió después de lo dicho, me repetía con frecuencia:

–Mira que no te cases, que me esperes, que yo vendré por ti; júrame que no te casarás.

Yo se lo juré cuantas veces quiso. El pobre murió por fin, repitiéndome:

–¡Espérame!... ¡Espérame!...

Yo entonces no daba valor a aquellas palabras, mayormente oyendo a su madre, que decía:

–¡Pobrecito! ¡Ha muerto delirando!

Doña Magdalena y su esposo quedaron inconsolables, porque era el único hijo que tenían, y se les había ido al otro mundo: yo fui la que les di alguna conformidad a aquellos dos seres desconsolados. En memoria de su hijo, me acariciaban, me complacían en todo, y yo con mi cariño les hacía la vida más llevadera. Al fin, como en la Tierra todo se olvida, aquella familia volvió a entrar en la vida normal, y yo vivía feliz, muy feliz, porque mis protectores me adoraban.

Cuando cumplí quince años, principié a tener galanteadores. Doña Magdalena me decía siempre, que quería casarme a su gusto, con uno que fuere tan bueno como hubiera sido su hijo; pero yo, de vez en cuando, soñaba con Rafael, y oía claramente que éste me decía: “¡Espérame, espérame!”

A la mañana siguiente contaba mi sueño a doña Magdalena, y le añadía:

–No, no, yo no quiero casarme. ¿Y si Rafael vuelve?

–¡Criatura! ¡No seas loca! ¿Qué ha de volver? –decía ella–. ¡Ojalá! ¡Hijo de mi alma! Desde que te vi, te deseé para él; pero como él se fue, yo no he de ser egoísta, y es justo que te cases y hagas a un hombre feliz; pero quisiera que esto fuese sin separarte de mí.

Lo mismo despierta que soñando, siempre me parecía oír la voz de Rafael, recordándome mi promesa de esperarle.

En aquel tiempo llegó de Cuba un hermano de mi protectora, casado, y su esposa venía muy enferma y en estado interesante. Se hospedaron en casa, y antes de tiempo, según opinaron los médicos, la joven dio a luz a un niño, muriendo la madre dos horas después.

No sé por qué, cuando vi aquel niño tan pequeñito, lo estreché entre mis brazos, lo cubrí de besos e hice locuras con él. Doña Magdalena lloraba y decía:

–¡Ay! ¡Cómo me recuerda este niño a mi Rafael! Así nació: Tan chiquito, que parecía un juguete...

–Se criará en casa –replicaba yo.

–Así nos parecerá que ha vuelto Rafael; que le pongan el mismo nombre.

Y como aquella familia no hacía más que lo que yo deseaba, pusieronle al niño el nombre que yo había elegido. Vino una nueva nodriza y yo me convertí en niñera.

El niño fue la alegría de la casa. Doña Magdalena no cabía en sí de gozo con el pequeñuelo; su esposo igualmente; su padre no digo nada; pero la preferida de Rafael era yo. Cuando comenzó a hablar, mi nombre fue el primero que pronunció. En fin, los años pasaron, y Rafael y yo nos seguimos amando con loco frenesí.

Tuve varias proposiciones para casarme ventajosamente; pero todo mi cariño era para Rafael. El día que cumplió veinte años, pidió Rafael mi mano con toda seriedad. En vano le hice presente la diferencia de edades, pues yo contaba dieciocho años más que él. No hubo objeción alguna que no fuera desechada... Como ambos nos queríamos y la familia ansiaba nuestra felicidad, nos casamos, y hace seis años que vivimos todos como en un paraíso.

–¿Y ha tenido usted hijos?

–Una niña preciosa, que se quedó con doña Magdalena, es decir, su abuela, pues ha sido como la madre de Rafael.

–¿Y por qué cree usted que Rafael ha vuelto a la Tierra?

–Ahora le contaré. Mi marido, de niño, era sonámbulo, y bastantes sustos que me hizo pasar. A lo mejor se levantaba de la cama, se venía a mi cuarto, y principiaba a gritar:

–¡Anita!... ¡Anita!... ¡Ya estoy aquí!...

Yo me despertaba y veía a Rafael con los ojos cerrados, pálido como un muerto.

–Muchacho –le gritaba yo–, ¿a qué vienes aquí?

Y entonces despertaba y se echaba a llorar, porque era muy llorón, y ponía en revolución toda la casa. Poco a poco fue perdiendo aquella inquietante costumbre.

A los quince años volvió a las andadas del sonambulismo, para hacer y decir lo mismo. Por fin, nos casamos. Al principio todo iba bien, cuando una noche, mientras yo dormía tranquilamente, sentí que me tocaban en el hombro. Me volví y vi a Rafael con los ojos cerrados, medio incorporado y extremadamente pálido. Comprendí que estaba sonambulizado, y le dije:

–¡Rafael! ¡Rafael! ¡Despierta!

Pero él, sin hacerme caso, comenzó a decir lo de siempre:

–¡Anita! ¡Anita! Ya estoy aquí.

Sin saber por qué, me acordé en aquel momento del pequeño Rafael

cuando suplicaba que le esperase prometiendo volver, y maquinalmente le dije en voz muy baja:

–¿Eres tú, Rafael?

–Sí, he vuelto por ti, para hacerte dichosa con mi amor. ¡Mi amor!... Que es más profundo que los mares y más inmenso que los cielos. ¡Te quiero tanto! ¡Tanto!... ¡Si tú lo supieras!... ¡Hace ya muchos siglos que te quiero!... Pero hasta ahora no he sido digno de vivir junto a ti... ¿Ves como he vuelto?... ¿Ves como has hecho bien en esperarme? ¡Cuánto te quiero, Anita! ¡Cuánto te quiero!... ¡Eres tan buena!...

Yo estaba embelesada; no sabía lo que me pasaba. Rafael enmudeció, se sonrió dulcemente, y abriendo los ojos me preguntó:

–¿Qué tienes? ¿Estás enferma?

–No –le contesté –. ¿Y tú, cómo te encuentras?

–Parece que tengo dolorida la cabeza.

Yo entonces le conté lo ocurrido, y decidimos no decir nada a la familia, para no exponernos a que nos juzgaran locos.

El hecho se ha repetido de tarde en tarde, con iguales palabras cariñosas: “¿Ves cómo he vuelto?”

Y así estamos. Yo, para mí, creo que es el mismo Espíritu, porque de niño tenía los mismos juegos que el otro, las mismas exigencias, tanto, que todos los de casa decían:

–Señor, parece que ha venido Rafael en cuerpo y alma!

Volvió Rafael de su excursión de pesca, y delante de todos abrazó a Anita, como un niño a su madre.

Cuando dejaron Deva, me dieron su dirección de Madrid, y allí nos volvimos a ver.

En Madrid se dedicaron los esposos a la lectura de las obras de Allan Kardec.

Bienaventurado el Espíritu que dice “espérame”, si el eco lejano de una voz querida le contesta: “¡Te esperaré!”

## **CAPÍTULO XV**

### **LA CIENCIA DEL HOMBRE Y DEL BRUTO**

Tiempo es ya de que los sacerdotes, dejen sus antiguos breviarios por los nuevos breviarios científicos. En la ciencia está la fe, en la ciencia está la vida del Espíritu, en la ciencia está el progreso, y en el progreso está Dios.

Si el Espiritismo negase la existencia de Dios, del alma, su individualidad y su inmortalidad, las penas y las recompensas futuras, el libre albedrío del hombre; si se enseñase que cada uno vive para sí en la Tierra, que sólo en sí debe pensar, sería no sólo contrario a la religión católica, sino a todas las religiones del mundo; sería la negación de todas las leyes morales, base de todas las sociedades humanas. Lejos de esto, los espíritus proclaman un Dios único, soberanamente justo y bueno; dicen que el hombre es libre y responsable de sus actos, remunerando según el bien o el mal que haya hecho; ponen por encima de todas las virtudes la caridad evangélica y esta regla sublime enseñada por Cristo: Hacer a los otros lo que quisiéramos que nos hicieran a nosotros.

¿No son estos los fundamentos de la religión? Hacen más aún: nos inician en los misterios de la vida futura, que no es ya para nosotros una abstracción, sino una realidad; porque los mismos a quienes conocíamos son los que vienen a pintarnos su situación, a decirnos cómo y porqué sufren o son dichosos. ¿Qué hay en esto de antirreligioso? Esta certeza del porvenir, de encontrar a los que hemos amado, ¿no es un consuelo?

La grandiosidad de la vida espiritual, que es su esencia, comparada con las mezquinas preocupaciones de la vida terrestre, ¿no es a propósito para elevar nuestra alma y para estimularla al bien?

El Espiritismo es a la vez una ciencia de observación y una doctrina filosófica, como ciencia práctica, consiste en las relaciones que pueden establecer con los espíritus; como doctrina filosófica comprende todas las consecuencias morales que se desprenden de semejantes relaciones.

Podemos definirlo así:

El Espiritismo es la ciencia que trata de la naturaleza, origen y destino de los espíritus, y de sus relaciones con el mundo corporal.

Esto como se ve, ni es impío ni es irrisible; porque las innegables comunicaciones de los espíritus, nos demuestran sin lugar a la duda que los muertos viven.

Así como no hay más que un Dios, y no hay más que una verdad y cuando el hombre piensa en el progreso no se acuerda de las religiones, sino de la verdadera religión; y a la religión universal pertenecen todos los hombres

que reconocen en Dios la causa primera y le conceden al Espíritu un progreso indefinido.

Pero mejor será que copiemos algunos párrafos del libro de los espíritus de Kardec, cuando habla de los animales y del hombre:

“Si en punto de inteligencia comparamos al hombre y a los animales, parece difícil establecer la línea demarcatoria; porque ciertos animales bajo aquel aspecto, son notoriamente superiores a ciertos hombres. ¿Semejante línea puede ser establecida con precisión? Acerca de este punto no están muy acordes nuestros filósofos, queriendo los unos que el hombre sea un animal y otros que el animal sea el hombre. Todos se equivocan; el hombre es un ser especial que se rebaja mucho a veces o que puede elevarse también mucho. En lo físico, el hombre es como los animales y está mucho menos previsto que muchos de ellos, pues la naturaleza ha dado a éstos todo lo que aquél se ve obligado a inventar con su inteligencia, para conservación y satisfacción de sus necesidades. Su cuerpo se destruye como el de los animales, es cierto; pero su Espíritu tiene un destino que sólo él puede comprender porque sólo él es completamente libre. ¡Pobres hombres que os rebajáis hasta el bruto! ¿No sabéis distinguíros de él? Reconoced en el hombre el pensamiento de Dios”.

“¿De dónde toman los animales el principio inteligente, que constituye la especie particular del alma de que están dotados? ¿Del elemento inteligente Universal!”

“La inteligencia del hombre y la de los animales, ¿dimanan, pues de un principio único? Sin duda alguna; pero en el hombre ha experimentado una elaboración superior a la que anima al bruto”.

“Se ha dicho que el alma del hombre en su origen, es el estado de infancia en la vida corporal, que apenas destella su inteligencia y que se ensaya para la vida; ¿dónde pasa el Espíritu esta primera fase? En una serie de existencias que precede al periodo que llamáis humanidad”.

“¿Parece pues, que el alma ha sido el principio inteligente de los seres inferiores de la creación? ¿No hemos dicho que todo se encadena y tiende a la unidad en la naturaleza? En estos seres que estáis muy lejos de conocerlos en su totalidad; se elabora el principio inteligente, se individualiza poco a poco y se ensaya en la vida, como hemos dicho, esta es hasta cierto punto, un trabajo preparatorio como el de la germinación, después del cual el principio inteligente experimenta una transformación y se convierte en Espíritu. Entonces empieza para él el período de humanidad, y con él, la conciencia de su porvenir, la distinción del bien y del mal y la responsabilidad de sus actos, como después del periodo de la infancia viene el de la adolescencia, luego la juventud, y en fin la edad madura. Por lo demás nada de humillante tiene este origen para el hombre. ¿Se creen humillados los grandes genios por haber sido

fetos informes en el seno de su madre? Si algo debe humillarle, es su inferioridad ante Dios, y su impotencia para sondear la profundidad de sus designios y la sabiduría de las leyes que arreglan la armonía del Universo. En esa admirable armonía que hace que todo sea solidario en la naturaleza, reconocer la grandeza de Dios, creer que haya podido hacer algo sin objeto y crear seres inteligentes sin porvenir, sería blasfemar de su bondad que se extiende a todas las criaturas”.

“Puesto que los animales tienen una inteligencia que les da cierta libertad de acción, ¿existe en ellos un principio independiente de la materia? Sí, y sobrevive al cuerpo”.

“¿Este principio es un alma semejante a la del hombre? Si así lo queréis, también es un alma, eso depende del sentido que se dé a esa palabra: pero es inferior a la del hombre. Del alma de los animales a la del hombre, va tanta distancia como del alma humana a Dios”.

La escuela espiritista ya puede discutir con ventaja en el terreno científico, pero para ello se necesitan mejores adalides que nosotros. Por eso al hablar del Espiritismo no lo hacemos más que encareciendo su importancia moral, su tendencia progresiva, sin mezclarnos en investigar sus principios científicos, y decimos esto, porque somos muy amigos de dar a Dios lo que es de Dios, y al Cesar lo que es del Cesar; y como nuestra réplica es tan pobre, (científicamente considerada) por esto repetimos que sólo hemos hablado, sin mezclarnos en nada con el sabio.

En nombre del Espiritismo hablaremos en sentido filosófico, pero también de punzantes abrojos; y como las primeras pueden deslumbrar, y los segundos herir, por esto, en este terreno vedado para nosotros en esta actual existencia, si alguna vez entramos en él, lo hacemos por nuestra opinión individual, por nuestra propia iniciativa, sin ampararnos en la sombra de nuestra creencia, porque la respetamos demasiado para arrastrar en nuestra caída su gran importancia social, que dista mucho su grandeza y nuestra pequeñez.

Para defender el Espiritismo científicamente, se necesitan hombres sabios; pero para decir que es una doctrina profundamente consoladora, en la cual resplandece la eterna justicia de Dios, para decir esta gran verdad: basta las mujeres y los niños. Por esta sencilla razón, no hemos titubeado en decir lo que es el Espiritismo.

## CAPÍTULO XVI

### NO HAY DOLOR SIN HISTORIA

Sigo recibiendo diariamente cartas, cual más conmovedora: ya es una madre que siente repetidas veces los dolores de un próximo alumbramiento y, cuantas veces cree llegado el momento dichoso de estrechar a su hijo entre los brazos, otras tantas se paraliza su cuerpo, queda inerte y el ser que se agitaba en sus entrañas muere dentro del claustro materno, sufriendo la pobre madre todas las agonías de la muerte sin llegar a morir. Ora es una madre desolada que me dice: “Yo tenía un hijo de veintiséis años, ¡uno solo, que era mi gloria, mi vida! Espíritu adelantadísimo, librepensador, periodista culto y discreto, que no tenía más afán ni anhelo que engrandecer su pueblo natal, queriéndome con delirio y yo a él con idolatría; de pronto, repentinamente, sin poder decirme adiós por falta de tiempo, ¡se murió! Y yo estoy loca, desesperada, por más esfuerzos que hago no puedo resignarme con la ausencia de mi hijo. ¡Era mi vida, era mi esperanza, era mi dios en la Tierra! Usted dice que me conforme, ¡que me resigne! ¡Ah, señora, de seguro que usted no ha tenido hijos!...”

La carta de esta infeliz me conmovió profundamente y no me quedó otra cosa que preguntar al guía de mis trabajos por el joven tan tiernamente llorado —por su madre especialmente— que me dirigía las súplicas y los ruegos más conmovedores pidiéndome noticias de su hijo, y el Espíritu me contestó lo siguiente:

“Dile a esa débil mujer  
que se abstenga de llorar,  
porque el hijo que ha perdido  
siempre a su lado estará”.

“Sí, siempre acompañará a su madre, pues ¡la quiere tanto!... y no es de ahora, no. Son dos espíritus que van encarnando juntos desde hace mucho tiempo; en su última existencia los unió el lazo del matrimonio: el hijo de hoy era tierna esposa de ayer, y la madre de hoy el marido de ayer que no cumplió con su deber conyugal, puesto que su joven esposa le amaba con delirio, y él se dejaba querer únicamente, dado que, siendo aficionado a los amores fáciles, la candidez y la ternura de su compañera no le atraían lo suficiente para serle fiel. Ella notó al fin su desvío y murió de pena, pero, le amaba tanto, que murió perdonándole y compadeciéndole por su veleidad, pecaba porque sí, sin comprender todo el mal que hacía, puesto que, careciendo de sentimiento, no podía apreciar el de los demás. Cuando los dos Espíritus se vieron en el Espacio, el culpable se avergonzó y su víctima le dijo: “No llores de

vergüenza, yo haré que llores de dolor para que te regeneres, para que estemos a igual altura, para que podamos volver a la Tierra siendo modelos de amor inmenso, de ese amor que engrandece y santifica. Tú volverás con la envoltura de mujer, porque las mujeres siempre lloran de dolor, y yo seré tu hijo amado, yo te ofreceré todas las delicias que ofrece un buen hijo y, cuando más te mires en mis ojos, cuando yo sea tu mundo, tu esperanza, tu dios, cuando digas con orgullo a tus parientes: Como mi hijo no hay dos, entonces, en menos de un segundo, mi Espíritu dejará su envoltura, y tú, loca, desesperada, dirás en tu delirio: ¡No hay Dios!... Y llorarás con ese llanto que quema los ojos y tritura el corazón, y comenzarás a sentir lo que nunca has sentido: un amor sin límites, y yo estaré a tu lado para sostener tus pasos, para embriagarme con tu sentimiento, para gozar con tu regeneración, porque nunca más serás indiferente para con la ternura de tus deudos. Necesitas llorar, necesitas bautizarte en el Jordán de tu dolor inmenso. Yo te quiero grande, yo quiero que tu alma despierte, yo quiero que los dos sirvamos de útil ejemplo a los demás”.

“Y se cumplió el nobilísimo deseo del alma que ayer murió de frío y en esta existencia, el hombre voluble de ayer, es la mujer apasionada que cifró su ventura en amar a su hijo, único hijo, y éste ha llevado a cabo lo que se propuso: regenerar a su madre por medio del dolor. Es un Espíritu adelantadísimo, vive en la luz y en la luz quiere que viva el Espíritu que hace tiempo vive enlazado al suyo, Espíritu éste que, sin ser malo, nunca ha sido bueno, porque ha sido siempre juguete de sus ligerezas y veleidades. De hoy en adelante serán muy distintos sus derroteros: amaré, sufrirá y llegará a ser bueno. Su hijo de hoy está muy contento de verla ya en el buen camino, en la senda del progreso, en la cual no se dan los primeros pasos sin los andadores del dolor. Hay que llorar para sentir, hay que sentir para despertar, y cuando el Espíritu despierta es cuando contempla a la Creación y adora a Dios en la Naturaleza. Dile a esa madre dolorida que bendiga sus lágrimas, pues por ellas encontrará la escala luminosa que la lleve al cielo. Adiós”.

Mucha grandeza tiene este Espíritu, y la comunicación que me ha dado, servirá de consuelo a una madre desolada. No todas las comunicaciones pueden publicarse ni entregarse a los interesados, porque hay historias ¡tan horribles!... que no se pueden relatar. Hay crímenes que espantan, y hay que correr sobre ellos el velo del silencio y del olvido. Por eso no contesto a muchos de los que me preguntan por su historia de ayer, y sólo les diré que no se ocupen en remover cenizas empapadas en sangre; que procuren sembrar el cariño, la compasión, la tolerancia, y así conseguirán algún día ser felices, dicha que sólo se alcanza pensando en asegurar la dicha de los demás. Para regenerar a un mundo sólo hace falta: ¡Amor, amor y amor!...

## **CAPÍTULO XVII**

### **LA PENA DE MUERTE**

Parece mentira que al final del siglo XIX aún exista en las naciones que se llaman civilizadas la pena de muerte y que acudan las embrutecidas muchedumbres al pie de los patíbulos para ver las últimas gesticulaciones de los reos, poniéndose a la misma altura los que firman las sentencias y los que acuden presurosos a presenciar las ejecuciones. Yo creo que las únicas veces que sería justa la horrible excomunión de la iglesia romana, sería cuando lanzara todos sus espantosos anatemas sobre los que condenan a muerte, y los que se asocian con su presencia al acto más antihumano y más repugnante que puede llevar a cabo un pueblo que se cree civilizado.

Y si dolorosa es la pena de muerte, arrebatando la vida a un criminal sin corazón, que educado y moralizado convenientemente, podría llegar un día que fuera útil a la humanidad, es más espantosa y más injusta todavía cuando la ciega justicia condena a un ser inocente. ¡Qué horror!...

Hace pocos días que recibí una carta de un espiritista de Buenos Aires, y en ella me cuenta lo siguiente:

“Es el caso que a D. José Domingo Briceño se le acusa en Chile de haber dado muerte al policía González, se le procesa y de una manera horriblemente precipitada se le sentencia a muerte y se le pone en capilla para ser ejecutado tres días después. Pero he aquí, que un joven chileno se presenta en Mendoza, ante un escribano público y en presencia de varios testigos muy respetables de aquella ciudad, se declara autor y único responsable de la muerte del agente, ocurrida en un tumulto producido en Santiago de Chile, frente a la Administración de correos, exponiendo que le obligaban a hacer tan terrible declaración, los remordimientos horribles de su conciencia que lo mataban, al ver que un inocente iba a expiar de una manera tan espantosa un delito que ni por la mente se le había pasado el cometer, dado que él y sólo él era el responsable y autor. Se procede al examen de las facultades mentales del joven chileno, dependiente de una tienda de Santiago. Es declarado en el pleno goce de dichas facultades, se levanta un acta en debida forma, interviene la Suprema Corte de Justicia y el Gobierno de la provincia de Mendoza, y se procede a pedir telegráficamente al Gobierno chileno, la suspensión del crimen horrible que la justicia iba a cometer, matando a un inocente padre de seis hijos que ni remotamente había pensado matar a nadie, siendo detenido por asesino cuando se dirigía a su empleo, pensando únicamente, como él decía, en los seis pedazos de su alma que en casa dejaba al cuidado de su esposa idolatrada. La prensa de Buenos Aires grita, la de Montevideo clama por los

cielos, la del Paraguay echa chispas contra toda la justicia de la Tierra, las personas más influyentes de todas estas repúblicas, incluso los presidentes, hacen funcionar el telégrafo día y noche pidiendo se detenga la mano criminal de la justicia y no siegue una cabeza inocente, matando un corazón lleno de amor paternal y de nobles sentimientos. Se consigue, por fin, después de miles de telegramas y por temor a que se amotinase el pueblo de Santiago, como amenazaba, suspender a última hora la ejecución, después de hacer pasar al pobre Sr. Briceño por espacio de sesenta y seis horas, todas las espantosas torturas por las que pasa el Espíritu de un reo en la horrible y fatídica capilla. Torturas mil veces más atroces que la nefasta realidad del sacrificio”.

¡A cuántas y cuán amargas consideraciones se presta el anterior relato!  
¡Cuántos siglos pasarán aún antes de que en la Tierra la justicia sea una verdad!

¡Qué horribles expiaciones, Dios mío! Qué raza la nuestra tan desgraciada todavía cuando tenemos que sufrir la peor de las crueldades, la que se hace respetar en nombre de la ley. ¡Qué hombre no es falible!... Qué mirada humana no se equivoca contemplando a un criminal, sondear una conciencia es más difícil que encontrar el secreto de la navegación aérea, para llegar a todos los puertos de los mundos que el hombre alcanza a ver, valiéndose de los más potentes y perfeccionados telescopios. Saber fijamente por qué dio el primer paso el criminal en su espinosa senda, leer en su pensamiento si tiene propósitos de enmienda, o sueña con adquirir una triste celebridad, porque es un alma degradada y envilecida, sorda a todos los ruegos y amonestaciones; es poco menos que imposible. Yo creo que la carrera jurídica debe ser una verdadera expiación para el Espíritu, porque... ¡Cuántos pasos dará en falso!...

“No lo sabes bien (dice una voz en mi oído), tiempo hace que deseo encontrar un ser de la Tierra a quien comunicar una mínima parte de mis sufrimientos. ¡Padezco tanto!... ¡Qué horrible me parece la mansión terrenal! Es un lugar habitado por ciegos, se mira y nada se ve, cada ser va envuelto en un velo de negro crespón y a través de aquel tejido es imposible mirar el fondo de las almas. Yo me pasé toda una existencia mirando el insondable abismo de las conciencias, y cuantas sentencias de muerte firmé fue para condenar a inocentes o a débiles culpables. ¡Dios mío! ¡Cuánto ciega el orgullo y el afán insaciable de riquezas!”

“Desde muy niño demostré afición decidida a juzgar a los otros sin compasión, mis compañeros de la infancia todos sufrieron los efectos de mi monomanía infantil. Yo siempre mandaba y ya fuera rey o papa o generalísimo o juez implacable, mi gran placer era abrumar a preguntas a los que aparecían como mis inferiores, y jugando descubriría muchas veces sus más

recónditos secretos. Mi padre, que era un magistrado de gran nombradía, al ver mis notables disposiciones me dio su misma carrera jurídica, todos mis parientes incluso mi buena madre halagaron mi desmedida vanidad con sus continuos elogios, que a veces el cariño ciega, y ciegos estuvieron todos los que me rodearon, creyendo que yo era verdaderamente una notabilidad y bien considerado, sólo era un Espíritu presuntuoso, enorgullecido con mis fáciles triunfos universitarios, no todos debidos a mi pasmosa facilidad de retener en mi memoria cuanto oía en la cátedra, sino a la poderosísima influencia que ejercía mi familia, compuesta toda de distinguidos magistrados, pero que si se hubiesen tomado el trabajo de examinarme detenidamente, hubieran visto que en vez de ser una notabilidad, era mucho menos que una vulgar medianía, por cuanto no había en mí más que memoria, pero no criterio propio, no estudio profundo de las cosas”.

“La prueba del orgullo, de la vanidad, y del envanecimiento que se apodera del Espíritu al verse adulado por todas partes, ¡cuán peligrosa es! Es tan difícil resistir a las continuas alabanzas, que el más fuerte se rinde y se entrega en brazos de una falsa convicción creyéndose que no hay otro que le iguale en saber”.

“Yo así lo hice, desde niño me persuadí de que era un ser superior a los demás, todos se hacían lenguas de la terrible fijeza de mis escrutadoras miradas, cuando entraba en las prisiones, sus desgraciados habitantes inclinaban la cabeza escondiendo la barba en el pecho huyendo de mis ojos, que eran para ellos terribles acusadores”.

“En mi hogar sucedía lo mismo, cuando me creé nueva familia, mi esposa y mis hijos me miraban siempre con recelo, así es que llegué a creerme infalible en mis juicios. ¡Cuánta ceguedad!”

“Cuando estaba en el llano de mis triunfos recibí una carta fechada en la Habana de una joven, pariente lejana de mi esposa. En esta carta me suplicaba Katy, que la dejase venir a mi hogar, por haber perdido a su padre y encontrarse sin más familia que su nodriza y un hijo de ésta, rogándome que yo fuese su tutor, pues éste había sido siempre el deseo de su padre, que por haber muerto repentinamente nada dejó dispuesto y se necesitaba una persona experta para dirigir y manejar sus cuantiosos bienes hasta que tomase nuevo estado”.

“Mi esposa, que era tan ambiciosa como yo, vio el cielo abierto con la llegada de Katy. Ésta se presentó acompañada de su nodriza, la fiel Nicanora y su hijo Tomás de 22 años, de gran inteligencia, que no tendía su vuelo por vivir en la humillante condición de esclavo, y aunque Katy le había dado la libertad lo mismo que a su nodriza, madre e hijo la querían con tal delirio que por nada del mundo se hubieran separado de ella, su niña era su Dios en la

Tierra”.

“Con la llegada de Katy aumentó nuestro fausto, la joven huérfana hizo entrega a mi esposa de todas sus joyas de familia y a mí de su fortuna en metálico y en escrituras de valiosas fincas”.

“Al principio todo marchó perfectamente. Katy encontró en Felisa (que así se llamaba mi esposa) una segunda madre, ella vino a llenar el vacío que había en mi casa, pues todos mis hijos eran varones y se necesitaba una joven que con sus gracias y su hermosura diese tintes más suaves a aquel cuadro algo sombrío y Katy era amable, risueña, alma ingenua llena de luz e inocente alegría”.

“Nicanora y Tomás se multiplicaban en sus trabajos para tener contentos a sus nuevos señores y no separarse de su niña, de su ídolo, y tener dos negros en casa satisfacía nuestro orgullo y necia vanidad”.

“Un día me llamó Felisa, y me dijo gravemente: “He pensado casar a Katy con nuestro hijo mayor, ¿qué te parece?”

“–No es mal plan, pero falta saber si simpatizan, pues más bien veo que ella se inclina por mi hermano, que varias veces los he visto hablando en el jardín muy entusiasmados”.

“–Tu hermano es viejo y ella es casi una niña”.

“–Dicen que para el amor no hay edades, basta querer para convertir en luz todas las sombras”.

“–Déjame hacer, que para esto las mujeres servimos mucho mejor que los hombres”.

“No me preocupó lo más leve la confidencia de Felisa, porque yo me creé familia para tener más representación social, no porque me atrajeran los goces tranquilos del hogar, así es que no me inquietaba por el porvenir de mis siete hijos, les daba carrera sin interesarme ni poco ni mucho la mujer que pudieran elegir, seguro como estaba de que siendo como eran ambiciosos (como sus padres) no unirían su destino sino a ricas herederas”.

“Katy mientras tanto seguía muy enamorada de mi hermano Luis, hombre de mediana edad, muy distinguido, enemigo del matrimonio, que nunca se había separado de mí. Médico mimado de la aristocracia, vivía muy satisfecho de su suerte, pero al verse tan halagado por Katy, que era una joven bellísima, se decidió a cambiar de estado, pidiéndome solemnemente la mano de la niña, la que a su vez suplicó que yo fuese el padrino de su boda”.

“Felisa no llevó a bien tal enlace, y trabajó con gran diplomacia para disuadir a Katy de su intento, pero ésta, aunque era muy dócil hasta ser humilde, no se dejó convencer porque amaba a Luis con toda su alma, y no hubo más remedio que ceder a su amoroso deseo y a toda prisa se arreglaron los papeles y las galas de la novia para celebrar cuanto antes la boda”.

“Nicanora, la fiel nodriza, estaba contentísima con el casamiento de su niña, en cambio observé que Tomás estaba muy pensativo y meditabundo. Era tan listo y tan hábil para el manejo de los papeles, escribía tan correctamente y con tan asombrosa rapidez, que me había acostumbrado a dictarle mi correspondencia particular y llegué a tener con él esa intimidad condescendiente que a veces suele reinar entre el amo y el siervo. La víspera del casamiento de Katy, me pareció más triste y más sombrío el semblante de Tomás, sus grandes ojos estaban llenos de lágrimas, las que por un esfuerzo admirable de su voluntad no rodaban por sus negras mejillas”.

“—¿Estás enfermo? (le pregunté con algún interés)”.

“—No señor, pero siento en todo mi ser una sensación muy extraña, que cuando la experimento siempre sucede una desgracia cerca de mí. Dos días antes de morir mi señor, el padre de la niña, sentí lo mismo que siento hoy, cuando murió mi padre, y eso que yo era muy niño, recuerdo perfectamente que también sentí una pena muy grande y lloré sin consuelo tres días antes de morir el autor de mis días”.

“—Pues hoy todo respira alegría en esta casa”.

“—Alegría para todos menos para mí... —y Tomás se cubrió el rostro con las manos, y no pudiendo resistir, rompió a llorar con la mayor angustia”.

“Me sorprendió aquella profunda aflicción y hasta respeté aquel dolor, pues compasivamente lo dejé solo: pero como todo lo que eran intimidades del hogar me preocupaban tan poco, al salir de mi despacho particular se borró de mi memoria lo ocurrido y me ocupé de otros asuntos mucho más importantes para mí”.

“Aquella noche Katy se quejó de un dolor de cabeza, retirándose muy temprano a su aposento para hacer examen de conciencia, pues se había de confesar antes de casarse y tenía que levantarse muy temprano”.

“Katy dormía sola en su habitación y Nicanora en un aposento contiguo al suyo, mas aquella noche mi esposa no quiso separarse de ella hasta dejarla dormida”.

“A la mañana siguiente muy temprano oí gritos confusos y sentí muchos pasos acelerados, que no me sorprendieron, pues sabía que Katy, con Felisa, su nodriza, y otras jóvenes, había de salir para confesar en el templo cercano, cuando de pronto vi entrar a mi hermano Luis, que se abrazó a mí llorando como un niño sin poder pronunciar una palabra. Tras de él entró Felisa con el espanto pintado en su semblante, y la fiel Nicanora gritando: ¡Venganza, señor! ¡Venganza!... Y arrancándome del lecho me arrastró tras sí, llevándome a viva fuerza al cuarto de su niña”.

“Katy estaba en su lecho, Tomás, arrodillado ante ella, tenía cogida la diestra de la joven, que tenía los ojos muy abiertos pero inmóviles, porque la

muerte le había arrebatado su dulcísima expresión, el semblante de la difunta tenía la blancura inmaculada de la nieve, que hacía resaltar mejor algunas manchitas azuladas tanto en el rostro como en los hombros y en los níveos brazos. ¡La habían envenenado! ¿Cómo? ¿Cuándo? ¿Quién? He aquí el problema”.

“Katy, que era un ángel, se había hecho querer de toda mi familia y de la servidumbre, y todos ante la niña muerta gritaban: ¡Venganza, señor!... ¡Venganza!”

“En aquellos momentos mi mente estaba tan ofuscada, me sorprendió de tal modo aquella catástrofe, hacía un contraste tan doloroso ver sobre los divanes las galas de la desposada, tules, cintas, túnicas blancas y ella muerta y el negro Tomás con la diestra de Katy entre sus manos, mudo, inmóvil, arrodillado ante su ídolo, que miré maquinalmente a todos lados buscando al asesino y no lo encontré. Retrocedí espantado, salí del aposento mortuorio y al cruzar un pasillo sentí que me cogían por el brazo. Era mi esposa, que me dijo cautelosamente: Tomás: ¡La amaba!... Y ha tenido celos y... ¡La mató!, yo exclamé dando un grito de feroz alegría, porque ya el juez había encontrado al criminal. Y acto seguido me acerqué nuevamente al lecho de Katy y tirando violentamente de Tomás lo puse en pie diciéndole: ¡Asesino! ¡Ya sé tu crimen!... El infeliz me miró espantado, y tanto daño le hicieron mis palabras y tanto le atemorizó la expresión de mis ojos, que no encontró palabras para defenderse, lo único que hizo fue volverse a abrazar a Katy con todas sus fuerzas. Su madre, al oír la acusación, cayó como herida de un rayo diciendo. ¡Jesús!...”

“Al ver a Tomás abrazado a la muerta recordé su tristeza del día anterior. ¡Todo lo comprendí!... ¡Todo! La amaba, tuvo celos, nada más natural queriéndola como él la quería, y la mató. Ya que no podía ser suya, que no fuera de otro. ¡Ésta era la consecuencia de un amor ardiente, frenético, desesperado!”

“Me encerré en mi despacho y escribí una acusación admirable. Tomás, por su parte, nada dijo en su defensa, y en cambio no faltaron numerosos testigos que contaron (los mismos criados), que muchas noches habían visto a Tomás al pie del balcón del cuarto de la niña que daba al jardín y que ella se asomaba y hablaban largo rato, y él subía a un árbol y le ofrecía guirnaldas de jazmines que ella aceptaba. Otros le vieron a la puerta de su habitación tendido en el suelo como si fuera un perro. Todos le acusaron y nadie le defendió porque su madre estaba loca... y Katy... muerta”.

“Tomás se quedó como alelado y marchó al cadalso sin pronunciar una sola palabra, no hubo sacerdote que le hiciera confesar”.

“La sentencia y la ejecución fueron un nuevo triunfo para mí. La

inmensa fortuna de Katy la heredó Felisa porque no había otro heredero más que ella. En memoria de la inocente víctima, Felisa fundó un asilo para niñas huérfanas (que aún existe). Pasaron algunos años y murió mi hermano Luis, quedándose Felisa inconsolable. Yo no extrañé su pena porque siempre había vivido en la más envidiable armonía, siendo mi casa un modelo de paz doméstica, respecto a la consideración que teníamos los unos con los otros”.

“Al poco tiempo de morir mi hermano, cayó gravemente enferma mi esposa y luchó entre la vida y la muerte más de dos años, pues se levantaba hoy, y poseída de frenesí religioso no se daba descanso visitando enfermos, para luego caer rendida de fatiga en su lecho días y más días. En una de estas recaídas, pidió con urgencia hacer confesión general y recibió los últimos sacramentos con toda pompa, dándose a este acto verdadera importancia.

Cuando todo pasó, cuando se desmontaron los altares y los cirios se apagaron, al salir su confesor, que la absolvió de todas las culpas, pidió Felisa hablar a solas conmigo. Sin poderme explicar la causa, me senté junto al lecho de mi esposa profundamente contrariado, para mí las intimidades del hogar me eran muy enojosas, guardaba a mi familia toda clase de consideraciones. No tuve nunca afición de conquistas fáciles, era tanto mi orgullo y tan refinada mi vanidad que no creía a ninguna mujer digna de que yo diera un sólo paso por ella. Me casé por perpetuar mi nombre, por ser una figura más respetable en la sociedad, fuera de la línea recta que me había trazado me parecía que descendía de mi alto pedestal, así es que fui fiel a mi esposa no por amor, sino por no dar lugar a que ella tuviera derecho a despreciarme. Estando completamente persuadido de la austeridad de sus costumbres, la creía en un todo digna de mí y jamás espí sus acciones. Como yo daba el ejemplo de una rectitud de costumbres a toda prueba, creía que todos en mi casa observaban estrictamente mis preceptos morales, y no me tomaba el trabajo de inquirir nunca lo que hacían los demás. Cuando estaba en mi morada no salía de mi despacho más que para asistir a la comida y ni en los días de recepción me dejaba ver en los salones, siempre ocupado en mis asuntos jurídicos, que eran mi mundo. Así es que cuando Felisa pidió que la dejaran sola conmigo, me contrarió su exigencia, mas supe ocultar el estado de mi ánimo, y sentándome lo más cerca posible de ella le dije:

“—Estoy a tus órdenes”.

“Felisa se incorporó cuanto pudo, se volvió hacia mí, y me dijo con voz conmovida”:

“—Esto se acabó, los médicos, no sabiendo qué darme para aliviar mi cuerpo, me entregaron al médico del alma. Éste me ha dado todo lo que puede dar la religión, los últimos sacramentos, la absolución de mis culpas y todas las misas que tú quieres aplicar a mi eterno descanso, pero esto, para

comparecer ante Dios, no es bastante para mí”.

“–¿Pues qué deseas? –le dije muy sorprendido al ver el giro que le daba Felisa a la conversación”.

“–Deseo que me perdone aquel a quien he ofendido”.

“–Pero si tu confesor ya te ha perdonado, que es el juez absoluto en estos casos, no quieras ahora dar un espectáculo que yo no estoy dispuesto a consentir”.

“–Es que el ofendido... ¡Eres tú!”

“–¡Yo!...”

“–Sí, porque si bien nunca me has amado, jamás me has hecho sufrir la menor humillación, yo he sido tu señora, la madre de tus hijos, atendida, considerada y respetada como una reina, me has rodeado de todas las comodidades y superfluidades de la vida, he vivido en medio de la abundancia, mejor dicho, del fausto, pero... me faltaba el amor del cual estaba sedienta mi alma, y amé a un hombre con todo mi corazón. Él no pensaba en mí, pero yo hice que pensara, mas él, que era un ser digno y caballeresco, me hacía presente sus remordimientos y me señalaba el abismo donde los dos caímos”.

“–¿Pues quién era?”

“–Tu hermano Luis”.

“–¿Mi hermano? Tú deliras”.

“No, no, desgraciadamente para mí, no desvarío. Le amé con todo mi corazón, pero él me dijo: “Es preciso que esto acabe, mi hermano me ha servido de padre, me quiere tanto como a sus hijos, nada mejor para terminar este arrebato de locura que casarme con Katy, que me ama como quieren los ángeles”. Yo fingí acceder a su noble deseo, mas juré ante Satanás que ninguna mujer se haría dueña del hombre que yo quería con delirio, y llevé a cabo mi obra de exterminio envenenando a Katy con pequeñas dosis, hasta que la víspera de su casamiento le di la última toma para que se durmiera mejor según le dije a ella, que se quejaba de constante insomnio”.

“Mas... No me bastaba matar a mi rival, era necesario entregarte el asesino, porque una muerte misteriosa da mucho que hablar, y el pobre Tomás fue la víctima que escogí, las apariencias favorecieron mi plan de un modo admirable, y cuando su cabeza rodó por el cadalso me quedé tranquila, porque tu hermano, abatido por el dolor, se dejó vencer nuevamente por mis halagos, necesitaba consuelo, lo encontró a intervalos en mi cariño porque sostenía lucha tenaz consigo mismo, pero al fin se acalló la voz de su conciencia y se entregó a mi amor. Mientras él vivió, mi pasión, las preocupaciones y el disimulo con que tenía que obrar para que nadie conociera el secreto de mi vida, absorbían mi tiempo de tal modo que no tenía el menor remordimiento,

porque todas mis horas eran pocas para evitar la menor indiscreción, pero al morir el hombre que yo amaba fue cuando me horroricé de mí misma, contribuyendo poderosamente a mi terror el ver de noche y de día la sombra amenazadora de Tomás, que me miraba con esa fijeza con que miran los muertos, diciéndome... ¡Maldita seas!”

“Para callar sus maldiciones, visitaba a su madre con frecuencia, pero junto a la pobre loca también he visto a Tomás, que señalándome a su madre repetía: ¡Maldita seas! Y esta vida se ha hecho insoportable para mí, si no hubiera venido la muerte a buscarme yo le hubiese salido al encuentro, porque no puedo resistir más el peso de mis remordimientos. Y para que no muera rabiando como un condenado de los que gimen en el infierno, te pido que me perdones, Rafael, porque sufro tanto... ¡Habla, Rafael, habla!...”

“El esfuerzo que había hecho para pronunciar su terrible relato agotó por completo su fuerza vital, comprendí que se moría por momentos y me levanté maquinalmente, abrí la puerta y salí al salón, diciendo a mis hijos: “Vuestra madre se muere, id a cerrar sus ojos”. Toda la familia invadió el cuarto de la moribunda, la que, incorporándose de nuevo, miró a todos lados como si buscara a alguien. Indudablemente me buscaba, pero no me pudo ver porque un cortinaje me ocultaba, se cansó de mirar y gritó ¡Rafael!”

“Aquel último esfuerzo agotó sus fuerzas y murió sin agonía, miré el cuadro que formaban sus hijos llorando sobre el cadáver y murmuré con amarga ironía: “¡Cuánta injusticia!... Esa mujer, por adúltera debía haber muerto en una casa de corrección, y por envenenadora en el patíbulo. No hay justicia en la Tierra”.

“Mis palabras nadie las oyó, y haciéndome dueño de mí mismo, ordené todo lo necesario para que el entierro de mi esposa fuera una manifestación más de mi modo de ser. Cuantas comunidades religiosas había en la ciudad, todas acompañaron el cadáver de la adúltera, de la envenenadora, de la mujer criminal que mató a dos seres inocentes, a la hermosa Katy y al infeliz Tomás. La iglesia elevó sus preces, y el arte levantó una capilla suntuosísima en la cual diariamente el capellán del cementerio celebraba una misa para sufragio del alma de la pecadora, y el mismo disimulo que ella empleó para ocultar su falta, usé yo para alejar toda sospecha, pues todas las miradas de mis parientes y amigos me parecían otras tantas preguntas para inquirir y averiguar el horrible secreto de mi alma. Actor consumado en la eterna comedia de la vida, ni un instante dejé de estudiar mi papel y llegué a una edad muy avanzada teniendo fama de ser el hombre infalible por excelencia que le bastaba mirar a una persona para leer en sus ojos sus más recónditos pensamientos, sus recuerdos del pasado y sus planes del porvenir”.

“¡Qué burla tan horrible! El hombre infalible, el que creía que su

esposa le consideraba como un ser superior a los demás y que guardaba con orgullo el brillo de su nombre, no sólo le había sido infiel largos años, sino que eligió por amante al único ser que yo había querido en el mundo, a mi hermano Luis, y cuando bajo mi techo cometió un asesinato, como si esto no fuera bastante, arrojó a mis pies un hombre inocente diciéndome: “Cébate en él”, para que, mientras yo me entretenía con aquel cuerpo, ella tuviera tiempo de serenarse, de cubrirse con negros crespones, y de hacer obras de caridad en nombre de su víctima, y yo... nada vi. Yo, que sabía leer en todas las conciencias, yo, que hablaba diariamente con mi esposa y con mi hermano, nunca la más leve sospecha pasó por mi mente. ¡Qué castigo tan horrible para mi necia presunción e incesante vanidad!”

“Mis últimos años fueron espantosos, cuanto más me aplaudían y me celebraban, más sangre destilaban mis heridas. Todos mis compañeros me ponían por las nubes, y mientras más alto me subían ellos, más descendía mi Espíritu en mi soledad hasta perderme en las profundidades de la Tierra. La sombra de Tomás era mi pesadilla, siempre que entraba en el Palacio de Justicia veía al negro sentado en mi puesto, lo mismo que cuando escribía en mi despacho particular, con su mirada triste y serena y con su melancólica sonrisa”.

“En mis últimos momentos vi muchas sombras amenazadoras, y a Tomás que las separaba de mi lecho y acercaba a Katy para que se inclinara y me diera un beso en la frente. Creí que el cielo me abría sus puertas porque nada más hermoso que aquella aparición. Katy estaba en el centro de un sol, quise mirarla y la muerte cerró mis ojos. Cuando me di cuenta de mi estado en el espacio, Tomás fue el ángel que me consoló. Alma generosa desprendida de las miserias terrenales, ha hecho por mí cuanto le ha sido posible hacer, pero su perdón, sus consuelos, sus consejos, no pueden borrar las páginas que he escrito en mi historia, me avergüenzo de mí mismo. La odiosa pena de muerte siempre fue aplicada por mí injustamente, por no querer reconocer la pequeñez de mi inteligencia, por no detenerme a examinar el centro de acción donde se cometían los crímenes, por no apreciar en su inmenso valor todas las circunstancias relacionadas con los hechos punibles. ¡Cuántas injusticias he cometido!...”

“El día que se borre de vuestros códigos la pena de muerte, que resuene en todos los ámbitos de la Tierra el hosanna al Dios de las alturas, porque la raza humana dejará de adquirir esas responsabilidades horribles que encadenan al Espíritu al potro del tormento miles y miles de siglos. Por mí lo sé, y eso que mis víctimas no me atormentan. Tomás cerca de mí y Katy desde muy lejos apartan compasivos los abrojos que alfombrarán la senda de mis nuevas encarnaciones. Mucho les debo, ellos serán los únicos rayos del sol que

iluminarán la sombría noche de mi porvenir, pero irremisiblemente he de pagar mucho de mi última existencia, porque miré con la mayor indiferencia a los criminales, condené por satisfacer mi vanidad, por hacer alarde de mi poder. La clemencia era desconocida para mí, creía que el juez se humillaba perdonando. ¡Cuántos errores, Dios mío!”

“Mucho más diría, pero... No quiero abusar de la condescendencia de la que me sirve de intérprete, y sólo diré para terminar que cuando veáis a un reo camino del cadalso, elevéis vuestras fervientes plegarias, no por el que van a ajusticiar, sino por el Juez que firmó su sentencia de muerte, que si ciego estaba el asesino por la ira, por ignorancia o por bajeza de condición, más ciego estaba el hombre ilustrado, el moralista de oficio, el que tiene obligación de saber mirar y lo ciega su vanidad insensata, su error y su crueldad”.

### Un Juez de la Tierra

A cuántas y cuán amargas consideraciones se presta la comunicación que ha tenido a bien, darme el Espíritu que ejerció en este mundo el cargo más difícil que puede tener un hombre: el de juzgar a los otros cuando nadie se sabe juzgar a sí mismo, y si uno mira y no se conoce, ¿cómo es posible conocer a los demás? Por eso la pena de muerte es tan absurda, es tan injusta, es tan cruel, es tan odiosa, es tan execrable, porque con ella se comete el crimen más horrible, se le quita al Espíritu tiempo para rehabilitarle, para curarse de su gravísima enfermedad. Se le arroja al abismo de la turbación más espantosa, se le reaviva la llama de su odio, se le empuja violentamente al crimen, se le hace volver a la Tierra ebrio de ira, loco, perturbado, sediento de sangre. La pena de muerte detiene la marcha triunfal del Progreso. Cada vez que se levanta el patíbulo se estacionan centenares de espíritus. El reo, sus jueces y tantos cuantos acuden a presenciar las ejecuciones, todos se asocian para un acto infamante y cruel; y mientras se levante el cadalso, la Tierra será un mundo inferior y sus habitantes serán otros tantos penados, condenados a sufrir las consecuencias de sus pasadas culpas.

El día que los legisladores de este planeta hagan un auto de fe con los tablados de los patíbulos, el sol del progreso irradiará sobre la faz de la Tierra y la raza humana, redimida por su adelanto, amarará a Dios en Espíritu y en verdad.

## CAPÍTULO XVIII

### SALDOS DE CUENTAS

Continuamente trae la prensa noticias aterradoras sobre muertes violentas, y no de un solo individuo, sino de familias enteras, dejando aparte los siniestros de incendios, terremotos, naufragios, explosiones en las minas y otras calamidades.

Últimamente me llamó la atención que en distintas ciudades de España, en pocos días habían muerto asfixiados varios individuos, en un punto, tres hermanos jóvenes que vivían en una casucha ruinoso, en otro lugar dos mujeres ancianas, y en Madrid, cuatro personas, a quienes hallaron muertas por asfixia. Dice así el telegrama:

ASFIXIADOS. —A las cuatro de la tarde la portera de la casa número 18 de la calle de la Princesa, notó humo en el último piso.

Llamó a la puerta del cuarto que habitaban una madre con dos hijos, de 18 y 19 años respectivamente, y un huésped, no teniendo contestación. Dando parte al juez del hecho, éste ordenó a un cerrajero que abriese la puerta, presentándose ante su vista un tristísimo cuadro.

Todos se hallaban en ropas menores sin dar señales de vida y envueltos en densa humareda.

La madre, llamada Rita Tejero, era cadáver. Estaba tendida en el suelo, sus hijos, Francisco y Miguel, muertos también en sus lechos. El huésped, que también estaba acostado, respiraba aún, pero falleció momentos después.

Las cuatros víctimas se acostaron anoche, y habiéndose producido un pequeño incendio en el fogón, murieron todos asfixiados a causa del humo y las emanaciones de óxido carbónico.

También aparecieron muertos por el mismo efecto, un pájaro y dos gatos.

Al concluir de leer el anterior relato, dije con tristeza: ¿Qué habrán pagado esos cuatro infelices? Diciéndome un Espíritu inmediatamente:

“¿Qué quieres que paguen? Desaciertos de ayer: los que se reúnen para hacer el mal, es muy justo que se reúnan después para saldar sus cuentas, y un saldo de cuentas ha sido la muerte de esos cuatro individuos que han muerto sin ruido, en el mayor silencio, del mismo modo en que ellos cometían sus crímenes en anteriores existencias; no siendo ellos únicamente los que han pagado en estos días su triste tributo a la justicia eterna; otros muchos diseminados por España han terminado su actual existencia muriendo asfixiados, porque todos ellos pertenecieron en otro tiempo, a una cuadrilla de bandidos que durante muchos años fueron el terror de la nación española,

quienes escondidos entre las breñas y amparados por el abrupto del terreno, sin vías de comunicación, eran los dueños absolutos de comarcas enteras cuyos habitantes, dominados por el terror, obedecían sus mandatos, plenamente convencidos de que si así no lo hacían, los días de su vida estaban contados. Pero como todo tiene un término, la cuadrilla triunfante fue perdiendo sus miembros más valientes y temerarios, quedando un grupo de forajidos capitaneados por la mujer que ha muerto últimamente asfixiada y la que entonces era un hombre valiente, pero al mismo tiempo reflexivo, el que se convenció de que siguiendo aquella vida concluiría, como sus jefes, muriendo en la horca o en los despeñaderos. Así que propuso a sus compañeros realizar un robo de consideración y embarcarse todos para un punto lejano, donde con el producto de la última hazaña pudieran vivir libres de persecuciones y de continuos sobresaltos y encuentros con la fuerza armada. Unos cuantos de sus compañeros aceptaron su plan, otros siguieron su vida aventurera. Los que se unieron a su capitán, llevaron a cabo el asalto a una casa de campo habitada por un matrimonio anciano y algunos hijos. Efectuando el saqueo atando fuertemente a los dueños y demás familia, dejando en las habitaciones grandes hornillos repletos de carbón a medio encender, cerraron las puertas y se fueron con su gran botín, consiguiendo escapar a la persecución de la justicia, que días después se enteró de que habían muerto asfixiados los dueños de la casa de campo escondida entre montañas, pues atados como los dejaron tuvieron que sucumbir entre las mayores angustias”.

“Los autores de tan horrendo crimen, se repartieron sus ganancias muy lejos de su patria y algunos vivieron honradamente –como decís vosotros –; sin acordarse de sus últimas víctimas, murieron todos en su lecho sin que la justicia humana tuviera nada que ver con ellos; pero quedaba la eterna justicia, y de común acuerdo, se reunieron para volver a la Tierra y morir del mismo modo que habían hecho morir a una familia numerosa, pues no hay deuda que no se pague ni plazo que no se cumpla, muriendo en pocos días asfixiados todos los que tomaron parte en aquella tragedia. No es la casualidad la que une a los hombres para morir de un modo violento, es la ley que los une para que juntos paguen el mal que juntos hicieron”.

“En los terremotos, en las inundaciones, en las explosiones que ocurren en las minas, en los naufragios, en todas esas hecatombes que de vez en cuando llenan de luto a diversos pueblos, siempre –o casi siempre– se salva uno o dos individuos de la muerte, y dice el vulgo en son de mofa: se salvó uno para contarlo, y en realidad se salva el que no está condenado a morir entre tantas angustias, el que no merece dejar la Tierra en medio de tantas maldiciones, como lanzan los que mueren atormentados por el fuego o luchando con las olas. La humanidad terrena tiene su historia escrita con sangre, las guerras

religiosas han sido crueles y aún en vuestros días hay matanzas de judíos y cristianos y se atormentan a los hombres que sueñan por la libertad con una crueldad execrable; y tantas infamias cometidas llevan aparejadas las más terribles consecuencias. Leo en tu pensamiento que razones, diciendo mentalmente: ¡Dios mío! Entonces no se acabarán nunca los cataclismos en la Tierra, porque si se han de pagar todos los crímenes cometidos por la intolerancia de las religiones, la Tierra será siempre un infierno, porque su historia es horrible, y yo te contesto que el hombre es castigado, no por la destrucción que produce su obcecación e ignorancia, sufre únicamente por el goce que siente viendo agonizar a sus víctimas, por el placer que le proporciona ver una ciudad incendiada, diciendo con orgullo: ¡Qué inmenso es mi poder! ¡Hasta la muerte me obedece! Los que gozan matando son los que luego viven muriendo; pero los ejércitos que destruyen las ciudades, obedeciendo maquinalmente las órdenes de los generales que les llevan al combate, los que matan en defensa propia, porque saben que si no hieren serán heridos, esos no son responsables de sus actos; se adquiere la responsabilidad cuando se goza con el exterminio, cuando se hiere sin compasión al vecino; esos son los verdaderos culpables, esos son los que al llegar al Espacio se deciden a pagar algunas de sus deudas, sufriendo una mínima parte del dolor que causaron a sus inocentes víctimas. La voz de la conciencia le dice al criminal que no tiene derecho a ser dichoso si antes no ha padecido el tormento que a todos hizo sufrir. Esto no lo quieren admitir ni creer la mayoría de los que os llamáis espiritistas, porque humilla a la certidumbre de la propia inferioridad; pero ¿qué verdad no ha sido negada y escarnecida? Ninguna. Todos los adelantos científicos han sido ridiculizados por la mayoría de los sabios. ¿Qué extraño es, entonces, que la revolución que producen los espíritus con sus comunicaciones y sus revelaciones de otras existencias, sean rechazadas hasta con indignación por la generalidad y sobre todo que sean culpables de esto quienes se consideran semidioses? Pero la verdad es superior a todas las negaciones, y aunque la humanidad entera niegue la expiación a que están sujetos los terrenales por sus culpas pasadas, ahí están los hechos: en un segundo se hunden las ciudades más florecientes, sucumbiendo entre sus escombros multitudes delirantes, llenas de vida y de juventud, mas ¿por qué sucumben? He aquí el problema, he aquí el arcano que no se quiere estudiar, mas el hecho se ha cumplido, desapareciendo pueblos enteros. ¡Compasión para las víctimas, compasión! Adiós”.

De gran enseñanza es la comunicación que he obtenido, pues ella encierra innegables verdades. La casualidad no existe, la justicia sí; y todo acontecimiento desastroso tiene su origen en la sombra del crimen.

¡Desgraciados de aquellos que tienen que ser los actores en las grandes tragedias, que llenan de espanto a los pueblos y dichosos los que pueden descansar tranquilos en el rincón de su hogar ni envidiados ni envidiosos!

## **CAPÍTULO XIX**

### **EL ORGULLO TAMBIÉN ES UN PECADO**

No hace muchos días que vino a verme mi amiga Alicia, espíritu para mí muy simpático. Es una mujer distinguida, de porte verdaderamente aristocrático, de educación muy esmerada, de vastísima instrucción. Espiritista convencida que lee con gran aprovechamiento todo cuanto se escribe sobre Espiritismo, traduciendo y comentando sus mejores obras sin que su verdadero nombre salga a relucir. Ella sí que hace el bien por el bien mismo. Trabaja sin desear los lauros de la gloria, pero la gloria de la elevación de sus sentimientos la lleva en todo su ser. Es una mujer de mediana edad y conserva la esbeltez y la elegancia de la juventud, hay algo en ella que atrae, que seduce, que interesa. Cuando se habla con Alicia, se quisiera detener el vuelo del tiempo para que aquellos breves momentos se conviertan en horas interminables. Casada y madre, se debe toda a su familia (que no tiene ideales), y ella, prudente y reservada, oculta el valioso tesoro de sus creencias y evita altercados con sus deudos. Vive, puede decirse, en un mundo superior, participa de las luchas terrenas, para llorar con sus hijas si éstas padecen los dolores naturales que proporciona la vida a las mujeres casadas, y después que cumple sus deberes de madre amantísima, parece que entra en otro mundo, se reconcentra en sí misma, parece que vive de recuerdos, recuerdos que deben ser muy dolorosos, porque su rostro adquiere una expresión tristísima, y más triste aún porque no es comunicativa, se encierra en el silencio y evita cuidadosamente hablar de sí misma. Así como sus trabajos espiritistas los oculta para evitar disgustos de familia, de igual manera oculta sus inquietudes, sus ansiedades, sus temores. Yo, cuando hablo con ella, comprendo que estoy leyendo en un libro del cual no veo más que la primera hoja, las demás están sin cortar.

Así es que la última vez que la vi me sorprendió mucho encontrarla más comunicativa, más expansiva. Aquel Espíritu superior descendía de su alto pedestal, se humanizaba, acortaba las distancias que indudablemente existen entre ella y la generalidad de los mortales, y al advertir tal cambio, mi alegría no tuvo límites y se lo demostré diciendo:

—No sé qué noto en ti, pero te encuentro más cariñosa, más cerca de mí.

—Indudablemente, ¿no ves que el dolor es el gran demócrata del Universo? Los que sufren se entienden fácilmente (como decía Campoamor); tú hace tiempo que sufres; yo en estos últimos años también he sufrido reveses, y por ley de afinidad, me pongo al habla contigo (como dicen los

marinos) a ver si tú me puedes aclarar lo que yo no alcanzo a ver. Ya sé que estás en muy buenas relaciones con los espíritus, que éstos te cuentan muchas historias, y yo deseo que una vez más contesten a tus preguntas, no para satisfacer mi curiosidad, sino para estudiar uno de los capítulos de la historia humana.

–Ya sabes que te quiero, que te admiro, que veo en ti dos seres distintos, aunque hay uno sólo verdadero; que adivino tus pesares y, por prestarte consuelo, yo haré cuanto me sea posible.

–Lo sé, tu Espíritu y el mío se conocen hace tiempo, y aunque por esta vez nuestro destino nos separa, no importa. Las almas no necesitan el roce de los cuerpos para entenderse, para quererse y para prestarse señalados servicios. Ermitaños seríamos si las humanidades que pueblan los mundos, no pudieran comunicarse unas con otras a través de distancias inmensas. Pero vamos al asunto que me ocupa. Creo que ya sabes que me quedé viuda.

–Sí, lo supe, y si no lo supiera, los negros crespones que te envuelven me lo hubieran indicado.

–Pero no te dirán mis negras galas del modo que murió mi marido, quien murió de la muerte más horrible que puedas imaginar.

–¿De qué murió?

–¡De hambre!...

–¡Jesús, qué horror! ¿Tenía algún cáncer en el estómago que le impedía alimentarse?

–No, estaba muy bien y muy sano, sabía cuidarse como pocos hombres. Su ciencia médica le servía admirablemente para no padecer dolores físicos, pero un dolor moral le hizo olvidar todos los métodos higiénicos, se entregó en brazos de una muda obstinación y su vida fue extinguiéndose como se extingue la luz de una lámpara a la cual le falta el aceite necesario.

–Dolor inmenso sería el que sufrió, porque, según tengo entendido, no era tu esposo hombre dado a las sensiblerías.

–No, ciertamente. Era bueno, pero adusto. Su mundo era la ciencia, su familia, sus innumerables enfermos, y sus únicos goces devolver la vista a los ciegos. Por centenares se cuentan los ciegos que él ha curado, en todas las clases sociales. Lo mismo atendía a los más pobres que a los más ricos. Las operaciones más difíciles jamás las encargaba a sus ayudantes, como hacen la generalidad de los médicos en la consulta gratuita. Él, no; donde veía más peligro allí estaba él, tanto le daba que fuera un leproso repugnante como un enfermo aristocrático y perfumado. La ciencia (según él decía), es la igualdad en acción. Para ella no hay clases, y el verdadero médico es el gran demócrata, el gran nivelador. Él responde a todos los llamamientos. Así lo hacía mi marido, jamás se hizo el sordo cuando le llamaron los afligidos.

–¡Qué bien deberá estar en el cielo!

–Indudablemente, a no ser que su muerte sea un obstáculo para su gloria, porque él se mató, el suicidio se efectuó.

–¿Y cuál fue el motivo de tan violenta determinación?

–Ya te lo diré. Una de mis hijas se casó y fue madre de una niña preciosa con unos ojos hermosísimos que parecían dos luceros. Desde que nació, mi marido enloqueció por ella y la chiquilla por él. El abuelo y la nieta eran dos cuerpos y un alma, estando juntos ya estaban contentos. Mi marido rejuveneció, y siempre estaba con su nieta en brazos y creo inútil decirte que no la dejaba tocar con los pies el suelo, evitándole los dolores de la dentición y demás enfermedades de la niñez. Pero, hija, la viruela se apoderó de los ojos de mi nieta y de todo su cuerpo, pero sobre todo de los ojos. Mi marido ni comía ni dormía, estaba al lado de la pobre niña devorando libros, buscando la luz para aquellos ojos que eran su vida. Devolvió la luz a uno, pero el otro salió de su órbita y mi marido creyó enloquecer, se retiró a su cuarto y yo le oía que exclamaba a solas: ¿Será posible? Yo, que he devuelto la vista a tantos ciegos, yo, que he curado a tantos sifilíticos, y a este ángel tan hermoso no he podido curarle más que a medias. Le pondrán un ojo de cristal, se harán prodigios... pero ver... ver no verá más que la mitad, y aun el ojo que le he salvado no será tan hermoso, no tendrá aquel brillo deslumbrador. ¿Para qué me ha servido mi ciencia? Para nada.

Y se negó a tomar toda clase de alimentos, vivió algunos días alimentándose con agua. Todas mis súplicas fueron vanas. Él sólo me decía: “Es inútil cuanto me dices. No puedo tragar, hasta el agua me cuesta trabajo pasarla.

Dos días antes de morir me pidió frutas muy maduras, pero... Ya era tarde, murió de hambre sin exhalar una queja, sólo decía entre dientes: “Cuando de nada se sirve, se deja el sitio para otro”.

Ahora bien, ¿qué lazo le unía con su nieta? Bien tenía otros nietos, y por ninguno de ellos se desvivió como por su niña querida. Si puedes, pregunta al Padre Germán qué historia tienen esos dos espíritus, porque morir de dolor como murió mi marido, un hombre tan serio, tan grave, tan entregado a la ciencia, causa muy poderosa le debe haber impulsado a sucumbir tan trágicamente.

–Yo te prometo que aprovecharé la primera oportunidad para complacerte.

Cumplí mi palabra preguntando al Padre Germán lo que deseaba saber Alicia, y el Espíritu me contestó lo siguiente:

“Justo es el deseo que os impulsa a las dos, y motivo de estudio será lo que yo te diré. Escucha con la mayor atención”.

“El hombre que ha muerto de hambre, al que llamaremos Raúl, y su nieta, son dos espíritus que hace muchos siglos que caminan juntos. Han estado unidos por los lazos terrenales y en sus últimas existencias han sido amigos inseparables, mejor dicho, maestro y discípulo, porque Raúl hace luengos siglos que se ocupa en curar a los enfermos, y la que hoy fue su nieta, ha sido anteriormente su discípulo más ventajoso, su ayudante más práctico. Tenía fama, casi tanta como su maestro. Los dos eran inseparables, el uno complementaba al otro. Tanta suerte tenían en sus curaciones que llegaron a enorgullecerse el maestro y el discípulo, porque eran realmente infalibles en sus juicios médicos. Sus palabras eran proféticas, nunca se equivocaban, ni asegurando bienes ni presintiendo males”.

“Y se llegaron a persuadir de tal modo de su infalibilidad, que no se contentaron con seguir las huellas de otros sabios doctores, sino que inventaron nuevos métodos y procedimientos especialísimos. Para mayor seguridad, en sus experimentos no se contentaban con hacer ensayos en diversos animales, como es costumbre inmemorial, para ver el resultado que producen los sueros y otras inyecciones hipodérmicas, sino que en los hospitales y en los asilos de infancia hacían sus ensayos en infelices niños sin familia. Los unos morían, los otros se salvaban y los dos sabios no sentían el menor remordimiento por la muerte de aquellos inocentes. ¿Qué era la muerte de un niño sin familia ante el bien que aquel ensayo reportaría a la humanidad? Y además del bien producido, la fama universal que aquellos dos sabios médicos alcanzaban día tras día les llenaba de orgullo. Se creían infalibles, porque de lejanas tierras venían los enfermos en peregrinación para recobrar la salud perdida”.

“Raúl era verdaderamente una celebridad médica, su discípulo no se separaba de él un instante y, cosa rara, no envidiaba a su maestro; como estaban unidos hacía tantos siglos por íntimos y legítimos amores, su admiración rayaba en idolatría, exenta de las miserias terrenas, y su mayor placer era proporcionar a su maestro niños desamparados, en los cuales Raúl ensayaba la eficacia de sus atrevidos inventos. Los dos se creyeron verdaderamente dioses, el orgullo los cegó, y el orgullo también es un pecado, y como todo pecado tiene su condena, Raúl y su discípulo han pagado en esta existencia una parte de su larga cuenta”.

“El discípulo amado es hoy la tierna niña, cuyo abuelo, con toda su ciencia, no ha podido curar más que a medias. El sabio orgulloso, él, que se ha creído infalible en sus juicios, se ha visto impotente para curar a su ángel, y éste, que no tuvo compasión de los pobres niños sacrificados al estudio y a las investigaciones científicas, sufre hoy las consecuencias de su indiferencia de ayer, dolor que no se compadece, es necesario sufrirlo para apreciarlo en su

verdadero valor. A Raúl, cuya ciencia ha estado completamente eclipsada en su última existencia, porque en proporción de lo que ha sido, no era más que una vulgar medianía, su gran inteligencia médica le hacía sufrir extraordinariamente, porque comprendía dónde estaba el remedio, sabía el modo de aplicarlo, y al llegar el momento decisivo de administrar la medicina apropiada a la tenaz dolencia veía que se equivocaba, que su acción curativa no respondía al impulso de su pensamiento, y si esto le desesperaba con los seres extraños, su desesperación llegó al grado máximo cuando se vio impotente para salvar a su nieta, que era el amor de todos sus amores. Muriendo, como era necesario que muriera, humillado, convencido de su insignificancia, de su pequeñez, se creyó un dios y murió persuadido de que no hay dioses, que no hay más que un Dios, y como el pecado del orgullo científico es hasta cierto punto perdonable y Raúl hace siglos que es un sol en el mundo de la ciencia, hoy se encuentra en muy buen estado, porque no ha perdido un ápice de su sabiduría y ha reconocido una grandeza superior a la suya, una ciencia para él desconocida, un poder maravilloso, una fuerza que sostiene la máquina del Universo, y ante tanta luz, ante tanta magnificencia, ante tantos mundos, donde él adivina que hay grandes sabios, preguntándole a Dios por qué brillan los soles y por qué su fuego no incendia el Universo, él se considera uno de tantos alumnos en la gran Universidad del Infinito. Se reconoce grande y pequeño a la vez y el orgullo no le volverá a cegar. Tiene luz propia, vive en medio de la luz, con su fluido luminoso envuelve a su nieta, que es el amor de todos sus amores”.

“Estudia detenidamente el breve relato que te he hecho de la muerte de un sabio orgulloso. No basta penetrar victorioso en el templo de la ciencia, hay que amar, hay que compadecer, no se puede menospreciar al paria de la sociedad, porque aquel ser abandonado tiene un Espíritu quizás más adelantado que el que se cree infalible por su sabiduría, y en el mero hecho de nacer hay que considerar que viene a la Tierra a cumplir una misión, sea ésta de gran importancia o insignificante. Todo hombre merece respeto y hay que esforzarse en protegerlo y en amarlo. La ciencia que no desciende hasta el desamparado, llega un día en que recibe el castigo merecido, como habéis visto en el sabio Raúl. Adiós”.

Tiene razón el Espíritu al decir que es digno de profundo estudio, el relato de la muerte de un hombre que un día se creyó un dios y tan poco llegó a valorar a su organismo que dejó de alimentarlo, convencido de que su estancia en la Tierra era completamente inútil.

¡Fatal aberración! Aún podría haber hecho mucho bien, aún su ciencia habría difundido el consuelo, pero se creyó dueño de sí mismo y dispuso de su vida ignorando que cometía un crimen, porque ha negado sus beneficios a

muchos enfermos.

¡Cuán necesario es conocer la vida de ultratumba! Si Raúl la hubiera conocido no se hubiese entregado a la desesperación, destruyendo su organismo, antes al contrario, hubiera redoblado sus esfuerzos para dar luz a los ciegos, ya que sabía lo que se sufre ante una desgracia irremediable.

Sólo el estudio del Espiritismo nos hará grandes en medio del dolor, porque sabiendo que vivimos eternamente, haremos lo posible para ser hoy mejores que ayer y ser mañana grandes benefactores de la humanidad.

## CAPÍTULO XX

### EL AMOR NO ES UN MITO

Era una noche hermosa de verano, cuando estábamos varios amigos reunidos en el salón del Prado, en Madrid, junto a la fuente de las Cuatro Estaciones.

No sé por qué, nos dio la humorada de hablar sobre el Espiritismo y el amor. La discusión era muy animada: casi todos se reían a costa del amor y del Espiritismo, echando a volar disparatadas ocurrencias y chistes graciosísimos, a que tanto se prestan los que ignorantemente desconocen el tema.

Nos llamó la atención la mudez de Leopoldo, el más dicharachero y el más elocuente de todos. Este joven es ilustrado y conocido escritor. Le preguntaron:

—¿Qué le sucede, señor trapense? ¿Está usted enfermo?

—No —contestó Leopoldo—, pero he recibido hoy una carta que ha despertado en mí dolorosos recuerdos, y estoy en un estado de ánimo especial, como cuando la memoria retrocede, se abisma en el pasado, y por razón natural, lo que nos rodea no consigue atraer nuestra atención. Tal es así, que he estado lejos de vuestra discusión, abstraído en mis pensamientos.

—Mira —le dijo un joven marino—, nos hemos estado riendo del Espiritismo y del amor, de los fenómenos del uno y de los efectos del otro.

—Pues habéis perdido lastimosamente el tiempo.

—¿Por qué?

—Porque sí.

—Si no das otra explicación...

—Vamos, hable usted, Leopoldo —dijo una lindísima joven llamada Luisa—. Confunda usted a estos descreídos con su elocuente palabra.

—¡Ay! Amiga mía: inútil peroración; los hombres de hoy necesitan hechos, y no palabras. Yo pertenezco en cuerpo y alma a mi época, y confieso ingenuamente que ni los discursos de los más floridos tribunos, filósofos y políticos, logran convencerme. Soy tomista; necesito tocar para creer; nuestra generación es así, positivamente por excelencia. ¿Cómo quiere usted, Luisa, que conociendo el terreno que piso, me aventure a arrojar la semilla, si sé que resbalará y no germinará ni un solo grano? Se ríen ustedes de los fenómenos espiritistas y niegan el amor; ríanse y niéguenlo cuanto quieran: ya variarán de opinión cuando las circunstancias los hagan variar por fuerza, como sucedió conmigo.

—Pues cuéntanos eso —exclamaron varios a la vez.

—Sí, sí, hable usted —replicó Luisa.

La indicación de esta última, decidió a Leopoldo a manifestarse comunicativo, y dijo:

–Conste que de la historia que os voy a contar no soy el protagonista: no he sido más que testigo. ¿Os acordáis de Sofía Burgos?

–Mucho –contestó Luisa –, qué lástima de muchacha, era guapísima.

–Pues bien: Sofía fue mi compañera de la infancia; nos queríamos fraternalmente; y yo la hubiera amado de otra manera... si Álvarez no se hubiera adelantado.

–¿No era primo de ella? –preguntó Luisa.

–Sí, eran primos hermanos; los tres nos criamos juntos, y nos queríamos entrañablemente. Juntos estudiábamos nuestras lecciones: nos llamaban los inseparables. Sofía amaba a su prometido con delirio, y yo deseaba que se casaran para que tuvieran hijos y con ellos crearme una familia; porque ninguna mujer me llamaba la atención. Mi ilusión hubiera sido Sofía, y no siendo ella, nadie lograba cautivar-me; ya porque no tenía tiempo de buscar nuevas ilusiones, ya porque todas las horas que tenía disponibles las pasaba en su casa. Cuando llegaban las vacaciones, me iba con ella y su familia al campo. Las noches de invierno, salía con ella al teatro y al café y a las reuniones... Y ¿no es cierto que queriéndola tanto como la queríamos Álvarez y yo, al morir Sofía debíamos haber pensado en atentar contra nuestra vida, faltándonos la suya?

–El amor no existe –dijo el marino–, ¿no lo decía yo?

–La generalidad no diré que sienta como se debe sentir; pero hay quien muere de amor.

–Mentira, mentira –replicaron–, y la prueba la tienes en ti mismo y en Álvarez, que alguien me ha dicho que se casaba en Londres con una riquísima heredera.

–Es verdad que se casa; hoy he tenido carta suya: a ella me refería cuando os he dicho que una carta había despertado en mí dolorosos recuerdos. Pero esto no se opone a que mi alma volara tras de Sofía cuando mi amiga dejó la Tierra. Escuchad.

Todos acercamos nuestras sillas, para estrechar el círculo que formábamos. Leopoldo se quitó el sombrero, se pasó la mano por la frente y comenzó diciendo:

–Yo siempre me había reído de las simpatías de los espíritus, pero ya no dudo de que son hijas de algo que desconocemos. He dicho que Sofía adoraba a su prometido, y éste era esclavo de su amada; pues bien, un año antes de morir Sofía, comenzó ésta a ponerse triste, sin que lograran distraerla ni los tiernos cuidados de su familia, ni los desvelos de Álvarez, ni mis atenciones: pasábase largas horas sentada en una butaca, con los ojos cerrados

y a veces me decía:

—No sé que tengo, Leopoldo: se me figura que soy un viajero que da la vuelta al mundo buscando algo que no encuentra. Soy ingrata; todos me queréis mucho, y a veces sueño que he de hallar a un ser que me querrá más que vosotros, ¡ay! Pero nunca llega. ¿Sabes tú dónde está, Leopoldo?

Y la pobre enferma lloraba desconsolada. “No hagáis caso, decían los médicos, son delirios de la juventud”. Mas entre tanto, Sofía iba palideciendo, y en sus hermosos ojos se apagaba la llama de la vida.

Seis meses antes de morir, estaba mi pobre amiga, una noche, más decaída que de costumbre, cuando de pronto se levantó exclamando:

—Quiero ir al café del siglo, de la calle Mayor; ¿vamos?

Y como su menor deseo era una ley para todos nosotros, a sus padres les faltó tiempo para complacerla. Salimos, y Sofía se apoyó en mi brazo, diciéndome al oído:

—No sé por qué el corazón me da que muy pronto voy a encontrar aquello que tanto anhelo.

Calló, viendo que Álvarez se aproximaba, pues con él no tenía la fraternal confianza que conmigo.

Llegamos al café, nos sentamos, reuniéronse con nosotros dos familias amigas, y Sofía se puso tan animada y risueña como cuando estaba sana y buena. Álvarez la miraba encantado, y murmurando a mi oído:

—¡Quién sabe! ¡Es tan joven! ¡Quizá sufra un cambio su naturaleza! ¿No ves cómo se ríe?

Porque Sofía hablaba más que todos, haciendo broma con cuantos la rodeaban. En esto se oye cerca de nosotros una voz infantil que grita:

—Señores: La Correspondencia de España.

Era un niño de unos diez años, pobremente vestido, de simpática figura. Acercóse, dio la vuelta a la mesa, y cuando llegó junto a Sofía, le presentó no sé qué periódico con caricaturas, diciéndole:

—Con esto se alegran los corazones tristes; cómprelo usted.

La ocurrencia del chicuelo nos hizo reír a todos. Sofía, en particular, fue la que más se fijó en él.

—¿Y quién te ha dicho que yo tengo el corazón triste?

—No sé —contestó el muchacho todo confuso —; pero usted tiene cara de ser muy buena, y mi madre dice que para los buenos son todas las tristezas.

—Se conoce que tu madre no es tonta —dijo la madre de Sofía.

—¡Qué ha de ser tonta! Si todas las vecinas vienen a consultar con ella.

—Echará las cartas —dijo Álvarez riéndose.

—Mi madre no hace esas brujerías —replicó el niño, algo enfadado.

—¡Vaya, qué ocurrencias tienes tú también! —exclamó Sofía, mirando a

su prometido con cierto enojo. –Mira, no hagas caso –añadió mirando al niño–. ¿Quieres café? Tienes cara de tener mucho frío.

–Sí que lo tengo, señorita.

–Pues verás cómo vas a entrar en calor. Tráete una silla y siéntate.

No se hizo de rogar el chiquillo: se trajo una silla y sentándose junto a Sofía, le sirvieron un café con media tostada. ¿Y qué les diré a ustedes? Que pasamos el rato entretenidos con la conversación de aquel niño, que parecía un hombre de gran experiencia por sus lógicos razonamientos. A todos nos llamó la atención, pero más especialmente a Sofía, que le hizo mil preguntas. Álvarez me decía en voz baja:

–¿No la ves qué contenta está? Es preciso que todas las noches la traigamos al café; se ha distraído más que en el teatro.

Desde aquella noche, Sofía cambió por completo. Ya no la veíamos abismada en sus pensamientos, ni me volvió a hablar de sus sueños.

En el café, el niño Elías venía a pasar con nosotros largos ratos. Como Sofía lo prefería tanto y notábamos en él tanta inteligencia, nos interesamos por su suerte, y así supimos que era huérfano de padre, que tenía madre y dos hermanas y que pasaba su vida en la calle vendiendo periódicos.

La intemperie y las necesidades iban destruyendo el endeble organismo del muchacho.

El padre de Sofía habló con la madre del vendedor de periódicos, que vio el cielo abierto cuando comprendió que a su hijo lo harían hombre. Fue ingresado en un colegio, e iba a comer diariamente con Sofía.

Álvarez, viendo a su amada ir de bien en mejor, le propuso efectuar su proyectado enlace. Accedió ella gustosa a sus deseos.

–Sólo una gracia te pido –le replicó–: que me dejes querer a Elías.

Siento por él un cariño que no se parece al que profeso a los demás: yo no sé si a los hijos se querrá del modo que yo quiero a ese niño.

Pasaron unos días entre risas y juegos, ilusiones y esperanzas. Sofía era completamente feliz cuando correteaba por el jardín con Elías, como dos chiquitines traviesos.

Un día fuimos al Retiro. Se levantó en mal hora un aire muy frío, y Sofía comenzó a toser: aunque trataba de ocultarlo, advertimos que en su pañuelo había algunas manchas de sangre. Álvarez no supo disimular su alarma; pero Elías se le acercó y le dijo por lo bajo:

–No ponga usted el semblante triste, que se asustará Sofía.

Miramos al niño y vimos que se enjugaba furtivas lágrimas, que quiso aparentar serenidad y comenzó a tatarrear una canción que encantaba a Sofía. ¡Un niño nos daba lecciones de entereza!

Llegamos a casa. Sofía se acostó y ¡ya no se levantó más!

Álvarez estaba desesperado al ver apagarse aquella luz de su existencia. Elías consolaba al prometido de Sofía y cuidaba a ésta con ternura sin igual.

Ya próxima a la agonía, y en momentos de lucidez, me llamó para decirme quedamente:

—¿Te acuerdas? Ya te decía que yo era un viajero que buscaba algo. Pues mira, ya he llegado al término de mi viaje: encontré lo que buscaba. Era un ser que me quiere más que todos vosotros. ¡Ese ser es Elías!

A esto levantó la voz llamando a toda su familia, despidiéndose de todos con frases conmovedoras.

—¡Adiós—dijo a Álvarez—, mi amado de la Tierra!...

Y luego, mirando a Elías, se iluminó su semblante con una sonrisa divina. —¡Hasta luego! ¡No tardes...!

Y expiró.

Nuestra desesperación llegó al extremo. Los padres de Sofía, yo no sé cómo aún tienen ojos para llorar. Álvarez, al verle daba compasión... Yo vivía sin sombra, porque para mí Sofía lo era todo. Sin embargo, todos nos hemos ido consolando, menos Elías; éste ni gritó, ni derramó una lágrima, ni pronunció una sola palabra. Pero a los tres meses de morir Sofía, murió él de consunción, diciendo poco antes de lanzar su postrer suspiro:

—Me voy, porque ella me espera.

Álvarez se indignaba contra sí mismo, y decía:

—¡Un niño me ha vencido! ¡Él ha sabido morir!... mientras yo vivo. Una noche vino a mi cuarto Álvarez, gritando como un loco:

—¡Leopoldo! ¡He visto a Sofía! No creas que deliro, no. Estaba pensando en el heroico Elías, cuando oí la voz de Sofía, diciéndome claramente: “¡Tú no has muerto, porque no debías morir; tranquilízate, tranquilízate!”

Yo me asusté más que Álvarez, y le aconsejé se fuera a viajar para distraerse. Él se fue a Inglaterra, y yo estudié el Espiritismo para hallar una solución a los presentimientos de Sofía, y a la muerte de aquel pobre niño. Había en todo este proceso enigmático un hecho indelible.

Cuatro seres queríamos con delirio a Sofía: sus padres, su prometido y yo; y a pesar de nuestro amor, que era inmenso, vino un ser extraño, un niño, y ella le amó más que a todos nosotros, y él la quiso más que todos nosotros juntos, puesto que murió por ella. ¿Qué prueba esto? El Espiritismo me da la clave de todo el misterio, cuando menos me lo explica. Álvarez, como yo, estudió también las obras de autores espiritistas, y aunque a ustedes les causará risa lo que les voy a decir, Álvarez me escribe diciéndome que se casa, y lo hace porque el Espíritu de Sofía se comunica con él y le ha aconsejado que se

case. Resultado: que hay quien se muere por amor, y los espíritus sobreviven al cuerpo material. Yo tengo algunas comunicaciones de Sofía.

Luisa le dijo en voz baja a Leopoldo si tendría inconveniente en dejarle leer los dictados del Espíritu de la enamorada, y dándoselos, añadió el joven.

—Después de leídos, podéis dárselos a Amalia.

Al día siguiente vino Luisa a verme y me entregó la carta de Álvarez, que contenía varias comunicaciones de Sofía. Una de ellas decía lo que sigue:

“Hay amores que nacen en la Tierra; hay afectos que vienen de otros mundos. Tú me has querido como se puede amar en este planeta. Tú eres un Espíritu muy joven aún; el mío, en cambio, es muy viejo; y a pesar de que para los terrenales mi muerte ha sido para ti una desgracia, en realidad has ganado ciento por uno, porque yo tengo una larga historia, y los espíritus que han llorado mucho, se unen mejor con sus compañeros de infortunio. Por esto Elías era tan simpático para mí. Juntos sucumbimos en el circo de Roma; juntos hemos sido descuartizados por los caballos del desierto; juntos nos han quemado vivos en las hogueras de la Inquisición; juntos hemos sido degollados en la memorable noche de San Bartolomé; juntos hemos comido el pan de la esclavitud. Su pena era la mía: mi dolor su dolor. Por eso en la Tierra, con ser tantos los amores que me rodeaban, me faltaba algo, ¡sentía que me faltaba él!

“¡No debía yo unirme con nadie en la Tierra hasta que hallara al amado que tantas veces murió por mí! Tú eras para mí un niño: busca un alma como la tuya, joven y sencilla, y continúa escribiendo tu historia, en cuyas páginas ni el fuego ni la sangre han dejado sus huellas. Adiós”.

El amor no es un mito. Los espíritus simpatizan, se buscan y se aman. Cuando en la Tierra veamos familias desunidas, no juzguemos a la ligera: ¡Quién sabe aquellos espíritus lo distantes que están unos de otros! ¡Pero el amor existe, no lo dudemos, porque el amor es la poesía de los mundos!

## **CAPÍTULO XXI**

### **SOMBRA... MÁS SOMBRA**

No pasa un solo día que no reciba alguna carta contándome algún suceso doloroso y suplicándome que averigüe, si es posible, el porqué de un determinado acontecimiento.

No siempre puedo complacer a mis hermanos, unas veces porque no tengo médiums disponibles o porque los espíritus se niegan a contestar categóricamente, respondiendo de un modo evasivo, incoherente, que deja lugar a la duda, y otras, porque no creen prudente ocuparse de historias terribles, y me dicen: “No te acerques demasiado al fuego, que puedes quemarte”. Y efectivamente, más de una vez me ha sucedido ponerme enferma escribiendo algunos relatos de crímenes cometidos en la noche del pasado.

Hace algunos días me escribió un espiritista residente en una gran ciudad de la República Argentina, quien entre otras cosas me decía lo siguiente:

“Vivían en esta población un matrimonio con tres hijos, el mayor de diez años, la esposa próxima a dar a luz su cuarto vástago y eran todos ellos, incluso la madre de ella, un modelo de buenas costumbres: todos se amaban entrañablemente”.

“Una noche, estando los niños y la anciana acostados, el esposo fuera de casa y la señora cosiendo tranquilamente en el comedor, junto a una mesa en la cual había un gran quinqué lleno de petróleo, que esparcía una hermosa luz; no se sabe por qué, la señora se levantó y en mala hora tomó el quinqué, el que cayó de su mano derramándose el petróleo que instantáneamente se inflamó, y ella procuró apagar las llamas con tan mala suerte, que ardieron sus faldas, y loca sin saber lo que hacía, se lanzó a la calle pidiendo socorro. A sus gritos, a sus lamentos acudieron los vecinos y uno de ellos la cubrió con una manta de lana, pero las llamas, de más de dos metros de altura, eran tan voraces, que hirieron a varios individuos, y la primera víctima sólo sobrevivió cuatro horas, sufriendo agudísimos dolores, pero como conservó todo su conocimiento, encargó a su familia y vecinos que la perdonaran y que velaran por sus pobres hijos, muriendo resignadamente diciendo: ¡Señor, señor, cúmplase tu santa voluntad!”

“La muerte de dicha señora ha llamado poderosamente la atención, porque era muy buena, madre excelente, hija cariñosa, esposa amantísima, y todos, unánimemente, decían que no merecía morir como ha muerto; pero como yo sé que cuando se muere tan desgraciadamente, causa muy justa ocasiona tan terrible efecto, a usted acudo, no por curiosidad, sino por estudio,

por aprender en esa gran historia de la humanidad. Pregunte usted, Amalia, pregunte usted, que ante esas desgracias irremediables debemos los espíritas entregarnos a las más profundas meditaciones”.

Soy del mismo parecer de mi amigo y hermano en creencias; así es que en cuanto he tenido ocasión oportuna he preguntado a un Espíritu, y él valiéndose de una buena médium, me ha dicho lo siguiente:

“Hacéis bien en preguntar, porque nadie nace sabiendo, y aun cuando algunos sabios encarnan en la Tierra, no olvidéis nunca que su sabiduría abulta lo que un grano de mostaza, y su ignorancia es más voluminosa que vuestro sistema planetario”.

“El Espíritu que ha usado últimamente la frágil envoltura de una mujer, y que demostró tener más virtudes que defectos, en una de sus pasadas existencias perteneció al sexo fuerte y adquirió justo renombre por ser un gran orador sagrado, por ser una lumbrera en la cátedra del Espíritu Santo, por ser un ministro de Dios de conducta intachable, probo, generoso, compasivo, esclavo de sus deberes profesionales, sin que una mancha cayera nunca sobre su blanca vestidura, tan desprendido, tan desligado estaba, al parecer, de los goces terrenales; su morada suntuosa era una casa de oración, allí nunca se escucharon risas profanas, ni se entregaron sus moradores a ninguna expansión material; eran más los días de ayuno, que los días de hartazgo, y al morir el prócer eclesiástico, si no se le hizo santo le faltó muy poco, dado que eran proverbiales su austeridad y su sumisión a los mandatos de la iglesia; y sin embargo, aquel santo varón, modelo de buenas costumbres, estranguló a sus cuatro hijos en el momento de nacer. Desde muy joven, se apoderó de una pobre campesina, hermosa como las primeras ilusiones, sencilla y buena, obediente y sumisa a los mandatos de su señor; de una cabaña escondida entre montes, pasó a una casita oculta entre el espeso ramaje de un bosque centenario, y allí, en compañía de una pobre mujer sordomuda, vivió algunos años adorada de su señor y dueño, que era aquel ministro de Dios de quien no se sabía la menor debilidad mundana”.

“En aquel ignorado retiro él era dichoso, pero siempre temblaba ante la idea de que se descubriera su debilidad y, para evitarlo, cuando ella le dijo que iba a ser madre, él menudeó sus visitas para asistir a su alumbramiento, y sin que ella lo notase estranguló al niño al nacer y lo enterró él mismo, para borrar todo vestigio de su crimen; pero no se quedó tranquilo, podían ser descubiertos los restos, así es que, los tres hijos que vinieron después, él después de estrangularlos en el momento de nacer, los arrojó al fuego y aventó sus cenizas, habiendo momentos en que hasta ella le estorbaba, temiendo siempre que se descubriera sus crímenes; pero ella era tan hermosa, tan sencilla, tan sumisa a su voluntad, que no tuvo valor para asesinarla. Cuando ella murió, él

respiró con más tranquilidad, y se entregó a las prácticas religiosas con místico entusiasmo, martirizó su cuerpo, dominó sus indómitas pasiones, aspiró a ser santo, y pensaba con horror en aquella mujer que durante algunos años le cautivó con sus hechizos, y en cuanto a sus hijos, los consideraba como frutos del pecado, y creía buenamente que había cumplido con su deber estrangulándolos al nacer y aventando después sus cenizas, para que no quedara el menor rastro de ellos”.

“Así pensó mientras estuvo en la Tierra, pero al volver al Espacio se horrorizó de sí mismo, si bien tenía en descargo que no había gozado con sus crímenes, pues los había cometido por sus escrúpulos religiosos, y esto le valió mucho para no ser tan responsable de sus hechos, pero él mismo se condenó a volver a la Tierra para morir entre las llamas cuatro veces seguidas y sufrir más de lo que sufrieron sus hijos, puesto que a ellos les quemaron sus cuerpos inertes”.

“He aquí por qué en esta encarnación ha dado comienzo el saldo de sus cuentas, siendo sus hijos los espíritus que el ministro de Dios arrojó lejos de sí; en esta existencia se unieron a su asesino para despertar su sentimiento, siendo carne de su carne y huesos de sus huesos”.

“Ya ves si tenía una causa poderosa la desgraciada muerte de la madre de familia, que ayer quemó a sus hijos y hoy se ha separado de ellos con el más profundo sentimiento. Hacéis bien en preguntar el porqué de lo que os parece extraordinario; el ayer es la realidad del presente, y el porvenir es el heredero eterno, tanto de los justos como de los criminales. Adiós”.

Indudablemente el estudio del Espiritismo es el que nos suministra los datos necesarios para estudiar con aprovechamiento y procurar por todos los medios imaginables ser buenos de verdad, sin engaños ni supercherías.

El infinito nos parece corto plazo para demostrar nuestra gratitud a los seres de ultratumba por el bien que nos hacen con sus revelaciones, y sólo deseamos ser grandes por nuestra sabiduría y por nuestra bondad.

¡Seres de ultratumba, benditos seáis, y benditas sean vuestras comunicaciones; por ellas llegaremos a ser sabios y a ser buenos!

## CAPÍTULO XXII

### UN SABIO SIN CORAZÓN

Durante algunos años ha estado vagando por las aldeas y campos del mediodía de Francia una cuadrilla de gitanos, demostrando a las gentes un fenómeno muy raro.

Metido en un cajón, y a través de un cristal, mostraban un muchacho salvaje, diciendo que carecía en absoluto de extremidades inferiores y que hablaba una lengua extraña y bárbara.

Pero el muchacho no era ni monstruo ni salvaje, y la lengua que hablaba no era ni más ni menos que la que se usa en los campos de Galicia.

El pobre muchacho, en efecto, no era ni más ni menos que una víctima de la explotación de los gitanos.

Éstos habían atado fuertemente las piernas del niño en una disposición violentísima y cruel, quedando ocultas por doble fondo del cajón, por lo que parecía carecer de ellas.

¿Cómo este muchacho español había caído en poder de los gitanos?

Muy sencillo. Viajando la nómada partida por los campos de Galicia, vieron al chiquillo, y embaucaron a sus padres, consiguiendo que éstos se lo cedieran bajo la promesa de devolución al cabo de un año, estipulando que los gitanos abonarían por ello, a la familia gallega, trece duros al devolverles el muchacho. Contaba éste a la sazón seis años, y la partida errante se lo llevó consigo en sus correrías por Galicia, León, Burgos, Logroño y Navarra, hasta que penetraron en Francia. Al principio iba el muchacho tratado a cuerpo de rey (relativamente), pero haciendo jornadas muy largas y terribles, montado a horcajadas sobre un mulo de gran alzada, cuyo lomo apenas podía abarcar las tiernas piernecillas del niño. El resultado fue que al cabo de algún tiempo de este trajín, cuando por la noche apeaban al muchacho, tenía sus extremidades doloridas y no podía andar. De aquí, sin duda, se les ocurrió a los gitanos inutilizar por completo las piernas del muchacho, atán道les, como queda dicho, y aprisionándolo en el cajón de doble fondo.

Diez años duró el suplicio del galleguito, con incidentes muy variados y siempre tristísimos, pero como no sabía ni una palabra de francés, le era imposible hacer entender a nadie la explotación de que era víctima, y menos podía, por la disposición en que se hallaba, escapar de sus verdugos.

Por fin, al cabo de diez años, llegó a hacerse entender algo en francés, y aprovechando una ocasión favorable pudo denunciar a las autoridades su explotación y su martirio.

Recobró así su libertad, pero la inmovilidad y posición forzada de las

piernas durante tan largo tiempo había producido en el muchacho una forma singular de paraplejía. Fue pues, necesario conducirlo al hospital de Burdeos, donde fue asistido por los doctores Duverjié y Arnozan.

Por mediación del cónsul español ha sido trasladado a España e ingresado en el hospital general de Madrid, donde se halla bajo los cuidados del doctor don Jaime Vera, que confía en la lenta curación del muchacho, mediante un tratamiento eléctrico apropiado.

Con profundo sentimiento leí el anterior relato, pues me hice cargo de que el protagonista de tan horrible historia era un ser que indudablemente había pecado mucho, y nada más triste que ser malo, puesto que el que peca se degrada con el mal pensamiento que antecede a la realización de la mala obra, se envilece llevándola a cabo y atrae más tarde espíritus perversos que gozan y se complacen en atormentarle. ¡Qué malo es ser malo!...

Porque no sólo cae en el abismo el criminal, sino que con él caen otros muchos.

Deseando proseguir mis estudios, leyendo en la humanidad, pregunté al guía de mis trabajos sobre el pasado de este infeliz que ha vivido sin vivir tantos años, y obtuve la comunicación siguiente:

“Por el fruto conoceréis el árbol, dijo Jesús. De igual manera por la existencia de cada ser conoceréis una parte de su historia, al menos la más culminante, la que ha formado época en la vida de este o de aquel individuo. El hombre que hoy ha sido víctima de la codicia de unos mal aventurados explotadores de la humanidad, ha sido durante muchos siglos un sabio sin corazón. Así como vuestros naturalistas y vuestros médicos más famosos ensayan en diversos animales el efecto de sus invenciones, inoculándoles el virus de varias dolencias que diezman a la humanidad, muriendo muchos de estos animales sometidos a ensayos científicos, sirviendo su muerte de útil enseñanza para evitar más tarde la tortura a los hombres atacados de análoga enfermedad, de igual manera el hoy martirizado (al que llamaremos Ascaño), en sucesivas existencias hizo el estudio siguiente:

“Ver si la inteligencia tendía mejor su vuelo disponiendo de un cuerpo sano y robusto o sufriendo la parálisis de sus miembros inferiores, condenando, así, a los hombres, a una quietud forzosa. Ascaño fue durante tiempo poseedor de bienes de fortuna, tenía gran número de esclavos y en los hijos de sus siervos, en aquellos que presentaban una cabeza hermosa, bien equilibrada, fijaba su atención y comenzaba sus crueles estudios. A unos les amputaba las piernas, a otros se las oprimía entre moldes de hierro, a otros les producía llagas incurables, y a todos ellos les enseñaba a leer, a escribir, a pintar, a moldear barro, a cantar. A cada uno le dedicaba a lo que mostraba más inclinación y al mismo tiempo educaba de igual manera a otros niños

sanos y robustos, y así notaba la diferencia que existía entre unos y otros”.

“Trataba a los infelices que sometía a sus extraviados estudios lo mismo o peor que vuestros médicos a sus animalejos. No gozaba viéndoles sufrir, eso no; pero le importaban muy poco sus gemidos de angustia, lo que él quería era observar si la inteligencia necesitaba del uso completo de todo su cuerpo para funcionar y elevarse o si le bastaba impresionarse ante la belleza de la Naturaleza con todas sus armonías”.

“Ascaño buscaba, sin él saberlo, la vida independiente del Espíritu. En aquel tiempo no se conocía todavía el aforismo de “Cuerpo sano, mente sana”, ni hubiera servido tampoco para los estudios de Ascaño. Él buscaba algo que presentía, que adivinaba, pero no encontraba en torno suyo. Él buscaba inteligencias que funcionasen independientemente del cuerpo. Por eso, a éste lo trituraba, lo reducía, tratando al mismo tiempo de aplicar el remedio al mal causado para ver el giro que tomaba la inteligencia si ésta batía sus alas hacia la Tierra, o si se elevaba como las águilas buscando las inmensidades del infinito”.

“Así como en vuestros días hay hombres que les sacan los ojos a determinados pájaros, porque dicen que estando ciegos cantan mucho mejor, de igual manera Ascaño mutilaba a sus pobres esclavos para ver si careciendo de piernas corría más su pensamiento”.

“Ya dijo Aristóteles que los esclavos eran una propiedad animada. Ascaño lo creía así y martirizó a muchos niños, porque era un sabio sin corazón”.

“No gozó en el mal causado, pero como al fin causó muchos dolores, justo es que su mismo cuerpo sufra más de una vez los tormentos que hizo sufrir. Mas no creáis que porque él venga obligado a sufrir lo que hizo sufrir a otros, sean menos culpables sus verdugos, porque ya os he dicho muchas veces que el papel de verdugo no es necesario nunca representarlo. Cada uno es verdugo de sí mismo, cuando su expiación debe cumplirse”.

“No tenéis más que mirar y veréis cuán cierto es lo que os digo”.

“Muchos hombres tienen lo suficiente para ser relativamente felices, pero si no merecen serlo no lo son. Les domina el vacío que más les puede perjudicar o están unidos a una familia que sin ser mala les mortifica, les contraría, les exaspera. Cuántos hay que dicen:

¡Quién fuera un hijo huérfano!”

“Tener familia es una verdadera calamidad. Cada cual lleva en sí mismo todos los apuntes judiciales que se necesitan para pagar una causa, es el fiscal que acusa y el abogado que defiende, el juez que dicta la sentencia y el verdugo que la ejecuta. Todo lo lleva el hombre consigo”.

“Dios, en su justicia infinita, no podía crear seres para que éstos fueran

odiosos y repulsivos. Sus leyes son inmutables y eternas, y así como los niños juegan con sus juguetes, así los hombres juegan con sus leyes, que duran y subsisten hasta que un soplo de eso que llamáis muerte os deshace”.

“¡Cuántos jueces (verdaderamente criminales), cuando más contentos y más satisfechos están de sus crueldades, lanzan un grito de angustia, se ven rodeados de sus víctimas y caen como heridos por el rayo, y todo poder, toda su autoridad, va a esconderse en un sepulcro que será quizá de mármoles y jaspes, pero sepulcro al fin, depósito de gusanos que devoran aquel cuerpo que sólo se movió para producir exterminio!”

“Os lo repetiré cien y cien veces: no dejéis de compadecer a los verdugos y a las víctimas, los primeros porque se preparan para ser sacrificados mañana, y los segundos porque han sido los sembradores de la mala semilla, cuya cosecha están recogiendo regada por sus lágrimas. Amad y compadeced, porque amor y compasión necesitan las víctimas y los verdugos. Adiós”.

¡Qué hermosa enseñanza! ¡Cuánto se puede aprender con estas instrucciones verdaderamente racionalistas, despojadas de todo misticismo!...

¡Cuán en armonía están con mi modo de pensar! Siempre he creído que Dios está a mucha más altura que nuestras miserias y nuestras torpezas.

Cuando dicen: Dios castiga a sus hijos rebeldes y premia a los justos, me parece que profanan la grandeza de Dios. Yo considero a Dios como Alma del Universo irradiando en los mundos, no convertido en maestro de escuela vigilando las acciones de sus discípulos.

Yo adoro a Dios en la Naturaleza, pero no tiemblo ante su cólera, ni confío en su clemencia. Dios es Justo, es Inmutable, es Eterno, es Superior a todas las piedades y a todas las compasiones. No necesita ser clemente porque es justo, porque su ley de amor tiene que cumplirse, y cuando se cumpla la ley de Dios, no tendrá ocaso el día de la felicidad universal.

## **CAPÍTULO XXIII**

### **SIN BRAZOS Y SIN PIERNAS**

En una de las oraciones que rezan los católicos romanos, llaman a este mundo valle de lágrimas, y creo que es la mejor definición que se puede hacer de esta penitenciaría del Universo, porque en realidad, no hay un solo ser que pueda vanagloriarse de decir:

¡Soy feliz en toda la acepción de la palabra!

La mayoría de los potentados suelen sufrir enfermedades incurables. Hay millonarios en los Estados Unidos que sólo pueden alimentarse con copas de leche en muy corta cantidad. Otros no pueden dormir porque se ahogan y tienen millones de renta que no les proporcionan el menor goce, con lo que descienden hasta los más pobres. Si algunos son fuertes y robustos carecen de lo más indispensable para sostener sus fuerzas vitales, viéndoselos decaer como lámpara que se apaga en el pleno de su juventud. Por consiguiente, la felicidad es una nube de humo que se deshace al menor soplo de viento huracanado de la vida, como se deshace la niebla a los primeros rayos del sol. Mas en medio de tantos dolores, los hay de distintos grados: los hay soportables y los hay irresistibles.

Hablando hace pocos días con una amiga, ésta me decía lo siguiente:

—Hace algún tiempo que fui a un nacimiento de agua y allí encontré una familia que nunca olvidaré. Era un matrimonio, los dos jóvenes, amables y simpáticos, sus semblantes irradiaban alegría. Los dos se amaban con ese amor primero que se asemeja a un árbol florido que espera ser más tarde hermoso racimo de sazonados frutos. Se unieron por amor, únicamente por amor. Él era un modestísimo empleado, ella una humilde costurera. Se vieron y se amaron, se amaron y se unieron, y al unirse, al recibir la bendición, él pensó en la llegada de su primer hijo, y ella, contemplando a un niño Jesús, pidió a Dios tener un hijo tan hermoso como aquella figura angelical. Un año después, la enamorada pareja se sintió dominada por la más viva y amorosa ansiedad. A fuerza de economías habían comprado todo lo necesario para vestir a un recién nacido: camisitas de batista con preciosos encajes, vestiditos blancos con finos bordados, gorritas lindísimas, todo lo más bello, todo lo más delicado les parecía poco para el niño que debía de llegar pidiendo besos con su sonrisa. Al fin llegó el momento supremo. Áurea sintió los agudos dolores precursores del laborioso alumbramiento y dio a luz un niño. Quiso verlo inmediatamente, y su esposo y las personas que la rodeaban, mustios y callados, parecía que no la comprendían; se miraban unos a otros y cuchicheaban, hasta que Áurea gritó alarmadísima:

–Pero qué, ¿no me oyen? Quiero abrazar a mi hijo... ¿Está muerto, quizá?...

–No –contestó el esposo–, pero...

–¿Pero qué? ¿Qué sucede?

–¡Que el niño no tiene brazos... ni piernas!...

–Así estará más tiempo en mis brazos –contestó Áurea, abrazando a su hijo con delirante afán.

El niño era precioso, blanco como la nieve, con ojos azules, cabello rubio muy abundante, sus grandes ojos tenían una mirada muy expresiva. Cuando yo conocí al niño tendría ocho o diez meses y estaba hermosísimo. Su madre estaba loca con él y su padre lo mismo. Pero éste último, cuando su esposa no podía oírle, decía con profunda amargura: ¡Tanto como yo deseaba un hijo... y ha venido sin brazos ni piernas!...

–¡Qué injusto es Dios!... Si mi hijo fuera rico, pero, ¡si yo soy tan pobre!...

–Créeme Amalia, aquel niño vive en mi memoria. ¿Qué habrá sido? ¿Qué papel habrá representado en la historia?

–Yo lo preguntaré, amiga mía, porque tu relato me ha impresionado muchísimo y, efectivamente, de noche y de día pienso en el niño que tanto deberá sufrir si llega a ser hombre, ¡no tener ni brazos ni piernas!... ¡Qué horror! Y probablemente será un ser de gran inteligencia, querrá volar con su pensamiento y no tiene más remedio que permanecer en la más dolorosa inacción. ¡Dios mío! ¡Dios mío!... no es vana curiosidad la que me guía, pero deseo saber, si es posible, el porqué de tan terrible expiación.

“Por el fruto conoceréis el árbol, dijo Jesús, por consiguiente, a todo ser que veáis cargado de cadenas desde el momento de nacer, podéis deducir, sin la menor duda, que de todo lo que le falte, hizo un mal uso en sus encarnaciones anteriores”.

“¿Que no tiene piernas? Señal que cuando las tuvo le sirvieron para hacer todo el daño que pudo. Quizá fue espía que corrió afanoso detrás de algunos infelices para acusarles de crímenes que no cometieron y con sus declaraciones hizo abortar trascendentales conspiraciones, que al ser descubiertas antes de tiempo produjeron innumerables víctimas. Tal vez corrió para precipitar en un abismo a seres indefensos que le estorbaban para realizar sus inicuos planes. Al que le faltan las piernas tiene que haberlas empleado en atormentar a sus enemigos, tiene que haber sido el azote de cuantos le han rodeado. Carecer de miembros tan necesarios pone de manifiesto una crueldad sin límites, un ensañamiento en hacer el mal imposible de describir, unos instintos tan perversos que atestiguan el placer de hacer el mal por el mal mismo. ¡Ay de aquél que nace sin piernas!...”

¿Que no tiene brazos? Quizás sus manos, que tan útiles son a la especie humana, para hacer con ellas obras de titanes y labores delicadísimas, las empleó para firmar sentencias de muerte que llevaron al patíbulo innumerables víctimas, inocentes en su mayoría. Tal vez gozó apretando los tornillos de horribles potros de tormento, arrancando confesiones de infelices acusados, enloquecidos por el dolor. ¿Quién sabe si escribió calumnias horribles que destruyeron la tranquilidad y el cariño de familias dichosas! ¿Se puede hacer tanto daño con las manos!... con ellas se acerca la mecha a materias inflamables y se produce el devorador incendio, con ellas el fuerte estrangula al débil, con ellas se abofetea y se convierte en fiera al hombre más pacífico y más honrado, con ellas se destruye el trabajo de muchas generaciones. Son los auxiliares del hombre, quien con sus manos produce maravillas o aniquila cuanto existe.

Cuando se viene a la Tierra sin manos ¡cuánto daño se habrá hecho con ellas!”

“No hay necesidad de particularizar la historia de éste ni de aquél. Todos los que ingresan a la Tierra sin un cuerpo robusto y bien equilibrado, son penados condenados a cadena perpetua que vienen a cumplir su condena, porque no hay apelación ante la sentencia que uno mismo firma en el transcurso de la vida. No hay jueces implacables que nieguen el indulto a los arrepentidos criminales, no hay más juez que la conciencia del hombre; podrá éste embriagarse con fáciles triunfos de sus delitos; podrá no tener oídos para escuchar las maldiciones de sus víctimas; podrá cerrar los ojos para no ver los cuadros de desolación que él ha producido; podrá estacionarse millones de siglos, pero llega un día que, a pesar suyo, se despierta y entonces ve, oye, reconoce su pequeñez y él mismo se llama a juicio y pronuncia su sentencia, sentencia inapelable que se cumple hora por hora, día por día, sin que exima del tormento ni un segundo, porque todo está sujeto a leyes fijas e inmutables”.

“No lo dudéis, los criminales de ayer son los tullidos de hoy, los ciegos, los mudos, los idiotas, los que carecen de piernas, los que no tienen manos, los que padecen hambre y sed y son perseguidos por la justicia”.

“Si bien se mira, veréis que la mayoría de esos desgraciados revelan en su semblante la degradación de su Espíritu. La diestra de Dios no ha impreso la ferocidad en su rostro; es el cúmulo de sus delitos, son los malos y perversos instintos los que han endurecido las líneas de su faz, y para esos penados guardad toda vuestra compasión, guiadles por el mejor camino, haced por ellos cuanto haríais por vuestros hijos, porque son los más necesitados, los más afligidos, porque en medio de la mayor abundancia no hay para ellos agua en la fuente, trigo en los campos, frutos en los árboles, calor en el hogar de la

familia. Son los judíos errantes de la leyenda, andan siempre sin encontrar una piedra donde sentarse. ¡Qué malo es ser malo! Adiós”

¡Qué bien dice el Espíritu! ¡Si por el fruto se conoce el árbol, qué malo es ser malo!

## CAPÍTULO XXIV

### CIENTO CINCUENTA AÑOS

“Ha muerto en Belgoroff (Rusia) un mendigo de ciento cincuenta años, cuya vida novelesca e interesante tiene episodios realmente fantásticos. Este hombre, llamado Andrés Basisikoff, comenzó a mendigar desde los quince años. Primero se hizo el manco, después el sordo, luego el cojo, más tarde el ciego, y desde los sesenta años en adelante hacía un sordomudo casi perfecto”.

“Pues bien, por virtud de tales engaños, el buenote Andrés Basisikoff consiguió reunir una fortuna de varios miles de rublos, con la cual adquirió tres posadas que puso a nombre de uno de sus hijos, sin perjuicio de seguir pidiendo como cualquier pelele. Pasaba de una ciudad a otra, adquiría una casa y un carro y hacía entrega de ello a sus hijos. Y luego echaba a andar a otra provincia, donde proseguía su vida de pordiosero “afortunado”.

“Ha muerto, como decimos, a los ciento cincuenta años. Deja a sus ocho hijos un caudal, entre fincas y dinero, de dos millones de rublos”.

El suelto que antecede a estas líneas, me llamó muchísimo la atención cuando lo leí, y exclamé con espanto: ¡Qué expiación tan larga, ciento cincuenta años!

¿Qué historia tendrá este Espíritu? Debe de ser muy accidentada, y tiene que haber pecado mucho para merecer tantos años de tortura, porque hay que confesar que la vida pesa cuando se cumplen doce lustros. A los 60 años, por muy vigoroso que sea el organismo, comienza a decaer, múltiples dolencias anuncian la vejez, las ilusiones juveniles, semejantes a las flores de un día, se han marchitado, se han despojado, y sólo queda de ellas un melancólico recuerdo, y a veces se siente recordando las lamentaciones de Campoamor: “Penar tanto por tan poco...” que la vida sin ilusiones, no tiene encantos, no tiene atractivos, es una enfermedad lenta, sin grandes crisis, pero enfermedad al fin. Presintiendo que el mendigo ruso debería tener una triste historia, pregunté al guía de mis trabajos literarios si estaba yo en lo cierto al creer que su larga peregrinación en la Tierra era un castigo de sus anteriores culpas, y el Espíritu me dijo así:

“El presente siempre es el corolario del pasado, como el porvenir lo es del presente. La vida es una serie de acontecimientos enlazados estrechamente entre sí. La vida es una madeja sin cabos sueltos, sus hebras nunca se rompen por enredada que esté la madeja, sus nudos no necesitan que se haga con ellos lo que hizo Alejandro con el nudo que ataba el yugo a la lanza del carro de Gordio, que cortó con su espada. Y son de tal naturaleza los nudos de la madeja de la vida, que aunque la violencia quiera romperlos y al parecer los

llegue a romper, hay unos hilos invisibles tan resistentes, que éstos no se rompen, ni la muerte consigue romperlos, y el Espíritu de grado o por fuerza va saldando sus cuentas en innumerables encarnaciones, no valiendo ser sabio y ser considerado como una verdadera notabilidad en el mundo científico, si a su ciencia no se ha unido el sentimiento y el estricto cumplimiento del deber. El grande entre los grandes vuelve a la Tierra y, como compensación, a cada uno se le da el premio según sus obras”.

“El que ha vivido últimamente mintiendo y simulando defectos físicos ha brillado en este mundo hace muchos siglos, cuando el florecimiento de Grecia, y allí, entre aquella pléyade de hombres ilustres, descollaba él, el materialista Ataúlfo, el que buscaba el secreto de la prolongación de la vida, el que detestaba la muerte y más que la muerte a la vejez, el que decía que era humillante y vergonzoso dejarse dominar por el decaimiento físico, que la inteligencia debía servir para buscar remedios heroicos que vencieran en la lucha a la debilidad orgánica, que el hombre no debía resignarse a morir como morían los irracionales inmolados ante los dioses, y Ataúlfo, que era maestro en muchas ciencias, se dedicó con sus discípulos a buscar medicinas tónicas que vigorizaran los cuerpos debilitados por el peso de los años. Él (sin comprenderlo entonces) soñaba con la vida eterna, quería vivir muchos siglos, y como no comprendía que pudiera vivir el Espíritu desligado de su cuerpo, todo su empeño fue fortalecer su organismo, y compuso diversos específicos para renacer como él decía”.

“Sus estudios y sus experimentos causaron muchas víctimas, sacrificio a muchos seres inocentes, tiernos niños y hermosas jóvenes, porque el viejo necesitaba beber contadas gotas de sangre de una virgen, mezclada dicha sangre con una pequeña cantidad de polvos humanos, o sea, huesos de niño pulverizados. Cometió en aquella existencia muchos crímenes, pero los cometió sin gran responsabilidad para él, porque no mataba por el gusto de matar, no se complacía en la agonía de las víctimas, les evitaba el sufrimiento y sólo quería encontrar el medio de vivir luengos siglos, pues según su teoría, si los hombres conseguían vivir muchos siglos, adquiriendo continuamente nuevos conocimientos, la Tierra sería un paraíso, porque cada hombre la embellecería con sus inventos y con sus descubrimientos incesantes”.

“Él soñaba, repito, con la verdad de la vida. No se conformaba con ver morir a un sabio en lo más florido de su edad. Lamentaba las energías que se perdían, las iniciativas que se paralizaban, y a todo trance quería luchar con la muerte. Amaba la vida con verdadera idolatría, y llegó a ser muy viejo, no por los brebajes que tomó, sino por las medidas higiénicas a que se sujetó al llegar a la edad madura. Fue un modelo de continencia, reguló de un modo admirable sus horas de trabajo, de reposo absoluto y de meditación. Entreveía los

raudales de la vida eterna, sospechaba que había una fuerza superior a todo, pero esa fuerza no era de su agrado. Quería ser grande por sí solo, era la personificación del orgullo, quería debérselo todo a su propio esfuerzo, y cuando se desprendió de su cuerpo, completamente inservible por el enorme peso de los años, su asombro no tuvo límites, y se quedó tan aturdido al ver lo que nunca había soñado: la vida del Espíritu desligado del cuerpo, que si se puede emplear la frase, Ataúlfo enloqueció al encontrar la eternidad con distintas leyes de las que él conocía”.

“El orgulloso sabio, ¡qué pequeño se vio!... Cuando comprendió que los siglos eran mucho menos que segundos en el reloj del tiempo, él, que había cometido tantos asesinatos para prolongar la vida algunos años, se encontraba lleno de vida sin necesidad de aquel cuerpo, cuya conservación le había hecho cometer tantos atropellos”.

“Pronto volvió a la Tierra ansioso de nuevos descubrimientos, y llegó a penetrar victorioso en el templo de la gloria por sus inventos y sus descubrimientos, encaminados todos ellos a prolongar la vida del hombre sin dolores, sin pérdida de fuerzas. Aunque ya no empleó los medios anteriores de inmolar niños y vírgenes en aras de la ciencia, echó mano de otros que causaron la ruina de muchas familias, porque se apoderó de la riqueza de muchos para emprender largos viajes, prometiendo pingües ganancias que nunca llegó a satisfacer, porque se olvidaba muy fácilmente de sus favorecedores; su orgullo le cegaba y creía que aún les hacía un gran favor despojándoles de sus bienes para buscar una verdad científica, asociándoles, en cierto modo, a sus gloriosas empresas”.

“Llegó a ser muy sabio, dio la vuelta a ese mundo cuando los viajes eran un cúmulo de imposibles y difícilísimos de vencer, pero su corazón estaba seco, las dulzuras del amor le eran totalmente desconocidas. Llegó un día que sintió frío en el alma, se encontró en el espacio muy solo con toda su ciencia, escuchó las amonestaciones de su guía y al fin se convenció de que sabiduría sin amor es como una fuente sin agua, como un árbol cuya copa llega al cielo y no da sombra ni fruto. Reconoció la grandeza de Dios, y con afán vivísimo de igualar su bondad a su ciencia, dio comienzo a una serie de existencias expiatorias, muriendo muchas veces sacrificado en edad temprana. Él, que a tantos inocentes sacrificó, últimamente quiso permanecer en la Tierra todo el tiempo posible, en la humillación, ya que antes le cegó su orgullo y se creyó más grande que toda la humanidad y, al mismo tiempo, ha devuelto una mínima parte de lo usurpado por él, porque cuando pedía, no era para vivir cómodamente, sino para que vivieran sus hijos, a los cuales había despojado de sus riquezas en otro tiempo, por satisfacer sus caprichos y su vanidad. El sabio de ayer, el que tanto se cuidó de la lozanía del cuerpo, en su última

existencia le sirvió su organismo para mentir, para engañar, para sacar fruto de una defectuosidad aparente. ¡A cuántas consideraciones se presta el distinto uso que ha hecho de su cuerpo el gran sabio de ayer! ¡Razón tenías al creer que en el Espíritu del mendigo había una larga historia! ¡A cuántos precipicios conduce la ciencia sin el amor! Adiós.”

¡De cuánta enseñanza es la anterior comunicación!... Ya dijo Víctor Hugo que sin amor se apagaría el Sol, y yo digo que el que no ama no vive.

## CAPÍTULO XXV

### ¡LOS GRANDES DE AYER!

Siempre que encuentro en mi camino alguno de esos desventurados que no tiene casa ni hogar, murmuro con profunda tristeza, con inmensa compasión: ¡He aquí un grande de ayer! Para carecer de todo, para no tener un rincón donde cobijarse, ¡cuántos crímenes se deben haber cometido!...

Esto pensé cuando leí últimamente el siguiente suelto:

**MUERTA POR EL ALCOHOL.** –Anoche fue encontrada muerta en uno de los calabozos del cuartelillo de la guardia municipal, de la calle de San Sadurní, una mujer de unos sesenta años, sorda y muda, de la que se ignora su nombre, quien por la tarde había sido encerrada por habérsela encontrado tendida en el rellano de la escalera de la casa número 9 de la indicada calle, por el guardia Emilio, después de haberla auxiliado en la casa de socorro del distrito y diagnosticar los médicos que presentaba síntomas de alcoholismo agudo.

Esta infeliz mujer vagaba siempre por la calle completamente alcoholizada, llamando la atención de las gentes y provocando continuos escándalos.

El juez de guardia ordenó el levantamiento del cadáver y su conducción al cementerio.

¡Qué expiación tan horrible!... ¡Cuánto tiempo estuvo cruzando esa infeliz la calle de la amargura! Y cuando más ensimismada me encontraba con mis amargos pensamientos, recibí una carta de una íntima amiga mía, que vive en El Granado, Huelva, y en ella me contaba a grandes rasgos la muerte de un pobre loco arrojado de su casa y de quien todos huían, incluso su familia, recorría las calles, y aunque se muriera de hambre y de frío no exhalaba una queja; por la noche se refugiaba en una casucha ruinosa y allí dormía junto a algunos cerdos. Un día le entregaron a mi amiga una carta, diciéndole el dador de ella, que se la había dado el Loco; la carta estaba llena de garabatos ininteligibles, nadie la pudo leer, pero mi amiga la leyó con el corazón, contestando a aquel jeroglífico de la miseria y del dolor, del modo siguiente:

Llamó a sus hijos y les dijo: Hijos míos, ayudadme para hacerle un colchón al pobre Loco, que está durmiendo en el suelo. Los niños ayudaron a la buena obra, mi amiga hizo limpiar la casucha y arreglar una habitación, para que en ella durmiera el pobre Loco, el cual, al ver su nueva cama lloró silenciosamente, y al preguntársele quién le había llevado el colchón, contestó: Mi ángel. Su ángel se impuso la santa obligación de llevarle la comida

diariamente, satisfaciendo sus caprichos, cuando le pedía, café, chocolate y cigarrillos. El pobre Loco vivió así algún tiempo, y cuando veía a su ángel, su semblante se iluminaba con la más dulce sonrisa y miraba a los niños de mi amiga como si fueran verdaderos ángeles. Al fin enfermó y no murió como un perro; su ángel le rodeó de tiernos cuidados, y así tuvo quien cerrara sus ojos y enterrara sus restos decorosamente. Y al leer tan triste historia reflexioné y dije: he aquí dos seres que, aunque muy lejos el uno del otro, ¡qué iguales sus destinos!... Ella sordomuda, abandonada de todos, el Loco, arrojado de su hogar y despojado de sus bienes, pues algunos poseía, negándole su ingrata familia el pan y la sal de la hospitalidad. ¿Qué habrán sido ayer estos dos desventurados? Contestándome un Espíritu lo siguiente:

“¿Qué quieres que hayan sido? Dos grandes de la Tierra. Cuando veas a un ser sin casa ni hogar, perseguido por la turba callejera, sin que nadie se interese por él, ten el íntimo convencimiento de que aquel individuo, a semejanza de Atila, rey de los hunos, que la historia le puso por mote el azote de Dios, porque en el campo que cruzaba su caballo ya no crecía la hierba. Atila ha tenido, tiene y tendrá durante mucho tiempo, fieles imitadores; y esos dos infelices que te inspiran curiosidad y compasión han sido dos azotes de la humanidad, dos hombres dominados por los vicios. La que hoy ha muerto alcoholizada, tuvo el vicio de la lujuria y por satisfacer sus groseros e impuros apetitos, causó numerosas víctimas; entre ellas hizo enmudecer de espanto a una niña casta y pura, la primera que le impresionó, y en memoria de la cual volvió a la Tierra sordomuda, comenzando así a pagar sus innumerables deudas. Y el que hoy ha pasado por loco, que en realidad no lo era, tuvo el vicio de la más insaciable avaricia, confiscó los bienes de muchísimos inocentes acusados de herejes, y hoy le han usurpado los suyos, porque no merecía poseer ni un palmo de tierra, ya que él había arrojado de sus hogares a muchísimas familias que con el sudor de su frente habían conseguido tener una vivienda y un poco de terreno, para sembrar en él, el trigo necesario y la viña fecunda cuyo fruto, tan útil le es al hombre. Ya al hablarte así, leo en tu pensamiento una pregunta que no te atreves a formular, pero a la que yo te contestaré. Tú dices, para tu fuero interno, que si merecen ser tan desdichados, no son culpables los que los miran con desprecio y los que les niegan el agua y el pan”.

“Pues sí, lo son, porque ya te he dicho repetidas veces que el papel de verdugo no necesita desempeñarlo ningún hombre, porque cada ser es el verdugo de sí mismo cuando llega la época de cumplirse la sentencia que él mismo se ha impuesto en cumplimiento de la más justa de las leyes”.

“Mucho escriben ahora vuestros filósofos sobre si la expiación existe o deja de existir, pero sobre todas las opiniones de vuestros sabios están los

hechos. ¿Existen o no existen seres en vuestro mundo que no tienen casa ni hogar, que carecen los unos de la vista, los otros del movimiento de sus miembros, aquéllos del don de la palabra, y como consecuencia inmediata, del oído? ¿Se puede negar la existencia de estos desgraciados? No; pues si existen, ¿Por qué son más desventurados que el resto de la humanidad, si nacieron como los demás hombres? Si una mujer los llevó en su seno ¿por qué tan enorme diferencia se opera ya que unos viven entre flores y otros entre zarzas espinosas? Si todo en la Creación es efecto de una causa, ¿no va a tenerla el inmenso dolor, el abandono, la humillación en que viven muchos desgraciados careciendo de todos los goces, mientras otros se hastían por el exceso del placer? La expiación es una ley justa, como son justas todas las leyes emanadas de Dios, y el deber de los terrenales es compadecer a todos los esclavos de sus propias miserias y, te lo repito, nadie tiene derecho a hacer justicia por su mano, razón por la cual no se necesitan verdugos, cada ser cumple la sentencia que él mismo se impuso cuando encarnó en la Tierra. El deber de la humanidad es el de compadecer a los vencidos, no el de remachar los tornillos de sus cadenas. Compadece a los que han saciado su sed con sus lágrimas, porque hay dolores irresistibles que merecen inmensa compasión. Adiós”.

Dice muy bien el Espíritu, debemos compadecer a los que carecen de todo lo indispensable para vivir, porque los que tanto sufren son los pecadores reincidentes que han ensangrentado la Tierra con sus crímenes.

Los grandes de ayer, son los parias de hoy. ¡Pobrecitos! ¡Es tan malo ser malo!...

## CAPÍTULO XXVI

### EL DIOS DE LOS ESPÍRITUS

El Dios de los espíritus es grande y misericordioso. No crea para destruir, en Dios no se acaba la paciencia como en un hombre de la Tierra. ¡El alma de los mundos! ¡El que perfumó el lirio, y le dio la electricidad al rayo, le ha dado al hombre la eternidad por patrimonio, y la rebeldía de unas existencias es menos que una gota de rocío perdida en los espacios!

Los espiritistas creemos firmemente que no se muere nunca. Creemos que no puede caer en el escepticismo quien reconoce la existencia de Dios, quien comprende la vida eterna del Espíritu, quien admite el progreso como ley universal, quien cree que la caridad es la religión del Ser Omnipotente.

La historia de todas las religiones es obra de los hombres, pero el amor a Dios, el culto, la adoración, la idolatría del alma que siempre se ha prosternado ante algo infinito, que ha sentido contemplando las maravillas de la creación, esa aspiración suprema, ese latido del corazón del Universo, que ha hecho vibrar eternamente el cerebro de todas las humanidades, es el dogma divino en la conciencia del hombre. ¡Dogma sublime! ¡Dogma eterno, grabado en las capas geológicas de la Tierra y en los millones de soles que iluminan los mundos del espacio!

Nosotros admitimos todas las religiones como elementos sociales para el progreso del hombre; pero cuando éstas se detienen y niegan la ciencia y se estacionan diciendo: no hay más allá, y nosotros vemos los albores de otra nueva aurora coloreando los horizontes del infinito, entonces seguimos nuestro camino acatando el dogma del progreso, que es ir hacia Dios por la caridad y la ciencia.

Jesús fue la encarnación del progreso en nuestros días. Él lo personalizó. El progreso es esencia de Dios, luego proviene de la eternidad, y Jesús, símbolo de la fraternidad universal, es un enviado del Ser Omnipotente como lo fue Krishna en la India, muchos años antes de que Cristo viniese a predicar la buena nueva, que la semilla del amor divino fue arrojada en los surcos de esta Tierra hace muchos siglos, porque el *devolved bien por mal* del texto védico, es el *amaos los unos a los otros* que pronunció Jesús.

El Espiritismo no viene a reanimar las muertas cenizas de las hogueras de la inquisición; viene a sembrar las semillas del adelanto, viene a repetir a los hombres las sublimes palabras de Cristo, “Amaos los unos a los otros”; viene a recordarnos el consejo de Solón, “conócete a ti mismo”; viene a afirmar lo que dice Sócrates, que “conocer no es otra cosa que acordarse”, y que esperemos lo que esperaba aquel sabio, la aparición de ese día que no

tiene víspera ni mañana; viene a proclamar el principio filosófico de César Cantú, que decía: “El porvenir no es nunca la repetición de lo pasado”.

Los espíritas verdaderos, los que creemos en el progreso del Espíritu, los que aceptamos la pluralidad de mundos habitados, y la pluralidad de existencias del alma, estamos plenamente convencidos que somos aún los infusorios de la Creación, o sea, el hombre en su estado embrionario, porque al tener más lucidez nuestro Espíritu, debería haber más ternura en nuestro corazón, y no estaríamos obligados a vivir en un mundo, donde el estado aún paga a un hombre, para que éste, a sangre fría, mate a sus semejantes en la plataforma de un cadalso. Nos creemos muy pequeños cuando habitamos en un planeta tan inferior, que aún no han borrado de su código algunas naciones, la pena de muerte.

No nos creemos sabios los espiritistas, únicamente estamos muy agradecidos a la Providencia, porque hemos visto un rayo de luz, y alentados por su reflejo divino, tratamos de hacernos buenos, antes que sabios, porque sabemos que Dios da a cada uno según sus obras.

En este pobre mundo no hay institución que no esté falseada por el hombre, y lo deploramos sinceramente, porque nosotros queremos el progreso del Espíritu, sea en el dogma católico o en los profundos conocimientos de la más avanzada filosofía, sea en el ideal que sea, nuestro afán es que comprenda el hombre que sin caridad no hay salvación.

El tiempo y el espacio nos pertenece para en ellos ejercitar nuestra libertad; podemos con nuestras obras concurrir o afrontar el cumplimiento de las leyes, multiplicar o reducir las pruebas, las luchas, los dolores del individuo, pero nunca dar la victoria al mal, sólo el bien es eterno; Dios sólo vence.

El Espiritismo es enemigo del fanatismo, la superstición, la ignorancia y todas las esclavitudes del pensamiento; y sólo hace pacto con la ciencia, con la razón, con la moral y con el Espíritu evangélico; que odia las tinieblas, ama la luz y busca siempre la verdad; y no usa más armas que la persuasión, su sublime y racional doctrina en una mano y el hecho de todos los tiempos en la otra; al individuo le dice “Perfeccionate” a la sociedad “Progresar” y a la religión “No te estaciones”. El Espiritismo sólo tiene una bandera cuyo primer lema, que procura grabar indeleblemente en el corazón de sus adeptos, es: “Hacia Dios por la Caridad y la Ciencia”.

“Creemos que Dios ha impuesto a la Creación una ley inalterable: El bien”.

“Creemos que se debe adorar a Dios, amando y practicando el Bien”.

“Creemos que para adorar a Dios no hay necesidad de templos ni de sacerdotes, siendo su mejor altar el corazón del hombre virtuoso, y su mejor

culto una moralidad intachable”.

“Creemos que Dios no exige que el hombre profese determinada religión, sino que sea humilde, y sobre todo que ame a su prójimo como a sí mismo”.

“Creemos en la existencia del alma o Espíritu, ser inmaterial, inteligente, libre en sus acciones y estrictamente responsable de ellas ante Dios”.

“Creemos en la inmortalidad del alma”.

“Creemos que cada Espíritu es premiado o corregido según sus obras”.

“Creemos que las penas nunca son eternas, y que Dios acoge siempre bondadosamente al Espíritu que se arrepiente, apartándose del camino del mal”.

“Creemos que en el espacio hay infinidad de mundos habitados por seres pensadores, sometidos como nosotros a la ley del progreso universal e infinito que conduce a Dios”.

“Creemos que el Espíritu, antes de alcanzar la bondad eterna, puede elevarse o detenerse en jerarquía, según su albedrío, pero no puede retroceder ni sufrir una retro creación, es decir, no puede transformarse su esencia en otra inferior”.

“Y creemos, por último, que el Espiritismo, como ciencia consagrada a los trascendentales estudios de la verdad suprema, está llamado a regenerar el mundo, inculcando en el corazón de los hombres las sublimes verdades que enseña”.

Esto creíamos ayer, esto creemos hoy y esto seguiremos creyendo mientras la ciencia y la razón, no pronuncien otro credo religioso más armónico con la grandeza de Dios; en tanto llega ese día, seremos Cristianos Espiritistas Racionalistas, veremos en Dios la causa primera, en la ciencia su eterna manifestación, y en la razón humana la síntesis del progreso universal.

Los espiritistas amantes del progreso, tienen derecho y obligación de ocuparse en todos los adelantos que tienden a engrandecer al hombre, elevando su pensamiento sobre las miserias y las pequeñeces de la Tierra, y la astronomía, que hoy sus estudios están al alcance de todas las inteligencias, y siendo éstos de gran interés, y enlazándose íntimamente la creencia de la pluralidad de existencias del alma, con la pluralidad de mundos habitados, la astronomía es el complemento del Espiritismo, porque ésta nos demuestra cumplidamente cuales son las muchas moradas en la casa de nuestro Padre, nos reserva y nos guarda su inmenso amor.

En todas las épocas ha habido pensadores que se han ocupado en los profundos estudios de la vida espiritual; y los mismos padres de la iglesia romana, olvidándose algunos de su credo especial, han dicho a los hombres,

que la vida se perpetúa en diversos mundos.

San Gregorio de Nicea asegura en su gran discurso catequístico: “Que hay necesidad de naturaleza para que el alma inmortal se cure y purifique, que si no lo ha hecho durante su vida terrestre la curación se opera en las vidas futuras y sucesivas”. En todos los tiempos los hombres que se han detenido a pensar, no han podido contentarse con la pobre vida de este planeta.

En la renovación eterna de la naturaleza no puede concebirse el vacío. El alma que adore a Dios en Espíritu y en verdad, no puede nunca creer en la paralización de la vida universal. Escuchemos lo que sobre esto dice Flammarion en “Las Tierras del Cielo”, página 546:

“...Y esos mundos están ahí, con sus habitantes suspendidos sobre nuestras cabezas... Estrellas, soles de la eternidad, sin edad y sin número; cuando una de ellas se apaga, otras diez nuevas se encienden, su luz es inextinguible; siempre han brillado y siempre brillan en el infinito”.

Nada más cierto; el tiempo le ha dicho a los hombres que las religiones positivas rechazan la luz de la ciencia, porque “ellas solas quieren ser las depositarias de la verdad y de la gracia, y no pueden conformarse con que la sociedad viva fuera de su dominio absoluto”. El tiempo nos ha dicho “que la verdad de Dios necesita más anchos espacios que los que ofrecerle pueden corazones limitados por el orgullo, la vanidad y el egoísmo”, y que la verdad que se concreta a irradiar entre un reducido número de privilegiados, que se encierran en muros inaccesibles a los profanos, que aparta a unos su luz para prodigarla a otros: “esa es una verdad oscura a falta de pruebas”. Esto nos ha dicho el tiempo, esto y mucho más; y si fuera posible que pudiéramos recopilar todas las revelaciones que han hecho los siglos a la humanidad, nuestro relato no tendría fin.

Si ayer la fábula pintaba al tiempo devorando a sus hijos, hoy sabemos que el anciano de la eternidad, ¡es la reproducción eterna! ¡Es la renovación infinita! ¡Es la sombra unida a la luz!

¡El tiempo es la huella que nos deja Dios!

## CAPÍTULO XXVII

### LA CIENCIA ES LA HERENCIA DE DIOS

La razón aventaja a la revelación pasada, cuando impele al hombre al cumplimiento de todos sus deberes morales y religiosos, sociales y políticos; cuando cumple fielmente la ley del Evangelio; cuando aspira a la fraternidad universal; cuando busca en la ciencia y en la caridad los divinos atributos de Dios; cuando el hombre progresa en todos los sentidos, y encuentra a Dios en la naturaleza como germen eterno de toda vida; cuando se identifica con el ideal sublime de hacer el bien por el bien mismo; cuando sabe olvidar las ofensas, y recuerda siempre los beneficios; cuando se engrandece; cuando se regenera por la fuerza potente de su voluntad, entonces la razón es superior a todas las leyendas de los siglos. Pero cuando la razón humana ilustrada por la ciencia moderna, hace abstracción del eterno principio de todas las cosas, cuando el hombre se enseñorea del universo; cuando se cree que es hijo de sí mismo, cuando olvida los deberes que se deben a la humanidad; cuando se embriaga con el orgullo de la falsa ciencia; cuando ve en la creación un montón inmenso de moléculas atraídas unas a otras por el calor central, y en ese calor no ve más que el resultado de las fuerzas acumuladas; cuando no ve en la naturaleza el prodigioso efecto de una causa suprema; cuando pierde el hombre el sentimiento de la maravillosidad; cuando los mundos para él son libros en blanco; cuando se despierta el egoísmo y domina el yo absoluto; cuando el ayer y el mañana no fijan su atención y sólo el efímero presente atrae su pensamiento, cuando en medio de lo infinitamente grande, el hombre se presenta infinitamente pequeño, entonces la razón humana ilustrada por la ciencia moderna, es un *Fuego Fatuo*, nada más.

La ciencia basada en Dios, a Dios conduce; pero la ciencia que tiene por pedestal al hombre mismo, es una nube de verano; es como la columna de humo que deshace el viento; es como la pirámide de arena que arrebató el huracán; es como las hojas secas del otoño, que la brisa más leve las arranca del árbol y se pierden en el espacio.

La razón humana lo puede todo si tiene a Dios por objetivo; pero haciendo abstracción de Dios, es la loca de los siglos que tiene por camisa de fuerza la ignorancia.

Para los ortodoxos, para los racionalistas científicos, para los deístas esencialistas, para los que vemos en Dios el alma de los mundos, cuya mirada infinita abarca todos los tiempos, y tiene a su vista todos los sucesos, todas las evoluciones, todos los acontecimientos, que para Él no hay límites en los horizontes de los universos, ¿cómo hemos de admitir que Dios al ver la

rebeldía de la especie humana, destruyó su obra y se resignó a comenzarla de nuevo? ¿Si para Él no hay más que el presente!... si Él todo lo tiene delante de sí, ¿cómo pudo llegar Dios al último extremo de no saber qué hacerse con aquellas razas indómitas creadas por Él? Si para Dios no hay nada oculto, ¿cómo ignoró tanto tiempo las felonías de su pueblo? Él, que es todo amor y sabiduría ¿no tuvo más medios para mejorar las condiciones de aquellas almas degradadas, que hundirlas en el caos de donde salieron al impulso de su voluntad? Bien dice un profundo pensador: “No son las religiones las que han de formar la ciencia, es la ciencia la que ha de formar la verdadera religión”.

En filosofía, en psicología, en moral, en religión, sólo es verdad la que no se aparta un ápice de las cualidades esenciales de la divinidad. La religión perfecta sería aquella cuyos artículos de fe estuvieran de todo punto en consonancia con esas cualidades; cuyos dogmas pudieran sufrir las pruebas de esa confrontación sin menoscabo alguno.

La escuela que reconoce a Dios como causa primera, y admite el progreso indefinido del Espíritu, no pertenece ni a los sistemas impíos, ni a las científicas aberraciones.

No comprendemos porqué la Cosmogonía moderna nada puede afirmar contra la Cosmogonía genésíaca, cuando el adelanto de la ciencia es tan innegable como la luz del Sol; cuando el progreso en todos los conocimientos humanos es tan fácil de demostrar como probar aritméticamente que dos y dos son cuatro.

No diremos por esto que las hipótesis sentadas por los grandes sabios, lleven todas ellas el sello de la verdad absoluta, porque la verdad absoluta nunca será el patrimonio del hombre; porque entonces éste se igualaría a Dios; y siempre habrá tanta distancia de Dios al hombre, como de lo infinito, a lo infinitesimal.

Esa eterna línea divisoria existirá en todas las edades; mas no por esto el trabajo de la inteligencia humana deja de ser ¡Admirable! ¡Encantador! ¡Sorprendente! Nada más bello, nada más grande, nada más sublime y más consolador, que ver los titánicos esfuerzos de esas imaginaciones generosas, que con una ingeniosísima actividad, con un afán incansable, dedican todo su tiempo a estudiar los grandes principios que sirven de base a la vida de la humanidad.

¿Qué importa que el fruto de todos esos trabajos no esté aún, completamente sazonado, si el fruto, en razón de la verdad suprema, nunca estará al alcance de la inteligencia del hombre?

Ahora bien; si en nuestro mismo sistema planetario, la Tierra a cierta distancia es completamente desconocida, ¿qué papel representará ante los demás universos? Será menos que un átomo perdido en la inmensidad. ¿Y qué

serán los habitantes de este globo comparados con otras humanidades? Menos, mucho menos, de lo que son los infusorios para nosotros. ¿Y estos seres microscópicos (los hombres terrenales), podrán ni aun remotamente comprender qué es la esencia de Dios? No. Tendremos, todo lo más, nobles aspiraciones; trabajaremos atraídos por el foco de la verdad Suprema: haremos esfuerzos superiores a nuestras condiciones morales e intelectuales; tendremos intuición de algo ¡Inmenso! ¡Maravilloso! ¡Divino! Sentiremos latir nuestras sienas y nuestro corazón con una sensación deliciosa, pero inexplicable, suspiraremos por una Tierra prometida; lloraremos por una libertad inconcebible; veremos en el cielo de nuestros sueños algo que nunca podrá expresar el lenguaje humano; pero dejaremos la Tierra más pequeñitos en ciencia, que lo es el feto en el claustro materno, cuando el Espíritu que debe animarle está turbado sin conciencia de lo que fue, ni de lo que será. Por esto, nos sonreímos con esa sonrisa compasiva de los ancianos que escuchan con melancolía los sueños entusiastas de sus nietos, cuando vemos que los hombres se afanan por demostrar, con las más concluyentes afirmaciones, que el Génesis mosaico es la misma palabra de Dios, es la obra obtenida por la divina revelación.

¿Y cómo puede ser su palabra augusta cuando la ciencia destruye sus aseveraciones? ¡Si Dios hubiese escrito un libro, sus argumentaciones serían incontrovertibles! Y en el mero hecho de que el estudio de los hombres avanza mucho más que las páginas sagradas de las biblias de todas las religiones, es prueba inequívoca que esos viejos manuales de los siglos están escritos por los legisladores primitivos; hombres superiores a la generalidad, pero que nunca fueron intérpretes divinos; porque de haberlos sido, los principios sentados en sus páginas, jamás la ciencia humana los hubiera podido destruir; porque siendo Dios la Suprema sabiduría, sólo podría inspirar la verdad. La historia de los libros sagrados la describe muy bien Allan Kardec en el capítulo IV de su Génesis. Veamos lo que dice:

“La historia del origen de todos los pueblos se confunde con la de su religión: por eso los primeros libros han sido religiosos. Y como todas las religiones se refieren al principio de las cosas, que es también el de la humanidad, han dado acerca de la formación y ordenación del universo explicaciones que están en relación con el estado de los conocimientos del tiempo y de sus fundadores. Ha resultado de esos, que los primeros libros sagrados fueron al mismo tiempo los primeros libros de ciencia, como han sido también por mucho tiempo el código de las leyes civiles”.

“La religión era entonces un freno poderoso para gobernar. Los pueblos se sometían gustosos a los poderes invisibles, en nombre de los cuales se les hablaba y de que los gobernantes se decían mandatarios, ya que no se

proclamaron los iguales de esas mismas potencias”.

“Para dar más fuerza a la religión, era preciso presentarla como absoluta, infalible e inmutable, sin lo cual hubiera perdido su prestigio entre seres casi brutales en quienes apenas apuntaba un destello de razón. No convenía que sobre ella pudiera discutirse ni tampoco sobre las órdenes del soberano; y de ahí el principio de la fe ciega y de la obediencia pasiva que tuvieron en su tiempo su razón de ser y su utilidad. La veneración en que se tenían los libros sagrados, que se creían descendidos del cielo o inspirados por la divinidad misma, hacía sacrílego su examen”.

“En los tiempos primitivos los medios de observación eran necesariamente muy imperfectos, y por consecuencia, las primeras hipótesis relativas al sistema del mundo, tenían que estar sobrecargadas de groseros errores; pero aun cuando estos medios hubiesen sido tan perfeccionados como los que hoy tenemos, los hombres no hubieran sabido servirse de ellos; no pudiendo ser por otra parte sino el fruto del desarrollo de la inteligencia y del conocimiento sucesivo de las leyes de la naturaleza. A medida que el hombre ha ido adelantando en el conocimiento de esas leyes, ha ido penetrando en los misterios de la creación y rectificando las ideas que se había formado acerca del origen de las cosas”.

“Puesto que es imposible conocer el Génesis sin los datos que la ciencia suministra, puede decirse con toda verdad que, la ciencia es verdaderamente llamada a constituir el Génesis según las leyes de la naturaleza”.

No cabe duda que la ciencia es la única que puede formarlos: porque la ciencia es la verdad; pero este trabajo no es de un año, no es de un lustro, no es de una centuria, es de miles y miles de siglos, y nunca estará terminado porque siempre encontrará el hombre un más allá desconocido; y en todos sus estudios verá, que al comprender una página de sus volúmenes científicos, le quedan mil y mil páginas llenas de jeroglíficos que descifrar, y de problemas que resolver.

Creemos que la última palabra de la ciencia no se pronunciará jamás.

Creemos que los libros sagrados (sagrados por su antigüedad), deben conservarse cuidadosamente, deben mirarse con religioso respeto porque son el termo-barómetro que señala nuestras pasadas civilizaciones.

¡Los sacerdotes de Dios son los sabios! ¡Esos sí, que son sus grandes pontífices!

Cuando dijo un sabio que los tres ángulos de un triángulo equivalían lo que dos ángulos rectos, quedó sancionado por la demostración que era verdad lo que el sabio afirmaba, mientras que los aforismos religiosos como el amaos los unos a los otros de Jesús, no está tan bien demostrado, porque a los

hombres les ha sido más fácil falsificar la doctrina de Cristo, que las enseñanzas y demostraciones científicas. Si la ciencia se hubiera podido falsificar, la hubiesen falsificado como falsifican la sublime religión del mártir del Gólgota y las demás religiones; que han sido todas ellas, lo que los hombres han querido, no lo que en su principio sustentaron sus fundadores.

En todo sistema teológico costará trabajo encontrar algo revelado, pero sí se hallará mucho premeditado; por esto, para nosotros, los libros sagrados, son obras de hombres, nada más; tratados religiosos convencionalmente adaptados a las épocas de ignorancia en que se escribieron, y nunca los consideraremos como volúmenes verdaderamente científicos.

Para el hombre inspirado por Dios no debía haber nada inasequible, todo debía ser asequible para el intérprete del Eterno, estando encargado como estaba, de escribir el primer libro de texto que había de estudiarse en las aulas de la Creación.

¡Tienen las religiones positivas un modo de comprender a Dios tan especial, tan anti-científico, tan anti-lógico! Gracias que la ciencia ha venido a demostrar los grandes absurdos de que adolecen las religiones, que no son otra cosa que delirios y aberraciones del entendimiento humano. Nada más grande, más consolador y más racional que la verdadera religión. ¡Crear en Dios y adorarle en su obra! Reconocer en Él la causa de todo lo creado, y por consiguiente, admirar en Él la perfección suprema, rindiéndole el culto del alma consistente en acciones virtuosas. En cambio las religiones ¿cómo consideran a Dios? ¿El Ser Supremo puede sentir el arrebató de la ira?... ¡Oh religiones! Vosotras personalizáis a Dios porque no le comprendéis, porque no le habéis comprendido, ni le comprenderéis jamás. Forjáis un Dios al alcance de vuestras pasiones y de vuestras debilidades, y le atribuíis todos los mezquinos sentimientos que pueden dominar al hombre.

Para pedirle a la ciencia la vastísima instrucción que posee, debe adaptarse a la vida moderna, que como dice muy bien un escritor político:

“Al terminar la lucha de los dos principios, al acercarse el momento decisivo en que Ormuz vence a Ahrimán, en que el principio bueno abandona su estado de crisálida, para desplegar sus brillantes alas en el luminoso éter de la ciencia moderna; al verificarse estos grandiosos fenómenos, estas supremas evoluciones en la marcha de la humanidad, es preciso que los que a ellas asisten se transformen también, se transfiguren, sacudan el polvo de los antiguos errores para regenerarse de una manera completa y entrar en la vida de la luz que ya brilla en el horizonte”.

Sí, ya brilla la luz, y las iras celestes son incompatibles con el progreso; éste reconoce un Dios armónico, pero no iracundo. La ignorancia es la que concibe el Dios del rayo. La ciencia mira en Dios un padre cariñoso que

le dice a los hombres: ¡Estudiad! ¡Trabajad! ¡Tenéis por laboratorio la Creación! ¡Yo os guiaré, indagad! ¡Preguntad! ¡Analizad! Y en alas del progreso, ¡penetrad en los mundos de la felicidad!

¿Crea Dios sin poder comprender lo que el hombre hará mañana?

O Dios es todo, o Dios es nada; o hay que admitirle como causa creadora o aceptar el acaso; un Dios a medias no puede ser.

Dice un sabio, y es muy cierto, que la teología es más bien una retórica que induce a creer a los pobres de Espíritu, pero no una ciencia que nos sirva para definir.

La idea de un Dios al alcance del hombre, no tiene punto de desarrollo, no tiene demostración, es el caos, es el absurdo, es la incredulidad, es la negación de la grandeza suprema; es el camino más corto y más recto para ir al ateísmo.

A Dios, no le debemos, no le podemos asociar a nuestras miserias, a nuestras equivocaciones, a nuestra falta de cálculo.

No estamos conformes con las religiones, no; contemplando la naturaleza vemos a Dios en ella, su aliento divino cubre de púrpura las hojas de las humildes amapolas y llena el espacio de millones y millones de mundos.

Inteligencia suprema, domina con su mirada infinita a todas las humanidades que pueblan los innumerables universos, que unos en pos de otros se precipitan en rotación eterna en las profundidades del éter, y el inmenso panorama de la Creación está ante Él, desde el instante que dijo: Hágase la luz y la luz fue hecha.

Dios no puede ver burlados sus planes: sean los mundos mansiones de delicias, o lugares de tinieblas y sufrimientos, siempre el hombre le rendirá culto en ellos; porque siempre verá en sí mismo y en lo que le rodea, algo superior a su inventiva y a su voluntad.

Los primeros cultos religiosos son una prueba de ello. Basta contemplar la naturaleza para encontrar mil ídolos a quien adorar. Y ya en los hombres primitivos hubo tribus, que adoraron al Dios desconocido, que no hay hombre que no se encuentre pequeño contemplando el cielo en las tranquilas horas de la noche. Sólo los semi-sabios pierden la luz natural, que como dice una antigua sentencia: “gustando la ciencia se cae en la incredulidad, pero empapándose en ella se torna a la fe”.

Afortunadamente la ciencia tiene por misión, el destruir todos los absurdos religiosos. Inútil es querer asegurar que la Geología moderna nada puede afirmar contra el relato del Génesis de la Creación.

Siempre la ciencia tendrá que enderezar los entuertos, y deshacer los agravios de todas las religiones que han negado las leyes naturales, y con ellas la eterna justicia de Dios.

¡Bendita! ¡Bendita sea la ciencia! ¡Donde está su movimiento está Dios! Donde se agita la vida del libre examen y del análisis: la voluntad funciona, y la continuidad del progreso la presienten los grandes pensadores; y a ella le deberemos ver cumplida la profecía de Víctor Hugo, que hace pocos días exclamó con acento inspirado:

“De aquí en adelante poco medrará el dios superstición ante el dios instrucción. Para su propio bien, el hombre ha cambiado de ídolos”.

¡La ciencia es la herencia de Dios, y todos los hombres son sus herederos!

¡La ciencia, no la posee ni ésta ni aquella religión, porque llegará a ser un día el patrimonio de la humanidad; y en la sublimidad de la ciencia, está la divinidad de la religión!

## **CAPÍTULO XXVIII**

### **¡HAY QUE PAGAR!**

De Santiago de Cuba me escribe Antonio Giro, diciéndome lo siguiente: “Hermana mía: Leyendo en sus periódicos relatos de existencias pasadas, viendo que el que mal siembra hoy, malos frutos recogerá mañana, y que éstos son las calamidades de este mundo, dispéñeme una y mil veces que la moleste, pero como curioso que soy de aprender los asuntos de ultratumba, quisiera que le preguntara al guía de sus trabajos, cuando tenga oportunidad, el porqué se ha visto envuelto en llamas el sacerdote católico, párroco de la catedral de esta ciudad. Se ha comunicado diciendo que la ley era justa. Él era muy bueno. Adjunto el relato de la catástrofe”.

Anoche, como a las diez, y en momentos en que el señor Gabriel Moreno y Castro, natural de La Coruña, España, de cuarenta y ocho años, segundo teniente cura de la parroquia de la catedral, se encontraba quemando papeles para espantar los mosquitos, tomó una lata de petróleo con el objeto de echar un poco de dicho líquido sobre los papeles que tenía colocados sobre un hornillo; se inflamó la lata, reventando por su fondo, derramándose encima el petróleo que, a su vez, le incendió la sotana y las ropas interiores.

El hecho ocurrió en una habitación del curato, situado en San Pedro, esquina Heredia.

Envuelto por las llamas que lo devoraban, salió la víctima al pasillo, en cuyo lugar fue divisado por las personas que se encontraban en el parque Céspedes, quienes, tal vez por la distancia, no se dieron cuenta que era una persona la que veían ir de un lado para otro.

Cuando se dieron cuenta de lo que era, corrieron hacia el curato y se encontraron con la puerta cerrada, y a un niño llamado Pepito García que acompañaba al cura, lo vieron subido a la baranda de las persianas; el público le gritaba que abriera la puerta o se tirase a la calle, haciendo lo último. Tanto el niño como el cura no acertaban a abrir la puerta de la calle.

El público, en número de más de treinta personas, estaba perplejo. Entonces los señores José P. Mógicas, Ballesteros, Creus y el Curro, se lanzaron hacia la puerta y la derribaron a empujones, saliendo a la calle el cura, cuya sotana estaba convertida en cenizas. El quemado quedó inmóvil, dando gritos de auxilio; el público también estuvo lo mismo por unos instantes.

Se oyeron algunos gritos: “Señores, quítenle las ropas a ese hombre”. Al fin algunos corrieron hacia él y empezaron la piadosa tarea. Ropas y carnes caían a pedazos; el señor Ballesteros le arrancó los pantalones. El sacerdote

quedó completamente desnudo, siendo entonces envuelto en una sábana y llevado a la casa de Socorro en un coche de plaza, donde fue asistido por el doctor José Amado Salazar, a quien ayudó el practicante José Cabrera... El sacerdote Moreno, según pronóstico facultativo, recibió quemaduras graves de segundo y tercer grado. Según nos hemos podido informar hacía varias noches que el señor Moreno se entregaba a la tarea de ahuyentar los mosquitos, que no lo dejaban dormir. A las 11 de la mañana de hoy, tras horribles dolores, ha muerto en el sanatorio de la Colonia Española, el presbítero Gabriel Moreno y Castro.

Verdaderamente es muy triste el relato de la muerte del pobre sacerdote, y en cuanto he tenido ocasión he pedido luz sobre este asunto, obteniendo la siguiente comunicación al respecto:

“¡Cuántas calamidades! ¿No es verdad? Es muy triste vivir en un presidio, donde los penados tienen tan pocas horas felices; un dolor alcanza a otro dolor, una enfermedad a otra enfermedad, un quebranto a otro quebranto, y no hay más remedio que habitar en el lugar que a cada uno le pertenece. Ten en cuenta, que mal estáis ahí, pero estaríais peor en un mundo dichoso, no siendo vuestra categoría igual a la de los moradores de aquel paraíso, porque nunca se ve uno más pequeño que al lado de los que parecen grandes. Decís con vuestros refranes muchas verdades, tenéis un adagio que dice: Cada oveja con su pareja. Por eso en la Tierra os juntáis tantos penados, os buscáis unos a otros por afinidad, y aunque te parezca que vives fuera de tu centro, no olvides que si merecieras habitar en otro mundo, no estarías en el globo terráqueo, pues si cada especie ocupa su sitio, la raza humana también ocupa el suyo sin descender del lugar que le corresponde, ni entrar en terreno vedado a sus conocimientos y aspiraciones”.

“De vez en cuando asistís a algunas ejecuciones en las cuales los verdugos de la Tierra no ejercen su triste ministerio y mueren los culpables sin que la justicia humana levante el patíbulo. Ahora ha muerto un criminal de otro tiempo, devorado por el fuego, elemento del que él hizo uso en su larga carrera eclesiástica”.

“Ese Espíritu, desde que se dio cuenta de que pensaba, se dedicó al sacerdocio de la religión católica y gozaba con las matanzas de los herejes, con los autos de fe; era feliz cuando el fuego quemaba a los judíos, gozaba con el exterminio, su religión le hacía cruel. En una de sus encarnaciones, conoció a un joven libre pensador que empleaba sus cuantiosas riquezas en obras benéficas; alguien le dijo al celoso inquisidor que aquel joven tan bueno no cumplía con los mandamientos de la Iglesia, por lo cual el prelado citó en su palacio al joven, el cual le dijo con sencillez que no le habían engañado; que él, en lugar de visitar las iglesias visitaba a los enfermos, y en vez de vestir a

los santos de madera, vestía a los niños huérfanos y a los ancianos desvalidos, creyendo que era mejor levantar un hospital para enfermos que construir un templo para el culto.

“El prelado se indignó y encerró en una mazmorra al librepensador; pero como éste era muy querido por sus buenas obras, no se atrevió el inquisidor a quemarlo públicamente; roció su cuerpo con un líquido corrosivo dentro de su calabozo, y por primera vez sintió remordimiento por haber asesinado a un hombre tan bueno. Se apoderó de él honda tristeza, y cuando tenía que firmar una sentencia de muerte, la pluma se caía de su diestra, llorando avergonzado, asombrado de su emoción, que obedecía a la bondad del Espíritu cuyo cuerpo él quemó sigilosamente, Espíritu generoso que, en vez de odiar a su matador, se consagró a despertar sus sentimientos, a hacerle comprender la verdadera religión, y gracias a esa benéfica influencia, el cruel inquisidor reconoció sus errores y sus crímenes, llegando a ser un buen ministro de Dios, como lo fue en su última existencia; pero quería pagar la deuda que más le preocupaba: la muerte horrible que le dio al librepensador, razón por la cual eligió la soledad de la noche y el retiro de su hogar para morir como murió su víctima. Como ya era bueno, despertó rápidamente, ayudado por su guía, por el Espíritu que desde hace muchos siglos ha adorado a Dios en espíritu y verdad, amando a los débiles y a los vencidos en las rudas batallas de la vida. El librepensador le perdonó el martirio de su muerte y se consagró a regenerarle, a despertar su dormida inteligencia, haciéndole ver la luz del amor. Ha conseguido su nobilísimo deseo, ha sensibilizado a un ser que era de piedra tosca, le ha hecho sentir y amar por él. El sacerdote sin corazón será un hombre que se sacrificará por la humanidad. Adiós”.

¡Cuán cierto es que hay que pagar!... y dichosos los que pagan sus deudas verdaderamente arrepentidos, porque de los arrepentidos es el reino de los cielos.

Dice muy bien el Espíritu que me ha dado la comunicación: muchas veces asistimos a horribles ejecuciones, sin que los hombres levanten el patíbulo ni el verdugo tome parte en la ejecución. Nos bastamos nosotros para instruir el sumario y ejecutar la sentencia a su debido tiempo.

¡Cuánto hay que estudiar en la vida eterna del Espíritu! ¡Qué bien tan inmenso nos ha proporcionado la divulgación del Espiritismo! ¡Cuántos orgullos caen a tierra sabiendo lo que hemos sido antes! ¡Cuántos que se consideraban grandes, a pesar suyo se reconocen muy pequeños!

Estudiemos el Espiritismo para vernos tal como somos, pues los terrenales necesitamos no mirarnos con cristales de aumento, sino tal como somos: espíritus débiles que tenemos que regenerarnos por el sacrificio y el amor universal.

## **CAPÍTULO XXIX**

### **¡EL ÚLTIMO CANTO!**

¡Hermanos míos! Veo con placer que leéis afanosos las memorias de un pobre sacerdote a quien conocéis bajo el nombre del Padre Germán; admiráis lo que vosotros llamáis sus virtudes, y que en realidad no fueron otra cosa que el estricto cumplimiento de su deber. No penséis, hijos míos, que hice nada de particular; hice lo que debían hacer todos los hombres; dominé mis pasiones, que son nuestros más encarnizados enemigos, esto os demostrará que sois injustos cuando decís que el clero está desposeído de buenas cualidades. En todos los tiempos ha habido excelentes sacerdotes; no os negaré que han sido los menos, y que los más han cedido a las tentaciones de la malicia, de la ambición, de la concupiscencia; mas no digáis nunca que las religiones, han sido nocivas a la sociedad, porque las religiones, en principio, todas son buenas, todas encaminan al hombre a la abstención de todos los vicios; que sus ministros no obedezcan sus mandatos, es otra cosa, pero el precepto divino siempre es grande. Tomad ejemplo en vuestra libertad: vosotros decís que la libertad es la vida, porque es el orden, es la armonía, y sin embargo, ¡cuánta sangre ha regado la tierra, derramada en nombre de la libertad!... ¡Cuántos crímenes se han cometido! ¡Cuánto se ha esclavizado a los pueblos! Pues del mismo modo las religiones han sido la tea incendiaria, cuando fueron creadas para pacificar y armonizar las razas, los sacerdotes han tenido en su mano la felicidad de este mundo, pero han sido hombres sujetos a deseos, a veleidades, se han dejado seducir, han cedido a la tentación, y pocos, muy pocos han sabido cumplir con su deber.

Yo, si cumplí con todos mis juramentos, no penséis que fue por virtud, sino que llega un instante decisivo en el cual el Espíritu cansado de sí mismo, se decide a cambiar de rumbo porque ya está (haciendo uso de vuestro lenguaje) acribillado de heridas; ya no puede más, y dice: “Señor, quiero vivir”. Y como querer es poder, el Espíritu comienza a dominar sus pasiones, emplea su inteligencia en un trabajo productivo, y allí tenéis el comienzo de la regeneración; y cuando muchos espíritus en una nación están animados de ese gran sentimiento, entonces es cuando veis esas épocas brillantes de verdadera civilización, de inventos maravillosos, de mágicos descubrimientos. Si un Espíritu animado de un buen deseo puede servir de consuelo a cien o más individuos, calculad si millones de espíritus quieren ser útiles a sus semejantes, cuánto bien pueden hacer. Entonces es cuando veis las rocas convertidas en tierra laborable, los desiertos en pueblos llenos de vida, los asesinos en misioneros, las ramerías en hermanas de la caridad; el hombre es el

delegado de Dios en la Tierra; ya veis si puede metamorfosearla.

Cuando yo estuve en vuestro mundo, había pocos espíritus animados de buen deseo; fue una época de verdadero desconcierto, por eso mi conducta llamó más la atención, y a mi muerte me apellidaron el Santo, pero creedme; estuve muy lejos de la santidad, porque yo conceptúo que el hombre santo debe vivir en una calma perfecta, sin tener nunca ni una sombra de remordimiento, y yo, además de la lucha que sostuve cuando mi pobre madre estuvo en la aldea ¡Lucha terrible!, falta que aún a veces me atormenta, en los últimos meses de mi estancia en la Tierra, estuve dominado por un remordimiento, pero por un remordimiento horrible, y mi hora postrera hubiera sido espantosa si Dios en su misericordia suprema, no me hubiese dejado recoger el fruto de uno de mis más grandes afanes, que fue la conversión de Rodolfo, ese Espíritu rebelde a quien quise y quiero con un amor verdaderamente paternal. Si no hubiera sido por él, en los últimos instantes de mi vida terrena hubiese sufrido espantosamente. ¡Cuánto bien me hizo entonces!

Quiero daros, todos estos detalles, porque deseo presentarme a vosotros tal cual soy, no quiero que me creáis un Espíritu superior, estuve muy lejos de serlo; y por la madre que tuve que escoger, por las condiciones dolorosísimas de mi vida, debéis comprender que tenía grandes deudas que pagar. Lo que sí tuve fue un verdadero afán de progreso, una voluntad potente empleada en el bien; esas fueron mis únicas virtudes, si virtudes se pueden llamar a mis ensayos de regeneración. Alguno de vosotros ha llegado a ese momento decisivo; queréis comenzar a vivir, y como necesitáis enseñanza, yo os daré todas las instrucciones que me sean posibles, yo os diré los goces inefables que me proporcionaron las buenas obras que hice, y los sufrimientos que me ocasionó el dejarme dominar un momento por cierta influencia espiritual. Estad siempre sobre aviso, preguntaos continuamente si lo que hoy pensáis está en armonía con lo que pensabais ayer; y si veis una notable diferencia, debéis ponerlos en guardia, y recordar que no estáis solos, que los invisibles os rodean, y estáis expuestos a sus asechanzas. Yo una vez fui débil, y os aseguro que me costó muchas horas de tormento mi fatal descuido.

Un año antes de dejar la Tierra, estaba yo una mañana en la iglesia; era a principios del otoño, y me encontraba triste, muy triste, mi cuerpo se reclinaba hacia la fosa, mi pensamiento estaba decaído, veía acercarse la hora de mi muerte, y como durante mi vida no había hecho más que padecer, siendo víctima de continua contrariedad, si bien tenía la certidumbre absoluta de la eterna vida e individualidad de mi alma, como en la Tierra es tan limitado el horizonte que contempla nuestros ojos, yo decía con profunda pena: ¡Me moriré sin haber vivido! En tantos años sólo algunas horas he podido

contemplar el rostro de una mujer amada; pero ¡qué contemplación tan dolorosa!... ¡Ella con las convulsiones de la muerte! Mi amor queriendo salvarla, y mi deber diciendo: “¡Llévatela, Señor, aparta de mí esta tentación!” Yo, que hubiera dado mil vidas por la suya... tuve que alegrarme de su fallecimiento. ¡Qué alegría tan amarga!... Me queda el infinito, es verdad; pero ahora, ahora no puedo recordar nada que me haga sonreír. Y me sentía desfallecer.

Tengo observado que el Espíritu se prepara con tétricos pensamientos cuando va a cometer una mala acción; y de igual manera, cuando va a hacer un acto meritorio, todo parece que le sonríe. Uno está contento sin saber por qué, y es que nos rodean almas benéficas atraídas por nuestros buenos pensamientos.

Cuando uno se empeña en verlo todo negro, atrae con su intemperancia a espíritus inferiores; y yo, aquella mañana estaba triste, muy triste, me encontraba hastiado de todo, quería orar y no podía, quería evocar algún recuerdo agradable, y sólo surgían de mi mente dolorosas reminiscencias. Cuando más preocupado me encontraba, sentí ruido de caballos que se pararon delante de la iglesia; oí muchas voces confusas, y por último, vi entrar a una mujer en el templo, la que se dirigió hacia mí, y yo, en vez de salir a su encuentro, me retiré con ademán sombrío, y me senté en un confesionario; pero la mujer me siguió, y al estar cerca de mí, exclamó:

–Padre Germán, es inútil que os alejéis de mí; vengo de muy lejos para hablar con vos, ya me conocéis y sabéis que cuando yo quiero una cosa la consigo, así que es inútil vuestra resistencia.

Y se arrodilló delante del confesionario, pero con un ademán hostil, insultante; su cuerpo se dobló por pura fórmula, pero se conocía que estaba dispuesta a emplear la fuerza para conseguir su deseo.

La voz de aquella mujer me crispó todos mis nervios y me irritó de tal manera, que cambió por completo mi modo de ser. La conocía hacía muchos años, sabía que era un reptil que se arrastraba por la tierra y que había causado más víctimas que cien batallas; sabía que cuando una mujer deshonoraba el nombre de su padre, o el de su marido, y su deshonra se hacía visible, llamaban a aquella arpía, le daban un puñado de oro y ella se encargaba de estrangular el tierno ser, fruto inocente de ilícitos amores; sabía que ella había seducido a muchas jóvenes, y las había lanzado en brazos de la prostitución; sabía que aquella mujer era peor que Caín; sabía tantos detalles tan horribles de su existencia, que varias veces se había puesto en mi camino y había huido de ella, sintiendo una repugnancia invencible, y al verla tan cerca de mí, me exasperé y le dije con un acento furibundo:

–Me importa poco que vengáis de muy lejos; nada quiero escuchar

que se relacione con vos, ¿me entendéis bien? Pues marchaos de aquí y dejadme tranquilo; sé que pronto me iré, y tengo derecho a morir con tranquilidad, y sé que hablando con vos, perderé la paz de mi alma.

—¿Y vos sois el santo que dicen, y arrojáis a los pecadores arrepentidos de la casa de Dios?

—Es que no venís arrepentida; ya sé lo que deseáis: sin duda me diréis (pues ya tengo algunos indicios de vuestro plan) que queréis reedificar esta vieja iglesia, y levantar un soberbio santuario en “La fuente de la salud” que sirva de hospedería a los peregrinos. ¿Es verdad que ese es vuestro proyecto, pensando que si levantáis templos en la Tierra vuestra alma podrá entrar en el cielo? Y hasta quizá me diréis que, cansada de la lucha de la vida, queréis vestir el humilde sayal del penitente.

—Bien dicen que sois brujo y yo así lo creo; efectivamente: habéis adivinado mi pensamiento, los años me abruma con su peso, temo que la muerte me coja desprevenida, y bueno es prepararse para la eternidad, si es que el alma se da cuenta de sus actos, y si nada recuerda, siempre es grato ponerse bien con el mundo, y dejar una buena memoria que borre la huella de algunos desaciertos que he cometido, de los cuales la calumnia se ha apoderado y me han dado cierto renombre que no quiero de modo alguno para bajar a la tumba. El oro todo lo compra, sed razonable, dejaos de vanos escrúpulos, hagamos un contrato en regla; yo os daré todo el oro que me pidáis, y en cambio, haced vos cuanto creáis conveniente para que mi alma repose tranquila después de la muerte, y que me recuerden en la Tierra con respeto, con veneración. Mi pensamiento, como veis, es bueno: quiero borrar las huellas del delito y asegurar mi salvación eterna. Una buena confesión dicen que nos reconcilia con Dios, yo quiero reconciliarme con Él; así es que tenéis que escucharme, porque vuestra obligación es atender a los pecadores.

Así como la serpiente va fascinando a sus víctimas, del mismo modo aquella mujer me fascinó con su mirada diabólica, quise hablar y no pude, y ella, aprovechando mi forzado silencio, comenzó a contarme la historia de su vida. Estuvo hablando cuatro horas seguidas, y yo, mudo, sin saber qué pasaba por mí, la escuché sin interrumpirla ni una sola vez; hubo momentos que quise hablar, pero tenía un nudo de hierro en la garganta, mis sienes latían apresuradamente, mi sangre parecía plomo derretido que, al circular por mis arterias, abrasaba mi ser, y cuando concluyó de hablar, como si una fuerza extraña se apoderara de mí, salí de mi entumecimiento, me estremecí violentamente, me levanté iracundo, salí del confesionario, la cogí del brazo y la hice levantar, diciéndole:

—Si yo creyera en sortilegios, creería que me habéis hechizado, cuando he tenido la paciencia para escucharte tanto tiempo; pero no: sin duda mi

Espíritu ha querido convencerse de tu infamia, y por eso te he prestado atención, para persuadirme que eres peor que todos los Caínes, y Herodes, y Calígulas, y Nerones de que nos habla la historia. Para mí no ha habido pecador que no haya encontrado en él un átomo de sentimiento; pero en ti no veo más que la más cruel ferocidad, pero una ferocidad inconcebible. Te has complacido en matar a los niños, que son los ángeles del Señor; no te has conmovido viendo su impotencia, nada te han dicho sus ojos, que guardan el resplandor de los cielos; te has apoderado de ellos como fiera sin entrañas y te has sonreído cuando les veías agonizar, y después de tantos crímenes, después de ser el oprobio y el horror de la humanidad, quieres levantar un templo, quieres profanar esta pobre iglesia, revistiéndola con mármoles comprados con un dinero maldito; quieres envenenar “La fuente de la salud” haciendo servir el manantial de Dios para tráfico infame, quieres comprar el reposo eterno con una nueva alevosía. ¡Miserable! ¡Sal de aquí! ¡Para ti no tiene Dios misericordia! Ahora piensas en el reposo... y tú no puedes reposar jamás... Tú tienes que ir, como el Judío Errante de la leyenda bíblica, corriendo el Universo; cuando pidas agua, los niños que tú asesinaste te presentarán su sangre mezclada con hiel, y te dirán: “¡Bebe y anda!” y tú andarás y andarás siglos y siglos sin que la luz del Sol hiera tus ojos, y cerca de ti, muy cerca, oirás voces confusas que te dirán: “¡Maldita, maldita seas!... “Y yo doy comienzo a decírtelo; yo te digo: “¡Sal de aquí, que las paredes de este santo templo parece que se agrietan, parece que quieren desplomarse para no servir de bóveda a tu cabeza, a tu horrible cabeza, donde no han germinado más que las ideas del crimen! Yo, que para todos he tenido compasión, y que he ocultado a tantos malhechores, para ti no tengo más que el anatema y la excomunión. ¡Huye de aquí, maldita de los siglos! ¡Huye de aquí, leprosa incurable! ¡Huye de aquí, que el sol se nubla porque no quiere contagiarse contigo!” Y como si la naturaleza quisiera ayudarme, se desencadenó una tempestad de otoño, arreció, rugió el huracán, y aquella mujer tuvo miedo, tembló de espanto, creyó llegado el juicio final y gritó con verdadera angustia: “¡Misericordia, Señor!” “¿De quién la has tenido tú? –Repliqué con tremenda ira. –¡Huye de aquí, que tal horror me inspiras, que si más tiempo te contemplara me convertiría en vengador de tus víctimas!”

No sé qué debieron revelar mis ojos, porque ella me miró, lanzó un grito aterrador y huyó como una exhalación. Yo me quedé mirando algunos instantes la dirección que había tomado; sentí un dolor agudísimo en el corazón, y caí desplomado en tierra. Cuando entré de nuevo en la vida de relación, supe por Miguel que había estado dos días sin sentido. Los niños, con sus caricias, habían querido hacerme despertar, pero todo había sido inútil. Volvieron los pequeñitos y rodearon mi lecho con la más tierna solicitud, los

miré con infantil alegría; pero enseguida recordé lo que había pasado y les dije: “Dejadme, hijos míos, yo no soy digno de vuestras caricias”. Los niños me miraron y no comprendieron, yo les repetí las palabras anteriores, y uno de ellos dijo a los demás: “Vamos a decirle a María que el Padre Germán está muy malo”. Tenían razón, tenía enfermo el cuerpo, tenía herida el alma.

Desde entonces no tuve un momento de reposo, ni en la tumba de ella. A veces, se me aparecía la niña de los rizos negros; me miraba tristemente, y yo le decía: “¿Es verdad que ya no soy digno de ti? He arrojado a un pecador del templo”. La hermosa aparición me parecía que lloraba, y yo, al ver sus lágrimas, lloraba como ella, y exclamaba: “¡Desventurado! ¿Quién soy yo para maldecir? Aquella infeliz tuvo miedo, y en lugar de decirle: “¡Espera, espera, que la misericordia de Dios es infinita!” Le dije: “¡Sal de aquí, maldita de los siglos!” ¡Yo sí que he profanado esta vieja iglesia! ¡Parece mentira! Yo que sólo he sabido amparar... ¿Por qué una vez rechacé a un infeliz pecador? ¿Por qué? Y me iba al campo solo; no quería que los niños me acompañaran, porque no me conceptuaba digno de su compañía.

Las tardes de otoño son muy tristes; los últimos rayos del Sol parecen los hilos telegráficos de Dios, que transmiten al hombre un pensamiento de muerte. Yo los miraba y decía: “¿Es verdad que me decís que voy a morir pronto?” Y como si la naturaleza respondiera a mi pensamiento, las sombras envolvían una parte de la Tierra, y yo veía la figura de la judía errante que corría delante de mí, y únicamente me calmaba cuando las estrellas me enviaban sus sonrisas luminosas.

En aquella ocasión Rodolfo me prestó un gran consuelo, no me dejaba casi nunca solo, parecía mi sombra, dondequiera que yo iba, venía a buscarme y me decía:

—No seáis así; si con una pecadora habéis sido inflexible, en cambio muchos culpables os deben su salvación, sed razonable, qué pesará más en la balanza divina: ¿Un ser o mil? Pues más de mil habéis salvado de la desesperación. Ya estáis enfermo, hay que tener en cuenta muchas cosas, vamos, animaos.

Y me acariciaba como a un niño, y hacía que yo me apoyase en su brazo. Por momentos me animaba, pero volvía a caer en mi abatimiento. Y así estuve sufriendo un año, siempre pensando por qué habría sido yo tan intolerante con aquella mujer, cuando mi tolerancia era proverbial; cierto que era el reptil más repugnante que yo había conocido, pero ¿Quién era yo para condenar? Y esta idea tenaz me fue minando poco a poco, hasta que caí en mi lecho para no levantarme más. Rodolfo y María fueron mis enfermeros, y todos los habitantes de la aldea rodeaban mi humilde cama.

Los niños me decían:

–¡No te vayas... Levántate!... Ve a “La fuente de la salud”, verás como bebiendo aquel agua, te pones bueno.

Y yo les contestaba:

–¡Hijos míos, ya no sirve para mí “La fuente de la salud” que hay en este lugar; me hace falta “La fuente de la salud” que hay en el infinito!

Las jóvenes lloraban y me decían: “Padre Germán, no os vayáis”. Y más de una joven pareja se arrodilló ante mi lecho, como si este fuera un altar, diciéndome: “Padre, bendecid nuestra unión, y así aseguraremos nuestra felicidad”. Y los ancianos me miraban con profunda pena, y decían: “Tú no debes morir nunca, porque tú eres el mejor consejero que hemos conocido, en las horas de tribulación”.

Todas estas pruebas de cariño me conmovían y me avergonzaban, y al fin, queriendo descansar en algo mi conciencia, les dije dos días antes de morir: “Hijos míos, quiero confesarme con vosotros, escuchadme”. Y les conté lo que había hecho con la mujer culpable, diciendo al terminar: “Quisiera purificar la iglesia que yo profané; quizá el tiempo se encargue de ello (y en aquel instante tuve sin duda Espíritu profético, porque algunos años después destruyó el fuego el templo que yo mancillé con mi intolerancia). Por el momento coged mi vieja capa, sacadla en medio de la plaza y quemadla, que si bien a muchos culpables cubrí con ella, a un pecador le negué abrigo, y el manto del sacerdote que no cobija a todos los pecadores merece quemarse y arrojar sus cenizas al viento; en cuanto a mi cuerpo, no le impongo ese suplicio, porque no fue mi materia la que pecó, fue mi Espíritu, y éste ya sufre hace tiempo la tortura del remordimiento. ¡Fuego que abrasa sin consumir! Mas no creáis que mi condenación será eterna, porque yo me purificaré por medio de obras meritorias en mis sucesivas encarnaciones. Rodolfo me miraba, diciéndome con sus ojos: “¡No te vayas, que yo no quiero!” Y yo le decía: es inútil tu demanda, llegó el fin del plazo, mira como yo muero, toma ejemplo, no es mi hora postrera como yo pensaba, creí morir tranquilo y mi mal proceder con aquella infeliz me hace temblar. Si una mala acción tanto me hace sufrir, calcula cómo morirás tú si a tus pasados desaciertos acumulas nuevos extravíos. Júrame que no olvidarás mis consejos y así moriré más tranquilo”.

Rodolfo no podía hablar, pero estrechaba mis manos contra su pecho, y sus ojos me decían: “¡Vive, vive por mí!” ¡Cuánto bien me hacían aquellas miradas!... Porque, cuando apartaba mi vista de él, veía a la judía errante que corría; yo la seguía y los dos corríamos hasta que yo caía desvanecido. ¡Cuánto sufría en aquella carrera vertiginosa que, a pesar de ser imaginaria, a mí me parecía una horrible realidad!

Rodolfo, comprendiendo mi estado, tuvo una buena inspiración: yo

había enseñado a los niños a cantar en coro en las festividades de la iglesia, yo les componía la música y la letra de cantos sencillos, y había escrito uno para la muerte de un anciano muy querido en la aldea, cuyas estrofas hablaban al corazón; una de ellas, traducida literalmente a vuestro idioma, decía así:

“¡Anciano, no te vayas, quédate con nosotros! En la Tierra está el cuerpo de Dios, en el misterio de la Eucaristía; bien puedes quedarte tú”.

“¡Hay mujeres que aman, niños que sonríen y ancianos que bendicen; no te vayas, quédate con nosotros!”

“Aquí hay flores, hay aves, hay agua y rayos de Sol; no te vayas, quédate con nosotros”.

Las vocecitas de los niños, cantando estas estrofas, producían un efecto dulcísimo y conmovedor. Rodolfo salió de mi estancia, y volvió a entrar a los pocos momentos, diciéndome: “¡Padre, escuchad, escuchad lo que dicen los niños!” Yo presté atento oído, y al oír el canto de los pequeñitos, acompañado de los acordes del órgano, sentí un bienestar; mi mente se tranquilizó como por encanto, huyeron las sombras del terror y vi mi estancia inundada de una luz vivísima; figuras hermosísimas rodearon mi lecho, descollando entre todas ellas la niña de los rizos negros que, inclinándose sobre mi frente, me dijo con voz acariciadora:

–Escucha alma buena; escucha el último canto que elevan por ti en la Tierra, escucha las voces de los pequeños, ellos te dicen:

“¡Bendito seas!”

Aquellos momentos me recompensaron con creces de toda una vida de sufrimiento. En la Tierra me llaman los niños, en el espacio me llaman los ángeles.

¡Todos me querían!... ¿Puede haber mayor felicidad? No. Rodolfo me estrechaba contra su corazón. María sostenía mi cabeza, y yo, sin sacudimiento y sin fatiga, me desprendí de mi cuerpo, sobre el cual se precipitaron todos los niños; y aunque en la Tierra los muertos inspiran repugnancia, mi cadáver no la inspiró; todos los habitantes de la aldea acariciaron mis restos, que permanecieron insepultos muchos días, respetando órdenes superiores de la autoridad eclesiástica, que al fin profanó mi cuerpo, poniendo en mis sienes la mitra que usan vuestros obispos; y todo el tiempo que permaneció mi cuerpo en la iglesia no dio señales de descomposición, efecto sin duda de mi extremada delgadez, puesto que parecía una momia, pero que la gente sencilla atribuyó a la santidad, y todas las tardes entonaban los niños el último canto que yo les enseñé.

Supe después (para mi consuelo) que cuando arrojé a la pecadora del templo, fui fiel intérprete de otros espíritus que se apoderaron de mí, aprovechándose de mi debilidad y de mi descontento, y de no haber sido por la

buena inspiración de Rodolfo, mi hora postrera hubiera sido horrible; mi desesperación me envolvía en densas sombras, y como yo no quería salir de ellas, como sufriendo me parecía que lavaba mi culpa, no daba paso, no ayudaba a mis protectores de ultratumba para que llegasen hasta mí.

Hijos míos, ya veis; por un momento de debilidad, por dejarme vencer por el hastío, serví de instrumento a espíritus vengativos y yo sé lo que sufrí. Sed resignados, nunca os desesperéis, nunca, haced todo el bien que podáis, y así obtendréis lo que yo alcancé, que, a pesar de mis defectos y de mis debilidades, mi muerte fue la muerte del justo. Los pequeñitos me decían: “¡No te vayas!” y los espíritus del Señor repetían en el espacio: Escucha, alma buena; escucha el último canto que elevan por ti en la Tierra, escucha la plegaria de los niños, ellos te dicen: “¡Bendito seas!”

**(Transcrito del libro *Memorias del Padre Germán*, con la autorización de Mensaje Fraternal, Caracas, Venezuela. Primera edición en castellano - 1986, págs. 227 a la 237. Instituto de Difusión Espírita, San Pablo, Brasil.)**

## CAPÍTULO XXX

### EL VESTIDO BLANCO

Estando un verano en una determinada ciudad fui una tarde a pasear por el campo con unas amigas, y Celia nos propuso visitar una quinta habitada por una familia amiga suya. Aceptamos y fuimos a una mansión que parecía un palacio de hadas. Los dueños de la posesión nos recibieron afectuosamente, sin saber por qué, me llamó la atención un hombre, al parecer anciano, que al saludar se inclinaba como las flores marchitas.

Celia le dijo a una de las señoras de la casa, señalando al mencionado caballero:

–¡Qué cambiado encuentro a tu cuñado, Isabel! Al pronto no le conocí. No parece ni su sombra. ¿Ha estado enfermo?

–¡Ah! –Contestó Isabel– ahora no es nada, se ha consolado mucho; al principio creímos que se iba a quedar idiotizado o loco. La pérdida de su hija Inés le trastornó la cabeza.

Yo escuchaba aquel diálogo, interrumpido por la llegada de una niña que se abrazó a su madre diciendo:

–Mamá, ¿verdad que me pondrás el vestido blanco, nuevo?

–No, Elvira –dijo Isabel–, que te pondrás perdida.

–No iré al huerto –dijo la niña.

–Juega, tonta. El vestido blanco es para salir.

–Pues yo me lo quiero poner hoy.

Y Elvira comenzó a llorar con el mayor desconsuelo.

En esto llegó un caballero, y abrazando a la pequeña, le preguntó cariñosamente:

–¿Qué tienes, hija mía? ¿Por qué lloras?

–Porque es una caprichosa –dijo Isabel– quiere ponerse el vestido nuevo para echarlo a perder.

–¿Y por no ajar un vestido dejas llorar a la niña? No quiero que llore; no quiero tener recuerdos ni remordimientos como mi hermano Paco. Corre, hija mía, corre y dile a la abuelita de mi parte que te ponga enseguida el vestido nuevo.

Elvira se fue gritando:

–¡Abuelita!... ¡Abuelita!... Dice papá que me pongas el vestido blanco.

Volvió luego engalanada con sus atavíos de nieve y se abrazó a su madre diciendo:

–¿Verdad, mamá que estoy muy bonita? Ésta le acarició sus hermosos rizos, y luego, mirando a su marido, le dijo:

–Le dejas hacer todo lo que se le antoje.

–Mira, Isabel, mientras yo viva no quiero ver llorar a mis hijos; te lo repito, acuérdate de Paco.

–Pero, hombre, ¿qué tiene que ver una cosa con otra? –Replicó Isabel.

Luego añadió:

–Ya que está vestida, llévatela a pasear.

–Sí, sí –gritó Elvira, radiante de alegría–. Llévame a la playa y luego al café.

–Convenido –dijo su padre.

Y despidiéndose de nosotros, se fue con su hijita, que tendría sólo unos cinco años.

Isabel y Celia me llevaron a pasear por los dilatados jardines que rodeaban la casa, y traté de sondear a Isabel.

–¡Qué bueno parece su esposo! Está loco por sus hijos.

–Lo puede usted asegurar. Los adora, y desde que ocurrió lo de su hermano, más todavía.

–¿Y qué pasó? Cuéntanos –dijo Celia–, es decir, si no soy indiscreta.

–Sí, os lo contaré. Ya sé que Amalia escribe mucho, y esto quizá le podrá servir para trazar algún artículo de duendes y aparecidos. ¿Cree usted en el Espiritismo? –me preguntó Isabel, mirándome fijamente.

–Sí, señora, creo, ¿y usted?

–Yo no, es decir, no quiero meterme en esas cosas. Me daría miedo hablar con los muertos. Sólo de ver un entierro, me horrorizo... Conque, si hablara con los difuntos... ¡Ni quiero pensarlo!

–Pero si no se les ve, señora; está usted mal informada.

–Usted sí que lo está: mí cuñado Paco los ha visto tan claros como nos vemos nosotros. A su hija le ve casi todos los días.

–¿De veras? –dijo Celia–; pues si yo creía que eso era falso. Que diga Amalia, siempre la sermoneo porque escribe de esas cosas, porque, vamos, para mí los espiritistas de buena fe, o son tontos, o son locos, y los que van con segunda intención, son unos embaucadores, que con la engañifa de los muertos explotan a los vivos.

–Habrá de todo –replicó Isabel–; pero yo puedo asegurarle que mi cuñado no es tonto, ni loco, ni capaz de engañar a nadie. Cree firmemente en los espíritus y en su comunicación, porque ha tenido pruebas. Mi marido también es espiritista convencido. Yo no, y eso que también he visto algo.

–Entonces usted dice como los cardenales que condenaron a Galileo: “no quiero mirar”.

–Yo no digo nada, pero... ¡Qué quiere usted! Me muero de susto, sólo de pensarlo.

–Pero, ¿qué pasó? Cuéntanos –exclamó Celia.

–Sí, ya os lo contaré, pero vámonos al otro lado, que no quiero junto al jardín de Paco, porque, según dice, ve a su hija muy a menudo entre las flores.

–No creas esos disparates –dijo Celia–, es imposible; tu cuñado ve visiones.

–No son visiones; que mi marido también ha visto a mi sobrina.

–Si seguís disputando, perderemos el tiempo, vendrá la demás familia y no podrá Isabel contarnos esa historia.

–Tiene usted razón, Amalia –replicó Isabel–: vamos al hecho. Mi cuñado Paco es un hombre bueno, muy caballero, todo lo que se quiera, pero con muy mal genio, es decir, malo precisamente, no, muy raro, amigo de hacer su voluntad y someter a sus caprichos hasta a los gatos.

A su esposa, que era una santa, la hizo mártir, la pobre murió consumida; parecía un esqueleto, y la infeliz murió con el sentimiento de dejar a una niña de tres años. ¡Pobrecita! Angelical criatura que aún me parece que la estoy viendo, tan cariñosa. A mí me quería muchísimo; pero casi nunca venía a mi casa, porque su padre decía que yo no sirvo para contrariar a los niños, y que para educarlos bien, sin pegarles, sin usar la menor violencia, no hay nada mejor que no darles gusto en nada; que si están consentidos en salir, hacerlos quedar en casa; si quieren un manjar, darles de comer de todo menos de aquello que desean, y la pobre Inés, los trece años que estuvo en este mundo, fue víctima de una contrariedad continua: mi marido, que es un ángel, hacía cuanto podía por endulzar la vida de Inés, pero le decía su hermano:

–Para educar a mis hijos no necesito preceptores.

Y mi esposo, para evitar mayores disgustos, se callaba, y a veces venía diciéndome:

–Dios quiera que Inés se muera pronto, porque así dejará de sufrir. Llegó para mi hija Beatriz, el día de su primera comunión, y como Inés tenía la misma edad que mi hija, mi marido insinuó a su hermano que las dos primas deberían ir juntas a confesar y comulgar, y que él se encargaría de regalar el vestido a Inés, para que ambas fueran iguales. Paco convino en ello y dejó venir a Inés a casa, donde yo tenía dos costureras haciendo los trajes de las niñas, que eran de muselina blanca, adornados con plegados de tul, velos de céfiro y coronas de campanillas silvestres.

La víspera del gran día, probaron cada una su vestido, e Inés en particular, estaba encantadora, porque era mucho más bonita que mi hija; y la pobre, que por los caprichos de su padre siempre iba hecha un adefesio, a pesar de ser una rica heredera –pues, sólo por parte de su madre, tenía dos millones de duros–, al verse tan elegante, estaba loca de alegría, se miraba al espejo y decía cortesías, diciéndome:

–¡Ay, tía de mi alma! ¡Parezco otra! ¡Qué bien estoy!

–Es verdad. Pareces un ángel –le decía mi Beatriz–. ¡Como eres tan blanca!

–Pues tú no te puedes quejar –replicaba mi esposo mirando embobado a nuestra hija–; estoy seguro que seréis las dos niñas más hermosas que entrarán en la iglesia.

–Está visto –dijo Paco con sequedad–, que no sabes criar hijos; si Inés estuviera aquí dos días, echabas por tierra todo mi trabajo.

La pobre Inés, en cuanto oyó a su padre, salió temblando de la habitación; mi hija se fue detrás de ella, y mi marido, conociendo el carácter de su hermano, le dijo:

–Paco, no vayas a agriar la fiesta de mañana; te estoy leyendo en los ojos que serás capaz de no dejar a Inés que se ponga el vestido, porque la infeliz ha creído que le iba bien. ¿No ves que es muy natural?

–Tú no conoces a Inés –replicó Paco–; es muy orgullosa, y si yo no humillara su soberbia, sabe Dios dónde llegaría.

–No digas disparates –contesté yo– si es la criatura más buena que hay en la Tierra: amiga de hacer limosnas, humilde hasta la exageración. Te quejas de vicio, tienes una hija que no te la mereces.

–Bien, bien –replicó él– más sabe el loco en su casa que el cuerdo en la ajena, hasta mañana.

Y se fue con su hija.

A poco, mandó al aya de la niña y a la doncella, por el vestido de Inés, con el pretexto de que quería que su hija se vistiese en su casa.

Esta nueva disposición nos disgustó muchísimo, porque habíamos quedado en que Inés vendría para que la peinara mi camarera, del mismo modo que a Beatriz; y mi marido decía:

–¡No sé por qué le temo al día de mañana!

No en vano le temía. Al día siguiente vino Paco con su hija, vestida de negro, diciendo que la niña no se encontraba bien, y que por esto no había permitido que se vistiera. Inés, con aquella paciencia de santa, apoyó lo que decía su padre.

–Pues esperamos a otro día que estés buena –dije yo.

–No, no –repitió Paco–; ¡qué tontería! Nada, nada; una persona ha de saber mirarlo todo con indiferencia.

La pobre Inés, en un momento que pudo hablar a solas conmigo, me dijo:

–Es inútil que esperemos a otro día; no me lo dejará poner; le conozco bien. Basta que yo tenga un deseo, para que no lo vea cumplido. Ha guardado el vestido en una de sus cómodas, y esta mañana me dijo:

–El día está muy frío; no quiero que estrenes el vestido, que te podrías constipar.

–Entonces no iré –dije yo.

–Sí, sí; para recibir a Dios no se necesita vestirse de blanco, y basta con que esté limpia la conciencia.

–Así es, tía mía, que vamos.

Salimos; nos reunimos con las demás niñas, todas de blanco, e Inés se vino junto a mí, diciéndome antes de entrar en la iglesia:

–¡Tía, si viera usted! Esta noche he soñado con mi madre, y ella me decía: “Alégrate, hija mía, que ya te llega la hora de ponerte tu vestido blanco”. Ya ve usted, no se ha cumplido el sueño.

Isabel calló, oyendo pasos...

En aquel momento fuimos interrumpidos por la avalancha de los visitantes y el marido de Isabel, que nos venían a invitar para tomar el té.

Isabel me dijo al oído:

–Vengase usted mañana con Celia, solas, y les contaré el resto.

Con gran impaciencia esperé al día siguiente, para volver a la magnífica quinta de Isabel, y saber de aquella historia tan interesante del vestido blanco de Inés.

Reunidas en un artístico cenador cubierto de campánulas y follaje, Isabel, Celia y yo, reanudó la primera su narración diciéndonos:

–Ayer quedamos en el momento en que Inés me contó el sueño que había tenido viendo a su madre, que le había dicho: “Alégrate, hija mía, que ya te llega la hora de ponerte tu vestido blanco”.

Al entrar a la iglesia, reparamos que en una capilla había una niña de cuerpo presente, vestida de blanco, y al verla, Inés, con una voz que no olvidaré jamás, murmuró a mi oído:

–Mire usted tía, hasta los muertos son más felices que yo: esta niña está vestida de blanco: si yo me muriera pronto, haga usted todo lo posible porque me pongan mi vestido.

–Calla, hija, calla –le contesté–, no digas esas cosas.

Y se me oprimió el corazón de tal manera, que no pude menos que echarme a llorar.

Terminada la ceremonia, volvimos a casa, y Paco, contra su costumbre, pues nunca acariciaba a su hija, se acercó a Inés, y dándole un beso en la frente, le dijo:

–Estoy contento de ti: yo te prometo que de hoy en adelante, no tendrás un deseo que no veas cumplido; créeme, todo lo he hecho por tu bien. ¿Quieres quedarte hoy con Beatriz?

–Si usted me lo permite, yo estaría muy contenta –contestó Inés.

–Bueno; puedes quedarte.

Y la pobre niña se quedó en casa todo el día.

Yo no sé por qué, la miraba, y al momento se me llenaron los ojos de lágrimas. Por la tarde, intuí después de la siesta, que ella y Beatriz se habían quedado dormidas y que habían visto otra vez en sueños a su madre, y oído de sus labios las mismas palabras consabidas.

–Y mira qué cosa tan extraña –agregó mi hija –, yo he visto a Inés en sueños vestida de blanco, pero un traje mucho más bonito que el mío.

–¿Qué será esto? –me preguntaba Inés.

–Nada, hijas mías, nada de particular –contesté yo–; pero al decir esto sentía mi corazón una angustia inexplicable.

–Déjame poner un ratito tu traje –dijo Inés a mi hija.

–Sí, mujer, sí –repliqué yo–; así se cumplirá tu sueño.

Se puso el vestido, y la pobre niña se estuvo mirando al espejo, y repitiendo algunas veces:

–¡Qué lástima no haberme puesto el mío!

–Ya te pondrás otro mejor cuando te cases –le dije, esforzándome en reír–; lo llevarás de raso blanco. Ya sabes que eres la prometida de mi hijo Leopoldo.

Y, por todos los medios posibles, traté de distraer a Inés; mas a pesar de todos mis propósitos, la niña siguió muy preocupada. Luego vinieron otras niñas, amigas de mi hija, merendaron en el jardín, corrieron, jugaron, pero Inés siempre quiso estar junto a mí, y cuando vio a su padre, que venía por ella, me abrazó, diciéndome con ternura:

–Ya sabe usted que la quiero mucho.

–Sí, hija mía, ya lo sé.

Y al besarla noté que su rostro estaba frío como la nieve. Esto me alarmó, y llamando a su padre aparte, le dije:

–Mira que Inés no está buena: la pobre hoy ha sufrido muchísimo. Créeme, has de cambiar de conducta, si no, me parece que el mejor día se quedará muerta como se quedó su madre.

–Te prometo que seré otro –me contestó Paco.

Y se fue con su hija.

Nos acostamos, como de costumbre, a las diez y sobre las tres de la madrugada me despertó mi marido diciendo:

–Isabel, vístete, que no sé si hay fuego en casa, oigo mucho ruido.

Y antes que concluyera de hablar, vimos entrar a Paco en la alcoba, con el cabello erizado, los ojos pugnaban por salir de sus órbitas, el rostro más pálido que el de la imagen de la muerte, retorciéndose los brazos como si tuviera una convulsión epiléptica, y gritando con toda su fuerza:

—¡Leopoldo!... ¡Leopoldo!... ¡Mi hija!...

Mi marido se tiró de la cama, se echó una capa, y sin pararse ni a ponerse unos zapatos, cogió a su hermano del brazo, desapareciendo ambos como una exhalación. Yo, naturalmente, me vestí no sé cómo, y cuando iba a salir, entró en mi aposento el aya de Inés, llorando amargamente. —¿Qué hay? —decía yo—, ¿qué hay?

—¡Muerta! —Respondía la pobre mujer—. ¡Muerta!... ¡Si no era para la Tierra aquella niña!...

Quise salir, pero mi hijo Leopoldito se puso delante de la puerta y me lo impidió, temeroso de que el dolor me ocasionara algún trastorno. Imposible me es describir la escena de aquella infausta noche. Los criados de mi cuñado y los míos estaban en mi gabinete hablando todos a la par, y todos conformes en que lo ocurrido era obra del diablo. Yo preguntaba a éste y a aquél; pero era una confusión espantosa; mis hijos, que entonces tenía cinco, todos se habían levantado, y lloraban, porque veían llorar, y temblaban de susto por lo que oían. Yo estaba como alocada; no sabía lo que me pasaba. Vino, por fin, mi marido. Procuró que saliesen de mi dormitorio los criados y los niños, y cuando estuvimos solos, prorrumpió en sollozos, hasta que por último, dominando su emoción, me refirió lo que había ocurrido, y que voy ahora a repetir.

Al llegar Inés a su casa, le preguntó su padre si se hallaba bien, y como la niña manifestase que le dolía la cabeza, dispuso que el aya la acostase en una habitación inmediata. El aya, intranquila, estuvo escuchando atentamente, y como observase que Inés daba muchas vueltas en la cama, fue a ver lo que tenía, y se estuvo al lado de la niña hasta que la dejó dormida. Se acostó la buena mujer, y se durmió también. En tanto, Paco no podía dormir. Remordíale la conciencia por no haber dejado a Inés que estrenara su vestido, comprendiendo al fin lo mucho que la pobre niña habría sufrido viendo a todas sus compañeras tan engalanadas, y ella sin poder lucir el deseado traje blanco.

Así estuvo algún tiempo, hasta que no pudiendo dominar su inquietud, se levantó, y sin darse cuenta de lo que hacía, abrió el cajón de la cómoda donde había guardado el vestido de su hija, y se quedó espantado, sin saber lo que le pasaba, porque el vestido de Inés había desaparecido, y en su lugar había una gruesa capa de ceniza.

¿Cómo habían podido substraerlo? Lo ignoraba, porque él tenía las llaves guardadas, y la cerradura no estaba violentada. Una idea terrible le asaltó, y corrió como un loco al cuarto de su hija. Las cortinas del lecho de Inés estaban corridas, y la lámpara de alabastro que pendía del techo, estaba encendida como de costumbre. Abrir las cortinas y quedar mudo de horror, fue todo una misma cosa. Inés aparecía tendida sobre su lecho, vestida con su traje

blanco y su corona de campanillas silvestres, sus manos juntas, los ojos cerrados y cubierto el cadáver con el velo de céfiro que tanto gustaba a la inocente niña. Clavado se quedó el padre ante la cama mortuoria, sin fuerzas, sin acción, sin saber si era víctima de una pesadilla terrible. Al fin se arrojó sobre su hija, le arrancó el velo, la llamó, la besó, le pidió mil perdones; pero la niña estaba muerta. Entonces fue cuando salió como un demente a buscar a mi marido, y cuando entraron en el cuarto de Inés, encontraron las cortinas del lecho, herméticamente cerradas y a la niña cubierta con su velo.

Paco, horrorizado, se agarró a las columnas del lecho, hasta que por fin cayó sin sentido. No había remedio: Inés había muerto, y algo terrible, algo desconocido había pasado allí.

—¿Crees tú que el diablo?... —dije yo.

—No, Isabel —replicó mi marido—, no te hagas eco de simplezas vulgares, el diablo no existe, pero aquí hay algo que yo averiguaré.

Para abreviar, les diré que a fuerza de dinero la iglesia elevó sus preces; los pobres que socorría Inés decían que los ángeles habían bajado a vestir a la santa niña, y unos diciendo que era el diablo, y otros que eran los ángeles, se le hizo un gran entierro.

Mi cuñado quedó como imbecil más de dos años. Mi marido, que siempre ha sido aficionado al estudio, habiendo sabido que había obras espiritistas, en un viaje que hizo a París habló con Allan Kardec, el autor de dichas obras, y las leyó con ansiedad.

—Ya sé quién vistió el cadáver de Inés —me dijo una noche.

—¿Quién? —pregunté yo alarmada.

—Los espíritus.

Y quiso darme explicaciones; pero yo me opuse resueltamente, manifestando que no quería saber de aquello, porque me moriría de miedo. Entonces me dejó y se dirigió a su hermano, el cual le escuchó con sumo interés, siendo el resultado de aquellas conferencias, que Paco estudiase y acabase por aceptar el Espiritismo. Las nuevas creencias lo volvieron otro. Es amable, caritativo; ha fundado un asilo para las niñas huérfanas, en el cual ha empleado toda la fortuna de Inés, dotándole de todo lo necesario para que las niñas reciban una excelente educación. A las maestras les encarga sobre todo que sean muy cariñosas con las niñas, y aún él mismo les lleva dulces y juguetes.

El otro día vino muy contento, diciéndome:

—Mira, Isabel, ya estoy perdonando; me lo dice Inés.

—Déjame, que no quiero saber nada de eso —le repliqué—. Pero él no me hizo caso, y quieras que no, hube de escuchar una comunicación de su hija. Y francamente, cuando la oí, se me fue quitando el miedo, y hasta me atreví a

mirar el escrito, en el cual vi una letra muy parecida a la de Inés. Le pedí una copia del escrito, y la conservo con religioso respeto.

–Pues, mira –dijo Celia–, quien ha hecho lo más, que haga lo menos: ¿Quieres aprender la comunicación?

–¿Por qué no? Justamente os la tenía preparada sabiendo que ibais a tener interés en oírla.

Isabel leyó lo siguiente:

“Alienta, pobre ser, alienta, tu expiación termina y tu regeneración comienza. No estás solo; para que ganes el tiempo perdido, muchos espíritus te ayudan, te fortalecen y te inspiran, especialmente tu esposa y tu hija, que hicieron cuanto pudieron en su última encarnación para regenerarte por medio de sumisión y ternura. Pero tú, Espíritu rebelde, fuiste insensible a su amorosa humildad, y te complaciste en atormentarlas, en particular a tu hija, negándole todo, todo, hasta la sencilla satisfacción de ponerse un traje virginal en su primera comunión. ¡Pobre padre mío! ¡Fue preciso que me perdieras para que me amaras! ¡Pobre ser, que tuviste la miel en los labios y la desechaste, y tuviste luego que beber hiel y vinagre! ¡Pobres espíritus! ¡Cuán dignos sois de compasión los que no podéis vivir entre flores, sino entre abrojos!”...

“¡Todo lo tuviste, todo!... ¡Inteligencia, riqueza, seres que te amaban, y todo fue inútil! ¡Necesitaste, pobre esclavo de tu ignorancia y de tu rebeldía, el látigo del remordimiento, la tortura del espanto, la locura del dolor!”...

“No te quejes, recogiste lo que sembraste; pero hoy renaces a la vida, y mi madre y yo estamos contigo. Yo te amo mucho, padre mío, mi Espíritu sonrío cuando te veo hacer el bien entre los demás”.

“¡Alienta, padre mío, alienta! Trabaja en tu progreso, que tienes, como todos los espíritus, abiertas las avenidas de la felicidad”.

Cuando terminó la lectura Isabel, vi que Celia estaba muy pensativa y que Isabel lloraba, pues apenas pudo acabar las últimas palabras, por la emoción.

–¿Ve usted? –Me dijo esta última–, siempre lloro cuando leo esta comunicación, y vamos, que no quiero enterarme de estas cosas...

¡A cuántos comentarios se presta esta verídica historia! He creído conveniente referirla, porque hay sistemas de educación muy erróneos, y creo que el mejor modo de educar los padres a sus hijos, es empleando ese amor sublime, casi divino, superior a todos los amores, el amor paternal, que se complace en complacer, que goza viendo gozar, que sonrío viendo sonreír; ese amor que regenera, que trocaría en paraíso el infierno, si el infierno fuera una realidad y no la negación de todos los amores.

## CAPÍTULO XXXI

### EL RAMO DE VIOLETAS

Entre los amigos que dejé en Madrid, se cuentan Don Andrés del Valle y su esposa, Cristina Ruiz: son dos seres unidos por verdadero cariño.

Una tarde fui con ellos a un lindo huerto de su propiedad, que cultiva Andrés con mucho esmero. Me llamó la atención los muchos cuadros que había de violetas.

–¡Qué delirio tenéis por esta flor humilde! –Dije a mis amigos.

–Lo que es Andrés –contestó Cristina–, se vuelve loco por las violetas, y por darle gusto en todo, tengo yo el cuidado de que el jardinero las cuide esmeradamente, y eso... que no debía hacerlo.

–¿Por qué? –pregunté.

–Bien sabe él porqué.

Andrés se sonrió y me dijo al oído con misterio:

–Cristina tiene razón; las violetas me recuerdan una afección que tuve en mi vida, grande, profunda, inmensa, que si la muerte no se hubiese puesto por medio, ¡quién sabe a dónde hubiera yo ido a parar!

–Ya ves, cómo se explica –replicó Cristina riéndose alegremente–, y esa pasión la sintió después de casado.

–¿Sí?... ¿Es posible?

–Y tan posible, hija, y tan posible.

–Parece mentira; nadie diría que Andrés ha roto un plato en toda su vida...

Sí, fíate en la Virgen y no corras; ya tuve entonces mis disgustillos, pero, vamos, una vez, creo que hasta los santos pecan, y es preciso tener indulgencia.

–Tenga usted entendido, Amalia –dijo Andrés con gravedad–, que en cierto modo yo no le falté a mi esposa: fue un amor puramente platónico, fue un afecto que no nació en este mundo.

–¡A mí con esas! –Arguyó Cristina, dando cariñosos golpecitos en el hombro de su marido–. Yo lo que sé es que tú la querías, y que aquella temporada de todo te ocupabas menos de mí.

–¿Y qué fue ello? ¿Se puede saber?

–Sí, sí, anda, cuéntale a Amalia tus amores, y así te distraerás mientras yo voy a preparar la merienda.

Cuando estuvimos solos, le dije a Andrés:

–¿Conque también tiene usted su historia?

–¿Quién no la tiene, amiga mía? Sólo que unos la cuentan y otros se la

callan. La mía no cuenta más que un episodio; pero ese, crea usted que no lo olvidaré en mi vida. Lo que voy a contar me sucedió hace veinte años, y hacía diez que estaba casado con Cristina.

Yo me casé convencido de que quería mucho a mi esposa. Vivíamos tranquilamente, como nos ve usted ahora: ella entregada a sus costumbres católicas, y yo a mis libros y a mis experimentos químicos. Murió mi padre, y tuvimos que ir a Sevilla para arreglar los asuntos familiares. Una tarde que salí con Cristina, la dejé en la Catedral, y yo me fui a dar un paseo por las calles. El azar me llevó a la calle de San Fernando. Iba mirando distraídamente, cuando acerté a fijar mis ojos en una ventana baja, donde había sentada una niña que apenas contaría catorce años. Era blanca, blanquísima, pero con la palidez del marfil; de ojos grandes, muy grandes, tristes, extremadamente tristes. Tenía la cabeza reclinada sobre la reja, y una de sus rubias trenzas tocaba en la acera, su cabello era magnífico, mirarla y estremecerme, fue todo uno. Me miró ella a su vez, y noté, no sin sorpresa, que se ruborizó, y se levantó mirándome fijamente; parecía que sus ojos me interrogaban diciéndome: ¿Quién eres?

Seguí mi camino, y en toda la tarde no pude olvidar la figura de aquella niña, que sin tener nada de particular, me impresionó tanto. Nada dije a Cristina. A la tarde siguiente, volví a pasar; vi otra vez a la niña, y... ¿Para qué repetirle lo mismo? La miré, me miró; la seguí viendo todos los días más de una vez, y comprendí con profundo sentimiento que la pobre niña era sordomuda. Algunas veces había un niño junto a ella, y los dos se hablaban por medio de signos.

Me inspiró tanta compasión... Sus ojos me hablaban con tal elocuencia, que una tarde compré un precioso ramo de violetas, y al pasar se lo dejé en la ventana. Lo tomó y se sonrió; pero tan tristemente, que me pareció escuchar un gemido. No sé lo que me inspiraba aquella criatura, yo no veía en ella a la mujer, porque era una niña demacrada, escuálida; parecía más bien un cadáver embalsamado, que una persona viva. Sólo sus ojos tenían reflejos de vida, pero de una vida amarga, dolorosa... Yo sufría al verla; parecía que me trituraban el corazón, pero adoraba aquel sufrimiento. Dos meses la estuve viendo diariamente. Un día pasé como de costumbre y hallé la ventana cerrada. Decirle lo que sufrí, me es imposible; a mí mismo me asustaba la intensidad de mi dolor. Durante ocho días, no viví, y como yo respetaba mi posición, no quise preguntar a ninguno de los criados que veía salir de la casa; tuve fuerza de voluntad bastante para ser discreto. ¿Qué era yo para aquella niña? ¡Nada! ¡Nada podía ser!... Y sin embargo, yo sabía que ella me amaba, y yo sentía por ella lo que no se siente más que una vez en la eterna vida del Espíritu.

Al noveno día, al llegar cerca de la casa, vi la ventana abierta: ahogué un grito de alegría, y atravesé la calle para acercarme a la ventana. ¿Qué vi, que me agarré a la reja como un loco? En el fondo de la habitación un altar con muchas luces, y en el suelo, sobre almohadas de raso azul, estaba colocado el cadáver de la pobre niña.

¿Qué le diré, qué le diré? Quedé petrificado, no sabiendo lo que pasaba por mí. A pesar de mi turbación, reparé que entraban muchas mujeres a ver a la difunta, y las seguí. Al entrar en la sala mortuoria, yo que nunca me había arrodillado, me hincué de rodillas junto al cadáver, y entonces vi que sobre su pecho había un ramo de flores secas; me incliné más y reconocí el ramillete de violetas que yo le había dado, quince días antes de su muerte. ¿Cuánto tiempo estuve allí? Lo ignoro.

Cuando me di cuenta de que existía, me encontré en mi lecho, rodeado de mi familia. A mis preguntas de lo sucedido, me dijo mi esposa que había sufrido un gran trastorno viendo a una niña muerta.

Alguien me reconoció, haciéndome transportar a mi casa. Quince días estuve delirando y hablando inconexamente de un ramo de violetas y de una niña.

Al oír esto, estreché las manos de Cristina, diciéndole:

—Perdóname; cuando esté bien ya te lo contaré todo, no me juzgues sin oírme.

Mi esposa, modelo de discreción, nada me contestó.

La primera vez que salí de casa apoyado en el brazo de Cristina, ésta me llevó a pasear por la calle de mis sueños. Ella leyó en mi pensamiento y me dijo sonriéndome:

—¡Tranquilízate, no te fatigues, todo lo sé!

—¿Todo?

—¡Sí, todo!... Vamos a sentarnos a los jardines, y hablaremos.

Mi esposa me contó entonces:

—La doncella de la niña que ha muerto, es sobrina del ama de llaves de tu hermana, y durante tu enfermedad, la pobre muchacha ha venido a pasar algunos días con su tía.

La muerte de la niña muda le dejó muy trastornada; y sin saber ella con quién hablaba, refirióme que su señorita había querido tanto a un joven, y nos contó todos los pormenores de tus platónicos galanteos. Esto, como puedes comprender, me hizo sufrir mucho, porque llovía sobre mojado. Tu conducta durante estos dos meses me daba a conocer que en ti pasaba algo extraordinario, y tu enfermedad y tu delirio han venido a demostrar que tu corazón ya no era mío. Al mismo tiempo, cuando la doncella de la muda me contaba lo desgraciada que ha sido esa infeliz, me daba mucha compasión.

¡Pobrecita! Tu ramo de violetas la hizo completamente feliz; ha sido el único obsequio que ha recibido en toda su vida. Desde que se lo diste, no lo separó de su lado, e hizo prometer a su padre que se lo pondrían en el pecho después de muerta. Como tú viste, respetaron su voluntad, y con él ha sido enterrada. ¡Pobre criatura! En su casa, dice la doncella que nadie le hacía caso.

–Pues, ¿Y su madre? –Pregunté a mi esposa.

–No tenía madre. Dicen que murió cuando nació la pobre sordomuda. Ha tenido madrastra y hermanos que se burlaban de ella; se iban de paseo y la dejaban abandonada en poder de los criados. Sin duda tú has sido el único ser que la ha querido en el mundo.

Al oír esto, sentí que el llanto afluía a mis ojos. Cristina exclamó:

–Llora, yo también lloro; los muertos no pueden inspirar celos.

–Si soy culpable, no lo sé –dije mirando a mi esposa–; pero te puedo jurar que en esa niña yo no veía a la mujer; sufría al mirarla.

–Sí, lo comprendo. Su doncella dice que la pobrecita estaba en el último grado de tisis, que parecía un esqueleto, que siempre le faltaba aire para respirar, y aunque sintiera frío, se ponía en la ventana, porque dentro de casa se ahogaba.

–¡Pobre niña! Yo comprendía que agonizaba, y tomaba parte en su agonía.

Restablecido ya, volvimos a Madrid, y entramos en nuestra vida normal. Siempre hay en mi mente un recuerdo para la niña muda; y en memoria del ramo de violetas que ella tanto amó, tengo un gusto especial en cultivar esas humildes y delicadas flores.

–¿Y no ha sabido usted nada de ella?

–¿Cómo si no he sabido?

–Una persona que no miente, me dijo hace mucho tiempo que usted era espiritista, y que por su esposa lo ocultaba.

–No le han informado mal. Pero esto es un secreto mío de la mayor importancia. Cristina es católica fanática, y por ningún medio quiero que sepa que me comunico con la niña muda.

No es capaz mi esposa de comprender lo que es un Espíritu. ¡Quién sabe lo que se figuraría!

A usted puedo decirle que en las sesiones espiritistas de un grupo familiar, hablo con la niña de mis amores castos, que es un Espíritu de gran elevación, de gran sentimiento.

–¿Y qué le ha dicho el Espíritu de esa niña?

–Vea usted la última comunicación obtenida:

Y, sacando un papel de su cartera, leyó lo que sigue:

“¡Violetas! ¡Queridas violetas! ¡Humildes flores de la Tierra! ¡Vuestra

delicada fragancia embalsamó los últimos días de una pobre muda! ¡Violetas! ¡Flores de mi alma! Vosotras me dijisteis: “Un ser te ama... ¡Te llorará cuando mueras!” ¡Oh! ¡Entonces yo no quería morir, porque había encontrado la realidad de mis sueños!... Yo veía en mi mente, desde muy pequeña, a un hombre, a quien esperaba siempre, ¡siempre! Cuando te vi exclamé: “¡Ya está aquí!” Sentí una emoción desconocida, dolorosa tal vez, porque mi débil organismo ya no podía sentir sensaciones. ¡Sólo tu ramo de violetas le daba calor a mi corazón! Aquellas flores me decían: “Vete tranquila, él llorará por ti”... ¡Y has llorado! ¡Si tú supieras quién soy!

“Nuestros espíritus hace mucho tiempo que están unidos. Sí, estamos enlazados como el placer y el dolor”.

–Como la luz y la sombra.

–Como la voz y el eco.

–Como la flor y el fruto.

–Como el tronco y las hojas.

–Como la nube y la lluvia.

–¡Cuánto nos hemos querido!

“¡Cultiva, cultiva las violetas! Su perfume te hablará de la pobre muda de la Tierra. ¡Espíritu de larga historia que en todas sus existencias te ha consagrado su profundo amor!”

Decirle a usted, Amalia, lo que yo gozo con estas comunicaciones, es imposible. Muchas otras guardo de ella, y otro día le contaré algo de nuestra historia. Cristina viene y hago punto final. Digamos como los masones cuando se acerca un profano: “¡Llueve!”.

¡Cuántos misterios guarda la humanidad!

¡Quién diría, al ver a aquella pobre muda enferma, casi exánime, que era un Espíritu tan lleno de vida, tan ávido de amor!... ¡Un incendio de pasión!... ¡Cuán poco gozó en la Tierra! Sólo un ramo de violetas cifró su felicidad.

Ella también se asemejó a esa delicada flor. Vivió entre las hojas de su infortunio: el perfume de su alma no embalsamó, se disipó en el espacio. ¡Pobre niña!

## CAPÍTULO XXXII

### ¡QUIERO IR AL CIELO!

Siempre he sido amante de la verdad, y como en las visitas de pésame se miente tanto, nunca he acudido a ver a mis amigos en los primeros momentos de llorar al ser amado, sino después del duelo oficial, cuando en torno de la viuda afligida, o de la madre desolada, no ha habido una caterva de seres indiferentes que llevan el luto en el traje y la alegría o la indiferencia en el alma.

Por eso, cuando Clementina perdió a su esposo, no fui a verla hasta que se quedó sola con sus hijos y sus recuerdos; Clementina estaba inconsolable. Yo, que ya tenía algunas nociones del Espiritismo, traté de hacerle comprender que tras la tumba germinaba la vida; pero Clementina se reía amargamente de mis palabras, diciéndome con triste ironía:

–Los que se van, no vuelven, esos son cuentos de viejas y leyendas de ilusos; el Espiritismo es otra de las muchas farsas del mundo.

Una noche que estábamos hablando sobre si los muertos se comunicaban o no, entró el doctor Sánchez, amigo íntimo que fue del esposo de Clementina, a quien ella respetaba muchísimo, por su preclaro talento, oyó nuestra charla, y sonriéndose bondadosamente, dijo en tono festivo:

–Señoras: escucho con gusto su discusión sobre muertos y espíritus.

Y exclamó Clementina:

–Figúrese usted qué disparate sostiene Amalia, asegura que los muertos se comunican. Si tal cosa sucediera, ya hubiera venido mi Pepe a decirme: “¡Clementina, no llores, que aquí estoy yo!”

El doctor la miró fijamente, y volviéndose a mí, me preguntó:

–¿Es usted espiritista?

–Quiero serlo.

–Yo también.

–¡Usted!... –gritó Clementina en el colmo del asombro.

–Sí, yo; ¿por qué te admiras?

–¿Usted, tan formal y tan sabio?... Mi Pepe decía que no había en el mundo dos hombres como usted.

–Tu marido me miraba con los ojos del cariño, y éste es el cristal de más aumento que se conoce; pero dejando a un lado mi suficiencia, lo que yo puedo decirte es que hay muertos que se comunican; no diré que sean todos, pero yo he tenido pruebas innegables de la comunicación de los espíritus.

–Explíquese, por Dios; cuénteme... ¡Ay, si yo pudiese hablar con mi Pepe!...

–Si te hablo así, es para demostrar que es muy aventurado decir sin conocimiento de causa: tal cosa no puede ser. Creer a ciegas, denota sobra de ignorancia, y negar porque sí, escasez de entendimiento. Dudar es de sabios; creer, es de tontos; negar, es de locos.

–¡Ah!, no; si usted me asegura que hay muertos que se comunican, lo creeré; me merece toda la confianza.

–Lo que voy a contarte no es para convencerte de si es verdad o no la comunicación de los espíritus; por otra parte, creyendo ciegamente en mí, correrías peligro de engañarte, Clementina, el hombre puede abdicar de todos sus derechos, hacer donación de todos sus bienes, pero no de su criterio, ni de su corazón. Ahora escucha:

A los dieciocho años me enamoré de Lidia, hermosa criatura, de la que podía decirse como dice Campoamor:

“Es tan bella esa mujer,  
que bien se puede decir:  
sólo por verla..., nacer;  
después de verla..., morir.”

Durante un año, viví en el paraíso. Lidia me quería con delirio, y vivíamos el uno para el otro. Andrés, mi hermano mayor, que estaba viajando, al volver y al ver a Lidia, quedó prendado de su belleza y de su bondad; pero supo ocultar su admiración y arregló las cosas de manera que mi padre me hiciera marchar a Sevilla, para acompañar a un hermano suyo, Deán de la Catedral, que estaba enfermo. Aprovechándose de mi ausencia, mi hermano interceptó nuestras cartas, y dijo a Lidia que yo estaba resuelto a seguir la carrera eclesiástica, por cuya causa me había reunido con mi tío el Deán. Así pudo Andrés lograr que le concediera su mano, aunque no su corazón. Mi madre, cuyas ilusiones se cifraban en que yo fuera sacerdote, creyendo la infeliz, en su ignorancia, que así me abría las puertas del cielo, ayudó a mi hermano en su inicua obra. Hízose el casamiento sin yo saberlo; los novios se fueron a viajar, y mi madre vino a Sevilla, a prepararme para recibir el fatal golpe.

Creía yo en el amor de Lidia con tanta fe, la creía tan buena... tan santa... tan pura... que cuando mi madre, después de decirme que Dios me llamaba para ser uno de sus ministros, me participó el casamiento de Lidia con mi hermano, perdí la razón, de cuyas resultas estuve más de dos años demente. Al recobrar la lucidez de mi inteligencia, supe que Lidia había muerto a los diez meses de casada.

Mi pobre madre, arrepentida de su obra, se convirtió en mi ángel

tutelar: no me abandonó ni un segundo mientras estuve loco, ni después de recobrar el juicio, e hizo bien, porque yo conservaba tal odio a mi hermano, que hubiera sido un segundo Caín sin remordimiento alguno. Mi madre había ayudado a mi desgracia; pero empleó después todo su cariño en reparar el mal hecho. Viendo que rechazaba yo el sacerdocio eclesiástico, ella misma se encargó de buscarme esposa, y me casé con una joven muy buena, a la cual hablé con toda franqueza, porque la imagen de Lidia no se borraba de mi mente. Me conformé a todo, y me casé por transigir, por complacer a mi madre y por ver si teniendo hijos vivía mejor.

Tuve mucha suerte, pues mi compañera ha sido discretísima. Su dulzura y su conformidad consiguieron despertar en mi alma un hondo afecto, que era menos que amor y más que amistad. Cinco hijos, dos mujeres y tres varones, inundaron mi casa de muñecas y caballos, y entre mi madre, mi esposa y mis hijos, para el mundo he sido un hombre feliz, mientras que me he creído desgraciado.

Mi hermano mayor se estableció en la Habana, desde donde sostenía correspondencia con mi madre. Así pasaron dieciséis años. Por fin, una mañana ella entró en mi despacho, llorando; se sentó a mi lado, cogió mis manos entre las suyas y me dijo:

—Felipe, tu hermano Andrés se ha casado nuevamente. Quiere volver a su país; quiere que tú le perdones; quiere que yo sea la madrina de su primer hijo. Si él pecó, bastante castigo ha tenido. El rencor es propio de almas ruines, y como tú eres bueno, no me podrás negar lo que voy a pedirte. Reflexiona que cuanto mayor es la ofensa, es más grande el que perdona. Tu hermano te escribe: lee.

Y me entregó una carta de Andrés, escrita con la mayor humildad, acompañada de algunas líneas muy expresivas de su esposa.

Por un momento se me representó mi juventud, mi perdida felicidad, la perfidia de mi hermano; pero la entrada de una de mis hijas, que vino a referirme sus cuitas con motivo de haberle roto su hermano una muñeca, hizo olvidarme de mi agitación, y al sentarla en mis rodillas miré a mi pobre madre, que me suplicaba con sus ojos, y le dije:

—No puedo negarle a usted nada, madre mía. Cuando venga Andrés, iré con toda la familia al muelle, y nada le diré de lo pasado. ¿Está usted contenta?

La pobre me abrazó y me besó como si yo fuese un chiquillo: parecía loca de alegría. Un mes después llegó mi hermano a Sevilla, acompañado de su esposa.

Fuimos a recibirle. Cuando le vi, no le conocí: parecía un viejo setentón, y eso que aún no contaba cincuenta años. Yo, en cambio, tenía más

de cuarenta, y nadie me echaba treinta. Al verle, me convencí de que en la culpa va la penitencia. Nos abrazamos fraternalmente. Mi madre, emocionada, nos estrechó a ambos en su seno, exclamando:

—¡Ahora ya no me importa morir!

La esposa de mi hermano a todos nos fue muy simpática: era uno de esos seres vividores que se granjea el cariño de todos.

Formamos todos una sola familia. Mi cuñada Anita intimó mucho con mi mujer; mi hermano se convirtió en abuelo de mis hijos, y tanto los mimó, que al preguntarles quién era Dios, decían que su tío Andrés. Al ver aquel cuadro, sentíame conmovido, y decía para mí: Este hombre que hoy es la alegría de mi casa, fue ayer mi desgracia, la causa de mi locura y del perjurio de Lidia. ¡Pobre niña!... ¡Tan buena... tan hermosa!...

Seis meses después, se verificó el parto de Anita, que tuvo una niña preciosa: mi madre y yo fuimos padrinos. Se le puso por nombre Consuelo.

Desde el nacimiento de aquella niña me sentí feliz, sin explicarme la causa entonces; el inmenso vacío de mi corazón se llenó por completo con las inocentes caricias de la niñita mimada de todos.

Entre Consuelo y yo se estableció un cariño tal, que ni ella quería estar con nadie más que conmigo, ni yo gozaba con nada, sino teniéndola en mis brazos y llenándola de caricias y de besos. Seis años, fui completamente feliz. Lo que turbaba mi dicha era que mi sobrina aún no tenía dos años cuando ya me decía: “¡Tío, quiero ir al cielo!” Frase que repetía con frecuencia, especialmente cuando por las noches fijaba su expresiva mirada en las estrellas.

De pequeña se crió robusta; pero al ir creciendo enflaqueció y se puso pálida. Sus grandes ojos adquirieron una expresión melancólica, y cuando comenzó a andar diríase que dejó de ser niña, convirtiéndose en mujer.

Yo, como médico, adivinaba el germen de una enfermedad incurable. La hice pasar largas temporadas en el campo, al pie de la sierra, y prolongué sus días en la Tierra cuanto la ciencia puede prolongarlos.

Dábamos largos paseos por la tarde, y aún me parece verla con su vestido blanco y sus largas trenzas, pues tenía un cabello hermosísimo, que nunca permití se lo cortaran. Al regresar a casa solía detenerse mirando al espacio, a la vez que con la mayor dulzura me decía:

—Tío, quiero ir allá...

Y señalaba el horizonte.

—¿Pero no estás bien aquí? —Le replicaba yo—; ¿no te queremos todos mucho?... ¿Qué deseas? Dímelo y te lo daré.

—No te enfades —añadía ella cariñosamente—, yo no te puedo decir qué me falta, ni qué deseo... pero... ¡Quiero ir al cielo!

Y como una luz que se apaga, se fue acabando la vida de Consuelo.

Predijo la hora de su muerte, sin equivocarse ni en un segundo; quiso que toda la familia rodeara su lecho; llamó a su padre y a mí, nos juntó las manos, y con una voz dulcísima que aún vibra en mis oídos, nos dijo:

–¡No me lloréis, porque me voy al cielo!...

Y quedó muerta con la suavidad de un pájaro que dobla la cabecita.

Sus padres se resignaron, pero yo estuve próximo a perder por segunda vez la razón. No podía acostumbrarme a su ausencia. Iba frecuentemente a visitar su sepultura, cuando un año después oí hablar de Espiritismo, y sin decir nada a mi familia, asistí a una sesión espiritista.

Evoqué mentalmente al Espíritu de Consuelo, y los médiums empezaron a escribir. Una joven, al terminar, dijo sonriéndose:

–No entiendo lo que he escrito: no responde a las preguntas que se han hecho; es una comunicación de carácter íntimo, y hay un nombre desconocido.

–¿Qué nombre es ese? –Pregunté con emoción.

–Lidia.

Al oír aquel nombre, no sé lo que experimenté; pero arrebaté a la joven el papel que tenía en la mano, y salí de la habitación llorando a lágrima viva. Dos amigos me siguieron, me calmaron, y cuando estuve tranquilo, uno de ellos me leyó la comunicación, y tantas veces la leí después, que quedó grabada en mi memoria. Decía así:

“¡Pobre alma enferma! ¡Calma tu impaciencia! Para que salieras de ese mundo limpio de pecado, volví a la Tierra. ¡Ya has perdonado!... Y perdonadas te serán tus culpas en el cielo, donde te espera el Espíritu de tu Lidia”.

No puedo describir la conmoción que experimenté: comprendí perfectamente que Lidia y Consuelo eran un mismo Ser. Entonces comprendí y me di explicación racional del ciego amor que yo había sentido por Consuelo. Sin necesidad de asistir a más sesiones, me convencí de que los muertos viven, y comprendí que estaba tan debilitado mi cerebro, que no le convenía recibir fuertes emociones. Pero desde entonces soy en secreto un convencido espiritista.

Clementina escuchó atentamente tan interesante relato y le sirvió de gran consuelo. Estudió luego las obras de Allan Kardec, y formó un grupo familiar, dirigido por el doctor Sánchez, el cual, siempre que tomaba el lápiz para ensayarse en la mediumnidad, trazaba las mismas palabras:

“¡Quiero ir al cielo!”

## **CAPÍTULO XXXIII**

### **1º PARTE**

#### **EL ESPIRITISMO DEBE ESTUDIARSE**

Quince personas nos reunimos una noche en Madrid, en el café del siglo, y sólo éramos tres espiritistas: un médico, su esposa y yo. Los demás eran librepensadores, materialistas, ateos del todo. Riéronse grandemente del Espiritismo, diciendo un joven ingeniero, andaluz por más señas, y con mucha gracia:

–Señores, hoy he pasado un rato divertidísimo. Vino a verme un condiscípulo, y me dijo que se iba a Roma a cumplir una penitencia que le había impuesto un Espíritu; y me leyó una comunicación interminable. Nunca he oído una sarta de disparates semejante. ¡Qué galicismos! ¡Qué anacronismos! ¡Qué metáforas! ¡Qué hipérboles! ¡Qué sintaxis tan admirable! Repito, señores, que es el escrito más estúpido que he oído en toda mi vida, y lo que a mí me llama la atención es que este muchacho no es ningún tonto: en todas las asignaturas ha tenido la nota de sobresaliente, y no porque sus parientes se las hayan comprado, no nada de eso; porque el pobre está solo en el mundo y ha hecho su carrera con mil apuros. Yo hoy le miraba y decía en mi interior: ¿Se habrá vuelto loco este muchacho?... le hablé de varias cosas, y me contestó muy acorde, pero enseguida me volvía a hablar de sus espíritus, añadiendo que ve a su madre y a toda su parentela, y anunciándome que yo era uno de los elegidos, según le había dicho su Espíritu familiar, e invitándole a prepararme para hacer grandes trabajos en pro del Espiritismo. Al oír tal desatino, no pude contenerme más tiempo, me eché a reír a carcajadas; el pobre muchacho se molestó, y se fue, diciéndome con entonación profética:

–¡Desgraciado! Tú huyes de la luz; ¡ay de los que prefieren las tinieblas!

–Sin duda –dijo el médico–, ese chico estará obsesado, y su Espíritu obsesor le inspira esos papeles ridículos.

–¿Y qué es eso de obsesado?

–Según Allan Kardec, es la subyugación que ejerce un Espíritu sobre un individuo; pero semejante dominación nunca tiene lugar sin participación del que la sufre, ya por su debilidad, ya por su deseo. Esos desgraciados también se llaman poseídos, pero no existen poseídos en el sentido vulgar de la palabra. La palabra poseído debe sólo entenderse, en el sentido de la dependencia absoluta en que puede encontrarse el alma, con los espíritus imperfectos que la subyugan. Su amigo debe haberse dejado dominar por

algún ser invisible, que se divierte con él, como un chiquillo con los soldados de plomo.

—No se ofenda usted, Aguilar, pero yo no puedo digerir que hombres formales como usted y otros muchachos crean tan de buena fe en esos espíritus, en esas subyugaciones, en esas inspiraciones, en esos dictados de ultratumba, que para mí no son otra cosa que aberraciones del entendimiento humano.

Se acercó el brigadier Montero, hombre de pocas palabras, ilustrado, que se escuchaba siempre con respeto, y comenzó diciendo que, a su entender, antes de ridiculizar el Espiritismo, lo lógico era estudiarlo.

—¿Y quién pierde el tiempo en semejante tontería? ¿Quién cree en la otra vida, si sabemos hasta la evidencia, que muerto el perro...?

—Señores —replicó Montero—, ¿os acordáis de mi hija Julia? Creo que alguno de vosotros asistió a su entierro.

—¡No nos hemos de recordar! —contestaron varios—. ¡Qué lástima de muchacha! Ha sido de las jóvenes más bellas que se han paseado en Madrid.

—¡Era un ángel!

—¡Una criatura adorable!

—Crea usted, señor Montero, que su hija vive en la memoria de cuantos tuvieron la dicha de tratarla.

—Pues bien, señores, aquella joven tan hermosa, tan noble, tan buena, ¡Que fue el encanto de mi vida!... Se dejó dominar por un ser invisible, y desde que nació estuvo obsesada y se complació en vivir sujeta a una voluntad que no fue la de sus padres, ni la de sus hermanos, ni la de sus amigas, ni la del hombre que la quiso tanto, que al verla muerta perdió la razón. Estuvo dominada por un Espíritu los veinte años que permaneció en la Tierra, pero dominada en absoluto.

—¿Es posible? —Dijo el ingeniero—. Crea usted, señor Montero, que su voto para mí es de gran valía, y quizá sea usted el único que me haría cambiar de parecer, si me diese explicaciones de lo que observó en su hija, ahora o en otra ocasión que crea usted más oportuna.

—Ahora es la mejor, porque cuando se tiene conocimiento exacto de la verdad, ésta no debe ocultarse. He oído cómo os burlabais del Espiritismo, y francamente, me duele ver hombres entendidos malgastando su tiempo en negar lo que no conocen.

Seis mil estrellas vemos en el cielo a simple vista, pero con el telescopio se ven millones de puntos luminosos, sin contar las miríadas que escapan al objetivo astronómico.

En la gota de agua no vemos los millones de infusorios, pero con el microscopio los distinguimos. Ciegos son los que niegan la luz del Sol.

Veinte años, ha sido para mí la vida de mi hija un misterio enigmático. Cuando por quinta vez me dijo mi esposa que iba a darme un nuevo vástago, sentí sin explicarme la causa, una emoción que no había sentido al nacer los otros cuatro hijos. Inés dio a luz una niña preciosísima. ¡Y fue tan dócil, tan buena, tan cariñosa! Notamos todos los de casa que la niña miraba a un punto fijo, se reía, agitaba las manos, y hacía esfuerzos por trasladarse a aquel punto. La primera palabra que pronunció no fue la que dicen todos los niños, de papá o mamá; ella dijo: ¡El nene, el nene! Y siempre señalaba, como si viera a alguien.

Cuando la dejábamos en la cuna, se ponía de modo que siempre dejaba sitio desocupado para que se acostara otro, y cuando yo la levantaba, me decía muy contenta: “El nene está aquí”; y señalaba el lado que ella había dejado vacío. Transcurrió así su infancia. Todos los de casa nos convencimos que Julia veía a un ser invisible para nosotros; mi madre y mi esposa decían que veía al ángel de la guarda; pero yo, que entonces era materialista, creía que mi hija no tenía los cinco sentidos cabales, y la hice reconocer por algunos analistas, que no hicieron más que admirar su precoz inteligencia.

Al fin, nos acostumbramos a aquel compañero invisible, que entonces en nada perjudicaba a mi hija, la cual, a los diez años, leía y escribía correctamente, tocaba el piano con verdadera inspiración, dibujaba admirablemente, y se convertía en maestra de sus hermanos mayores. Aprendió idiomas con pasmosa facilidad y lo mismo las labores más delicadas de su sexo. Influyó en mi modo de ser de tal manera, que yo mismo no me conocía. Llegué a convertirme en un amante de mi familia, yo que desdeñaba antes los goces del hogar, por mis aficiones aventureras.

Mientras ella vivió, fui feliz; lo único que me disgustaba, era cuando me hablaba de él, del ser invisible para nosotros y perfectamente visible para ella. A nuestras observaciones cuando le decíamos que su visión era ilusoria, nos persuadía de lo contrario diciéndonos: “Ese ser que vive conmigo, lo he visto en mi cuna, ha jugado conmigo, me ha facilitado mis estudios; por él sé mucho más que mis hermanos; él me habla de otra patria, de otra vida; le quiero con toda mi alma, cuando no le veo, sufro horriblemente; sin él no podría vivir”.

Yo pensé que casándola se le olvidaría las quimeras. La presenté en sociedad a los dieciséis años, causando admiración general, que aparte de su belleza y de su talento, cantaba como el ruiseñor, bailaba con suprema elegancia, y era amable y discreta como un ser ideal. Me pidieron su mano hombres de gran posición social, entre ellos el joven marqués de la Peña.

Julia para todos tenía una sonrisa celestial, una frase encantadora; pero a nadie concedía una sola esperanza.

Cuando yo la interrogaba al respecto, me decía:

—Papá, él no quiere que me case; él me quiere para sí, y a mí nadie me gusta sino él. ¡Si le vieras!... ¡Es tan hermoso!... Tiene unos ojos... ¡Ah! ¡Unos ojos divinos! ¿Cómo he de querer yo a un hombre de los de aquí? Cesa en tus pretensiones; déjame que en la Tierra viva para ti, para mi madre, para mis hermanos, para los pobres; pero no me unas a otro ser, que yo estoy desposada con él desde antes de venir a este mundo.

Yo, entonces, creía que mi hija estaba alucinada, y para ocultar lo que yo creía un defecto, me guardaba muy bien de decir a nadie las conversaciones que tenía con Julia, ni aun a su madre, y así vivimos hasta que cumplió veinte años. Un joven, oficial de artillería, se enamoró de mi hija con tal delirio, que me daba lástima; ella también le compadecía, y le distinguía con su amistad, y aun hubo momentos que le miraba de un modo muy expresivo; pero de pronto se entristecía, se ponía nerviosa; en estado violento, hasta concluir por llorar. Palideció, se negó a tomar alimento, debilitándose de tal modo, que no pudo dejar el lecho. Los médicos no pudieron definir su enfermedad. Muy tranquila, y hasta risueña, me dijo el día antes de morir, estas palabras:

—Papá, no te desesperes por mi partida. Soy un desterrado que vuelvo a mi patria. No sé cómo explicarte lo que pasa por mí, porque yo no me explico muy bien: tengo gran confusión en mis ideas. Si aquí tú eres mi padre, si aquí tengo familia, allá la tengo también. ¿Comprendes tú esto? Allá me esperan otros deudos, otros amores más puros que los de aquí. Yo vine a la Tierra para pagarte una deuda, y he sido el ángel de tu hogar, por eso, ahora él me espera, él, a quien he conocido antes que a ti; él, que es dueño de mi alma; ¡mírale cuán hermoso es! ¿No lo ves?

Y mi hija me indicaba que él estaba allí, junto a nosotros.

Yo, ignorante, creía que deliraba mi hija, por más que estaba acostumbrado a aquellas confianzas. Se despidió de todos nosotros; y, sonriendo dulcemente, reclinó su cabeza en mi hombro y quedó muerta sin agonía; la agonía fue para nosotros, que nos quedamos inconsolables. Mi madre, de edad avanzada, murió del sentimiento, y mi esposa, desde entonces, no ha tenido un día bueno. A mí no me ha costado la vida, porque sé que volveré a verla.

La formal declaración de Montero causó profunda sensación en sus oyentes, tanto, que muchos de aquellos incrédulos estudiaron el Espiritismo, y hoy, no sólo son adeptos, sino entusiastas propagandistas. Llamándole aparte, le dije yo:

—Señor Montero: Mañana hemos de hablar ambos.

## **CAPÍTULO XXXIV**

### **2º PARTE**

#### **ESTUDIOS SOBRE EL ESPIRITISMO**

En mi artículo dedicado al estudio del Espiritismo, por boca del brigadier Montero, me quedaban algunas dudas por aclarar y esperé impaciente la visita de mi amigo, el cual vino a verme a la hora que yo le había citado.

Apenas hubimos tomado asiento, le interrogué:

–¿Cómo y cuándo empezó usted el estudio del Espiritismo?

–Del modo más sencillo. Como cuando uno tiene una pena, se consuela hablando siempre de lo mismo, yo contaba la muerte de mi hija a todo el que me quería escuchar, y cuando no encontraba a ningún amigo, me iba a los cuarteles, les daba cigarrillos a los soldados, y repetía mi relato. Un día fui al cuartel de San Mateo, me puse a hablar con dos tenientes. El asistente de uno de ellos, que ocasionalmente estaba allí, al oír que yo hablaba de un ser invisible, se acercó a mí y me dijo:

–Señor, se conoce que esa señorita estaba obsesada. ¡Qué lástima!... Esas subyugaciones son terribles... Mi hermano murió de eso.

Ya comprenderá usted, Amalia, que al oír semejantes palabras, cogí a aquel pobre muchacho por mi cuenta y no le solté hasta que me dio algunas explicaciones acerca del Espiritismo. Hice que me acompañara a casa de un espiritista, hombre entendido por cierto, a quien conté mi tragedia. Me dio algunos libros, los leí y me convencí plenamente de que mi hija había estado subyugada por un Espíritu, y para más pruebas he recibido comunicaciones por conducto de un amigo mío, en las cuales me ha dicho que sobre el Espíritu obsesor que persiguió a Julia, pesa una gran responsabilidad, por haber creado obstáculos a mi hija en el cumplimiento de su misión terrestre, impidiéndole formar familia e impulsándola al suicidio.

¡Ah! Si yo entonces hubiera comprendido lo que comprendo ahora, no hubiera dejado a mi hija entregada a las influencias de su obsesor: mi ignorancia le dejó en completa libertad, y escarmentado como estoy, al oír cómo se reían mis amigos ayer de ese muchacho que quiere ir a Roma, porque se lo manda un Espíritu, no pude menos que decirles: “¡Alerta! Amigos míos: eso no es cuestión de risa, el Espiritismo debe estudiarse: hay muchos que pasan por locos y no son sino obsesados.

–Entonces, le dije yo ¿el Espiritismo produce a algunos hombres la locura?

–Según dice Kardec, y yo estoy conforme con él no debe confundirse la locura patológica con la obsesión; ésta no procede de ninguna lesión cerebral, sino de la subyugación ejercida por los espíritus maléficos sobre ciertos individuos, y tiene a veces las apariencias de la locura propiamente dicha. Esta afección es independiente de la creencia en el Espiritismo, y ha existido en todos los tiempos. En este caso, la medicación ordinaria es impotente y hasta nociva. Haciendo conocer esta nueva causa de turbación en la medicina, el Espiritismo da al mismo tiempo el medio de curarla, obrando, no en el enfermo, sino en el Espíritu obsesor. Es el remedio y no la causa de la enfermedad. Estoy, como he dicho antes, muy conforme con los razonamientos de Allan Kardec, y deseo que se me presente a ese chico que está obsesado, para ver si puedo evitar su perdición.

–Hará usted una buena obra. Yo también acepto esas ideas del maestro Kardec.

–Indudablemente, la obsesión hace numerosas víctimas, y el Espiritismo, bien comprendido, es el arma más poderosa para combatir y vencer a esos enemigos invisibles. La mayor parte de las obsesiones, somos nosotros los que las sostenemos, por nuestras debilidades en no combatir las valientemente. Por eso creo que el Espiritismo debe estudiarse profundamente. Sus enseñanzas nos demuestran que el Espíritu es el árbitro de su destino, que si es activo, laborioso, humilde, resignado, emprendedor y generoso, aún en medio de las mayores privaciones encuentra siempre ese placer íntimo que nos brinda la tranquilidad de la conciencia.

–Yo lo sé por experiencia propia. Antes de ser espiritista, mi idea fija era morir, pensando que donde no hay sensación, no hay agonía; y el que sólo piensa en morir, no se ocupa de su progreso. ¿Para qué? Y desde que estudio el Espiritismo, sólo pienso en trabajar, en ilustrarme más y más, en progresar.

–Si alguna vez mi Espíritu decae, si por un instante me asusta la idea de la eternidad, es un desfallecimiento momentáneo; el progreso indefinido, como sol refulgente, me atrae con su calor y con su luz; mi Espíritu se vivifica; pienso en los héroes que ha tenido la humanidad, en las almas grandes que se han consagrado a la defensa de los débiles, y digo: “No hay elegidos por Dios: todos los hombres son llamados para el renacimiento y engrandecimiento de los pueblos; ningún obstáculo insuperable nos impide llegar a ser grandes entre los grandes, buenos entre los buenos, sabios entre los sabios. Adelante, pues; sin lucha no hay victoria; luchemos y venceremos. El Espiritismo es salud para el alma y para el cuerpo”.

Yo escuchaba al señor Montero con el mayor placer y le veía transformado en paladín del ideal más hermoso y más consolador del mundo. Para sacar más oro de aquella mina que se abría a mis ojos, brindándome con

sus riquezas intelectuales y morales, le hice multitud de preguntas, que fueron contestadas con una lógica y una erudición que me dejaron admirada.

Le hice ver que el Espiritismo era muy combatido por sabios adversarios, y el señor Montero, ebrio de satisfacción por declamar en pro de las creencias ultraterrestres, dijo así:

–Ansiosos los enemigos del Espiritismo, de acumular argumentos para poder combatir los principios fundamentales en que se apoya, afirman que la reencarnación no es un pensamiento nuevo, puesto que se encuentra ya admitido en los libros sagrados de la India.

–Las ideas verdaderas nada pierden con el tiempo, y la ciencia, cuando más, las despoja de la envoltura grosera que las revestía en los primeros momentos de su aparición.

–La vida de un hombre es muy corta para poder llegar, siguiendo el áspero camino de la ciencia, a la cumbre del saber. La idea, pues, de la reencarnación no la despierta plagiando el Espiritismo; la recoge en su principio verdadero y lo explica racionalmente.

–Cuando el alma, desembarazada de ciertas preocupaciones, extienda sus alas para ir en busca de datos históricos; bajo el polvo que cubre a los antiguos pueblos, el origen del progreso moderno encuentra la aplicación de un fenómeno que se reproduce en todas las épocas con admirable regularidad: el Espíritu de las civilizaciones no muere, lo transmiten unas a otras, aunque transformado, para venir de nuevo a ejercer su acción en una esfera mucho más dilatada, con formas siempre más esplendorosas y brillantes.

–Bajo las bóvedas de nuestras magníficas catedrales, se oyen aún, envueltos entre las dulces armonías que produce el órgano, los ecos de aquellos coros con que los paganos festejaban, en las grandes Dionisíacas, a la diosa que simbolizaba la sabiduría.

–Los griegos recibieron del Egipto los rudimentos de la ciencia, pero no admiten sus costumbres, porque conocieron que, para que el hombre pudiera hacer uso de sus derechos, había necesidad de quebrantar las ligaduras que oprimían el cerebro de aquel pueblo estacionado. Los romanos, que estuvieron en Atenas, al estudiar sus leyes escritas sobre cilindros giratorios, las ampliaron y perfeccionaron de tal manera, que hoy continúan siendo el principal fundamento de la legislación europea.

–El progreso es un legado que pasa de unas generaciones a otras, siempre más rica en la última generación que la recibe.

–Como si la ciencia fuera una deidad, un fuego sagrado cuya llama no pudieran alimentar manos profanas, permaneció largos siglos bajo la exclusiva custodia del cuerpo sacerdotal. Sólo un corto número de iniciados tenía el privilegio de penetrar en los grandes misterios del saber.

–El Espiritismo, que responde a la ley y al hecho del progreso, considera todas las religiones como accidentes históricos, y aspira a romper con todos los errores para levantar un solo templo a la gloria de la verdad.

–Todos esos genios que adelantándose a su época han aparecido en el mundo, para señalar a las generaciones el derrotero que debían seguir en su larga y fatigosa peregrinación, han venido siempre rodeados de una aureola semidivina, para impedir que a ellos pudieran llegar las miradas investigadoras del profano. Pero esto no basta ya para detener al hombre. Despiértase, al fin, su curiosidad: quiere saber, quiere comprender; rasgar con mano osada los velos que ocultan los misterios religiosos, y su fe se desvanece, porque en vez de hallar a Dios, encuentra sólo al hombre divinizado.

–La generación actual, que siente germinar en su seno la doctrina salvadora espiritista, que ha de traer al mundo una creencia común, comienza a descartar del dogma los principios inconciliables con la razón.

–Hoy todo se agita, todo gira en confuso tropel; todo marcha en continua actividad hacia un fin desconocido; la Humanidad, como si se hallara bajo la formidable acción de esas fuerzas que producen en la Naturaleza los grandes cataclismos, avanza, y en su rápida carrera descubre nuevos y dilatados horizontes; y vislumbra allá, en lejano porvenir, el cumplimiento de consoladores presentimientos, entrevé la hermosa imagen del hombre regenerado.

–Entre tanto, la teocracia, que contempla roto a sus pies, su cetro de hierro, que jamás perdona al audaz innovador, que se atreve a profanar con su mano el arca santa donde se guardan encerrados los caducos principios de su fe; que en lugar de favorecer el desenvolvimiento gradual del progreso, pretende sujetar la razón a la ley inexorable de la autoridad; que para gobernar eternamente al mundo, quiere que eternamente se acomoden nuestras acciones a fórmulas sacramentales; la teocracia, en fin, que dejando un vacío en la conciencia, busca la manera de impresionar fuertemente los sentidos por medio de grandes espectáculos, desconocen que sólo por medio de la caridad, como manifestación práctica del amor universal, pueden cicatrizar las profundas llagas abiertas por el egoísmo en las sociedades humanas.

–El Espiritismo, siguiendo en su curso a la humanidad, lejos de hacerla retroceder, intenta franquearle las vías por las que saldrá del estacionamiento, propio de las antiguas exclusivistas creencias.

El brigadier Montero calló y yo le estreché las manos con muda emoción, después de escuchar sus elocuentes párrafos, que eran para mí un himno cantado al Espiritismo.

He copiado las palabras dichas por el orador; pero en la fría escritura no se puede recoger el tono de la dicción, el alma del discurso, el fuego de la

peroración.

Yo miraba embelesada cómo hablaba Montero, poniendo en sus frases la pasión ardiente del convencido y los fulgores del entusiasmo, que irradiaban sus ojos al levantar la frente, cuando acentuaba con fuerza las palabras que a mí me parecían verdades de un evangelio nuevo, jamás modulado por boca humana.

¡Es que el Espiritismo trae en sus alas una oratoria luminosa y radiante!

## **CAPÍTULO XXXV**

### **3º PARTE**

#### **EL ESPIRITISMO**

Ni los antiguos sabios de la Grecia, ni los grandes pensadores de nuestros días, han podido escribir, ni definir una obra tan perfecta, tan llena de episodios interesantes y de sucesos conmovedores, como encierra ese volumen divino llamado hombre.

Ni Voltaire con su profundo estudio del corazón humano, ni el célebre Rousseau con su Contrato Social, ni el inolvidable Lord Byron con sus nostalgias sublimes y sus pesimismos desconcertantes; ni el autor del Quijote, Miguel de Cervantes Saavedra; ni el primer poeta y Filósofo del siglo XIX, Víctor Hugo, ninguno ha llegado a idear una tragedia con escenas tan emocionantes como se encuentra en la historia de algunos seres: que nunca la inventiva humana tiene tan vivos colores como la amarga realidad de la vida.

Yo he leído mucho, muchísimo en este mundo. A los diez años conocí el valor de lo que leía, y durante cuatro lustros he hojeado toda clase de libros, llegando a familiarizarme tanto con las novelas, crónicas, memorias, impresiones, historias y relatos de viajes, que al comenzar a leer un volumen, por el prólogo decidía cuál sería el epílogo, hasta hacérseme monótona la lectura, y decir como aquel indiferente del cuento, que cuando iba al teatro, se dormía tranquilo y al despertarse preguntaba a sus amigos: “¿Se casó, o se murió?” Así discurría yo al comenzar la lectura de un libro, hasta que decidí buscar la fuente de la historia humana en la frente del hombre y en la sonrisa de la mujer.

Cada ser humano que conozco, me sirve de modelo para mis estudios; y así como los médicos de nuestros días, hacen sus experimentos de inoculaciones en distintas especies, y hasta prueban el efecto de sus medicinas en sí mismos, como lo hizo Samuel Hahnemann, el fundador de la homeopatía, y otro sabio cuyo nombre no recuerdo en este momento, que probó en sí mismo el efecto que producía el cloroformo, yo estudio, leo y tomo apuntes en esas criaturas que, si se las mira atentamente, se ve que llevan en su rostro un jeroglífico trazado por el lápiz del dolor.

El haberme dedicado a la propaganda del Espiritismo, me ha hecho conocer a muchísimos desgraciados. Algunos de ellos me han contado espontáneamente su historia; en otros me ha costado el trabajo de ir leyendo línea por línea en la arrugas de su frente, en la expresión de sus ojos, en la inflexión de su voz y en la amarga sonrisa de sus labios; y he creído en la

verdad del Espiritismo, más que por sus fenómenos, por la influencia moralizadora que ejerce sobre el carácter, las costumbres y las pasiones humanas. Este fenómeno, producido por la comunicación de los espíritus, es superior en grado máximo a todos los aportes, apariciones, escritura directa y demás manifestaciones de los seres de ultratumba.

Nada es más difícil en la Tierra que cambiar el modo de ser del hombre: hay vicios tan arraigados y malas costumbres tan inveteradas, que dominan en absoluto, y todo lo más que en una existencia se consigue, es avergonzarse de ellas y tratar de ocultarlas. Esto ya es algo, puesto que se comienza por evitar el dar mal ejemplo; pero dista mucho de ser lo suficiente para regenerarnos; mientras que la comunicación de los espíritus logra en algunos hombres lo más difícil, extirpar de raíz pequeños defectos que suelen pasar inadvertidos para el mundo, pero que no por esto dejan de producir un daño inmenso al que los tiene.

Se nos dirá tal vez que la mayoría de los espiritistas tienen las mismas debilidades y flaquezas que los demás hombres, ¿quién lo duda?

El Espiritismo no ha venido a hacer santos; ha venido a operar una reforma grande, profunda, transcendental, y por esta razón su trabajo es lento; que mientras más gigantesca es la obra, más tiempo se necesita para llevarla a cabo; debiéndose también considerar que el Espiritismo encuentra a la humanidad sumergida en la más humillante degradación. Porque ¿qué mayor envilecimiento para el Espíritu, que comprar su salvación por un puñado de oro, o creer que el acaso acumuló las moléculas que componen su cuerpo, de igual manera que el simún amontona los granos de arena en el desierto?

Las religiones han empequeñecido al hombre; la falsa ciencia le ha enorgullecido, y el Espiritismo tiene que luchar con los ignorantes y con los fatuos, o sea con los tontos de buena fe y los mentecatos envanecidos con su afán de saber. Entre tanta cizaña tiene que implantar el ideal de la justicia, grande y justa, y despertar en el hombre el sentimiento de su dignidad, haciéndole comprender que no hay más cielo ni más infierno que nuestras obras, buenas o malas.

Tiene que demostrar el Espiritismo al obcecado materialista, que su yo pensante no es un poco de fósforo que en mayor o menor cantidad llena las cavidades de su cerebro, puesto que éste, en un momento de crisis, queda inerte, la masa cerebral pierde su vibración y la rápida descomposición de la materia orgánica disgrega el cuerpo, mientras que el entendimiento y la voluntad que le hicieron funcionar siguen vibrando, el yo sobrevive revestido de otra envoltura menos grosera, pensando, sintiendo y queriendo.

Como se ve, el Espiritismo está llamado a verificar una revolución completa en todas las clases sociales, en todas las esferas de la vida, en todas

las inteligencias, y obra tan colosal, no se puede consumir en un corto número de años; ¿qué le cuesta al hombre separarse de vicios que le complacen y de religiones que le tranquilizan, con sofismas que parecen verdades mientras no se analizan a la luz de la razón? ¿Hay nada más cómodo que pecar, confesarse, recibir la absolución de nuestros pecados, y volver a pecar con la seguridad de que la bendición de un sacerdote ha de abrirnos las puertas del cielo?

¿Y qué diremos de los materialistas, que nada encuentran en la creación superior a ellos, creyéndose modestamente el cerebro del Universo?

¿Y dónde hay seres más felices que los indiferentes, que no se preocupan por nada? Decirles que estudien y averigüen porqué nacieron, es exigirles un inmenso sacrificio.

El estudio del Espiritismo viene indudablemente a destruir la paz de algunas existencias que se deslizan en la molicie; flores inodoras, árboles improductivos.

El Espiritismo viene a despertar grandes remordimientos, a destruir muchas ilusiones engañosas; es el microscopio con el cual vemos nuestras ocultas miserias; como son nuestra envidia, nuestro solapado amor propio, nuestra falsa modestia, nuestra sorda murmuración, nuestra escondida avaricia y otros innumerables defectos, consecuencia natural de las anteriores causas, que en gran número pasan inadvertidos en la sociedad, como pasan a nuestra vista los millones de infusorios que se agitan en una gota de agua.

Para estudiar el Espiritismo, se necesita que el Espíritu esté preparado para ello, bien por el progreso adquirido, bien porque sus muchos desaciertos le hayan colocado al borde del abismo, y tomando en serio el adagio a grandes males, grandes determinaciones, se decida a cauterizar las profundas llagas que le hacen vivir muriendo.

Es indudable que se necesita mucho valor para leer uno en sí mismo; por eso abundan los espíritas convencidos, y escasean los que hacen firme propósito de corregirse de sus vicios cuanto les es humanamente posible; mas es innegable que el verdadero espiritista, el que se propone ir por la senda del progreso, llega a poseer virtudes que forman en torno suyo una esplendente aureola, para lo cual cuenta con convicciones profundas, de que la generalidad carece.

Mucho ha de influir eficazmente en el hombre dotado de buena voluntad y de regular criterio, obtener por sí mismo o por otras comunicaciones razonadas, en las cuales le aconsejan los espíritus el cumplimiento estricto de su deber, y sin falsa adulación le den parabién por sus buenos deseos, y sin acritud le reconvengan cuando caiga, diciéndole que son muchos los seres que toman parte en sus penas y en sus alegrías. La certidumbre de ser amado y constantemente protegido es un valioso estímulo

para la virtud y el progreso espiritual, estímulo que casi sólo los verdaderos espiritistas pueden tener; porque son los que tocan la realidad de la vida, libro inédito que enseña más que todos los volúmenes que se guardan en las bibliotecas de la Tierra.

Ahora bien: ¿Es beneficiosa la influencia del Espiritismo? ¿Estamos locos los que creemos que cuando se vulgarice su estudio, muchas almas enfermas recobrarán la salud, y muchos crímenes dejarán de cometerse?

No somos locos, no; los días de la luz se acercan; la aurora del progreso ilumina el horizonte del porvenir. Los espiritistas son los centinelas avanzados, cuyo ejemplo estimula y dice: “Luchad, luchad con denuedo, y venceréis vuestras imperfecciones como las hemos vencido o tratamos de vencerlas nosotros. ¡Querer es poder! Seguid nuestras huellas y os llevaremos por un sendero de flores que nunca se marchitan, al conocimiento de las verdades supremas.

¡El infinito nos espera! ¡En nuestra patria no habrá aurora ni ocaso: en ella brillará siempre el sol esplendoroso del amor universal!

## **CAPÍTULO XXXVI**

### **TODO ES JUSTO**

Un amigo nuestro que vive actualmente en Mérida de Yucatán, nos envió un pequeño artículo necrológico que nos impresionó tristemente, hasta el punto que, preguntamos al Espíritu que generalmente nos guía en nuestros trabajos, si podía decirnos algo sobre aquel ser tan profundamente desgraciado, cuya existencia había sido tan horrible. Y nuestro amigo invisible, viendo que nuestra pregunta no llevaba otro móvil que el estudio y el deseo de dar una lección útil, nos dio algunos pormenores que transcribiremos a continuación del citado escrito, que dice así:

Arcadio Góngora

La naturaleza suele usar burlas espantosas con la humanidad.

Ya en el fondo del hogar, o en la plaza pública, el genio del mal suele hacer sangrientos escarnios del hombre, del rey de la Creación, de ese a quien el Supremo Hacedor formó a su hechura y semejanza, según las frases bíblicas. Suele precipitarlo, desde el trono en que le colocó la natura, hasta los últimos y sucios escalones de la degradación.

Se ha visto a individuos de la especie humana, en todas las gradas de la escala social, proceder como jamás se han conducido los más estúpidos animales.

Pongan ustedes la mano sobre el polluelo de cualquier ave, sobre la cría de cualquier cuadrúpedo, sobre el cachorro de la bestia más feroz, y verán como los padres se abalanzarán sobre ustedes y se desesperarán si se encuentran impotentes para vengar o defender a sus hijos. Y si éstos enferman o se extravían, ¡con qué cariño o angustia los cuidan y curan o los buscan!

Pues bien, se ha visto padres, y lo que es más monstruoso todavía, madres que permanecen indiferentes y frías ante la agonía o el cadáver de un hijo, o que los abandonan y olvidan hasta el extremo de vivir como si nunca lo hubieran concebido y alimentado en su seno... Se ha visto morir a gentes en tales condiciones pero, afortunadamente, no es eso lo regular en la existencia de las sociedades. Tan sombrías reflexiones, me las sugiere el reciente desenlace de un drama que, no por ser humilde el protagonista, ni por haberse desarrollado la acción en la oscuridad de la pobreza, deja de conmover a todo Espíritu pensador y humanitario.

El 13 del presente mes ha dejado de sufrir para siempre un hombre que en la villa fue conocido con el nombre de Arcadio Góngora.

Parece que hace unos treinta y dos años perdió completamente la razón, víctima de cierta predisposición orgánica de raza, determinada por no sé qué descalabro amoroso.

Era entonces un arrogante mancebo de dieciocho a veinte años, lleno de vida y de salud. Desgraciadamente, su locura, inofensiva y apacible al principio, se hizo al poco tiempo hostil y peligrosa, hasta el caso de tener que encadenarle a un poste, como a una fiera, para su propia tranquilidad y la de su familia.

Allí se le llevaba su mísero alimento, de allí no se movía jamás, y allí... vivía como una bestia, y en ocasiones, en peor condición que ésta.

Hace cosa de diez años que yo le conocí. Aún no se ha borrado, ni creo se borre de mi pensamiento, la impresión que entonces produjo en mí su presencia.

Estaba sentado con el codo derecho apoyado en la rodilla, y la mejilla en la palma de la mano, en una pequeña hamaca que era todo el mobiliario de la ruinoso, desaseada y desabrigada choza de guano que habitaba, choza triste y aislada de las demás, como la de un paria o la de un apestado... Con un pie estrechamente aprisionado entre un anillo y el extremo de una cadena de hierro fijada en un poste. Los cabellos, las patillas y las barbas incultas y crecidas, cayendo sobre los hombros. Pecho y espalda formando marco a unas facciones que deberían ser buenas, pero que entonces estaban desfiguradas. Sus negros y azorados ojos casi saltando de sus órbitas y su calzón y camisa sucios y rotos, enseñando en diversos lugares su velluda piel. Parecía un salvaje o un anacoreta, perdido en las profundas sociedades de la selva. Hablaba sin cesar, ora alzando, ora bajando la voz, pero en un lenguaje inteligente y rápido.

Al pararme en el dintel de la puerta, levantó los ojos, los fijó en mí con una expresión que me hizo retroceder y los giró alrededor como buscando algún objeto.

De repente se inclinó, echó mano a una piedra y la arrojó violentamente sobre mí; pero vi el movimiento y me oculté tras la puerta, que recibió el terrible golpe, que de alcanzarme, sin duda me hubiera hecho daño.

Le observé un momento con sincera piedad, y me retiré con el corazón oprimido.

Desde aquel día hasta su muerte, no volví a verle sino dos o tres veces.

Nadie se le podía acercar sin peligro, y su pobre familia, compuesta solamente de mujeres, sufría crueles penalidades para atender a la subsistencia.

Las ocasiones en que transitaba yo por las inmediaciones de su pequeña choza, escuchaba con emoción su cavernosa y sonora voz, cuyo eco, en las altas y silenciosas horas de la noche, vibraba hasta larga distancia y se cernía sobre la dormida villa, y se elevaba al cielo como una dolorosa protesta

contra la sociedad que le abandonaba, o como una misteriosa plegaria impregnada de una tristeza infinita: entonces me preguntaba por qué la justicia divina no devolvía la razón a aquel desdichado, o no hacía cesar para siempre su espantosa desgracia, quitándole la vida, harto pesada para él, por más que no tuviese conciencia de su estado.

Se decía que casi nunca dormía: el aniquilamiento de sus fuerzas le obligaba a callarse y a rendirse a breves instantes de reposo.

En diversas ocasiones, personas caritativas pretendieron enviarlo al hospital general de Mérida, donde si no se le curaba, siquiera estaría aseado y mejor atendido, pero su familia siempre se opuso y rogó que se le dejase, creyendo que por mal que ella pudiese tratarle, siempre estaría mejor que en manos extrañas.

¡Funesto temor! ¡Fatal equivocación que acaso perjudicó al infeliz demente! Por último, hace algún tiempo fue atacado de una enfermedad del vientre que lo fue consumiendo lentamente, que agravó su situación hasta ser anticipadamente devorado por los gusanos, parte de su cuerpo: y el 13 del presente mes la Providencia se apiadó de él, poniendo final a sus padecimientos terrenales. Tenía entonces, aproximadamente, cincuenta y dos años y estuvo demente treinta y dos. Se cuenta que antes de morir, la fugitiva razón, como esos relámpagos que rasgan fatídicos la profunda oscuridad de una noche tormentosa, centelleó sobre su Espíritu al irse éste a desprender de su mísera cárcel. “¡Ea, hermano! –dicen que exclamaba lastimosamente en lengua maya–, llegó entonces la hora de mi muerte”. Cuando la muerte se presenta bajo esa forma u otra análoga creo que en vez de deplorarla, se debe dar un voto de gracia. En esos casos, la muerte, lejos de ser un mal, debe ser un positivo beneficio.

¡Paz al Espíritu de Arcadio Góngora! Repose en la mansión de los mártires.

F. Pérez Alcalá  
Tizimín (Yucatán), 19 de Diciembre de 1882.

Como comprenderán nuestros lectores, este tristísimo relato da margen a serias y dolorosas reflexiones, porque si no hay efecto sin causa, la causa de tan deplorable efecto debe ser horrible, espantosa. Y desgraciadamente no nos engañábamos en nuestros cálculos, porque nuestro amigo invisible nos dijo en su comunicación lo siguiente:

“Grandes remordimientos pesan sobre la vieja Europa, que ha conquistado a sangre y fuego los países que llamáis el Nuevo Mundo y otros hermosos continentes; y no pequeña parte tiene España en esas horribles

luchas, o mejor dicho, en esas matanzas fratricidas en que sucumbieron tantos caudillos vencidos por el número de los contrarios, pero no por el valor y la nobleza de los conquistadores, que llamándose civilizados fueron más indómitos y más rebeldes que los salvajes, más desnaturalizados y más feroces que las mismas fieras”.

“¡Cuántos crímenes se han cometido en esas para vosotros lejanas tierras, en sus bosques vírgenes! ¡Cuántas víctimas se han sacrificado en aras de las más torpes, desenfadadas e inmundas pasiones! Causa horror leer la historia de los terrenales que manchados estáis con todos los vicios, hundidos en la concupiscencia y en la iniquidad”.

“Grandes expiaciones estáis sufriendo, pero, creedme, si fuérais a pagar ojo por ojo y diente por diente, se sucederían los siglos como se suceden vuestras vidas y casi llegaríais a creer en la eternidad de las penas, al ver la continuación de vuestros incesantes martirios, a pesar de la Misericordia Divina. Como las leyes de Dios son inmutables y tienen que cumplirse, tenéis necesariamente que sufrir todos los dolores, todas las agonías que habéis hecho padecer a otros, gozándoos en su tormento. La única ventaja de que disfrutáis al expiar, es que a ningún ser de la Creación le falta alguien que le quiera: miente el que dice que está solo, todos estáis acompañados de un alma que se interesa por vosotros, más o menos, relativamente según la enormidad de vuestro delito, y a falta de racionales, tenéis una raza irracional muy amiga del hombre, tenéis al perro, símbolo de la fidelidad, que con una leve caricia os sirve de guía, de compañero, toma parte en vuestras penas y en vuestras alegrías; esto en la parte visible, que fuera del alcance de vuestra vida material, están vuestros Espíritus protectores dándoos aliento y resignación en las horas de cruenta agonía. ¡Ah! Si estuvierais solos como decís, ¿qué sería de vosotros, infelices? Sí, caeríais anonadados, abrumados ante el terror y la soledad”.

“Si cuando vuestro cuerpo se entrega al descanso, vuestro Espíritu no encontrara una mano amiga que le detuviera y no oyera una voz cariñosa que le preguntara: ¿Dónde vas, pobre desterrado? ¿Creéis que tendría fuerza para reanimar su organismo y comenzar el trabajo de un nuevo día? No. El alma necesita amor como vuestras flores el rocío, como las aves sus alas. Sin ese alimento esencialmente divino no puede vivir; y cuando sus culpas le obligan a carecer de familia, de hogar, de seres afines a él, y tiene que permanecer en una doble prisión, separado de sus semejantes por excelencia, se siente atraído a formar familia, como que es miembro de la familia universal. Recuerda su origen, y sin los lazos del amor, de la amistad, del parentesco, de la simpatía, no puede vivir, y como no puede vivir, por eso no falta quien le quiera, visible o invisible. Por eso el desgraciado dice muchas veces: quisiera siempre estar

durmiendo, porque durmiendo soy más feliz, entonces no me acuerdo de mis desventuras, no es que no se acuerde, al contrario, las ve con más claridad; lo que ocurre es que las ve acompañado de espíritus amigos que le alientan, le fortifican y le ayudan a llevar el peso de su cruz”.

“Todos los que os creéis desheredados en la Tierra, tenéis vuestros tutores en el espacio, quienes cuidan de vuestra herencia y os guardan vuestros tesoros para cuando seáis dignos de poseerlos”.

“Hay algunos espíritus tan depravados, hacen tan mal uso de su libre albedrío, que a éstos necesariamente les dura más tiempo la orfandad, porque rechazan con sus desmanes todo el amor y la tierna solicitud de las almas que quieren su bien, y a este número pertenece el Espíritu que tanto os ha impresionado con el sufrimiento de su última existencia, pero merecido, porque en la Creación, recordadlo siempre, todo es justo”.

“Ese Espíritu, en una de sus anteriores encarnaciones, fue uno de los aventureros españoles, que fueron en la tierra mexicana a imponer sus tiránicas leyes, reduciendo a la servidumbre a sus guerreras tribus, abusando miserablemente de la inocencia de sus mujeres, enriqueciéndose de un modo fabuloso con la usurpación y el pillaje, cometiendo todo género de atropellos, imponiendo su voluntad soberana sobre pueblos enteros, convirtiéndose en un tirano tan cruel que su crueldad rayaba en lo inverosímil. Parecía imposible que aquel hombre hubiera recibido la vida del hálito de Dios, porque si pudieran admitirse dos potestades, la una del bien y la otra del mal, se diría que ese desgraciado era el hijo predilecto del príncipe de las tinieblas, tanta era su perversidad. Brutal y lascivo hasta la exageración, las doncellas más hermosas y los mancebos más arrogantes tenían que acceder a sus impúdicos deseos, su excitación continua era el martirio de sus desgraciados siervos. Valiente y temerario, cometía las más arriesgadas empresas, y sólo le faltaba uncir a su carro triunfal a la hermosísima Azora, virgen mexicana, bella como las huríes del paraíso de Mahoma, casta y pura como las vírgenes del cielo cristiano. Azora era el encanto de su padre y sus hermanos. Su numerosa familia miraba en ella a la elegida del Padre de la Luz, y todos la respetaban como un ser privilegiado, porque sus grandes ojos irradiaban un resplandor celestial, y de su boca salían palabras proféticas que escuchaban con santo recogimiento jóvenes y ancianos”.

“Una tarde reunió a los suyos y les dijo con triste acento: “grandes e invisibles desgracias van a caer sobre nosotros. Las aves de rapiña extienden sus negras alas y cubren de plomizas brumas nuestros límpidos cielos. Temblad, compañeros, no por nosotros, que seremos las víctimas, sino por los verdugos implacables que desoirán nuestras dolencias. Saldremos purificados por el martirio, mas. ¡Ay de los martirizadores!”

“Azora no se engañaba, aquella noche llegaron al valle un centenar de aventureros capitaneados por Gonzalo, que iba en busca de Azora, cuya peregrina hermosura le habían ponderado, y deseaba que fuese una de sus desgraciadas concubinas. La hermosa joven, para evitar derramamientos de sangre, suplicó a Gonzalo que no levantara sus tiendas, que ella le seguiría, pero que respetara la vida de su padre y de sus hermanos. Y como Azora tenía un ascendiente tan extraordinario sobre todos los seres de la Tierra, Gonzalo también sintió su mágica influencia, y por vez primera obedeció al mandato de una mujer”.

“Azora había tomado sus precauciones y había reunido a todos los suyos en gran consejo, y mientras deliberaban sobre lo que debían hacer, la joven fue al encuentro del enemigo, diciendo a sus deudos que iba a ponerse en oración para atraer sobre sus cabezas los resplandores de la eterna luz, que no turbaran su meditación, y como estaban acostumbrados a sus éxtasis, que duraban algunos días, nada sospecharon, y ella mientras tanto se entregó como víctima expiatoria a su verdugo, imponiendo a la vez condiciones que fueron respetadas”.

“Gonzalo sintió por Azora todo cuanto aquel ser depravado podía sentir, y al querer manchar su frente con sus labios impuros la joven le detenía con un ademán imperioso, y él quedaba como petrificado, causándole inmenso asombro su timidez”.

“Los familiares de Azora, al tener noticia de lo sucedido, juraron morir o vengar la deshonra de la casta virgen, consagrada al Padre de la Luz. Ellos ignoraban la mágica influencia que había ejercido la joven sobre su raptor. Para ellos estaba profanada la mujer consagrada a los misterios divinos y su furor no tenía límite”.

“Se pusieron en marcha yendo a buscar a la fiera en su guarida. Gonzalo, al verlos sintió renacer todos sus malos instintos, adormecidos momentáneamente por la mágica influencia de Azora. Se rompió el encanto, y auxiliado por sus inicuos secuaces aprisionó a los sitiadores, les amordazó cruelmente, y Azora perdió la razón cuando la llevaron ante su padre, que era un ídolo para ella, y le vio cargado de cadenas, cubierto de insectos voraces que habían arrojado sobre su cuerpo para que lo fueran devorando lentamente, y ante aquel mártir del amor paternal, consumó Gonzalo la acción más infame, la que más podía herir a aquel desgraciado, profanando el cuerpo de la pobre loca, que cedió a sus impuros deseos cuando se apagó la luz de su clarísima inteligencia; y durante muchos días el padre de Azora sufrió el horrible martirio de ver a su hija en poder de Gonzalo, que se complacía en atormentar a aquel infeliz haciéndole presenciar actos que no se pueden describir”.

“Al fin murió Azora, y Gonzalo siguió insultando a su desgraciado

prisionero, arrojando en sus mazmorras la inmundicia de sus caballos, escupiéndole al rostro, cometiendo con aquellos defensores de su honra toda clase de atropellos”.

“Murió el padre de Azora después de crueles sufrimientos. Sus hijos también perecieron; de aquella tribu de valientes no quedó ni uno, todos sucumbieron en poder de Gonzalo, que siguió cometiendo infamia tras infamia hasta que uno de sus esclavos le asesinó mientras dormía en su lecho, rendido por la embriaguez”.

“Su vida fue un tejido de espantosos crímenes, y como se complacía en el mal, como no le faltaba inteligencia para conocer que su proceder era inicuo, como encontró en su camino hombres de corazón que se propusieron educarle, y él los despreció, su expiación tiene que igualar a la gravedad de su culpa, y ya se ha encontrado en diferentes ocasiones siendo el infortunio su patrimonio. ¡Ha hecho tanto mal!... Sin que por esto le falte en todas sus existencias alguien que le quiera; y Azora, Espíritu de luz, le alienta en sus penosísimas jornadas. Ella fue a la Tierra la última vez con el propósito noble de comenzar la regeneración de Gonzalo, pero su extremada sensibilidad no pudo resistir el choque violento que recibió al ver a su padre en tan lamentable estado. La prueba fue superior a sus fuerzas, que como sólo Dios es infalible, no siempre los espíritus saben medir la profundidad del abismo donde han de caer”.

“Es muy distinto ver las miserias de la Tierra a gran distancia, a vivir en medio de ellas, y son muchos los espíritus que sucumben en medio de sus rudas pruebas y de sus expiaciones”.

“Nunca nos cansaremos de deciros que, por criminal que veáis al hombre, no le corrigáis por la violencia, que harta desgracia tiene con la enormidad de sus delitos”.

“¿Dónde hay mayor infortunio que en la criminalidad? ¿Qué infierno puede compararse con la interminable serie de penosísimas encarnaciones, que tiene que sufrir el Espíritu rebelde humillando al alma? En unas la locura, en otras la espantosa deformidad, en aquélla la miseria con todos sus horrores y sus vergonzosas humillaciones y otros sufrimientos que no es posible enumerar, porque para sumar todos los dolores que puede sentir el Espíritu no hay números bastantes en vuestras tablas aritméticas para formar el total; la imaginación se pierde cuando quiere sujetar a una cantidad fija el infinito de la vida que nos envuelve en absoluto”.

“Después de esas encarnaciones horribles, vienen esas existencias lánguidas, tristes, solitarias, en las cuales la vida es una continua contrariedad. El Espíritu ya se inclina al bien, pero su amor no encuentra recompensa. Almas, al parecer ingratas, miran con indiferencia los primeros pasos de aquel

pobre enfermo que quiere amar y no encuentra en quien depositar su cariño, y hasta las flores se marchitan con su aliento antes de ofrecerle su fragancia. Esas existencias son dolorosísimas; expiación que sufre actualmente la mayoría de los terrenales, espíritus de larga historia, sembrada de horrores y de crueldades. En ese periodo es cuando necesita el hombre conocer algo de su vida, porque ya tiene conocimiento suficiente para comprender las ventajas del bien y los perjuicios del mal. Y, como todo llega a su tiempo, por eso hemos llegado nosotros a despertar vuestra atención; por eso las mesas danzaron y los demás muebles cambiaron de lugar. Y resonaron en distintos puntos de la Tierra las voces de los espíritus, porque era necesario que comprendierais que no estabais solos en el mundo”.

“Muchos suicidios hemos evitado y a muchas almas enfermas les hemos devuelto la salud”.

“A un gran número de sabios orgullosos, les hemos demostrado que la ciencia humana es un grano de arena en comparación con el infinito, con la ciencia universal. Y una revolución inmensa llevaremos a cabo, porque ha llegado la hora del progreso para las generaciones de este planeta”.

“Comenzáis a conocer la verdad que ahora rechazáis, porque la luz os deslumbra, pero al fin os habituaréis a ella, ensancharéis el círculo de vuestra familia terrenal y miraréis en los espíritus, miembros de vuestra familia universal”.

“Seréis más compasivos con los criminales cuando sepáis que también lo habéis sido vosotros y que quizá mañana volveréis a caer; que al Espíritu apegado al mal le cuesta mucho decidirse hacia el bien. Es como el pequeño que da un paso y retrocede cinco, y anda repetidas veces un mismo camino. Pues de igual modo hacéis vosotros y hemos hecho todos los espíritus de la Creación, con la sola diferencia que unos tienen más decisión que otros y más valor para sufrir la pena que se han impuesto”.

“Vosotros, los que buscáis en nuestra comunicación, saludable consejo y útil enseñanza, aprovechad las instrucciones de ultratumba, siempre que éstas os marquen el sendero de la virtud y no halaguen vuestros vicios, ni patrocinen vuestras debilidades. Desconfiad siempre de todo Espíritu que os prometa mundos de gloria en cuanto abandonéis la Tierra. Estudiad historia, miraos sin pasión, y os veréis pequeños, pequeñísimos, microscópicos, llenos de innumerables defectos: celosos, vengativos, envidiosos, avaros, muy amigos de vosotros mismos, pero de vuestro prójimo, no. Y con una túnica tan manchada, no esperéis sentaros a la mesa de vuestro Padre, para lo cual precisáis cubriros con vestiduras luminosas y así poder penetrar en las moradas donde la vida está exenta de penalidades, sin que por esto los espíritus dejen de entregarse al cultivo de las ciencias y al nobilísimo trabajo

de la investigación, porque siempre tendrán las almas algo más que aprender”.

“Nosotros venimos a demostrar que el alma nunca muere y que el hombre es el que así mismo se premia o se castiga; que las leyes de Dios, que son las que rigen la Naturaleza, son inmutables. Venimos a aconsejaros, a fortaleceros, a enseñaros a conocer la armonía universal, a contaros la historia de vuestros desaciertos de ayer, causa de vuestros infortunios de hoy. Esta es la misión de los espíritus cerca de vosotros, impulsaros al trabajo, al cultivo de vuestra razón, que es la que os ha de conducir al perfecto conocimiento de Dios. Cuando comprendáis que en la Creación todo es justo, entonces será cuando adoréis a Dios en Espíritu y verdad, entonces alabaréis su nombre con el hosanna prometido por las religiones, que aún no se ha cantado en la Tierra por la raza humana; las aves son las únicas que lo entonan cuando saludan al astro del día en su espléndida aparición”.

“Recordad siempre que no hay gemido sin historia, ni buena acción sin recompensa. Trabajad en vuestro progreso, y cuando encontréis uno de esos desgraciados, como el Espíritu que ha dado origen a nuestra comunicación, compadecedle, porque tras de aquel sufrimiento tan horrible, le esperan por razón natural muchas existencias dolorosísimas, en las cuales la soledad será su patrimonio, y aunque como os he dicho antes, el Espíritu nunca está solo, al alma enferma le sucede lo que al hombre cuando sale de una enfermedad gravísima, que en la convalecencia está tan delicado, tan impertinente, tan caprichoso, tan exigente, que toda su familia tiene que mimarlo, acariciarlo y prestarle los más tiernos cuidados; y esto mismo exigen los espíritus cuando salen del caos de los desaciertos y comienzan su rehabilitación; entonces quieren el amor de la familia, la simpatía de los amigos, la consideración social, y como no han ganado lo que desean, como no lo merecen, no lo tienen. Y aunque no les falte un ser que les quiera y les compadezca, eso no es bastante para ellos. Quieren más, y corren anhelantes tras un fantasma que los hombres llaman felicidad, y como el judío errante de la leyenda, cruzan ese mundo sin encontrar una tienda hospitalaria donde reposar”.

“La mayoría de los seres encarnados en la Tierra, sois enfermos convalecientes, y sólo en los espíritus encontraréis los médicos del alma que calmarán vuestra sed devoradora”.

“Estáis cansados y fatigados, tenéis hambre, tenéis frío; reposad un momento, vuestros amigos de ultratumba quieren hacer menos penosa vuestra jornada, demostrándoos con hechos innegables que en la vida infinita todo es justo”.

¿Qué expresaremos después de lo que nos ha dicho el Espíritu? Que estamos completamente de acuerdo con sus razonadas consideraciones. Por experiencia harto dolorosa tenemos que concederle la razón y repetir con él

que la Tierra es un hospital de generaciones enfermas que están pasando la convalecencia. Sólo los espíritus de buena intención son los que pueden conseguir con sus sanos consejos nuestro alivio y regeneración.

Nosotros, hemos debido al estudio del Espiritismo los goces más puros de nuestra vida. Hemos adquirido una profunda resignación y un íntimo convencimiento de que nadie tiene más de lo que se merece. Esta certidumbre es la verdadera, la única felicidad que puede tener el Espíritu en medio de su expiación.

Nosotros, estudiando la Naturaleza, leyendo en ese libro que nunca tendrá fin, admirando la exactitud matemática que tienen sus leyes, trabajamos cuanto nos es posible en nuestro progreso, y cuando la soledad nos abruma, cuando el desaliento nos domina, miramos al cielo, vemos en él los resplandores de la eterna vida y decimos: ¡En la Creación todo es justo!

## **CAPÍTULO XXXVII**

### **PLEGARIA**

Pocas veces Señor hasta ti elevo mi férvida oración, porque en mi vida de azares y miseria, no me atrevo a elevarte mi voz desfallecida.

Yo sé, que tu justicia es inmutable, yo sé, que tu grandeza es sobrehumana, yo sé, que tu creación es admirable, y que la vida eterna de ti emana.

Yo sé, que si padezco, es merecido el horrible dolor que me tortura; yo sé, que si me olvidan, di al olvido; yo sé, que es expiación mi desventura.

¿A qué rogarte, pues, si de tus leyes no puedes alterar lo que has creado? Si igualas a los siervos con los reyes y a todos, el progreso has otorgado.

¿A qué perder el tiempo en oraciones si con rogar el hombre no adelanta?... Qué inútiles serán las constricciones si el Yo en su libertad no se levanta.

Esto pensaba, y con ardiente anhelo trabaja mi Espíritu animoso; y al espacio tendía su raudo vuelo que de la luz y de amor estaba ansioso.

Mas hoy Señor, me encuentro confundida, no soy la que era ayer, absorta quedo; veo un abismo profundo ante mi vida... ¿Qué siento?... No lo sé; mas tengo... ¡Miedo!...

Un miedo horrible, sí; yo me pregunto: ¿Conservo mi razón libre y serena? ¿No me preocupa imaginario asunto? ¿Me llegó a enloquecer mi propia pena? ¿Por qué vacilo y tiemblo, sin que el llanto resbale por mi rostro macilento? ¿Por qué siento en mi ser horrible espanto?

¡Ilumina gran Dios mi pensamiento! ¡Dame luz! ¡Mucha luz!... Tú ves mi anhelo, yo quiero progresar, yo necesito que mi razón osada tienda el vuelo por el inmenso mar del infinito.

Yo, Señor, de la vida de ultratumba encontré la verdad de tu grandeza, y mi razón no quiero que sucumba cuando valiente a levantarse empieza.

Yo no quiero de absurdas religiones encontrar hoy las infecundas huellas, yo quiero derribar las tradiciones con el polvo de la luz de las estrellas.

Yo no quiero leyendas religiosas, yo no quiero el estéril fanatismo, no quiero narraciones milagrosas, porque éstas, sólo dan oscurantismo.

Yo quiero que los seres invisibles que inspiren mi agitado pensamiento, me hagan ver que no existen imposibles para el que luchar, sabe con talento.

No quiero de ultratumba bendiciones, ni quiero religioso formalismo, porque esto es aumentar aberraciones, y darle nueva vida al fanatismo.

No es el Espiritismo el encargado de levantar más ídolos y altares. ¡Atrás pálidas sombras del pasado! Ya no son los terrenos lares.

Ya la razón avanza presurosa invadiendo gozosa la conciencia. ¡Ya fulgura la luz esplendorosa del astro refulgente de la ciencia!

Y todos los sofismas religiosos, cual hojas secas que arrebatara el viento, huyen a los lugares tenebrosos donde no se conoce el sentimiento.

Allá, donde las tribus van errantes, llevando de sus muertos los despojos; allá, donde los odios imperantes entre hermanos, despiertan los enojos.

Allá, donde los hombres se destrozan y devoran los restos del vencido; allá, donde los salvajes se alborozan, harán las religiones nuevo nido.

Porque allá, son sus ritos necesarios, allá, su formalismo es conveniente; allá, deben quemarse en incensarios perfumes ante el Ser Omnipotente.

Allá, se levantan los altares con la imagen de un Dios crucificado; y ante Él alzan los fieles sus cantares, diciendo: –¡Que sea Dios glorificado!

Allá, las milagrosas tradiciones, la mortificación de los ascetas; allá, podrán vivir las religiones con su cohorte de santos y profetas.

Mas no aquí donde el genio se levanta y le dice a la ciencia: “dame aliento, yo quiero dejar huella de mi planta alzándote glorioso monumento”.

“Yo quiero unir los pueblos desunidos por los azares de infecunda guerra; yo quiero libertar los oprimidos que gimen en los antros de la Tierra”.

“Yo quiero difundir la luz bendita que destruye el fatal oscurantismo; que la razón del hombre necesita levantarse del fondo de un abismo”.

“De un abismo insondable, y tan profundo, que contemplarle sólo, causa espanto; ven, suprema verdad, ¡reina del Mundo! ¡Cubre a la Tierra con tu hermoso manto!”

Esto dice el progreso en el presente. ¡La razón soberana centellea! El ansia de saber se alza potente y el Yo dice arrogante: ¡La luz sea!

Y todo cuanto evita alzar el vuelo a la humana razón en nuestros días, me inspira repulsión; porque recelo que lleguen otra vez horas sombrías.

Y harto tiempo ha gemido esclavizada la humanidad creyendo mil errores; ¡atrás sombras de Arbués y Torquemada! Que la verdad difunde sus fulgores.

No vengáis con ocultas asechanzas y en comunicaciones amorosas, prodiguéis engañosas alabanzas a las almas sencillas y piadosas.

No tendáis vuestra red, porque es leve la menguada intención que sustentáis; vuestra loca ambición todo lo mueve. ¡Hasta después de muertos trabajáis!

Queréis resucitar aquel pasado de santos, de milagros y prodigios; sin recordar que todo ha caducado, que el tiempo se ha llevado los vestigios.

De aquellas mentirosas santidades que a las naciones tanto embrutecieron, ¡hoy la ciencia es la luz de las verdades! ¡Los santos de sus tronos descendieron! Sobre sus altares derruidos se levanta gigante observatorio; y en él, los verdaderos elegidos.

Los que niegan infierno y purgatorio, contemplan con asombro el

firmamento, van contando y sumando las estrellas; diciendo con sublime arrobo: ¡Dios va dejando de su paso huellas!

¡Qué grande es Dios! Atónita la muerte no puede describir grandeza tanta; ¡Su mirada es la luz que hay en Oriente! ¡Los mundos van brotando tras su planta!

Esta es la religión de nuestros días, espíritus que amáis el retroceso; que pronunciáis mentidas profecías, que detenéis la marcha del progreso.

Que acudís a reuniones familiares y a seres ignorantes domináis, diciendo que sois genios tutelares y con torpe intención fanatizáis a los médiums sencillos y creyentes que hasta sufren gozosos la dolencia que en su cuerpo causáis: ¡Pobres dementes! ¡Qué mal emplean los días de su existencia!

Para seguir las mismas tradiciones, para entrar en un nuevo misticismo, para crear insensatas religiones, para hundirme otra vez en un abismo.

No quiero de los seres de ultratumba el escuchar sus pérfidos consejos; no quiero no, que mi razón sucumba. ¡Quiero luz! ¡Mucha luz!... ¡Lejos!... ¡Muy lejos!...

De mí, las asechanzas invisibles que vayan dominando mi conciencia; sus hilos aunque son imperceptibles forman tupida red, y en la impotencia dejan a los que incautos se doblegan a la dominación de los que se fueron; y en aguas de opresión navegan los que su libertad no defendieron.

¡Señor! Si es que tú escuchas las plegarias que a ti elevan las almas doloridas, que viven sin amparo, solitarias, y en ti piensan al verse desvalidas.

Escúchame, Señor, yo te lo imploro, no te pido grandezas, ni placeres; no quiero que me des ningún tesoro, mas sí que me libertes de esos seres que vivieron ayer en la impostura y siguen trabajando por su credo, con la ciega ambición de su locura; porque sus asechanzas me dan miedo.

Porque he visto a hombres serios y sensatos siguiendo rutinarios formalismos; y más que espiritistas, son beatos que pierden la conciencia de sí mismos.

Y ciegos, obedientes y sumisos la voz de los espíritus escuchan, y en

todas sus acciones indecisos estacionados quedan, mientras luchan los que conservan libre su albedrío, los que no han abdicado sus derechos, los que tienen en sí bastante brío para ser responsables de sus hechos.

De estos quiero yo ser, vivir luchando, estudiando, pensando y aprendiendo. Yo misma mi presente rescatando y mi pasado en el olvido hundiendo.

¡Concédeme Señor lo que te pido! ¡Oh! ¡Tú que en los espacios centelleas! ¡Tú que al trueno le distes el estampido, déjame lucidez en las ideas!

No permitas que espíritus rastreros me halaguen con palabras amorosas; diciéndome que son los mensajeros que harán revelaciones asombrosas.

No me acerques a astutos religiosos que quieran dominar mi inteligencia; yo sé que los momentos son preciosos y no quiero perder esta existencia. Qué hartos siglos sin duda habré perdido cuando tan sola y triste me he encontrado; sin poder fabricar mi pobre nido, ni la sombra tener de un hombre honrado.

Quiero en contacto estar con almas buenas que me den evangélicas lecciones; quiero el consuelo ser de muchas penas, quiero aliviar inmensas aflicciones.

Quiero prestar a seres indigentes mis cuidados, constantes y prolijos; quiero amar a los niños inocentes, quiero ver en los huérfanos mis hijos.

Esto anhelo, Señor, porque ambiciono comprender tu grandeza soberana; y sé, que si mi Ser no perfecciono nada puedo esperar de mí mañana.

Y yo quiero subir, tender mi vuelo para ver las magníficas regiones que brillan en las bóvedas del cielo: que llamamos aquí constelaciones.

¡Mundos llenos de luz y de poesía, donde deben vivir humanidades que admiren en su gran sabiduría: la suprema verdad de las verdades!

Esto anhelo, Señor, esto te pido confiando en tu justicia sobrehumana.

¡Quiero hundir mi pasado en el olvido! ¡Quiero ser redentor en el mañana!

Acoge la plegaria dolorida que a ti eleva en sus cuitas un proscrito;  
sólo tú saciarás mi sed de vida: ¡Porque eres el raudal del infinito!

## **CAPÍTULO XXXVIII**

### **SE DEBE ENTRAR POR LA PUERTA, PERO NO POR LA VENTANA**

Dije hace mucho tiempo que, de cien centros espiritistas, si me fuera posible haría cerrar gubernativamente noventa y nueve; y recuerdo que el general D. Pascual de Lacalle, espiritista de muy buena fe, al que yo llamaba el aristócrata del presente y demócrata del porvenir –alma de niño, vestida de soldado–, vino a verme diciéndome que parecía mentira que yo hubiese escrito semejante barbaridad, cuando los centros espiritistas eran el refugio de los desventurados, de los afligidos, de los vencidos en el rudo combate de la vida, y cuando yo le debía al Espiritismo el no haber ingresado en algún asilo benéfico, habiendo adquirido entre los espiritistas una familia numerosa que se interesaba por mi presente y mi porvenir. Yo le dejé hablar cuanto quiso, porque le quería, le respetaba y admiraba por su inmensa fe, y cuando concluyó de reconvenirme y de hacerme cargos muy severos, acusándome de desagradecida, entonces le dije:

–Pues mira lo que son las cosas, por lo mismo que si no hubiera sido por el estudio del Espiritismo yo hubiera apelado al suicidio antes que vivir recluida en un asilo benéfico, por lo mismo que he adquirido una familia cariñosa compuesta por todos los espiritistas que hablan la lengua de Cervantes, por lo mismo que en las comunicaciones de los espíritus he encontrado la explicación de las anomalías y de las aparentes injusticias que se observan en cuanto nos rodea, por lo mismo que he hallado la esplendente luz de la verdad y con ella la íntima convicción de que Dios existe y que su ley es la justicia en acción, por eso mismo mi Espíritu se subleva cuando veo que a la sombra del Espiritismo se cometen verdaderas infamias, fingiendo comunicaciones de espíritus familiares que piden a los suyos misas y responsos y cantidades más o menos importantes para suprimir los sufrimientos de un Espíritu.

–Eso no puede ser –me contestó Lacalle– yo no puedo creerlo.

–Pues desgraciadamente es verdad. Él trató de convencerme de que yo no estaba en lo cierto, pero no lo consiguió, porque yo sabía de muy buena tinta que a la sombra de los espíritus se engañaba miserablemente a personas ignorantes e impacientes que entraban a la escuela espiritista no por la puerta del estudio, sino por la ventana de la curiosidad, y nada más imprudente y de peores resultados, que pedir comunicaciones a médiums de oficio que mienten descaradamente, unas veces los espíritus y otras los mismos médiums.

Por lo mismo que el Espiritismo es la ampliación del Cristianismo y

sus enseñanzas no pueden ser más morales y consoladoras, por eso son más lamentables los inicuos abusos que se cometen a su sombra.

Han pasado los años y he ido adquiriendo la tristísima experiencia, de que yo estaba en lo cierto al desear la supresión de la mayoría de los centros espiritistas, pues muchos de ellos son semilleros de obsesiones y otros a semejanza de árboles cuyas raíces sobresalen a la superficie de la tierra, formándose con esas raíces grupos familiares, donde corren parejas la audacia de los médiums y la ignorancia de los concurrentes que, de buenas a primeras, quieren comunicarse con toda su parentela sin haberse tomado el trabajo de leer un libro espiritista, y estos desgraciados que entran por la ventana de la curiosidad en la escuela espiritista son las víctimas de los explotadores del Espiritismo, inventando comunicaciones y ofreciendo mediumnidades a los incautos que, con sobrada ignorancia y buena fe, se perjudican ellos mismos y perjudican a los demás, pues como decía el Espíritu del Padre Germán, “aquel que tolera y consiente el abuso, es tan culpable como el abusador”.

Estas reflexiones se me ocurren por haber hablado con una buena señora a quien, para su desgracia, alguien le habló de Espiritismo, y ella, cuya mirada demuestra que tiene sed de infinito y quizá algunas mediumnidades en germen, acudió a uno de esos antros donde se roba a los incautos sin riesgo alguno, y allí la supieron embaucar de tal manera que para comprar el perdón de un Espíritu que la atormentaba desde el Espacio por el odio que le profesaba, la cuitada entregó doscientos duros, menudeando después otras cantidades menores para quedarse libre de enemigos espirituales. Resumiendo: la engañada ha entregado más de quinientos duros para adquirir todas las mediumnidades habidas y por haber, pero, en honor a la verdad, lo que ha conseguido es una gran excitación nerviosa, no encontrando reposo en ninguna parte.

Me cabe la satisfacción de haber hecho en su favor todo cuanto he podido para hacerle comprender lo que es el Espiritismo; ha comprado las obras de Allan Kardec y va estudiando la Filosofía Espiritista con el mayor deseo de conocer la verdad.

¡Qué lástima me daba al oír sus cuitas! No es una mujer completamente ignorante, sabe apreciar lo que oye; si escucha una buena comunicación se conmueve extraordinariamente y llora lamentando su torpeza. Revela buenos sentimientos y escucha mis consejos atentamente, sorprendiéndole muchísimo que yo le dijera: no siempre lo bueno es bueno, no siempre las comunicaciones de los espíritus iluminan nuestra inteligencia; antes de relacionarnos con ellos, debemos prepararnos para no caer en las garras de los explotadores de aquí y de los mal intencionados de allá.

El estudio razonado del Espiritismo es la luz, es la vida, es acercarse a

las fuentes del saber y de la virtud; el verdadero espiritista sabe sufrir, sabe esperar, distinguir con su claro y educado entendimiento el oro del oropel: no se impacienta, no se desanima, no se desespera ni apela a la violencia del suicidio en un caso extremo, como tampoco hace proyectos de venganza para martirizar a sus enemigos, no; el verdadero espiritista vive plenamente convencido de que cuanto le acontece, sea próspero o adverso, es obra de sí mismo, pues nadie, absolutamente nadie ha echado leña en la hoguera donde se consume a fuego lento su dolorosa existencia; él, y sólo él, es el que sembró en su escabroso camino las punzantes espinas que hoy le hieren sin piedad sus ensangrentados pies, ya que nadie le empujó al abismo del crimen; él fue quien descendió por la resbaladiza pendiente de los vicios hasta caer en el pozo sin fondo de la degradación, olvidando lo que el hombre se debe a sí mismo.

El Espiritismo rompe los múltiples velos que cubren nuestro pasado; es el potente telescopio con el cual se miran a través de los siglos nuestros hechos punibles y es el perfeccionado microscopio con el cual vemos lo infinitamente pequeño de nuestros innumerables defectos, de esos defectos que son como los infusorios que a simple vista no los vemos, pero que sin embargo existen, como existen en una gota de agua millares de diminutos seres a los cuales ni remotamente observamos con nuestros ojos materiales, lo cual no es muy ventajoso para vivir en este mundo, pues basta con recordar lo que decía Bartrina: “Si quieres ser feliz como me dices, no analices muchacho, no analices”. Si nos viéramos tal como somos, ¡Cuántos moriríamos de vergüenza! Por eso los impacientes del Espiritismo que preguntan a los espíritus lo que han sido ayer, en el pecado llevan la penitencia. Nuestro afán en todo sólo debe ser uno: entrar por la puerta, jamás por la ventana.

## **CAPÍTULO XXXIX**

### **LAS RELIGIONES Y EL ESPIRITISMO**

#### **LA FUENTE Y EL MAR**

Junto al mar, de un peñasco brotaba  
fuente humilde, que en él destilaba  
gota a gota, su limpio raudal;  
y le dijo la mar espumosa:

¿Quién te manda arrojar, lacrimosa,  
en mi seno tu pobre raudal?

Vasto mar, le contestó la fuente,  
sin alardes y en mansa corriente,  
de mis perlas yo tengo merced,  
porque falta en tus olas bravías,  
lo que sobra en las lágrimas mías,  
una gota que apague la sed.

Luis Romero Espinosa

Del apólogo que antecede a estas líneas me impresionó tan profundamente su lectura, que no puedo menos que escribir algunas consideraciones sobre su interesante asunto, comparando las olas del mar con las religiones y las gotas de la fuente con las comunicaciones de los espíritus, que calman la sed de las almas sedientas de consuelo. Consuelo que no presta ninguna religión a las almas pensadoras. Lo sé por experiencia.

Antes de conocer el Espiritismo yo entraba en las iglesias, miraba las imágenes de las dolientes vírgenes, de los cristos moribundos, de los santos milagrosos. Miraba las reliquias de los mártires y me parecía que pasaba revista a una colección de antigüedades más o menos auténticas, permaneciendo mi alma completamente muda, sin que mis sienes apresurasen los latidos ni mi corazón sintiera la menor agitación. Y no es porque yo mirara con prevención cuanto me rodeaba, muy al contrario, porque yo quería creer para poder esperar. Yo envidiaba a las buenas mujeres que rezaban fervorosamente al pie de los altares y decía con tristeza: “¿Qué haría yo para creer en los misterios religiosos? ¿Tan mala soy que Dios me arroja de su iglesia?” Y que me arroja es verdad, porque estas imágenes no me inspiran el

menor respeto sino maravillas artísticas. Como sean, medianas o menos que medianas, las destruiría a imitación de los iconoclastas del siglo VIII que no querían el culto de las imágenes, y lo peor, todavía, es que me río de las malas esculturas y de los mamarrachos que veo pintados en grandes liencillos, y aunque dicen que la fe salva, no admito en manera alguna que para adorar a Dios se hagan monigotes de barro y se pinten extrañas caricaturas.

Y salía de la iglesia contrariada, porque yo quería creer en algo, ¡y no podía creer en nada!

Mas no cejaba en mi empeño. Volvía a la carga con nuevos bríos, visitando catedrales y templos de gran lujo, escuchaba a distintos oradores sagrados y al terminar la función religiosa, murmuraba con desaliento recordando la célebre frase de San Agustín: “Vanidad de vanidades y todo vanidad”. En aquellas olas bravías no había una gota de agua que saciara la sed de mi alma.

Muchos años estuve batallando, buscando en las religiones algo que me hablara de Dios. Recuerdo que estando en Madrid, un jueves Santo por la tarde, salí de la fastuosa iglesia de San Sebastián, donde se dan cita todos los ricachos de la calle Atocha, y me dirigí a la humilde calle de Calatrava, donde estaba situada una capilla evangélica. Era un salón grande y destartalado, con las paredes blanqueadas en las que campeaban algunos versículos de la Biblia. Los fieles se sentaban en bancos bien alineados y el pastor dominaba a la multitud subido en un estrado o plataforma, detrás de una mesa cubierta con un tapete encarnado sobre la cual descansaba una gran Biblia.

Aquel decorado tan sencillo me agradó extraordinariamente y dije entre mí: ¡Si encontrase aquí lo que deseo! Al pronto lo creí, pero mi ilusión fue tan breve como la lozanía de las rosas, porque el que creía en Jesús era salvo, pero, ¿y los millones de individuos que no creen en Jesús? ¿Qué sería de ellos? En resumidas cuentas, me convencí de que todas las religiones son lo mismo, ninguna lleva el consuelo a las almas perniciosas. Los que tienen la perniciosa manía de pensar, no pueden creer en los cuentos de las religiones. Es de todo punto imposible.

Cuando conocí el Espiritismo entonces me puse muy sobre aviso, me volví toda ojos para ver y oídos para oír, porque eso de que todos, absolutamente todos, podían llegar a ser sabios y buenos, si se empeñaban en serlo, era altamente consolador. Eso de que el creyente y el ateo, el fanático y el escéptico, todos podían progresar eternamente, me llenaba de júbilo. Se habían derrumbado los cimientos del cielo y del infierno, no existían más que innumerables mundos donde las humanidades adquirirían conocimientos científicos y dulcificaban sus sentimientos por medio de amorosos sacrificios, y esto se tocaba, se veía, no había lugar a la duda, porque los muertos

hablaban. La madre tierna, el padre amoroso, el hijo mimado, el amante arrebatado por la muerte prematura, todos se levantaban de sus tumbas y llamaban a sus deudos produciendo ruidos, traslación de muebles, tirando los unos piedras, los otros flores, aquéllos durmiendo, niñas inocentes que hablaban y decían cosas maravillosas. Y no era una alucinación de unos pocos, era una revolución general en el viejo y nuevo continente. No eran gentes sencillas las que habían visto los extraños fenómenos, eran también los sabios, los reyes, los príncipes, los teólogos. A una hora dada habían hablado en todos los países las lenguas de fuego, cumpliéndose las bíblicas profecías, y las comunicaciones de los espíritus no eran las olas bravías, eran las gotas de la fuente que saciaban la sed de las almas atribuladas y sedientas. ¡Oh, las comunicaciones de los espíritus!... No hay nada más consolador ni más persuasivo, han hecho más bien los médiums parlantes y escribientes que todos los mártires que han muerto por defender su credo religioso. ¡Benditas sean las comunicaciones de los espíritus!...

“¡Oh! ¡Sí, benditas sean! –Me dice un Espíritu–, no sabes tú aún el inmenso consuelo que prestan, porque no te has visto en uno de esos trances horribles en que la justicia humana se apodera de un criminal y le condena a muerte. Yo sí, me he visto en mi última existencia al pie del patíbulo. Maté a un hombre con locura, el odio más feroz levantó mi brazo y herí a fondo, una sola puñalada bastó para matar a mi rival. Mas no esquivé el castigo, yo mismo me entregué a la justicia diciendo: “Lo maté porque quería arrebatarme a la mujer de mis sueños, y si cien veces resucitara, cien veces le mataría. Estoy satisfecho de mí mismo, no me importa morir”. La madre de mi víctima era una mujer de gran influencia social y trabajó lo indecible para llevarme al cadalso. Pero la familia de mi adorada también era rica y poderosa y empleó todo su valimiento para salvarme la vida. Como luchaban fuerzas iguales el proceso duró largo tiempo, hasta que por fin me condenaron a muerte. Entonces se estaba en capilla tres días, gran número de sacerdotes me rodeó para obtener mi confesión, pero me negué a confesar y me empeñé en guardar silencio. La segunda noche de estar en la capilla me acosté diciendo que me dejaran solo. Lo conseguí en parte porque mis guardianes se alejaron todo lo posible de mi lecho y a poco vi delante de mí la sombra de mi víctima, no amenazadora y vengativa, sino dulce y sonriente, me quedé asombrado, y más creció mi asombro cuando me dijo muy bajito: “Te van a matar porque me creen muerto y estoy vivo, pero no está vivo mi odio, éste ha muerto. Ya no soy tu rival, lo he sido durante muchos siglos. Los dos hemos querido siempre a una sola mujer, he visto después de mi muerte muchas páginas de nuestra historia y ha llegado el momento de nuestra reconciliación. He venido para decirte que no morirás en el patíbulo, yo he trabajado para que te indulten de la

pena de muerte. Mañana confiésate, muestra arrepentimiento, te conviene hacerlo así. Nos volveremos a ver, no reveles a nadie que me has visto”. Y la sombra se desvaneció”.

“¿Qué sentí entonces? No lo sé, pero no me sorprendí de lo ocurrido. Confesé al día siguiente y supe que se habían puesto en juego las mayores influencias para alcanzar el indulto. Estuve rodeado de muchos sacerdotes y junto a mí vi de nuevo la sombra de mi víctima, que, apoyando el índice en sus labios, me decía claramente con su ademán que me callara. Me callé, y a la mañana siguiente, tranquilo y sereno, subí las gradas del patíbulo. El verdugo y sus ayudantes trabajaban con lentitud y torpeza, la sombra se encargaba de que sus movimientos fueran tardíos. Ya me habían sentado y la sombra seguía junto a mí. De pronto se oyeron gritos: ¡El indulto! ¡El indulto! Y, efectivamente, el obispo de la diócesis, rodeado de un grupo de caballeros, llegó al pie del patíbulo agitando un papel y extendiéndome sus brazos, hacia los cuales me empujó la sombra de mi víctima”...

“Como con el oro todo se consigue, algún tiempo después pude evadirme de la prisión, llegué a Nueva York, y allí me esperaba la mujer de mis sueños. Allí me uní a ella con lazo indisoluble y allí el Espíritu de mi víctima se despidió de nosotros, diciéndonos: –Querred mucho a vuestro primer hijo”.

“Pasó mucho tiempo, mucho, y el niño esperado no venía. Al fin vino, mi esposa y yo le recibimos con palmas y olivo, sostuve sus primeros pasos, escuché sus primeras palabras, asistí a sus primeros juegos. Era un niño de un carácter impetuoso. Tendría unos siete años y ya manejaba admirablemente las armas de fuego. Un día, jugando con una pistola que yo creía descargada, salió el tiro y me atravesó el corazón. Mi esposa creyó volverse loca, pero mi matador era un niño inocente, y aquel niño, ¡Era nuestro hijo!... Aún van a visitar mi tumba. Mi esposa ha vivido consagrada a su hijo, y éste me ha guardado un cariñoso recuerdo. Mi muerte cambió por completo su carácter: de impetuoso se volvió tranquilo, de soberbio en humilde, y yo velo ahora por ellos. Mi hijo era mi rival de ayer, mi muerte fue el punto final de un periodo de nuestra historia. ¡Estudia, estudia el Espiritismo y bendice la hora suprema en que irradió su luz sobre la Tierra!”.

“Adiós”.

Sí que lo estudiaré, mi buen Espíritu, no tengo más sentimiento, sino que mi cuerpo decae y no puedo trabajar todo lo que yo quisiera en la propaganda del Espiritismo, fuente de consuelo cuyas gotas calman la sed de las almas atribuladas.

¡Religiones! Sois olas bravías que no tenéis ni una gota de agua que

calme la sed de seres pensantes. ¡Comunicaciones de los espíritus! Vosotros sois la fuente humilde que derrama su limpio raudal en el calabozo del presidio, en el lecho de un hospital, en el tugurio del mendigo, en el tocador de la meretriz, en el palacio de los reyes, en el taller de la obrera, en todas partes. A semejanza del Sol, que ilumina con sus rayos todo el haz de la Tierra, así la voz de los espíritus resuena en todos los ámbitos de este mundo.

¡Benditas sean las comunicaciones de los espíritus, porque ellas son las gotas de agua que calman la sed de las almas enfermas!

## CAPÍTULO XL

### ESCRITOS DE AMALIA...

En el mes de marzo de 1884 el padre Sallarés (escolapio) dio en la Catedral de Barcelona una serie de conferencias, en las cuales combatió *el falso sobrenaturalismo de la secta de los espiritistas*, y yo combatí sus argumentos escribiendo diez artículos que se publicaron en **El Diluvio** y en **La Luz del Porvenir**.

En mayo del mismo año, el editor espiritista D. Juan Torrens me cedió la propiedad del periódico La Luz del Porvenir, que llevando cinco años de publicación, tenía puede decirse su vida asegurada, puesto que cubría gastos, y desde aquella fecha vengo publicando La Luz del Porvenir, sufriendo las consecuencias de ser, como dice el refrán, cabeza de ratón en vez de cola de león.

Muy bueno es ciertamente poseer un periódico, puesto que en él se pueden insertar escritos propios que por su índole o por su mucha extensión, son rechazados por otras publicaciones por el tema que en ellos se trata, y por otras muchas causas. Mas, ¡ay! Que esta hermosa libertad de acción se compra con muchas noches sin sueño, con innumerables horas de angustia, de ansiedad y sobresalto, que agotan la existencia, cuando se lucha con ese enemigo formidable que se llama ¡la miseria!... Cuando no se tiene lo suficiente para cumplir con todos los compromisos que crea una publicación, aunque ésta sea modestísima como lo es mi humilde La Luz del Porvenir, queriendo vivir sin deber al impresor, como me sucede a mí, pues siempre he creído que las deudas no dan otra cosecha que inquietudes y murmuraciones.

En el mes de febrero de 1885 el padre Fita (de la compañía de Jesús) habló en la Catedral de Barcelona sobre el Espiritismo, y yo combatí sus aseveraciones escribiendo nueve artículos que publicaron **El Diluvio** y **La Luz del Porvenir**, tuvo tanta aceptación ambas refutaciones, que los espiritistas de Cienfuegos formaron con ellas un libro titulado Impresiones y Comentarios sobre los sermones de un Escolapio y de un Jesuita.

Para dicha obra escribí un prólogo que copio a continuación.

### A LAS MUJERES DE CIENFUEGOS Y DE TODOS LOS PUEBLOS

¿Qué es la mujer? Según el diccionario, es la criatura racional del sexo femenino, la casada con relación al marido. Y en tan breves palabras (si bien se considera) está perfectamente sintetizada la importancia social de la mujer.

Ella forma parte de la humanidad terrena, y con ella se crea el hogar de la familia. Sin ella no puede haber en la Tierra ángeles bellos con rubia cabellera, ojos azules, mejillas de rosa, frente de azucena y boquita de perlas y coral. Sin ella el hombre no puede sentir esa inquietud divina llamada amor, ni esa adoración a las únicas santas de este mundo conocidas con el nombre de madres.

Sin la mujer, la humanidad terrena no podría existir, luego es un componente importantísimo de nuestra raza, de la vida racional puede decirse, que merece todas las atenciones, todos los cuidados, y un esmero especial para educarla y guiarla por la senda del progreso: puesto que ella es el alma de la sociedad, quien imprime en la mente del niño las primeras nociones del amor, del respeto y del entusiasmo. De todos los sentimientos ella es la clave, es quien posee el secreto de todas las heroicidades, de todas las abnegaciones, de todos los sacrificios. Ella es la causa de todos los grandes efectos. Y por regla general los criminales más feroces no han recibido las caricias de su madre, frutos podridos, de espurios amores, han sido arrojados al páramo de la inclusa, y de allí han ido rodando hasta caer muchos de ellos al pie de un patíbulo.

Ahora bien, reconociendo en la mujer igual superioridad que en el hombre, puesto que la sabia naturaleza ha hecho del uno el complemento del otro, y separados no pueden sentir grandes sensaciones, ni santas alegrías, ni arrobamientos de inefable amor, es necesario que eduquemos a la mujer con igual cuidado y esmero que al hombre. Dulcificando su sentimiento, engrandeciendo su aspiración, instruyéndola y colocándola en el lugar que le pertenece, en el puesto que le corresponde. Si el hombre es la cabeza visible de la familia, la mujer indudablemente es el corazón, y entre éste y el cerebro existen relaciones tan íntimas que para vivir un cuerpo se necesita que funcionen unísonos la cabeza y el corazón.

¿Se ha educado de igual manera al hombre y a la mujer? No. El primero se ha iniciado en todas las ciencias, la segunda ha vivido relegada al olvido, no enseñándole otra cosa que las faenas domésticas y sencillas labores para entretener sus ocios.

¿Quiénes han sido los maestros del hombre? Muchos y variados, desde el indocto y crédulo teólogo, hasta el sabio y escéptico materialista. ¿Y quién ha sido el encargado de educar a la mujer? En la era cristiana el sacerdote católico, ¿y ha cumplido éste bien su cometido? Sí, y no. Sí porque ha hecho de la mujer un dócil instrumento de sus ardides, encerrándola en el estrecho círculo de la más supina ignorancia, sirviendo así a los intereses de la iglesia católica apostólica y romana. Y al mismo tiempo, no ha sabido ser buen maestro porque no ha hecho de la mujer un ser inteligente y digno que pudiera

colocarse a la altura del hombre en la vida social. El sacerdote no ha servido más que a su iglesia, pero no al progreso universal.

¿Puede vivir la mujer en nuestra época del modo que vive hoy? No, está fuera de su centro, porque el centro de la mujer racional no debe ser el templo y el confesionario. Su templo debe ser su hogar, el confesor su marido, su padre o su hermano (si no tiene madre), su culto el cuidado prolijo de su familia, sus lecturas no *El año Cristiano*, ni *La Llave de Oro*, ni *El camino más corto para llegar al cielo*, sino la *Historia Universal* y los tratados de *Geografía*, de *Astronomía*, de *Botánica*. Debe leer todo cuanto le ponga en relación con el adelanto intelectual y moral de su tiempo. La vida de hoy no es la vida de ayer, por consiguiente hay que ajustarse a las circunstancias y a las exigencias naturales de una nueva civilización.

Todas las religiones han sido útiles en su principio, porque todas han señalado un paso de avance en la marcha progresiva de la humanidad. Las escuelas filosóficas científicas han ido más lejos, y los libros de texto de las religiones ya no son suficientes para instruir a las contemporáneas generaciones. Son la cartilla primitiva, el catecismo infantil con sus cándidas definiciones, absolutamente insuficientes para el progreso de los espíritus encarnados hoy en la Tierra.

Y cuando todo avanza, inventos verdaderamente maravillosos convierten al hombre en el genio encantador de la fábula. Cuando con su varita mágica detiene el ímpetu del rayo y hace uso de la electricidad convirtiéndola en poderoso agente que utiliza a su placer. Cuando perfora las montañas y levanta puentes gigantescos sobre insondables abismos. Cuando lleva la vida y el movimiento a los desiertos infecundos. Cuando canaliza los mares y los hilos telegráficos ponen en comunicación a la gran familia humana. Cuando la imprenta, que es el alma del progreso, difunde su savia por todos los confines de la Tierra. Cuando los astrónomos pretenden ponerse en relación con los habitantes de otros mundos. Cuando los biólogos estudian en las gotas de agua y en las ondas del aire los usos, las costumbres y las propiedades de los infusorios. Cuando la inmensidad de la vida llena todos los ámbitos del Universo, las religiones con sus oraciones pagadas, sus casas de piedra y sus falanges de hombres y mujeres inútiles, parecen grandes masas inertes del todo innecesarias para el adelanto universal.

¿De qué sirven los sacerdotes y las religiosas? Ellos no forman familia, no toman parte en la lucha incesante de la vida para el bien de la Humanidad, sino que únicamente trabajan para sí, haciendo el trabajo de los topes. Estos mamíferos, carnívoros e insectívoros, viven en galerías que construyen en tierra, y causan mucho daño a los árboles, royéndoles las raíces y cortándolas para hacer sus madrigueras. Pues idéntico trabajo hacen los

servidores de la iglesia católica con el árbol gigante del progreso. Siendo sus fieles aliadas, las mujeres educadas en los conventos, en los beaterios, y en todos los colegios dirigidos por madres que no han sentido los santos dolores de la maternidad.

No se crea por esto que nosotros deseamos la supresión de esas asociaciones religiosas, ni aprobamos la demolición de ningún templo, ni el ultraje inferido a ninguna imagen venerada por la ley de la costumbre. No. Para nosotros la religión católica es la nodriza de las generaciones que han ido encarnando en la Tierra hace diecinueve siglos. Y así como respetamos la historia y los libros sagrados de todas las religiones que antes de la venida de Cristo educaron a las muchedumbres que llenaban las ciudades de Egipto y de la India, así respetamos a la religión católica apostólica romana, con su Dios hecho hombre, su virgen inmaculada, sus apóstoles evangelizando a los pueblos y sus santos martirizados, que religión sin mártires es un árbol sin fruto.

Creemos que el presente nunca debe hostilizar el pasado, porque se hiere a sí mismo, siendo además una lucha innoble...

¿Qué diríamos si viéramos luchar a un coloso con un pigmeo? Diríamos que no procedía con nobleza el gigante puesto que su pujanza era superior a la debilidad de su contrario. Pues en iguales condiciones está el pasado y el presente. El ayer es el anciano enfermizo y débil, achacoso y fatigado. Y el presente es el joven robusto y lleno de vida inspirado por el genio del progreso. Mas si bien no queremos una lucha de mala ley, ni aprobaremos jamás que se emplee la fuerza bruta para destruir ningún santuario ni se profanen los lugares que los creyentes conceptúan sagrados, creemos que cumplimos con un deber contestando y enseñando la moral cristiana a los sacerdotes que desde sus púlpitos hablan en contra del progreso y de la escuela filosófica a que pertenecemos.

Odíamos la razón de la fuerza, pero rendimos culto a la fuerza de la razón. Y cuando la intolerancia religiosa quiere imponer su ley, cuando los sacerdotes anatematizan el progreso, cuando niegan la verdad de hechos innegables, o los atribuyen a influencias satánicas, cuando procuran hacer lo blanco negro, y lo negro blanco, entonces salimos a su encuentro y les decimos:

—No alteréis la verdad con vanos sofismas, no neguéis lo que es innegable, no atribuyáis al fabuloso Satanás lo que es obra de Dios. La comunicación de los espíritus es tan cierta y tan evidente como dos y dos son cuatro, como es verdad que el Sol nos alumbra. Es una manifestación de la vida universal, que se ha hecho del dominio de muchos lo que ayer era solamente conocido por los iniciados en los grandes misterios de los

santuarios. Y si bien los sacerdotes están en su derecho al defender sus intereses procurando retener a las mujeres en la más profunda ignorancia para que hagan el trabajo de los topos. Los apóstoles del progreso universal no podemos permitir el estacionamiento de la mujer. No iremos a arrancarla violentamente de su oratorio ni tocaremos un solo cabello de sus vírgenes, de sus cristos y de sus santos, pero sí les diremos cuando los sacerdotes insultan a los espiritistas, que en el estudio del Espiritismo encontrarán la luz y la verdad, que la revelación ultraterrena es la prueba evidente de la justicia divina.

Tenemos obligación de hacerlo así, porque es obra de misericordia enseñar a quien no sabe. Y las mujeres católicas gimen en la triste esclavitud. Para ellas el siglo XIX no existe con su aureola de luz, para ellas el ángel del progreso no bate sus alas de oro, para ellas su propia razón es un volcán apagado, para ellas la libertad es un nombre sin valor, y Dios una figura raquítica con odios y rencores, y elegidos y predestinados y toda la cohorte de absurdos que la razón tiene que rechazar. Y considerando que las mujeres son las primeras figuras de la Humanidad, porque son las que educan a los hombres del porvenir, es necesario educarlas, instruir las, conducir las por la vía del progreso para que no sean una rémora en el adelanto universal, sino que muy al contrario, se convierta su apatía en entusiasmo, y unidas al hombre por triples lazos, le impulsen a realizar todos los actos grandes y sublimes que puedan granjearle la admiración de los pueblos y la eterna gratitud de la posteridad.

¡Mujeres del mundo! Al enviaros hoy las impresiones y los comentarios que hemos hecho sobre los sermones de un entendido escolapio y un célebre jesuita, lo hacemos con el noble afán de ilustraros y de haceros conocer la verdad suprema que las religiones se obstinan en ocultar dentro de sus santuarios, imponiéndoo sus sacerdotes una obediencia que os sepulta en el antro del error y en el caos de la ignorancia.

Leed sin prevención nuestras consideraciones, sin tergiversar su sentido. No olvidéis que no ridiculizamos ni nos mofamos de vuestras creencias, ni de la adoración que rendís a vuestros ídolos, porque toda oración es sublime cuando se pronuncia con noble intención y buena voluntad.

Rezad en buena hora al pie de los altares pidiendo a la madre de Jesús que os inspire. La figura de María es dulce y conmovedora e indudablemente hay razones muy poderosas para que las mujeres la amen y la consideren como la mejor intercesora cerca del mártir del Gólgota. María cruzó ¡La calle de la Amargura! ¡María apuró el cáliz del dolor! María lloró en su soledad la ingratitud y la ignorancia de un pueblo fraticida... Y son tantas las madres que han llorado al pie del cadalso de sus hijos, sin tener quien las haya consolado en su amarga soledad... que por simpatía, por analogía de

sufrimientos, tienen que amar a la madre de Jesús todas las mujeres. Y especialmente aquellas que tengan en su historia páginas escritas con la tinta indeleble del dolor.

El Espiritismo respeta todas las religiones, por eso tiene derecho a exigir el respeto y la consideración de las mismas. Con la medida que mide quiere ser medido. Por eso cuando los sacerdotes le ridiculizan y niegan la pureza y la verdad de sus enseñanzas, los espiritistas racionalistas tenemos obligación de decirles que los que hacen el trabajo de los topos son muy dignos de lástima, pues por muchas raíces que procuren romper del árbol del progreso, éste crece cada día más frondoso y más lleno de savia. Que en cumplimiento de las leyes naturales, los cuerpos caen del lado que se inclinan, y en la gravitación universal, el oscurantismo de las religiones será atraído por otros planetas más atrasados que la Tierra. Y el progreso, que es Luz, irá a unirse a otros focos luminosos que irradian en mundos más adelantados que el globo terráqueo. Que es inútil su empeño de truncar las leyes de la Naturaleza (sabias e inmutables, como la Causa de que proceden), porque no conseguirán que un solo átomo deje de girar dentro de la órbita que le pertenece. Que el deber de las religiones es asociarse al adelanto universal. Y si en uso de un libre albedrío prefieren el estacionamiento, que no intenten atraer a su esfera las ondas luminosas del progreso, porque lo que es contrario a la ley de progresión eterna no se realizará jamás.

He aquí lo que nosotros le decimos a la religión católica en nuestros comentarios. Leedlos, mujeres de Cienfuegos, estudiadlos y su sencilla lectura quizás os conduzca a estudiar las obras fundamentales del Espiritismo, en las cuales encuentran los sabios y los ignorantes la síntesis de la verdad suprema, la demostración matemática de la grandeza del Universo, la admirable justicia de Dios que no tiene más que un solo mandamiento en su Código eterno: No hagas a otro lo que no quieras para ti. He ahí la religión de todos los tiempos, la moral universal de todos los pueblos, la ley promulgada en el instante supremo que las humanidades invadieron los mundos, que irradian en las noches tranquilas en las inmensidades del espacio.

Ley falseada por las religiones, ley olvidada por los explotadores de la credulidad, ley que ninguna religión ha cumplido, porque de cumplirla (especialmente la religión católica), hubiera perdido sus diezmos y primicias, sus regalías y sus falsos derechos sobre la vida y hacienda de sus fieles.

¡Ay! ¡Cuánto daño ha hecho a la humanidad la religión católica! Por ella el fanatismo y la superstición se apoderaron de los pueblos cristianos, y lo que era luz y verdad fue sombra y mentira, lo que era tranquilidad y reposo fue inquietud y sobresalto, y lo que era alegría y bienaventuranza fue persecución y muerte. ¡Ah, religión católica! ¡Tu historia es horrible!... Pero como luchar

con los vencidos no es noble, por eso te compadecemos y deploramos que tan mal hayas empleado tu tiempo, que habiendo tenido en tus manos todos los gérmenes de la vida, tu codicia insaciable los ha convertido en muertas cenizas.

¡Asóciate al progreso! Para Dios nunca es tarde. ¡Deja de acaparar riquezas en la Tierra, y adquiere con tus virtudes heredades en los cielos!

¡Avanza, religión! Recuerda a Cristo  
que como fundador le proclamaste,  
y a su divina sombra levantaste  
la sacrosanta enseña de la fe.

Abandona tus tétricas mansiones  
donde gimen las almas pecadoras,  
sin esperar en sus horribles horas...  
Que Dios mitigue su espantosa sed.

Olvida el anatema que es injusto,  
y deja el purgatorio que es mezquino,  
y rinde culto al Hacedor divino  
en el inmenso altar de la Creación.

Huyó el oscurantismo de la Tierra,  
no quieras en tus brazos retenerle,  
que el progreso en la lucha ha de vencerle,  
¡y quedarás vencida, religión!

¿Por qué te empeñas en cerrar los ojos?  
¿Por qué no miras el azul espacio?  
¿Por qué prefieres sepulcral palacio  
donde la sombra reina por doquier?  
¿No sabes que el imperio de la sombra  
cesa cuando los soles centellean?...  
¿No sabes que las ciencias te rodean  
y ante la ciencia muere tu poder?

¡Avanza, religión! De tu pasado  
olvida los fatídicos horrores,  
y adora los divinos resplandores  
que sobre el genio lanza la razón.

¡Razón sublime! Luminar del mundo  
que con tu aliento los espacios llenas.  
¡Tú has roto del esclavo las cadenas!  
¡Tú eres la verdadera redención!

¿Qué son ante tu lógica los hechos

que relatan antiguas tradiciones?  
¿Qué son las engañosas religiones  
ante la hermosa luz de tu verdad?  
¡Ah, religión católica! Si quieres  
prolongar tu existencia, ¡tiende el vuelo!  
Pide a la ciencia luz para tu cielo,  
pide a la compasión su caridad.

No quieras erigirte en salvadora  
porque tú ya ni salvas ni condenas,  
que la mujer ha roto sus cadenas  
y con ella has perdido tu poder.

Libres como las águilas del cielo  
las mujeres avanzan, (¡Ya era hora!)  
que ha sido la razón su redentora  
y a ella rendirá culto la mujer.

Sí, religión católica, no dudes  
en seguir por la senda del progreso,  
arráncate el capuz del retroceso  
y pídele a la ciencia inspiración.  
Y entonces serás grande, ¡prepotente!  
¡Entonces tu misión será el consuelo!  
¡Entonces tú serás la hija del cielo!  
¡Entonces tú serás la redención!

Mas si te obstinas en seguir negando  
la luz que en los espacios centellea,  
si no concibe tu mezquina idea  
que el progreso es la fe del porvenir,  
al cubrirte el sudario de los siglos,  
el tiempo (como todo lo derrumba)  
no dejará de tu marmórea tumba  
ni piedras que recuerden tu existir.

En tanto que la ciencia omnipotente  
extendiendo su vuelo por los mundos,  
difundirá los gérmenes fecundos  
de gloria, de progreso y libertad.

¡Ella será la religión del hombre!  
¡Ella será la fe del alma herida!  
¡Ella será la ciencia de la vida  
y la esplendente luz de la verdad!  
¡Avanzad, religiones del pasado!

Si queréis existir eternamente  
enlazaos a la vida del presente,  
y de sus adelantos id en pos.

¡Ciencia, Amor, sentimiento generoso!  
¡Plegarias de las almas doloridas!  
Unamos tantas fuerzas esparcidas  
y nuestro acento llegará hasta Dios.

¡Dios justo! ¡Dios eterno! ¡Dios potente  
que vives en la gran naturaleza!  
Si a los débiles das la fortaleza  
con la divina esencia de tu ser,  
yo te pido, Señor, que de tu aliento  
envíes un soplo a mi marchita frente,  
que quiero trabajar ardientemente  
para la redención de la mujer.

Yo quiero que te adore, que en Ti ame  
la hermosa luz de tu razón suprema,  
que no espere temblando tu anatema  
porque tú eres raudal de inmenso amor.

¡Inspírame, Señor! Que mi voz vibre  
por siempre en los espacios infinitos.

¡Yo quiero redimir a los proscritos  
que gimen en los antros del dolor!

Yo quiero en el gran siglo diecinueve  
de tu palabra ser la mensajera,  
yo quiero a la mujer decirle: ¡Espera!

Que el infinito tienes ante ti...  
¡Inspírame Señor! Como inspiraste  
a los que por tu amor profetizaron.

¿Alcanzaré lo que ellos alcanzaron?  
Y oigo una voz que me responde: "Sí".

Dios escucha la voz de los que imploran,  
difundid en los mundos las verdades:  
profetas hubo en todas las edades, satélites  
del sol de la verdad.

¡Tú profetizarás! ¡Gracias, Dios mío!  
Porque tu luz a mi cerebro envías. (...)

Si quieres alcanzar mejores días,  
¡Avanza en tu progreso, humanidad!

## **CAPÍTULO XLI**

### **RECORDACIONES**

¡Hermosas recordaciones de las noches de mi aldea lejana!... ¡Aún hoy, revuelvo la ceniza de los siglos, para buscar tus reminiscencias, que me llenan el alma de encantamiento y poesía! Noches de primavera, de luna blanquísima, en que yo rociaba con mi llanto las flores del modesto jardín del presbiterio, cuando confiaba a Dios mis oraciones de sacerdote católico, alma exiliada dentro de la vida, ramo fenecido en los vergeles dichosos de los hombres de la Tierra. Dolorosas meditaciones, en las que mi corazón, ávido de cariño y de afecto, interrogaba a la bóveda celeste sobre el porqué de mi sacrificado destino.

¿Por qué el sacerdote no podría amar como las otras criaturas? ¿Por qué todos poseerían la ventura de un hogar risueño, donde brillasen las sonrisas de la esposa y el amor de los hijos, y el hombre que se consagrara a las labores de la iglesia habría de vivir aislado, cuando su corazón deseaba vivir?

Lloraba entonces, copiosamente, oyendo, en el silencio de las flores y de las estrellas, voces apagadas que apenas susurraban en lo íntimo de mi ser: —¡Ingrato! Al sacerdote le fue confiada la más sublime misión de amor. ¿No tienes esposa? Ama la pobreza desvalida, a tu hermano sufridor de la humanidad. ¿No tienes hijos? ¡Conságrate a los infelices! Séles el padre amoroso y compasivo, lenificándoles los padecimientos, confortándolos en la desgracia. Tienes sed de amor y existe una infinidad de seres que se sienten abrazados en esa sed devoradora: ¡Huerfanitos abandonados, mendigos sin pan y sin hogar, ojos sin luz, multitudes de despreciados que imploran, con toda el alma en los labios, una limosna de amor! ¡Procúralos y reparte con ellos tu corazón! ¡Amar es plantar la felicidad en la Tierra! Ama y seguirás fielmente los luminosos pasos de Jesús”.

Lamentaba entonces, largamente, mis minutos de flaqueza en la ardua tarea a la que me consagrara voluntariamente y me consolaba, soñando con un sitio estrellado, después de la existencia terrena, al lado de una joven pálida, de cabellos negros, que sonreía divinamente.

Fue en una de esas noches iluminadas, repletas de matizados perfumes de la primavera, cuando después de mis meditaciones, acariciaba la cabeza de Sultán, cuando fui sorprendido por insistentes llamadas.

Era un antiguo criado del castillo de M... que yo muy bien conocía, exclamando lacrimosamente: —“Padre, venid conmigo, que el conde de M... quiere entregaros sus últimos pensamientos...”

—¿Cómo? ¿El conde Henoch, a quien vi ayer gozando de una

envidiable salud?

—Sí, Padre. Fue acometido de un mal súbito y nadie espera por la vida del Sr. Conde, que ya se halla agonizante.

Sultán me dirigía su mirada inteligente como diciéndome:

—“¡Vamos!” Y allá me fui, siguiendo las pisadas del mensajero, inmerso en los más atroces pensamientos.

Si hubo en mi vida de padre católico algo que me repugnase, era por cierto el trabajo penosísimo de ocupar el tribunal de la confesión, inquiriendo en las conciencias ajenas, lo que siempre consideraba un crimen. Me aterrorizaba los secretos que todos guardaban avaramente y que no se avergonzaban en traérmelos, cuando solamente a Dios deberían confiarlos. ¿Qué me podría decir en la hora extrema el conde Henoch? Lo conocía desde joven, como hombre honesto y bueno, justo y generoso. Desposara, hacía poco tiempo, a una muchacha de las cercanías, de nombre Margarita, muy garrida y bella, un tanto frívola y vanidosa. Sabía que vivían felices, amándose con el mismo cariño de los primeros días del matrimonio, que yo bendijera al pie del modesto altar de la capilla de la aldea.

Mas, iba yo, lentamente, con un velo de tristeza infinita cubriéndome el Espíritu, que se sentía absorbido por amargos presentimientos. Imploré el amparo de las fuerzas invisibles en aquel trance y me sentí reanimado para llevar adelante la tarea que adivinaba penosa.

En esa disposición de Espíritu penetré en los aposentos lujosos del conde Henoch, que se hallaba con los ojos semicerrados, pareciendo dormir. La Condesa estaba allí, agitada, con un aspecto de gran aflicción. Le pedí que se apartase por unos momentos, para que yo permaneciese a solas con el agonizante, en quien ya se dificultaban los movimientos de la respiración.

Lo llamé, suavemente, como quien recela despertar a un niño.

Henoch abrió los grandes ojos tristes. Una gruesa lágrima se deslizó por la faz pálida, al verme, murmuró en voz casi imperceptible:

—“Padre Germán... muero con la conciencia tranquila... y con la certeza... de que Margarita me envenenó. Descubrí su traición al juramento conyugal y algunas gotas de un tóxico infalible... me llevan para el túmulo... El médico...”

Pero, no terminó, el infeliz. Prolongado sollozo le reventó del pecho y la voz se le extinguió. Un suave pavor le cubrió la frente, gotas álgidas de sudor le inundaron el rostro, ensopando las almohadas. Comprendí que había llegado la hora de su desprendimiento. Con el alma profundamente sensibilizada, le hablé a los oídos, abrazándolo:

“¡Hijo, no guardes resentimiento a quien quiera que sea! ¡Es preferible, mil veces, ser víctima, que verdugo! Tu alma, limpia de las máculas

del delito, partirá hacia las mansiones de Dios, buscando la porción de felicidad que le pertenece con justicia, mientras tus asesinos cargarán las cadenas del remordimiento durante siglos... Parte, ¡hijo amado! ¡Que Jesús reciba en sus brazos amorosos y tutelares tu Espíritu bondadoso!...”

Una sonrisa divina fluyó en los labios del cadáver.

Intensa emoción hacía vibrar todas las fibras de mi corazón; no pude retener las lágrimas. Me parecía que aquella alcoba adornada se iluminaba de otras luces más hermosas y sutiles; y se me figuraba divisar entidades radiantes, deslizándose sobre los tapetes dorados, algunas en actitud de oración al Creador, otras extendiendo las manos compasivas y tiernas al alma del esposo traicionado, ungiéndole de consolaciones.

Después de orar con fervor al Señor del Universo, abrí la puerta del aposento. La Condesa entonces se precipitó sobre aquel cadáver pálido y triste, que parecía sonreír.

Lo besó y abrazó, frenéticamente, pidiéndome angustiada que le repitiese sus últimas voluntades. ¡Oh! ¡La miseria humana!... Un dolor más profundo me dominó totalmente. Sin coraje para reproducirle las últimas palabras del Conde, murmuré entristecido: “Adiós, señora. Juzgo haber cumplido mis deberes sacerdotales, junto a vuestro esposo, que expiró en mis brazos, pero, sin poder dirigirme, una sola frase. Esa alma bondadosa se llevó consigo para el túmulo sus últimos deseos”.

La condesa de M... al oírme cambió de semblante, pareciendo que le habían arrancado muchas toneladas de encima del pecho. Me despedí del castillo con la muerte en el alma, conmovido con el sufrimiento de aquel hombre justo, que sucumbiera a los golpes de las perfidias mundanas.

Nunca más regresé a aquellos sitios, y durante muchas noches consecutivas oré por el alma de su propietario, pensando en el misterio de aquella muerte repentina, que a todos impresionara profundamente. El secreto, que permanecía en mi pecho, dolorosamente oculto en mi corazón, me hacía casi enloquecer de angustia; jamás lo conocería el mundo.

Pero lo que más me afligía, era el endurecimiento y la hipocresía del Espíritu de Margarita, que después de un año de formalidades en lujos espectaculares y pomposas exequias, salió del asunto, desposando de ahí a dos años al médico que diagnosticara la “enfermedad” del desventurado Henoch.

El nuevo esposo de la Condesa se enseñoreó de toda la inmensa fortuna del condado de M..., malgastando grandes haberes en placeres fáciles, acompañado de la fútil y cruel Margarita, que iba descendiendo de abismo en abismo.

Muchos años habían transcurrido sobre los hechos relatados, cuando, un día, los dos esposos aparecieron en la aldea, después de largo tiempo de

permanencia en las ruidosas capitales del Viejo Mundo, donde se entregaban a todas las disipaciones, con la fortuna totalmente reducida.

La Condesa, ya en la edad madura, buscó la sombra del árbol de la religión para apagar el fuego devorador de los remordimientos que la agobiaban. Era así que, todos los días comparecía puntualmente al sacrificio de la humilde misa de mi modestísima iglesia; pero, jamás se dirigió al confesionario, donde yo tampoco la deseaba, porque, si a muchos pecadores acogiera con benevolencia y cariño, recelaba usar la aspereza con aquella mujer sin entrañas, que no trepidara en manchar sus manos en horriblos delitos.

En mis prácticas a los fieles, escogía siempre asuntos que pudiesen tocarle el corazón empedernido en el crimen y varias veces, durante el tiempo en que, finalizando sus días terrenos, expandía, tarde, su fe, la vi prosternada delante del Señor Crucificado, derramando llanto doloroso, en la más profunda contrición.

¡Yo gozaba íntimamente, al verla en tal actitud, pues reconocía el regreso de una oveja extraviada al rebaño de Jesús!

Pasaron algunos años así, hasta que, una mañana, vinieron a buscarme, a su pedido, para confesarla, sintiendo que se le aproximaba el instante de la muerte.

Era la primera vez que yo volvía a su casa señorial, después del fallecimiento del inolvidable Henoch. Sin embargo, allá, encontré solamente el cadáver de la Condesa. La ruptura de los vasos sanguíneos del corazón le ocasionara la muerte, después de algunos días de padecimientos físicos. Sus ojos quedaran desmesuradamente abiertos, fijos, tal vez, en alguna visión fatídica y horrorosa ¡ah! Seguramente aquella alma se confesaría a Dios; le pediría perdón para sus grandes pecados.

Una buena porción de tiempo viví aún en mi aldea querida, en medio de los niños que adoraba, a quien amaba como padre, adornando de flores una tumba en el cementerio, ataviando los modestos altares de mi templo carcomido y casi en ruinas, con los primores de la Naturaleza, cercado por el respeto de mis parroquianos afectuosos, amado más particularmente por algunos seres que me eran profundamente queridos al corazón, desde las épocas remotas de otras existencias, ya transcurridas, elevando hosannas al Señor, que se dignaba bondadosamente conceder tantas alegrías a su siervo imperfecto.

Innumerables veces, cuando me dirigía con los niños a la Fuente de la Salud, situada en el camino que conducía al antiguo castillo de M..., me recordaba de Henoch y Margarita y rogaba a Dios por aquellos dos espíritus que, ciertamente, ya se habían encontrado en el umbral de la Eternidad. Al

final, con el organismo deteriorado por las luchas de la Tierra, también partí, en demanda del firmamento luminoso, que poblaba de encantadoras esperanzas mis sueños de alma exiliada.

Cuando me vi rodeado de amigos queridos, que me habían precedido en el Más Allá, noté que Henocho era uno de los primeros que venían sonriente a mi encuentro.

Se reavivó entonces en mi Espíritu el doloroso drama de su existencia y lo abracé emocionado; me agradeció conmovido el interés que yo siempre manifestara por él, durante mis días planetarios, y, junto a otros desvelados mentores y amigos espirituales, sintiéndonos todos envueltos en los santos efluvios del amor divino, gozamos intensamente la realización de los más bellos sueños, que los sufridores de la Tierra apenas vislumbran, en medio de sus agrios padecimientos.

Deslumbrado por tantas y tan inmensas maravillas, que el Padre concede a todos sus hijos que lo quieran buscar por el cumplimiento de los deberes, olvidé por largo lapso de tiempo las cosas terrenales, para meditar solamente en Dios y en Dios vivir.

Pero más tarde, vine a saber, por intermedio de Henocho, la situación angustiada del Espíritu infeliz de Margarita. Sufría atrozmente con los remordimientos que la perseguían como chicotes de llamas, haciéndole vivir en un horroroso infierno, donde imperaban todas las tinieblas y todos los dolores reunidos. En medio de sus padecimientos, no conseguía oír la voz consoladora de sus amigos redimidos, escuchando apenas los gemidos, las clamorosas blasfemias, los sollozos prolongados, de sus compañeros de tormento.

Un cuarto de siglo pasó, antes que el alma de la ex-condesa de M..., consiguiese escuchar nuestros consejos que la incitaban a suplicar al Creador una nueva existencia de luchas.

Margarita había derramado muchos llantos remisorios, hijos de sincero y profundo arrepentimiento; pero, era preciso volver a la Tierra y conquistar en el sufrimiento su felicidad futura. Al final, sin que nunca se hubiese encontrado con Henocho, su antiguo compañero de existencia planetaria, reencarnó en una aldea paupérrima de Istria, localizada en la región triestina.

¡Dejemos correr algunos años!...

Acompañamos a una pobre mujer, vagabunda y andrajosa, que se aproxima a la viejísima aldea de A..., en el litoral del Adriático. Los niños se espantan, al verla, a pesar de ser joven aún. Todos se ríen, sin piedad, al contemplar aquel rostro monstruoso. Cabellos cortos, alborotados en la cabeza, piel terriblemente gruesa, nariz horripilante, ojos bizcos, voz ininteligible, cuerpo hediondo, allá va caminando sin rumbo, triste y pensativa.

¿Dónde nació? Nadie lo sabía.

¿Cómo se llamaba? Nadie la entendía pues su voz era un compuesto de sonidos guturales, indescifrables. El pueblo divertido y juguetón la cognominara Fiera, nombre por el cual la conocían todos ahora.

En aquella aldea, la misteriosa mujer entró pacíficamente en una cabaña humildísima, que ella misma construyera bajo un frondoso olmo. Era allí que siempre la veían con las manos en el rostro, con los ojos fijos en la bóveda celeste, como si en el espacio infinito estuviese toda la grandeza de sus ideales.

Era en ese pobre y repugnante cuerpo deformado que habitaba ahora, para la remisión de sus culpas, el alma de la vanidosa Margarita de antaño. El generoso Henoch, condolido profundamente de la suerte amarga de su ex compañera, pidió fervorosamente al Señor de los siglos que le permitiese volver al planeta terráqueo, para asociarse a los padecimientos de aquel Espíritu sumergido en ásperas expiaciones.

Le fue concedida esa gracia por el Eterno y Henoch regresó al mundo como hijo de la Fiera. Cuando la infeliz recibió en sus brazos de monstruo aquella dádiva celeste, el populacho la persiguiera a pedradas, maldiciendo al pequeño ser, como reviento inmundo del hálito de los ebrios.

La madre desdichada corrió muchas millas con el pequeñito gimiendo en sus brazos, trayendo el corazón ululando de dolor salvaje.

Vagando por aldeas desconocidas, fue como el niño se desarrolló. Todo en él era diferente de su progenitora. Sus cabellos eran casi rubios, graciosamente acaracolados, lindos trazos fisonómicos, bellos ojos, revelando profunda inteligencia y extraordinaria vivacidad.

Fiera lo tomaba en los brazos y le daba muchos besos, pues aquel niño, que más se asemejaba a un ángel del cielo corporificado en la Tierra, era el único tesoro de su desventurada vida. Al alcanzar los cuatro años, el pequeñito era tan hermoso, que toda la gente se admiraba de que una mujer monstruosa tuviese un hijo en quien fulguraban tantas perfecciones.

¡Pero! ¡Ah! Por ese tiempo se reveló en el organismo de aquella criatura nómada, sin patria y sin hogar, una molestia terrible, la lepra.

Todos comenzaron a expulsarla y el pequeño, como por una secreta intuición, igual a la que reciben los seres más evolucionados, comprendió el inmenso dolor de su madre, a quien amaba verdaderamente.

Viendo cada día el progreso que la horrible enfermedad realizaba, en aquel cuerpo tan defectuoso, se hizo su guía de población en población, implorando el pan cotidiano a las almas caritativas, pues la Fiera, además del mal que le cubría el cuerpo de tremendas heridas, se hallaba casi ciega.

Sus amarguras culminaban en los extremos de todas las angustias

humanas. No conociera padre, no sabía dónde naciera, no podía transmitir sus pensamientos y ahora se le cerraban también los ojos y no vería más el rostro adorado de su ángel hermoso, a quien idolatraba con todas las ternuras y arrobamientos de los corazones maternos. Sus semejantes le huían, con recelo del contagio de la peligrosa molestia, que la minaba.

El hijo todo lo comprendía, con sus sentimientos de alma acrisolada en los embates de los grandes sacrificios.

Entretanto, aquella mujer sufridora, aprendió a llorar en la oración; y era así que, cuando miraba al cielo azul, se sentía atormentada de intenso dolor, pero ignoraba de dónde podría venirle; eran aún los resquicios del remordimiento de los errores perpetrados en su existencia anterior, manchada de numerosas faltas y extensos desvíos.

Recordábase vagamente que había infringido de manera grave las Leyes Divinas y sentía que todas las puniciones eran necesarias para el perfeccionamiento de su Espíritu maculado. En esos momentos, la falange de los desvelados amigos espirituales de Henoch dirigía sus más fervorosas oraciones al Señor de los mundos, implorando misericordia para aquellas dos almas abandonadas en la Tierra, batidas por el huracán indomable de todas las desgracias.

Un bienestar indefinible bañaba entonces aquellos dos compañeros expatriados en las sombras terrenas; el pequeñito se sentía sumergido en sueños y visiones angélicas y su madre más confortada para conducir la pesada cruz de las probaciones redentoras.

En los días en que más penoso se tornaba su abatimiento, el niño se acercaba a la madre desdichada, le pasaba los brazos con ternura por el cuello cubierto de llagas, le besaba el rostro que se deshacía en pedazos, diciéndole, influenciado por las inspiraciones imperceptibles que le venían de entidades lúcidas: –“¡Madrecita querida, no desanimes! ¡Todas las noches sueño con una aldea muy linda, donde existen aves de luz cantando en las ramas verdes de los árboles, que son muy bellas, cargadas de frutos y de flores! ¡A veces, veo que esa aldea hermosa está llena de ángeles que sonríen, de madres que aman y de viejos que bendicen! ¡Los hombres me extienden los brazos y nos llaman para ese rincón luminoso y siempre, al despertar, aún les oigo los cánticos, llenos de belleza y de luz!... ¡Ah! Mi madre, andemos un poco más y habremos de encontrarla. Creo que está por allí. ¡Vamos!”.

Y allá se iban ambos, abrazados uno al otro, buscando ese rincón divino que el pequeño entreveía en sus aspiraciones.

La Fiera se sentía más encorajada para caminar, siguiendo aquel niño idolatrado, el único ser que le ofrecía amor en este mundo, el único afecto por el cual ella podía saber que Dios existe y se recuerda de sus hijos

más humildes y más desgraciados.

Pero, hasta en la existencia de los seres más ínfimos, hay incontables dolores. El vendaval del sufrimiento campea en la Tierra en todas las direcciones. En una tarde de riguroso invierno en la que se sentía un frío muy intenso en toda la península de Istria, el pequeñuelo dejó a su madre bajo un viejo olmo próximo a una población que él no conocía, a fin de mendigar un pedazo de pan para ambos. Las calles estaban todas desiertas, todas las puertas cerradas. Una tempestad de nieve comenzaba a caer impiedosamente. Copos blancos, blanquísimos, batían sobre la tierra, formando capas superpuestas.

El niño fue cogido por esa avalancha pavorosa. Al siguiente día, la pobre madre, como loca, gritaba furiosamente, en una dolorosa algarabía, a todos los transeúntes y, después de algunas horas de búsqueda, le vino a los brazos, ya roídos por las llagas, un pequeño cadáver pálido, del color de la nieve que lo guardara.

La Fiera gritó, angustiosamente, como leona herida; estrechó en el pecho aquel cuerpo blanco y minúsculo, que no le era dado ver en su ceguera. Lo cubrió de lágrimas dolorosas, hasta el momento en que manos caritativas lo entregaron a la tierra bienhechora.

La Fiera fue reconocida. Aquella aldea era la misma donde viera la luz, por primera vez, su ángel dorado. Díerale, generosamente, la cabaña arruinada en la que viviera otrora, para pasar el resto de sus días.

Nadie se asoció a su dolor íntimo; nadie buscó consolarla en sus pesares y raras fueron las manos bondadosas que le mitigaron el hambre atroz con un mendrugo de pan. La infeliz, desgraciada y sola, tenía por compañía, únicamente, el llanto y los más acerbos padecimientos.

En sus oraciones, parecía ver la figura angélica del hijito, que le venía a traer pan, agua para saciarle la sed y gotas aromáticas de bálsamos puros para atenuar el dolor cruciante de las heridas pustulosas que le dilaceraban las carnes, partiéndose entumecidas. ¡Sí! Lo veía aproximarse y besarle tiernamente la frente; sentía que sus brazos cariñosos la abrazaban y le oía la voz suave diciendo: —“¡Madrecita querida! ¡No desanimés! ¡Camina por el dolor y me encontrarás, aquí en la aldea hermosa que yo veía en mis sueños, donde existen ruseñores de luz, cantando en las frondes de árboles maravillosos repletos de frutos y flores!”

“¡Aquí hay angelitos que sonríen, madres que aman y ancianos que bendicen!... Has de vivir también para que oigas conmigo las armonías celestes que los artistas del Cielo saben componer. Son oraciones hermosas, que se elevan como hosannas de gloria al Señor, al Padre Celestial! ¡Ven, adorada madre, para orar también con nosotros!...”

Era Henoch que confortaba a aquella alma sufridora, en los últimos

tiempos de pruebas ríspidas y agudas. La Fiera lloraba conmovida, presa de intensa emotividad, cuando oía esas dulces advertencias, que le caían en el alma como perfumes celestes de flores resplandecientes. No experimentaba los tormentos físicos en esos instantes. Su alma parecía eterizarse, elevándose a los páramos de luz del firmamento estrellado.

Cierta noche, llegaron a su auge sus profundos dolores. Se hallaba abandonada, sintiendo que iba a morir. Volvió a ver toda su accidentada existencia, fértil de amarguras y sinsabores. Se recordó del alma querida de su hijo idolatrado y sintió que manos vigorosas parecían querer apartarla de aquel monte de carnes putrefactas.

Sufrimientos rudos le azotaban todo su cuerpo, cuando percibió una entidad lúcida, con una aureola fúlgida brillándole en la frente impoluta, dirigiéndose hasta donde ella se hallaba, colocándole las manos benévolas sobre el cuerpo asqueroso, irguiendo al Padre una oración vibrante a su favor:

“¡Señor del Universo, tened piedad de esta pobre alma que necesita de vuestro auxilio sacrosanto! ¡Permitid que pueda liberarse de las últimas ataduras que la prenden a la materia putrefacta y elevarse a las regiones de luz sublime, donde le aguardan sus dedicados amigos espirituales! ¡Ella ya no es Señor, aquella criatura perversa y asesina, sino un Espíritu acendrado en inenarrables torturas!... ¡Dignaos mirarla compasiva y misericordiosamente, concediéndole, según sus méritos, la libertad, a fin de que pueda evadirse de la negra cárcel de las sombras terrenales!...”

Fiera nada más oyó. Su pobre Espíritu se vio en una región feliz, de reposo y venturas. Se le figuraba que el sueño viniera a ablandarle los sufrimientos corporales, sumergiéndola en un ambiente de éxtasis maravilloso. Lágrimas de emoción le bañaban toda el alma y un solo pensamiento la dominó: buscar consuelo en Dios, que tiene para todas sus criaturas el bálsamo del amor y del perdón.

¡Se rompió, al final, el último grillete que la retenía en la Tierra, y el alma de la ex Condesa, redimida por el dolor, partió, amparada por unos brazos de luz esplendorosa, en demanda de la aldea hermosísima, donde existen pájaros brillantes, árboles encantados, ángeles que sonríen, madres que aman y ancianos que bendicen!...

**(Transcrito del libro *Memorias del Padre Germán*, con la autorización de Mensaje Fraternal, Caracas, Venezuela. Primera edición en castellano - 1986, págs. 340 a la 351. Instituto de Difusión Espírita, San Pablo, Brasil.)**

## ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	7
PRÓLOGO	10
I DEUDAS DEL AYER	18
II ¡CUÁNTOS HORRORES!	22
III LA CIENCIA Y LA RELIGIÓN	29
IV LA MITOLOGÍA PAGANA ES ESTUDIO ALEGÓRICO	33
V EL SER HUMANO TIENE LIBRE ALBEDRÍO	38
VI ¡ESPÍRITUS PEQUEÑOS!	43
VII A UN ESPÍRITU QUE HUYE DE LA LUZ	49
VIII LA ESENCIA DEL ESPÍRITU	53
IX LA CIENCIA	57
X EL EGOÍSMO	64
XI ¡CUARENTA Y CINCO AÑOS!	68
XII AÑO NUEVO, VIDA NUEVA	74
XIII ¡MERCEDES!	79
XIV ¡ESPÉRAME!	85
XV LA CIENCIA DEL HOMBRE Y DEL BRUTO	90
XVI NO HAY DOLOR SIN HISTORIA	93
XVII LA PENA DE MUERTE	95
XVIII SALDOS DE CUENTAS	106
XIX EL ORGULLO TAMBIÉN ES UN PECADO	110
XX EL AMOR NO ES UN MITO	116
XXI SOMBRA... MÁS SOMBRA	122
XXII UN SABIO SIN CORAZÓN	125
XXIII SIN BRAZOS Y SIN PIERNAS	129
XXIV CIENTO CINCUENTA AÑOS	133
XXV LOS GRANDES DE AYER	137
XXVI EL DIOS DE LOS ESPÍRITUS	140
XXVII LA CIENCIA ES LA HERENCIA DE DIOS	144
XXVIII ¡HAY QUE PAGAR!	151
XXIX LOS BUENOS SACERDOTES	154
XXX EL VESTIDO BLANCO	163
XXXI EL RAMO DE VIOLETAS	172
XXXII ¡QUIERO IR AL CIELO!	177
XXXIII EL ESPIRITISMO DEBE ESTUDIARSE, 1ª PARTE	182
XXXIV ESTUDIOS SOBRE EL ESPIRITISMO, 2ª PARTE	186
XXXV EL ESPIRITISMO, 3ª PARTE	191
XXXVI TODO ES JUSTO	195
XXXVII PLEGARIA	205

XXXVIII	SE DEBE ENTRAR POR LA PUERTA, NO POR LA VENTANA	211
XXXIX	LAS RELIGIONES Y EL ESPIRITISMO	214
XL	ESCRITOS DE AMALIA	219
XLI	RECORDACIONES	228



